LA CHICA DE SERVICIO

I

TIÉNTAME



PATRICIA GELLER

esencia

PATRICIA GELLER

Tientame

La Chica del Servicio Nº1

Esencia

Sinopsis

Cuando Gisele Stone entra a trabajar en casa de los Campbell como chica de servicio, jamás pensó que su vida ya no volvería a ser la misma. Matt, el hijo mediano del matrimonio, es un hombre frío, atormentado, de fuerte personalidad y carácter inestable.

En cuanto ve a la joven se encapricha de ella y quiere someterla a su voluntad. Pero Gisele, que no es una chica tímida, pronto se hará con el control de la situación.

Refugiados en la clandestinidad, darán rienda suelta a una pasión insaciable. Sin embargo, cuando los sentimientos empiezan a adueñarse de la pareja, los celos, los miedos y la desconfianza pondrán a prueba su relación.

¿Será suficiente el amor para que estos dos titanes se rindan y consigan superar sus temores?

Autor: Geller , Patricia
©2014, Esencia
ISBN: 9788408128908
Generado con: QualityEbook v0.72

Tiéntame

Patricia Geller

Índice Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

1. El comienzo

2. Una propuesta indecente
3. Matt

4. El dinero

5. Regalo de cumpleaños
6. Muro de piedra

7. Una noche con él

8. Algo extraño

9. Te he extrañado

10. Sentimientos encontrados
11. Entre el amor y el odio
12. La no cita

13. Una fiesta de mierda
14. Resistiendo a los

sentimientos

15. Lo amo

16. Reconociendo el sentimiento

17. Una mentira, una confesión

18. Te quiero

19. Tu chica de servicio

20. Miedos

21. ¿Eres mía?

22. Propuestas

23. Batallas y renuncias

24. Contratiempo

25. Elección

Matt

Sobre la autora

Créditos

Explora Descubre Comparte

Me gustaría dedicarles este proyecto tan especial para mí a los seres queridos que forman parte de mi día a día: mis hijos y marido, mi madre y mis hermanos, por la paciencia y el apoyo que me han demostrado a lo largo de esta aventura. Y a toda mi familia.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias por el cariño y la fidelidad demostrada a todas y cada una de las personas que se han involucrado en esta historia desde el principio, al grupo que permanece conmigo desde que me inicié en la escritura (mis chicas). A l@s lector@s que me han ayudado a dar un paso más con sus comentarios. También a las brujas Maxwell, por su colaboración en el grupo de nuestro Matt. Y, en especial, a tres personas únicas y queridas para mí: Tiaré, mi aliada, que me ha mostrado siempre su apoyo incondicional y ha colaborado muy de cerca en el diseño de las cubiertas y elaborando vídeos. A M.ª Luisa, mi otra mitad, por formar parte del proyecto, por sentir cada palabra y ser un pilar muy importante en mi vida desde que apareció en ella. Y, cómo no, a Noelia, mi ángel de la guarda, la valiente que me empujó a creer que sí se podía y

que ha defendido esta historia como si fuera suya. Gracias a su confianza en mí y su infinita paciencia hoy mi sueño se hace realidad. Amigas, sólo puedo agradeceros vuestra infinita ayuda sin pedir nada a cambio.

Gracias también a todos los que han dedicado su tiempo a esta intensa y complicada relación, por acercarme a ellos aun en la distancia, con mensajes, muestras de cariño o simplemente leerme. Y gracias también por el aguante en las esperas.

Y, por último, a la persona que apostó por esta historia para que hoy forme parte del gran equipo de Planeta y Esencia: Esther Escoriza, gracias por la cercanía, por la amabilidad y la predisposición a ayudarme siempre, y por creer en Matt y Gisele.

¡Gracias!

1 El comienzo

CON una escueta sonrisa, agradezco a la azafata su ayuda para salir del embrollo que hay en la puerta del avión, un estrecho espacio del que todos parecemos querer huir.

Por fin estoy en Málaga, en su aeropuerto. Me sorprende el bochorno que ya hace en la ciudad siendo tan temprano, aunque el día no pinta nada mal, excepto por lo que yo tengo que hacer y el lugar al que tengo que ir.

Son las ocho de la mañana y antes de nada, saco el teléfono y les mando un breve mensaje a mis padres.

Ya casi he llegado a mi destino, donde pasaré los tres meses de verano... Suspiro resignada. En menos de una hora me hallaré en la famosa casa de la familia Campbell, en mi nuevo trabajo, uno que ya aborrezco sin siquiera haber empezado.

Mensaje de Gisele a Isabel. A las 8.00:

Ya estoy aquí. Fatigada y cansada. He tomado la pastilla. Con ánimos... ya me entiendes. Te quiero.

Los cambios no son lo mío. Dejar Lugo, mi casa, mi familia y mi tranquilidad hace que el corazón me dé un vuelco, más aún al pensar en por qué voy a pasar el verano en casa de esa gente adinerada.

En mis oídos resuena la palabra «enchufada», algo que no acostumbro a ser en los trabajos...

Mi amiga Noa es la encargada de atender la casa de verano de la familia, su ama de llaves por así decirlo, y, al verme desesperada por no encontrar empleo, un empleo que necesito para seguir estudiando y hacer un máster, les habló de mí a los señores Campbell.

Noa es una gran, aunque exigente, amiga. La conocí hace siete años en una de mis estancias en la ciudad, cuando vine a visitar a mi hermano Scott, que se instaló aquí buscando cambios en su vida. Gracias a él he podido hacer nuevos amigos y pasar algunas temporadas en Málaga. Por desgracia, nunca en verano.

Los Campbell llevan ya cinco años viviendo en esta ciudad y parece que tienen intenciones de seguir haciéndolo. Los ayuda a desconectar de la vida tan ajetreada que tienen en Nueva York e incluso se plantean mudarse definitivamente, ya que, por lo visto, sus negocios aquí marchan bastante bien... O eso creo, porque nunca hemos coincidido y no me había interesado por ellos hasta hace cuatro días, cuando accedí a ser la chica de servicio.

Noa necesitaba nuevas empleadas para la casa y yo, tras terminar la carrera de periodismo y buscar infructuosamente trabajo de mi profesión, me vi forzada a aceptar su ofrecimiento...

Aunque acatar órdenes no es lo mío, intentaré aprender a someterme ante personas que no acaban de ser de mi agrado.

Cargo mi escaso equipaje y me detengo en la cafetería del propio aeropuerto, desde donde llamo a Noa, mientras me dispongo a recuperar fuerzas.

—¿Gis? —pregunta ella, preocupada. —La misma, para servirte — me burlo, sabiendo cuánto lo odia—. Ya he llegado. Voy a tomarme un buen refuerzo en el Café & Té, que el vuelo me ha dejado atontada, y luego voy para allá. Sólo llamaba para avisarte y que estuvieras tranquila. —Aquí ya está todo en marcha, no tardes y me hagas quedar mal el primer día, ¿entendido? —¿Puedo desayunar por lo menos sin atragantarme? Estoy deshidratada. —Sonrío y me dispongo a picarla—: ¡Menuda me espera...! Todavía no he llegado y ya me estás metiendo prisa. —Gis, no empieces con las quejas, éste no es cualquier trabajo —me reprende seria—. Sobre todo el tuyo, que serás la que sirva a la familia. Además, sólo serán tres meses y luego tendrás dinero suficiente para poder seguir con tus estudios sin preocupaciones; la cantidad que ganarás es muy buena. —¿A cambio de qué? ¡Noa, desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche! ¡Eso es un abuso! —grito sin querer, atrayendo miradas de curiosidad—. Tener los domingos libres es muy poco. No podré ver a Emma o a Thomas. Al oírme se queda en silencio. Imagino su expresión descontenta, sus ojos llenos de reproches. —¿De verdad es eso lo que quieres? —me regaña molesta—. ¿Quieres pasar el resto de tu vida con un hombre que sólo piensa en ir al gimnasio? Ya estamos hartos de decirte que él no merece la pena, que no es para ti. Rechino los dientes y pido un zumo de naranja acompañado de una tostada. No comprendo qué diablos le pasa con Thomas. ¿Por qué lo odia de esa forma? Él y yo nos conocimos hace dos años, en una de mis visitas a Málaga, y desde entonces nos hemos hecho muy amigos, pero tanto Noa como mi hermano Scott lo aborrecen intensamente. Yo no lo entiendo. Es cierto que a Thomas le encanta estar en forma, pero ¿qué hay de malo en ello? Es un chico guapo, de veintiséis años, ¿por qué no iba a cuidarse? —Noa, no hables así de Thomas —la regaño seria—. Sabes que sólo somos amigos y que no hay ningún interés amoroso entre nosotros... No entiendo la antipatía que le tienes. —¡Se te come con los ojos! — exclama exasperada—. No sé cómo no te das cuenta de que solamente pretende llevarte a la cama. ¡Y no pienso permitir que seas su juguete! Scott lo mataría. Con desgana, me río de su comentario. ¿Qué se cree, que por ser dos años mayor que yo puede manejar mi vida? Eso no va a pasar. Resoplo ruidosamente. Yo no soy la clase de mujer que acepta cualquier orden y menos una tan ridícula... Tanto mi hermano como Noa me cuidan como a una niña y, aunque a veces lo parezca por mis salidas de tono y mi cabezonería, no lo soy. —¿Te callas? —pregunta con voz queda—. No habrá algo que no me estás contando, ¿verdad? Vamos, Gis, no me lo puedo creer. ¿En serio has caído tan bajo? —¡Serás bicho! Anda, cállate ya. Pobre Thomas. —El otro día me lo encontré, mejor dicho, vino a la Casita y me preguntó por ti. Yo le dije que no sabía nada. Suelto una carcajada sin poderlo remediar. —Pues no te sirvió de mucho, porque ayer hablamos por teléfono y se lo conté todo. Dentro de pocos días nos veremos, mejor dicho, cuando los Campbell me den un respiro. —Un respiro para ver a un tormento. Qué hombre tan pesado. Noa y yo tenemos una relación muy buena, muy cómplice. Pero desde hace varios días las cosas están algo tensas, pues ella se muestra demasiado obsesiva con mi trabajo en la casa Campbell. Desde que nos conocimos, me acogió y protegió, ahora creo que en exceso. Quizá me ve como la hermana pequeña que nunca tuvo. —Noa, será mejor que dejemos el tema. Voy a desayunar con la poca paz que me queda y

te veo en el infierno dentro de nada. Y relájate, que te va a dar algo. —Gisele... —Vaya, ya estás enfadada. Si me llamas por el nombre completo es para temerte. —Me río mientras me siento para tomar el desayuno—. Yo también te he echado de menos. Dale besos a Manu. A mi hermano ya lo llamaré luego, supongo que estará en el trabajo. —A Manu le voy a dar una mierda. —¿Qué dices? ¡No me puedo creer que sigáis así...! —Su silencio me confirma que no me equivoco—. ¿A qué se debe esta vez? —Ya te contaré, pero mi matrimonio se está hundiendo — confiesa con un hilo de voz—. Creo que no hay marcha atrás, aunque quiera evitarlo. Le he dado un ultimátum, pero no creo que me haga caso. —Ya te dije que te casabas muy joven, pero, bueno, como tú dices, no hay marcha atrás. —Así es, menos mal que lo tuyo con Álvaro quedó en nada — recuerda de pronto, produciéndome arcadas—. Creo que no conozco a un hombre más tonto y ridículo que él. —Cierto y adiós, paso del temita. Con desgana, guardo la Blackberry y sigo atiborrándome de comida, mientras me imagino el aspecto de mi amiga Noa en estos momentos, al haberla dejado con la palabra en la boca. A pesar de su carita de ángel, con ese cabello corto y negro que resalta sus hermosos ojos azules, cuando se enfada es un auténtico demonio. Y el maldito de mi hermano Scott tiene un genio muy parecido. Mi presumido hermano... tan fuerte y musculoso. Con corto pelo rubio veteado y los ojos tan grises como los míos. Pensativa, continúo con el desayuno. Noa lleva ocho años con los Campbell. Está contenta con su empleo, a pesar de que tiene que trabajar muchísimas horas. Ahí conoció a Manu. Menudo infeliz... Scott, que tiene veintinueve años, es chófer en una empresa de modelos. Los dos viven felices en esta ciudad, disfrutando de sus respectivos trabajos. ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo? Tenía planeado buscar otro tipo de empleo, pero me tendré que conformar con el de «chica de servicio». Necesito conseguir dinero para cubrir mis necesidades sin tener que acudir a mis padres. Aunque toda esta situación tiene algo positivo: veré a mi hermano y amigos con más frecuencia. La última vez fue en Navidad, hace ya seis meses. —¡Mierda! — gimo, al ver que mi reloj marca ya las ocho y media. Corriendo, pago la cuenta, salgo del aeropuerto y cojo un taxi. Cuarenta minutos más tarde, me hallo frente a la impresionante casa de los Campbell. «Suerte, Gis.» Todo en esta mansión acristalada proclama la riqueza de sus dueños. A pie de playa, en Marbella, en plena costa malagueña. Por dentro no la conozco; siempre que he visitado a Noa lo he hecho en la Casita, su hogar en el terreno de los Campbell, aunque a una prudencial distancia de la vivienda principal. —¡Noa! —llamo, rodeando la casa grande y acercándome a la suya—. ¡He llegado! —Chis, Gis, por Dios, no estás en la calle — protesta, saliendo a mi encuentro. Aun así, al verme, me rodea con sus brazos tiernamente. ¡Menos mal!—. Bienvenida, cariño, estás guapísima. —Tú también —susurro emocionada—, llevas el pelo más largo. —Ya sabes, hay que cambiar. Su olor tan familiar me hace sentir cómoda, pese a lo nuevo que es todo. Pero al separarnos, su cara lo dice todo. —Sí, es tarde, ya lo sé. Dime, ¿por dónde empezamos? —Voy a enseñarte tu habitación. Estarás en la tercera planta, en la casa, como las demás empleadas. —¿¡No puedo quedarme aquí con vosotros!? — Deja de gritar y no, yo no soy exactamente del servicio, por eso vivo en la Casita. Además, Manu no se tomaría bien que durmieras aquí. —Entiendo. Paseo la vista por el verde jardín y la amplia piscina azulada a lo lejos. Todo impecable y en absoluto mi mundo. —¿Qué tramas? ¿Por qué estás tan callada? —me pregunta Noa, haciéndome volver a la realidad—. Gis, te lo advierto: compórtate. Los Campbell son personas serias y formales, aquí nada de escándalos. —Tranquila, Noa, no te dejaré en mal lugar —contesto aburrida—. Háblame de la familia. Hasta ahora nunca

me han interesado, pero si prácticamente voy a convivir con ellos, será mejor estar informada. Luego no quiero sorpresas. Mi amiga me mira con verdadero orgullo, mientras juntas caminamos hacia el interior de la mansión. —Pues primero están los señores de la casa, William y Karen. Ambos son encantadores y no te darán problemas, ya lo verás cuando los conozcas. Luego está Roxanne... —Hace una pausa, agarrándome de la mano con gesto protector—. Es la hija pequeña y no es fácil, pero poco a poco se aprende a soportarla. Después está Matt, el mediano. Tiene veintiocho años y es un hombre bastante raro; habla poco y se suele pasar todo el día encerrado en el despacho o con sus negocios, incluso cuando vienen a veranear. El miércoles llega Eric, el mayor de los hijos del matrimonio Campbell. A ése se lo ve poco por aquí... Prefiere Nueva York. Es muy guapo. Una malcriada, un raro y un guapo. Estupendo. —Ajá —murmuro abatida. Este empleo empieza a gustarme cada vez menos. —Gis, ¿me has oído? — suspira Noa, desesperada—. Bueno, ya sabes lo esencial. Limítate a hacer tu trabajo y todo irá bien. Yo tengo mis dudas. —¿Tienen sus negocios aquí? —le pregunto curiosa. —La central está en Nueva York y en el centro de Málaga las sucursales, aunque creo que Matt también tiene algo en Madrid, pero no lo sé con exactitud: todo lo que rodea a ese hombre es confidencial y reservado. Según tengo entendido la familia se quiere quedar en Málaga, aunque no se sabe nada seguro. Son muy discretos con sus cosas. Asiento confusa. —Pero no te preocupes — prosigue Noa—. Son personas muy amables y atentas con sus empleados. Bueno, no todos... Sin embargo, los jefes sí lo son y con eso basta. —¿Toda la familia participa en los negocios? —Sí. Matt no sé muy bien en qué. Eric compra y vende coches. William es dueño de una importante cadena de ropa, Modas Campbell. Su mujer la diseña y Roxanne hace de modelo, digámoslo así. La miro ceñuda. En su última frase hay un deje de ¿desprecio? —Sólo posa para determinadas promociones, aunque no siempre, claro. No es aconsejable que sea siempre la misma modelo, y además ella aspira a algo más. En realidad a mucho más. —Espero no tener problemas, no sé morderme la lengua. A través de la parte trasera de la casa, llegamos a la tercera planta. Hay poca luz mientras subimos, aunque lo poco que veo es de un refinado diseño. Tonos claros, siempre entre el blanco y el crema... Bonito, pero a la vez demasiado distinguido a mi modo de ver. —Mis padres te mandan besos. ¿Y qué sabes de Scott? —No debe de andar muy lejos. La empresa para la que trabaja es donde Roxanne va a clases de modelo y como su padre es amigo del dueño, a la princesita hay que traerla y llevarla —explica, sin disimular su disgusto—. Scott es el chófer de la empresa que vive más cerca, así que le asignaron el encargo, pero no está nada contento. Entonces me contempla con aire melancólico. —Me habría gustado ver a tus padres, las veces que han venido se han portado conmigo como una verdadera familia. Anoche hablé con tu madre para decirle que te cuidaría y me explicó que siguen como siempre, luchando en la floristería, aunque no tienen la recompensa que merecen para tantas horas de trabajo. —¿Y eso lo dices tú? — replico con un aspaviento—. Vamos, Noa, trabajar aquí es mucho peor. Por lo menos, a ellos no les manda nadie. —Cállate antes de que te echen sin siquiera haber empezado a trabajar. «Respira —me digo—. Todo saldrá bien.» Llegamos a mi habitación y eso es lo único que me alegra la mañana hasta el momento. Es para mí sola y con baño incluido. Genial. El cuarto no es muy grande, pero sí acogedor. Cama individual en el centro, con un edredón rosa a juego con las cortinas. Un armario de doble puerta justo enfrente y mesillas de noche a los dos lados de la cama. También un escritorio pequeño cerca de la puerta del baño. Las paredes son de color crema y los muebles de un blanco inmaculado... Perfecto. —Gis, ese de ahí es tu uniforme

—me dice Noa, señalándolo. Me horrorizo. ¿Estará bromeando? Es un vestido negro y corto, con detalles blancos. —No me mires así —dice ella al ver mi cara—. Forma parte de los requisitos y se tienen que cumplir sin objeciones. —Menuda porquería —suelto, cogiendo el traje—. ¿No puede ser con pantalón? Sabes que odio las faldas y más tan cortas. No podré agacharme, ¡me verán el culo!

—A-dáp-ta-te. Gis, no seas caprichosa. Aquí tú estás para servir, no para que se te complazca. Que tu cabecita vaya asimilándolo.

—Estupendo —replico, probándome el vestido por encima—. ¡Me queda genial! Parezco una pornochacha...

—¡Gisele Stone, basta! —grita Noa, sobresaltándome—. ¡No quiero una sola queja más o te mandaré de vuelta a Lugo! Y no me vengas con que ya tienes veinticuatro años. Ese discurso me lo conozco muy bien.

Voy a replicar con toda la rabia que me consume, cuando por la ventana de mi habitación se oyen unos gritos que vienen de fuera.

—¿Qué pasa? —pregunto confusa, asomándome a la ventana—. ¿Ese de ahí no es Scott?

—Sí —confirma Noa sin alterarse—. Ya te he dicho que Roxanne es algo difícil. Siempre se levanta con este genio y Scott intenta hacer lo que puede... No se atreve a pedirle a su jefe que la lleve otro a la agencia. Es una niña de papá y le podría costar el empleo. Dice que lleva a otros muchos modelos profesionales y que ninguno tiene quejas de él, pero ésta va de diva.

—Pero ¿por qué le habla así?

Una mujer joven y rubia, de cabello largo y rizado, le está gritando a mi hermano mientras él vuelve a sentarse al volante, después de que la tal Roxanne acceda a entrar en el coche.

—Qué estúpida... ¿Me tratará así a mí también? Noa, creo que no voy a soportar mucho en esta casa. Mira a Scott, si casi parece cohibido, esperando que a la princesita se le pase el berrinche.

No lo puedo creer, con el carácter que tiene mi hermano. —Vas a tener que tener paciencia, Gis —me aconseja ella de nuevo. ¡Qué pesada!—: Roxanne es así con él, conmigo y con todos, y tú no vas a ser la excepción. Toda la familia la mima. Procura controlar tu genio, y deja que pelee sola, ¿entiendes? —Pero... —So-la. Con esas palabras de advertencia se va, dejándome hecha un mar de dudas. La situación parece complicarse más a cada segundo que pasa. Aún no conozco directamente a Roxanne y ya me siento atemorizada por ella. Me perturba también relacionarme con el resto de los hermanos, sobre todo con el chico raro... ¿Matt? Desalentada, cojo el uniforme del suelo, donde lo he tirado antes, y decido comportarme con sensatez. A ver qué tal me queda la monada. Incómodo y demasiado corto. Necesito un espejo. Con paso firme, me dirijo al cuarto de baño... Jadeo al ver mi imagen reflejada en ese cristal tan pulcro. ¿Ésa soy yo? Nunca me han gustado las faldas y ahora entiendo por qué. Se me ve muy provocativa... No, no me gusta. Mi piel blanquecina se distingue aún más con ese vestido tan oscuro, que me hace incluso más delgada de lo que soy. Suspiro al mirarme una y otra vez. No me queda mal, pero no es en absoluto mi estilo. El pelo suelto y con diadema, me ha dicho Noa. Oh, Dios ¿qué es esto? ¡No me reconozco! Mis ojos, grises y rasgados, parecen demasiado apagados. Mi cabello castaño ondulado con destellos rubios está decididamente encrespado. Y estoy pálida como un muerto... menudo asco. Furiosa, me arreglo el pelo como puedo, pero al tenerlo largo me resulta molesto llevarlo suelto. Y aunque tiro del vestido para que quede menos provocativo, es inútil y una

absoluta pérdida de tiempo. Mis pechos, que no son muy grandes pero sí redondos, casi se me salen del escote y las piernas... oh, mis piernas están totalmente expuestas. Es una vergüenza trabajar así. —Menuda panda de superficiales.

El lunes pasó muy rápido. Los señores, William y Karen Campbell, fueron encantadores, amables y correctos, como me había dicho Noa.

No eran muy mayores, aparentaban unos cincuenta años; unos padres jóvenes y atractivos. Ambos tan rubios como Roxanne, aunque los ojos de su hija eran más parecidos a los de William. Karen era tremendamente dulce y él, muy simpático. Se percibía en todo momento su entrega y complicidad con su familia.

Servir a Roxanne resultó en cambio una tortura... Se comportaba como la princesita de la casa, sin duda alguna. ¡Hasta había que ayudarla a desvestirse por la noche y a vestirse por la mañana! Pero ¿de dónde había salido esa chica? Su mirada, tan azul como el mismo cielo, me observó con desprecio desde el primer instante en que nos cruzamos, reacción que no pude entender. Y, aunque era tremendamente hermosa y con una figura espectacular, me dio la sensación de que carecía de lo más importante. Roxanne Campbell parecía no tener corazón.

El martes no fue mejor. Siguió tratándome con desprecio y exigiendo demasiado. En la casa solamente se respiraba tranquilidad y paz cuando ella se marchaba, aunque entonces era a Scott a quien le tocaba lidiar con la diva.

El miércoles se presentó más movido. Ese día llegó Eric, otro de los hijos del matrimonio Campbell. Éste no se parecía en absoluto a su hermana en cuanto a carácter: no juzgaba, no se quejaba de nada y era bastante tratable, como sus padres. En cambio era rubio como Roxanne y tenía los ojos tan azules como ella. Se lo veía bastante musculoso, aunque mucho menos que mi hermano Scott.

Hoy es jueves por la tarde. Noa me controla mientras yo preparo una bandeja con el té para la señora Karen y sus amigas del club privado. Todas ellas me producen alergia, pero poco a poco me voy adaptando a la rutina de la familia.

—Tengo entendido que Matt, el hijo mediano, ya está de vuelta —me dice Noa. Yo asiento distraída, enfrascada en mi trabajo—. Ha estado fuera unos días porque al parecer tiene problemas con su novia y quería solucionarlos.

—¿Cómo lo sabes? — pregunto curiosa—. Aún no le he visto. Tampoco nadie me ha hablado de él y, por cierto, no me ha parecido ver fotos suyas por la casa.

—No, es extraño, pero no las hay. Y sé que ha vuelto porque me lo ha dicho Scott mientras tú estabas muy entretenida comiendo churros. —Cuchichea para que nadie nos oiga—. Matt suele ser muy reservado, pero cuando está mosqueado habla demasiado. En el coche, con Roxanne, ha puesto a su novia de vuelta y media. Ha gritado tanto que Scott se ha enterado de todo.

«Oh, vaya.» —Bueno, ¡todo listo! — Levanto la bandeja con orgullo al verla tan bonita y ordenada—. Nos vemos luego, Noa. Y ahora que lo has mencionado, gracias por invitarnos a desayunar. Hacía tiempo que no comía tanto. —De nada. Estaré por aquí si quieres algo. Y ya sabes, paciencia con Roxanne... y con Matt. ¿Paciencia con Matt...? Sin darle mayor importancia, sigo mi camino. Al llegar a la gran sala, todas las mujeres están enfrascadas en conversaciones sobre modas, fiestas y los típicos asuntos de quienes no tienen nada que hacer. Ninguna me presta atención, sólo la señora Karen, que se dirige a mí en cuanto me ve llegar. Un gesto que me

tranquiliza. No me gusta acercarme a personas que se creen superiores tan sólo por tener dinero. —Aquí tiene, señora. ¿Necesita algo más? Ella me sonríe y me ayuda a dejar la bandeja. —Muchas gracias, Gisele. La verdad es que sí, necesito una cosa de suma importancia. —Cada palabra desprende una amabilidad que me impresiona—: Hoy ha llegado mi hijo Matt, que ha estado fuera unos días por motivos personales. Está en su despacho, es el que ha estado cerrado con llave todos estos días. Sírvele el té con unas pastas, por favor, y gracias de nuevo. —Bien, señora. Al llegar a la cocina no veo a Noa. Es raro, pues se pasa el día prácticamente pegada a mí, enseñándome lo necesario para que no quede mal. Preparo una nueva bandeja para el joven Matt y, mientras lo hago, rezo para que éste no tenga el carácter de su hermana. Procurando no hacer demasiado ruido por si Matt está trabajando, llamo a la puerta con suavidad. No se oye nada. Tras un par de intentos más, al ver que nadie responde, decido entrar sin permiso. Al hacerlo, me encuentro con una habitación sombría en la que apenas se ve nada, sólo oscuridad y tristeza. No tiene grandes ventanales, como el resto de la casa, y todos los muebles son tenebrosos... «Qué raro», pienso. —¿Hola? —digo, cerrando la puerta tras de mí. Nada, no hay respuesta y yo casi me caigo al suelo al tropezar con algo. Al hallar el interruptor y encender la luz, me quedo muda de sorpresa. Veo a un hombre joven, sólo algunos años mayor que yo, tremendamente guapo. De facciones bien definidas y labios carnosos, moreno y con unos ojos que me dejan impresionada de tan verdes como son... puedo distinguirlo aun desde lejos. Tiene que ser Matt. Me observa sentado a su escritorio y aparentemente furioso. Quizá por mi intromisión. —¿Quién es usted? —me increpa alterado—. ¿Por qué entra sin mi permiso? «Oh, Dios, qué hombre...» —He llamado y como nadie me ha respondido, he decidido entrar. —No puedo evitar ser algo borde al ver su reacción—. Ejem... señor Campbell, perdón por las molestias —añado—, pero su madre me ha dicho que le trajera esto. Sin dejar de mirarme, rodea el escritorio despacio y con actitud tensa hasta llegar frente a mí. No puedo evitar observar su cuerpo trajeado... musculoso y bastante alto. Qué hombre tan impresionante y, por lo que se ve, tan prepotente, pienso de nuevo. —¿Ha terminado la inspección? Avergonzada, levanto la vista hacia él, que me parece aún más guapo. —¿Señorita...? —Stone, Gisele Stone. La nueva chica de servicio. —Y bien, señorita Stone, ¿quién le ha dado permiso para entrar en mi despacho y hablarme con la altanería con que lo ha hecho? —me pregunta en tono engañosamente paciente, pero sin duda enfadado. Qué dientes tan blancos... —Perdón. No era mi intención ofenderlo con mi tono —suspiro, tragándome el orgullo—. En cuanto a haber entrado, quería asegurarme de que no hubiese nadie para avisar a su madre. Me disculpo de nuevo. —Que no se vuelva a repetir. —Su tono es cortante y autoritario. Escrutándome y con la mandíbula apretada, niega con la cabeza y vuelve a su asiento. Menudo culo—. Deje la bandeja sobre la mesa y, por favor, recoja un poco el despacho, que para eso se le paga. Controlando mi mal humor por el desprecio de su última frase, hago lo que me ordena. Al parecer, es otro estúpido como su hermana Roxanne. Guapos sí, pero sin escrúpulos. El despacho es un caos. Produce horror verlo y aún más limpiarlo. ¿Cómo he llegado a esto? Sin pensarlo más, empiezo a recoger vasos, botellas y platos de distintas partes de la estancia, cerca de la mesa cubierta de papeles. El escritorio es muy amplio y de color negro, como el resto de los muebles. Hay varias estanterías con archivadores, grandes cuadros algo siniestros y un sillón bastante ancho de color marrón oscuro... Solamente una ventana, más bien pequeña. El señorito Matt controla mis movimientos sin disimulo. Siempre con actitud prepotente, haciéndome sentir cohibida con su penetrante y fría mirada.

Intento ignorarlo y continúo con mi trabajo consiguiendo no escupir el veneno que arde en mi garganta. ¡Vaya un estúpido! Me lleva más de tres cuartos de hora dejar el lugar visiblemente más ordenado. Cuando acabo, me planto frente a él sin rehuir su meticuloso escrutinio. Casi se me escapa una burlona sonrisa al notarlo sorprendido. —¿Desea algo más, señor? — pregunto amablemente. —Quizá... —Su voz suena dura, prepotente, descarada—. ¿Qué me ofrece? Lo miro sin entender sus palabras. ¿Que qué le ofrezco? ¿Qué mierda le voy a ofrecer? —Es usted el que manda — respondo confusa—. Usted ordena y yo obedezco, ¿recuerda? Mi tono sarcástico no le gusta. Su mirada se vuelve gélida, cruda, posesiva. Y por su postura tan rígida y altiva sé que algo no anda bien. ¿Estoy en un lío? —Ya sé lo que quiero — murmura, de pronto pensativo, cerrando y abriendo los puños. ¿Son heridas eso que tiene en la mano? Asiento expectante, aguardando la petición del brusco, pero no por eso menos guapo señor. —La quiero desnuda y tumbada sobre mi mesa. Voy a tomarla por insolente.

2 Una propuesta indecente

REACCIONO torpemente, incluso esbozo una media sonrisa al creer que se trata de una broma, siendo novata en la casa... Su expresión no cambia y yo me doy cuenta de que este hombre no juega.

Lo observo yo también, sin dar crédito a sus palabras. ¿Qué está diciendo? ¿Que va a tomarme sobre la mesa? Siento que la cara me hierve de furia, que me ruborizo al tener que morderme la lengua. Va listo si cree que voy a obedecer una orden como ésa. ¿Qué le pasa? ¿Está loco?

Inspiro, controlando mi furia; tengo que calmarme. Quizá lo he oído mal...

—¿Qué has dicho? — pregunto, con los brazos en jarras—. Me parece que no te he entendido bien.

Matt Campbell tuerce el gesto y vuelve a levantarse de su butaca para rodear el escritorio, como ha hecho antes, esta vez incluso más serio y rígido. Se coloca frente a mí sin tocarme, con esa prepotencia que lo caracteriza.

—Señorita Stone, ante todo, no debe tutearme. —Su serenidad es asombrosa después de la orden que acaba de darme—. Debe decir «¿Qué *ha* dicho?». Y contestando a su otra cuestión, aunque por la expresión de su cara creo que ya lo ha entendido, le he dicho que voy a tomarla ahora mismo sobre mi mesa por insolente. Y vuelvo a repetírselo, túmbese.

—¿Que haga qué? —¿De dónde ha salido? — pregunta, encendiéndose y abriendo y cerrando los puños—. ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—¿Puedo marcharme ya? — pregunto indignada. —Cumpla mi orden ahora mismo. Pero ¿de qué va todo esto? ¿Es una broma de mal gusto? —¿Está loco o qué diablos le pasa? Me asusta la forma en que devora mi cuerpo con esa mirada tan posesiva y ansiosa. Sin apenas ser consciente, empiezo a retroceder. —Ya lo creo que estoy loco. Si estuviese en mis cabales, la habría echado ya de mi casa después de desafiarme como lo ha hecho. —Me sigue como a una presa... Oh, oh —. En vez de eso, le doy la oportunidad de reparar su error. Desnúdese, ése es el precio que debe pagar. ¿Error? ¿Desnudarme? —¡No! —grito, aterrorizada ante su comportamiento—. ¡No se acerque! —¿No? —En un momento me tiene acorralada entre la puerta y su cuerpo, sin posibilidad de escapar. Se ha acabado el juego y empiezo a temblar—. Como ve, ya lo he hecho. Matt Campbell apoya las manos en la puerta, a ambos lados de mi cabeza. Su mirada se clava en la mía, que sin duda debe de reflejar todo mi horror e indignación. ¿Qué mierda le sucede a este hombre? Su conducta no es lógica. ¿A qué viene esta cacería? Sin importarle lo agitada que

estoy, arrima su cuerpo al mío despacio, dejándome aún más confusa. —Como no me deje en paz, se lo voy a contar a sus padres — amenazo, buscando sus ojos, que siguen contemplándome —. Me está acosando como un asqueroso sátiro... Apártese de mí o empiezo a gritar ahora mismo. —Hágalo. El despacho está insonorizado —me reta con calma—. Además, ya gritará cuando la haga mía y usted me acoja dentro con esta pasión que está demostrando al resistirse. Jadeo, escandalizada por su atrevimiento. ¡Nadie jamás me ha hablado en ese tono y mucho menos con palabras tan directas! —¡Grosero! Me pone la mano derecha en el muslo y va subiendo muy lentamente. Yo quiero correr, gritar..., pero mi cuerpo parece haberse desprendido de mi mente. Me quedo quieta, casi sin aliento, sintiendo cómo su palma traza un lento y tortuoso camino de fuego sobre mi piel desnuda. —¡No me toque! —gruño, cerrando los ojos, pero permitiéndole avanzar—. No... no. —Señorita Stone, tiene que aprender y entender quién da las órdenes aquí —amenaza cerca de mis labios. Abro los ojos y me encuentro de nuevo con los suyos, verdes, tan fríos como el hielo. Hay lujuria en ellos. —Yo ordeno y usted obedece, ¿recuerda? —añade. ¿Está jugando conmigo? No, lo que quiere es ejercer su poder. —¡Yo no obedezco ese tipo de órdenes! —Con esfuerzo, sujeto su mano con la mía, deteniéndolo. El contacto me abrasa, paralizándome el cuerpo, pero no la lengua—. ¿Sabe qué? ¡Es usted un egocéntrico! Y no me asusta su chulería. —Y usted es una maleducada y una desvergonzada. Pero le voy a enseñar modales, a respetar a las personas que están por encima de usted en esta casa... y yo lo estoy. ¿Queda claro? —murmura, rozando mis labios. «¡Páralo!» Pero me callo, dejándome llevar por el cúmulo de emociones que hierven en mi interior al estar tan cerca de Matt Campbell. ¿Qué me está pasando? ¿Voy a permitir que me toque un hombre al que no conozco y que encima me lo está exigiendo? Sin decir nada más, me agarra el mentón con brusquedad y une sus labios a los míos, mientras me sujeta la cabeza. ¡Quiero gritar de rabia! Su agresiva boca me insta a abrir la mía. ¡Lo odio! Lo odio porque el roce de sus labios hace que me estremezca de pies a cabeza, despertando en mí un deseo irresistible. Sin poder aplacar mis ganas de probar su sabor, abro finalmente la boca y me entrego a sus labios por completo. Gimo al notar el fuego que desprenden. La manera en que su lengua seduce a la mía, su salvaje forma de devorarme, de saborearme sin control se apodera de mí y me lleva a un abismo sin límites. Nunca me han besado con tanta fogosidad, jamás he anhelado algo con tanta desesperación como hasta este momento. Mi cuerpo está atrapado por el suyo y puedo sentir cómo su miembro late contra mi vientre, causándome vértigo y despertando en mí un apetito diferente a todo. ¿Qué puedo hacer? Nunca he sido una chica fácil y no lo seré ahora. Aunque me excite muchísimo sentir sus labios sobre los míos, aunque su aroma tan masculino me vuelva loca, aunque note su sabor en mí. «No.» —Basta —gimo, girando la cara—. Déjame. —No, quiero más, mucho más. Muy alterado, vuelve a colocar una mano en mi muslo y esta vez no retrocede. Puedo ver las ganas que tiene de mí... o simplemente de sexo. Confusa entre lo que debo hacer y lo que deseo hacer, con la rodilla derecha le doy un golpe en la entrepierna, haciendo que se aparte bruscamente de mí, jadeando de dolor. —¡Te odio! No vuelvas a tocarme —grito con voz áspera, abriendo la puerta para escapar—. ¡Ni siquiera me mires! Antes de cerrar, oigo que dice: —Lo vas a pagar. Por primera vez en mucho tiempo me siento asustada... y no por él, pese a su carácter tan tosco, más bien por lo que ha provocado en mí desde que me ha tocado. Mi curiosidad aumenta al ver que no me persigue y, vacilante, lo espío a través de la puerta entreabierta. ¿Qué hace? Camina agitado arriba y abajo, cogiendo y volviendo a dejar los objetos

que adornan los estantes... Repite sin cesar el movimiento y murmura palabras tan atropelladas que no soy capaz de entenderlas. Es como si se sintiera muy poderoso. Se lo ve sobreexcitado... hiperactivo. Me alejo. Con piernas temblorosas, echo a correr por la casa sin rumbo, es tan grande que me pierdo. Pero entonces oigo unas voces al fondo del pasillo. Trato de reducir el paso y caminar con normalidad, aunque mi respiración aún sigue muy alterada. Vuelvo a pensar en él. No soy capaz de entender lo que acaba de ocurrir. ¿De verdad hubiésemos llegado a más de haber yo sucumbido? —¿Gisele? Sobresaltada, me vuelvo rápidamente al oír la voz de un hombre. Pero suspiro aliviada al ver que es William Campbell. —¿Le ocurre algo? La noto agitada —dice él. ¿Que si me ocurre algo? Aún tiemblo ante el pensamiento de lo que ha pasado. —No es nada. Gracias por su preocupación —contesto, con una forzada sonrisa—. ¿Deseaba algo, señor William? —Sí. ¿Sabe si mi hijo Matt está en su despacho? —Me descompongo al oír su nombre—. Necesito verlo y no sé si sigue en casa. Ahora él aprovechará para contarle a su padre lo ocurrido. Me van a echar... Oh, mierda. ¿Qué pensarán el resto de mis compañeros? —Sí, señor..., acabo de servirle el té. Si no desea nada más... ¿puedo retirarme? —Adelante, Gisele y gracias. Con paso rápido me dirijo hacia la cocina. Estoy hecha una furia. Noa tendrá que explicarme dónde demonios me ha metido. Pero cuando entro en esta estancia tan amplia y blanca, veo que sigue desierta. ¿Dónde está Noa? Entonces oigo un leve ruido que proviene de una pequeña despensa adyacente. ¿Será mi amiga o al abrir la puerta me encontraré con otro perturbado? No, eso sería demasiado. Abro casi sin pensar y ahogo un grito tapándome la boca. Noa está sentada sobre una mesa, con las piernas abiertas y Eric Campbell entre ellas... —¡Gis! —me grita enfadada, apartándose de él rápidamente—. Gisele, hay que llamar a la puerta antes de entrar, ¡por Dios! ¿Es que ha perdido la puta cabeza? ¡Está casada! Además, podría haber sido cualquiera quien abriese esta puerta... —¿Cómo dices? —digo asqueada—. ¿Cómo mierda iba a saber yo que tú estabas aquí enrollándote con alguien? Dios, Noa... si no lo veo, no lo creo. Pero bueno —añado con sarcasmo—. Ya os dejo, vosotros seguid con lo vuestro... Eric no me da la cara y, para ser sincera, lo prefiero así. Jamás en la vida habría pensado encontrarme o ver a alguno de mis seres queridos en una situación tan comprometida... Es repugnante. Por lo que parece, los hermanos Campbell se dedican a tener sexo con sus empleadas... Menudos cerdos. —¿Dónde diablos me has metido, Noa? —no puedo evitar preguntar antes de marcharme. Ella me fulmina con la mirada, pero a mí no me importa. Salgo fuera de la casa y, agobiada y sin mucho que hacer, miro la hora: sólo son las ocho de la tarde y ya me siento agotada. Con la mirada perdida, vago por el jardín hasta que de repente me suena el móvil, sobresaltándome. Es Scott. —Hola, Gis —me saluda mi hermano—. ¿Cómo lo llevas? Suspiro resignada. ¿Le cuento lo del señor «túmbese sobre la mesa»? No. ¿Lo que he descubierto de Noa? No. No debo y, para mi sorpresa, tampoco quiero hacerlo. —Bien... El trabajo aquí es agotador, pero ya no me queda mucho. ¿Y tú qué tal? —Yo ya estoy en casa, pero para mí el día tampoco ha sido demasiado agradable. Me sorprende lo ausente que parece. —¿Ocurre algo? —Nada a lo que no esté acostumbrado. —¿Una mujer? —pregunto ilusionada. —No sé si se la podría llamar así, esa denominación le viene grande —contesta con una rotundidad que pocas veces le he oído antes—. Cuéntame cómo te tratan los Campbell. No me gusta nada que estés ahí. Mereces algo más. —Me tratan bien... Con Roxanne tengo algunos problemas, pero he decidido pasar de ella, no merece la pena. —Espero su crítica, sus preguntas; sin embargo, él no dice nada—. Los demás son amables. —¿Has conocido a Matt? «A él y a sus manos y a su boca. ¡No, no pienses en él!»

—Hoy le he llevado una bandeja, pero ha sido sólo un momento. —Bien, no te involucres mucho con esa familia —me aconseja apagado—. Trata de aguantarlos y se acabó. —Ya... Ya lo sé. —Carraspeo incómoda—. ¿Te veré el domingo? —El domingo he quedado con Melissa, te llamo para confirmarte la hora, ¿de acuerdo? —Vale. Hum... Melissa — repito pensativa—. En fin, ¿otra braguita alegre? Ambos estamos riendo cuando alguien me llama a gritos, acabando con mi tranquilidad. Roxanne. —Te dejo, chico. Tengo trabajo con la princesa. ¿Cómo puede ser tan insoportable? —Las hay que son así. —Su voz suena forzada, alterada—. Venga, sírvele o montará en cólera. Te llamo mañana. —¡Un beso! Me apresuro en llegar a la habitación de Roxanne. Tras llamar, me da permiso y entro. Tiene su perpetua expresión de asco. ¿Por qué está tan amargada siempre? El desorden reina en la habitación, con zapatos y vestidos esparcidos por todas partes. Su cuarto es el más espectacular de todos. Con una cama muy amplia, y bonitos muebles en los que guarda perfumes, joyas o simplemente adornos. Tiene también un gran vestidor repleto de todo tipo de prendas y complementos. Es la niña mimada de la casa, no cabe duda. —¿Qué desea, señorita? —¡Te he buscado por todas partes! —Quiere amedrentarme, pero no lo consigue—. Esta noche tengo una cita, necesito que me ayudes a prepararme. —Como mande. Ha llegado la hora de que se pruebe mil trajes distintos. Como temía, transcurren tres cuartos de hora hasta que la señorita encuentra algo de su gusto. Un traje corto rojo, con escote muy pronunciado. —Éste me gusta —murmura, mirándose al espejo—. ¿Qué haces ahí parada? Ven a ayudarme con el pelo. Con toda la paciencia del mundo, intento peinarla acorde con su indumentaria. Tras varios intentos fallidos, empiezo a estar desesperada. Son las nueve de la noche, a las nueve y cuarto tengo que ponerme con la cena y aquí estoy... peinando a la Barbie. —¡Estúpida! ¡Me has hecho daño! ¡Ten cuidado! ¡Esa horquilla aquí! Gritos y más gritos por su parte hasta que parece satisfecha. —Éste le queda muy bien, señorita —miento para poder irme —. ¿Se lo va a dejar? —Hum, me parece que sí. Puedes largarte. —Gracias. Y me marcho como alma que lleva el diablo. Al llegar a la cocina, me encuentro con Noa, muy atareada preparando la cena. Empieza a disculparse. —No digas nada. No es el momento —la interrumpo sonriendo —. La señorita Roxanne tiene una cena, tenemos que poner un plato menos. —Entonces serán dos menos. Matt también ha salido y volverá tarde. —Me recorre un escalofrío—. Parecía enfadado y cuando está así, es mejor que se tome su tiempo. —¿Sabes... por qué está enfadado? Noa se vuelve rápidamente hacia mí, acusándome sin palabras. —No he hecho nada, Noa. Le he servido bien y casi ni le he visto —la engaño descaradamente—. Lo he conocido... y me ha parecido algo extraño. Noa se tranquiliza. —Al parecer, la culpa de su enfado la tiene una llamada — cuchichea cerca de mi oído—. Lo he oído gritar bastante enfadado. Creo que tiene que ver con su novia, no sé. —Cuéntame de ellos —pido, sin poder controlarme—. ¿Llevan mucho tiempo saliendo? Noa, no me mires mal. Siento curiosidad, sólo es eso. Necesito saber más de él. Necesito saber qué lo ha impulsado a tratarme del modo en que lo ha hecho. —Está bien. Pues al parecer llevan tres años juntos. La familia Campbell adora a la chica, aunque intuyo que Matt y ella no se llevan muy bien. Él parece muy enamorado, pero ella no me termina de gustar. Se llama Alicia y es algo estúpida. ¡O sea, que se trata de una novia formal! —Todo listo, Gis. Esta noche quieren una cena rápida. Sólo están el señor William, la señora Karen y... Eric. —El último nombre lo dice apenas con un susurro—. Lo siento, él me... Sonrío, asintiendo. —Mañana ya me explicarás de qué va esto, no quiero que nadie te pueda oír. —Le doy un beso en la mejilla despidiéndome de ella, que ya termina su turno—. No hace falta que me vigiles, como

todas las noches. Luego lo recogeré todo. Te prometo que seré una chica buena. La cena ha ido bien. Tranquila y, sobre todo, silenciosa. Mientras parte de la familia Campbell cenaba en la gran sala, yo lo he hecho sola en la cocina. Noa suele comer en su casa, y las demás empleadas en sus habitaciones. Tras haber ordenado y recogido todo lo necesario, por fin llego a mi habitación. Son las once menos cuarto de la noche y decido darme una buena ducha para relajarme. El agua templada me sienta de maravilla. Era lo que necesitaba para dormir como un tronco. Mientras me aclaro el pelo, pienso un poco en el tremendo día. Sólo llena mi mente un nombre... Matt Campbell. Sigo sin entender nada de lo que ha ocurrido con él. ¿Las tratará a todas igual? ¿Así las castiga a todas? Pero castigar ¿por qué? ¿Es que nadie lo ha puesto nunca en su sitio? «Pasa de él», me digo. A pesar de la incómoda situación, no le he tenido verdadero miedo. Algo dentro de mí me decía que no es tan terrible como aparenta. No, estoy segura de que Matt Campbell no me haría daño. Me ha parecido un hombre muy serio, amargado y frustrado. ¿Por qué? Lo tiene todo para triunfar y ser feliz, pero no parece disfrutar de ello. Tiene que haber una explicación para su salvaje comportamiento... pero ¿cuál? Decido salir ya de la ducha y apartarlo de mi mente, aunque no puedo evitar recordar su beso y el contacto de su mano sobre mi piel. Pero ¿qué me pasa? Por primera vez en mi vida tengo unos horribles deseos de tocarme... ¡Y por Matt Campbell! Para dormir, me pongo una camiseta vieja que me llega hasta medio muslo. Está llena de agujeros. Es realmente fea, pero ¿qué importa? Al fin y al cabo, nadie va a verme. Al meterme en la cama, mi cuerpo se relaja. Por fin puedo descansar. Me acurruco bajo las sábanas, pero un ruido en el pasillo me hace ponerme en guardia. ¿Será Noa? Fingiéndome dormida, veo cómo la puerta de mi cuarto se abre lentamente y me quedo sin respiración... ¡Es Matt Campbell! No puede ser. ¿Qué hace en mi habitación? Controlo mis ganas de gritar, esperando que se vaya, aunque me noto temblar. Él entra y, con sigilo, corre el pestillo. ¿Qué quiere? ¿Va a intentarlo de nuevo? Furiosa, me dispongo a defenderme. Maldita sea, tendría que haber cerrado la puerta antes de acostarme, me digo una y otra vez. —Gisele —dice en medio de la oscuridad. No me sorprende su tono: frío y autoritario—. Gisele, sé que está despierta. Háblame o no me controlaré. Pero ¿por qué no me deja en paz? Indignada, me incorporo, inclinándome hacia un lado para encender la luz de la mesilla. Luego, mis ojos buscan con irritación a ese hombre que con tanto descaro se atreve a cruzar una línea tan prohibida como es entrar en la habitación de una empleada, en este caso, la mía... Ahogo un grito al ver su aspecto tan desaliñado. Lleva la camisa medio desabrochada y por fuera del pantalón, el nudo de la corbata medio deshecho y el pelo alborotado. Su rostro es una máscara de hielo sin expresión, lo que me hace pensar que debe de ser habitual en él. ¿Qué le pasa? —¿Qué quiere? —susurro sin flaquear, pese a que me siento descompuesta. —¿Todas las mujeres sois tan perras? —Me sobresalto ante su agresiva pregunta —. Contésteme. Esta noche no soy capaz de pensar en otra cosa. —Eres un imbécil —le espeto, mirándolo a los ojos y tuteándolo—. ¿Qué mierda quieres? ¿A qué viene esto? —La pérfida de mi novia me ha engañado con mi mejor amigo y no es la primera mujer que me decepciona de una forma tan cruel. Con un nudo en la garganta, busco en su cara signos de su dolor, alguna emoción al hablar de un hecho tan terrible. Pero frialdad es lo único que aprecio. —Gisele —continúa—, me lo voy a cobrar, estoy frustrado, lleno de rabia. Necesito desahogarme y quiero que sea con usted. —¿Yo? ¿Por qué lo paga conmigo? —preguntó atónita—. ¿Qué le he hecho yo? No me conoce de nada, no tiene ningún derecho a irrumpir así en mi habitación. —Supongo que el azar la ha puesto en mi camino, burlándose de mí —responde con dureza—. Ha aparecido

en un momento muy inoportuno. Sobre todo al retarme de la manera en que lo hace y provocarme hasta hacerme sentir ansioso de probar su temple en la intimidad. Desconcertada y sin dar crédito a lo que oigo, me dejo caer de golpe hacia atrás, observando la sombra que él proyecta en el techo de la habitación. Se acerca y un segundo después, su peso cae sobre mí. Abro la boca para gritar... pero no consigo hacerlo, porque Matt Campbell me la cubre con su tremenda mano, quieto sobre mi cuerpo, sin permitirme mover un solo músculo. —Chis, no grite —me ordena, sujetándome las manos contra el vientre con una de las suyas, mientras con la otra sigue tapándome la boca—. Puede decir lo que quiera, pero no se me va a escapar. Mucho menos después del genio que ha demostrado tener hoy. Lo siento, señorita Stone, me he quedado con ganas de complacerla. —¿Con qué derecho me hablas así? Vete —farfullo enfadada y temblorosa, pensando en morderle la mano—. Quiero que te vayas ahora mismo. No voy a dejar que hagas conmigo lo que te venga en gana por ser un niño rico acostumbrado a tenerlo todo. Yo no soy una fulana y aún menos la tuya. —Puede serlo —afirma contundente—. Y no me tutee. «No me tutee...» Acato la orden para calmarlo, maldito sea. ¿A cuántas empleadas habrá tenido así? —Pero ¿qué se cree? Su dinero no puede comprarme, porque yo no me vendo. Me observa inexpresivo, con la mandíbula visiblemente apretada, que deja ver lo irritado que está. ¿Irritado él? ¡Es el colmo! ¡Su cuerpo me aplasta! Tengo calor, mucho calor. —¿A usted también le gusta divertirse con los hombres? — pregunta, con su habitual tono despectivo—. ¡Dígamelo! ¿Quiere jugar? Pues bien, jugaremos los dos. —¿Sabe qué?, sí, me encanta retozar con los hombres en la cama, disfruto mucho al gozar con ellos. —El efecto es inmediato, noto cómo su excitación crece, presionando mi muslo. Oh, oh—. Pero no lo haré con usted. Vaya a buscar a su novia y desahogue su frustración con ella. —Gisele, sabe provocarme muy bien. —Esboza una falsa sonrisa y acerca los labios a mi mejilla derecha. Mierda, se me eriza el vello—. No tiene ni puta idea de lo peligroso que es desafiarme así, aún me incita más a desearla. Desnúdese, me muero por verla desnuda. Gimo sin saber ocultarlo, la frase me gusta. —No, maldita sea, no — protesto forcejeando, intentando salir del embrollo en el que estoy metida y al que me ha llevado él con su palabrería barata. Vuelvo la cara, alejándome del calor de su aliento—. No-con-usted. Déjeme en paz. —Bien. Entonces déjeme hacerlo a mí. No me rechace, no si se lo permite a otros. Cuando lo observo de reojo, veo cómo su mirada se oscurece, mientras contempla nuestros cuerpos pegados. Gruñe con la respiración alterada, apretándose más entre mis muslos. Me sujeta con decisión, pero no me siento forzada; una parte de mí intuye lo mucho que se está controlando y que hace lo que puede para no lastimarme. Yo poco a poco dejo de resistirme. Nunca he conocido a un hombre que me desafiara de este modo, provocándome desconcierto y curiosidad. —Me voy a retirar para permitir que se desnude. Sea buena, señorita Stone. No me iré de aquí sin obtener una satisfacción... y espero tenerla en todos los sentidos. Quiero ver su fogosidad en la cama, esa misma que demuestra al discutir. Yo me siento agotada, rendida... —¿Por qué no me deja en paz? ¿Por qué quiere esto de mí? — pregunto con un susurro, aprovechando que vuelve a mirarme fijamente a los ojos. Por un fugaz segundo, me parece descubrir tristeza en los suyos—. Vaya a buscar a su novia... ella es la que le ha hecho daño. Su expresión dura y escrutadora cambia repentinamente por otra que no sé descifrar y, de forma pausada, se acerca para besarme la barbilla. Jadeo al sentir de nuevo sus labios en mi piel. ¡Maldito sea! Me gusta lo que me hace, me seduce con las sensaciones que despierta en mí. Nunca antes me había sentido así... ¿Cuántas veces he anhelado un hombre con el que poder compenetrarme, que me impulsara a desinhibirme

sin dudar? —Ella es una perra —afirma con dureza, resiguiendo con la punta de la lengua el contorno de mis labios—. Creía que lo tenía todo conmigo, pero ha buscado refugio en otros brazos. Lo he descubierto esta tarde, justo antes de llegar a casa —murmura agriamente—. Esta noche la muy cínica me ha pedido que la perdone. ¿Debo hacerlo? Siento que jamás podré confiar de nuevo en una mujer. Necesito desahogarme y olvidar. Para mi sorpresa, siento pena por él... Intuyo que, a pesar de tener tanto, no tiene nada. En el mundo de Matt todo depende del dinero y las amistades pueden ser interesadas, como parece serlo la relación con su novia. ¿Más allá de eso no hay sentimientos? Él necesita desahogarse y quiere hacerlo conmigo. ¿Con sexo? En el fondo yo también le deseo, desde que lo he visto en el despacho. ¿Por qué? Nos acabamos de conocer... Yo nunca he hecho algo así. Con Álvaro fue todo tan insignificante, él era tan tímido y conservador..., Más tarde me he cruzado con hombres corrientes, pero yo soñaba con uno diferente... Y Matt lo es. Pero ¿merece obtener lo que exige, después de lo brusco que ha sido conmigo? ¿Después de lo que acaba de decir? —Dígamelo, ¿debo perdonarla? —No lo sé... —Me ha humillado, se ha aprovechado de lo que yo le entregaba —continúa, soltándome las manos. Sin embargo, yo no lo aparto. Permito que siga pasando sus labios por mi boca sin dar el siguiente paso. Rozándome el vientre con sus dedos ágiles—. Olvidar es lo único que quiero. Estoy harto, no sé por qué he creído que usted podía ayudarme a hacerlo... Y no me iré hasta conseguir lo que quiero. —¿Su desquite? Él calla, respondiéndome con su silencio. —Un juguete en la cama... Su juguete, ¿verdad? —Usted es la única culpable. Matt Campbell desea utilizarme para su capricho. ¿Y si dejo de pensar y actúo, experimentando con él en ese terreno tan frustrante para mí como es el sexo? ¿Y si me dejo llevar por una vez en la vida por lo que realmente me pide el cuerpo? Aunque sea incorrecto o inmoral... Me enciendo, mi piel responde a sus caricias. ¿Por qué cerrarme a una experiencia que anhelo? —Nunca he buscado a ninguna otra empleada, esto no es una costumbre en mí —aclara rígido, mordiendo, succionando mi boca, esperando mi rendición, mi aceptación—. Nadie se ha atrevido a hablarme como usted... Me intriga. Menuda sorpresa. ¿Será verdad? —No lo dude —añade, como si me hubiese leído el pensamiento. Sus labios trazan una nueva línea de fuego, bajando hasta mi mandíbula. Me gusta tanto... No es una forma de besar o saborear suave, es más bien salvaje, ansiosa. Me excita con la fuerza de un volcán en erupción, hasta el punto de hacerme desear más... mucho más. Sin compasión, se agita y roza contra mi cuerpo, frotando con su miembro mi intimidad y arrancándome un doloroso jadeo. Me atrae y mucho. —Desnúdese —insiste, al notarme hecha gelatina. Su mirada me confirma lo que mis ojos expresan, pero no mi boca—. Para lo que voy a hacerle, la ropa nos sobra. Escúcheme, voy a tomarla como nadie lo ha hecho nunca antes. Jamás olvidará esta noche. Perdida en esos ojos verdes que me traspasan con intensidad, lo aparto de mí con gesto coqueto. Matt advierte mi intención y se retira lentamente, observando cada uno de mis sensuales movimientos. —Le repito que no soy una ramera. Ya estoy perdida y él lo sabe. —Doblo lo que le pagan William y Karen —negocia sin más—. Tendrá lo suyo más lo mío. Nunca va a recibir una oferta mejor que ésta: dinero y placer con alguien que la excita mucho. Lo sé, lo noto. —No —repito terca. ¡Pagarme como si fuera una cualquiera! Tengo demasiada autoestima para eso. —¿Cuánto pide por complacerme? —pregunta, con una peligrosa sonrisa en sus apetitosos labios. ¡Es tan guapo...!—. Gisele, sabe que sea como sea la voy hacer mía. Aproveche la ocasión. Su estúpida oferta colma mi paciencia. Insiste en tratarme como le da la gana. ¿Por qué no hacer yo lo mismo? A medida que pasan los minutos, más claro tengo que

terminaremos en la cama, lo sé. Por Dios, he estado esperando a un macho duro como él... A pesar de las ganas que tengo de abofetearlo, también me muero por devorarlo. Nunca había sentido un deseo tan fuerte como el que siento por este egocéntrico salvaje. —Quiero el triple —lo reto, esperando que se niegue, dejándole claro que siempre saldré por donde no espera—. ¿Qué me dice? ¿O acaso soy muy cara para usted? —En absoluto, acepto. La quiero las veinticuatro horas a mi disposición. —¿Perdón? —pregunto boquiabierta. —Lo que ha oído, pagaré lo que sea por tenerla. ¿Qué he hecho? ¡Negociando con el mismísimo demonio! ¿Me estoy convirtiendo en su...? «¡Reacciona, demuéstrale quién eres!» —Trabajo para sus padres. No puedo dejarlos plantados por un capricho suyo. ¿Qué les diré? «Señores, les serviré la cena más tarde, porque su hijo quiere tener sexo conmigo ahora mismo.» —Mi sarcasmo una vez más no le gusta y yo tiemblo de pies a cabeza. —Es una insolente. Ya veremos cómo son las cosas; de momento, desnúdese. Ya he perdido demasiado tiempo. «Más tarde sabrás que no aceptaré un maldito euro, que puedo ganarte la partida.» —Me voy a desnudar, me va a tomar y se va a marchar —ordeno yo esta vez, alzando una ceja—. Estoy cansada y me importa una mierda cómo encaje mis palabras. Con desparpajo, empiezo a quitarme lo único que cubre mi cuerpo: la camiseta vieja llena de agujeros. —Cuide esa boca. No me gustan las mujeres vulgares. No aparta la vista de mi cuerpo, deleitándose con mi descaro. Sus ojos, que parecen querer decirme tanto, en cambio no dicen nada. —Yo no pretendo gustarle — contraataco coqueta, lanzando la camiseta por los aires. Cierro los ojos, me deshago de la braguita, del sujetador... y luego los abro de nuevo—. Aquí me tiene... ¿contento? —¿De dónde ha salido? «¿Y tú?» —De mi casa, vaya pregunta. ¿Le gusta lo que ve, señor Campbell? Es extraño sentirme tan deseada y expuesta ante alguien a quien apenas conozco. Sin embargo, no siento vergüenza. —¿Cuántos hombres la han tocado? Su mirada se desliza por mi cuerpo. Tiene la mandíbula apretada y yo estoy temblando de nervios, aunque disimule. Con la adrenalina estimulando mis sentidos, me acerco a él gateando por la cama. Provocarle resulta excitante. —No le importa. —Sonrío con sarcasmo —. ¿O sí? —Es como todas. No valen nada. Sólo quieren dinero y aprovecharse de hombres como yo. Desde ahora, yo también haré lo mismo. Las mujeres no merecen la pena. Más de una me lo ha demostrado... Y usted se ha sumado hoy a la lista. Y sin previo aviso, me tumba sobre la cama de espaldas, colocándose sobre mí. Cubriendo mi cuerpo con el suyo con rudeza. Toma mis labios con la misma ferocidad que lo ha hecho esta tarde, esperando mi resistencia. Algo a lo que no me prestaré. Su boca busca la mía con ansias de posesión, con deseo. Me siento abrumada por lo que está sucediendo y, sin más preámbulos, le devuelvo el beso con la misma intensidad e insensatez. ¿Por qué contenerme? Yo también lo deseo, ahora, aquí. Beso sus labios con fervor, saboreando el dulce sabor de su aliento, mezclado con el amargo del alcohol, una combinación enloquecedora que me hace anhelar más y más. Sus labios son húmedos y cálidos a la vez que salvajes. Sus besos dominan cada rincón de mi cuerpo... Empiezo a sentirme rara. Una de sus manos, no sé cuál, pues he perdido la capacidad de pensar, desciende por mi muslo sin delicadeza, hasta que abruptamente se pierde entre nuestros cuerpos. Mientras me besa, puedo imaginar cómo se desabrocha el pantalón. Y luego siento cómo su pene roza mi centro un instante... Reprimo un escandaloso gemido ante ese delicioso contacto... La cabeza me da vueltas. ¿Qué estoy haciendo? —Está mojada, pequeña golfa. Un débil gemido escapa de mis labios ante su insulto. Tendría que estar enfadada por sus palabras... pero no lo estoy. Si acaso aún más excitada, aunque sea brusco. Matt mete una mano entre los dos, en dirección a mi

entrepierna. Una vez allí, se detiene y me tortura gruñendo hasta que me quejo levantando las caderas... Me acaricia en círculos, con erotismo y agonía a la vez. Ardo, sollozo. —Por favor... —jadeo, buscando sus labios, inmersa en el placer que me está proporcionando. Al verme tan entregada, me muerde el labio superior y luego el otro. Me los lame con desesperación. Su incipiente barba me araña la piel, pero no me importa. No me importa nada. —Relájese, la siento tensa — dice sobre mis labios. Un segundo después, noto de nuevo su lengua en ellos, en mi mandíbula, hasta que llega a la base de mi garganta. Me desarma—. No grite. Su orden sólo logra encenderme más. Precipitándome quizá, enredo las piernas en torno a su cintura, desesperada. Anhelo algo que no llega, que no alcanzo. Lo siento cerca y a la vez lejos. Gritos ahogados escapan de mi garganta cada vez que me pasa la lengua por el cuello al ritmo de sus dedos, tan llenos de energía, en mi interior. —Voy a lubricarla más, no se mueva... Está muy apretada. Introduce un dedo y pierdo el norte. Sin poder controlar mis instintos más salvajes, ocultos hasta esta noche, me froto contra su cuerpo como una gatita en celo. Ese roce no le gusta, o es demasiado para su autocontrol, porque, tras un gruñido ahogado sobre la base de mi garganta, se aparta rápidamente, haciendo que todo el placer que estaba sintiendo hasta unos instantes antes se desvanezca en un terrible segundo. —¡Ay! —me quejo sorprendida. Me tenso aún más cuando noto cómo su miembro penetra en mi estrecha cavidad hasta traspasarme duramente y sin reparo—. Yo... yo... —¡Mierda! De repente todo se paraliza. Lo único que se puede oír en la habitación es mi respiración alterada a causa de la punzada de dolor que siento en la sensible zona invadida por él. «¿Qué esperabas, Gisele?» Sabía desde el principio a qué atenerme y aun así he jugado con fuego al querer demostrarle mi carácter... Y me he quemado. —¿Qué ha hecho? —Su voz suena lejana, incrédula. Cierro los ojos para disimular la vergüenza, evitando encontrarme con su mirada, ¿divertida? —Maldita sea —susurra entonces en tono duro, implacable—. ¿Con cuántos hombres ha estado?

3 Matt

¿ME acusa...? ¡Idiota! Estaba viviendo el momento más placentero e intenso de toda mi vida sexual y él con su desespero lo ha hecho añicos. Para mayor decepción, tiene el valor de hacerme esa pregunta.

—Míreme. Ahora.

Niego y niego con la cabeza, consciente de lo que estará pensando un ser tan oscuro como él. Un desconocido... que todavía late en mi interior.

—Que me mire le digo.

—Maldito bastardo —lo acuso—. ¡Bruto! —No tenía ni puta idea de esto. Al abrir los ojos y encontrarme con esa mirada tan profunda, fría y desconocida, dos lágrimas resbalan por mis mejillas. No ha sabido tener tacto, delicadeza. Yo no estoy acostumbrada a un trato así. —No llore —me ordena desconcertado—. Usted no puede llorar, es fuerte. Está loco, completamente loco. —Pues tú acabas de hacerme sentir débil —replico, secándome las lágrimas y rechazando que él lo haga—. Apártate de mí. Me has hecho daño... y no necesito sentir nada más. —No vuelva a insultarme de esta forma, se lo digo por su bien. —Golpeo su duro pecho con los puños, viendo que continúa vestido. Nada de romanticismo en... ¡Tonta!—. ¡Pare, yo no sabía esto! —Te insulto porque me da la gana, no mereces menos. ¡Y no basta! —Hace rechinar los dientes—. ¿Por eso me has dicho que no olvidaría esta noche? Ya veo. Sabías desde un principio cómo me ibas a tratar. Yo creía que... Qué error tan grande. —¿Usted creía? ¿Qué había imaginado? —pregunta con frialdad, levantándome el mentón—. Yo le he dejado claro que la iba a tomar a mi manera. Nunca he hablado de hacer el amor. Por otro lado, usted me ha engañado. El ansia me ha podido ante su provocación, de ahí que no me haya controlado. ¿Qué acaba de hacer? —Estás arrepentido —afirmo, odiándolo... Yo no me arrepiento, aunque a él no se lo voy a decir—. Eso mismo me pregunto yo, ¿qué acabo de hacer? Soy una imbécil, jamás debí dejar que me tocaras. No lo mereces, no sabes hacerlo. —Si hubiese sabido la verdad, créame, no lo hubiese hecho. No sé controlarme en el sexo y, al parecer, usted es más delicada de lo que había supuesto —dice—. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo ha dicho antes? A mi pregunta ha respondido que la han tocado muchos hombres y que le gusta jugar con ellos en la cama, pero ambos sabemos que no es verdad. ¿¡Por qué!? —Mentía. —No sé ocultar el tono de reproche que desprende mi voz—. Quería jugar un poco, divertirme, pero tú lo has jodido todo. Está claro que me he equivocado. Demasiado. —Bastante. Un silencio doloroso se impone entre nosotros. Él aún sigue entre mis piernas, con su virilidad latiendo y ardiendo dentro de mí. No se mueve, únicamente me mira con

las cejas fruncidas. ¿Qué piensa hacer? Sin querer, ambos acabamos de romper una ocasión hermosa, un momento que yo, después de dejar a Álvaro, esperaba vivir con alguien especial... y, aunque me duela y sorprenda admitirlo, Matt lo es. De lo contrario no habría terminado con él en la cama. Hacía falta un hombre con carácter para que me rindiera como lo he hecho. —¿Cuántos? —insiste, sujetándome la barbilla para que lo mire. —Uno... No uno cualquiera, mi novio desde los dieciocho años —aclaro, permitiendo que me toque el cuello, el hueco de la garganta mientras me mira fijamente—. Él era un poco reservado y conservador en el sexo. —¿Y la tocaba poco? Era peor que un eunuco. —No la complacía. —No te importa —respondo, descruzando las piernas, invitándolo a abandonar mi cuerpo—. ¿Me dejas sola, por favor? —No tiene un buen recuerdo del sexo, está frustrada, ¿cierto? Y, con lentitud, se mueve un poco... sólo un segundo, aunque lo suficiente para hacerme asentir, con un gesto diferente, menos brusco. Él es grande, grueso... Álvaro es un mal recuerdo, un novio ejemplar, buen amigo... pero en el sexo no servía para nada. A los cuatro años de estar con él dije basta esperando dar con alguien totalmente opuesto y hoy, dos más tarde, había llegado: Matt Campbell. —¿Le duele menos? Oh, él y sus preguntas. —Apártate —contesto ofendida. —Tenemos un trato. El daño ya está hecho y buscaré la forma de no ser tan brusco... A veces me es imposible controlarme, se lo advierto. La rabia vuelve a invadirme. —Yo no he firmado nada. No existe tal trato ante nadie. Son sólo palabras. —¿Su palabra no vale? ¿Acaso no tiene honor? ¡Buf! Quiere llevarme al límite y lo está logrando. —¿Qué sabes tú de honor? — escupo con amargura—. Me conoces desde hace apenas unas horas. Me has acosado, me has besado y te has atrevido a tocarme. Y ahora vienes a mi habitación a reclamarme, ¿qué? Te has empeñado en tomarme, en comprarme... Has conseguido parte de las dos cosas, ahora termina y márchate. —Me he equivocado con usted —declara, dejándome confusa—, pero ya no hay marcha atrás. La he comprado, sí. Es mía hasta que yo quiera, hasta que me canse. Pero ¿qué mierda se ha creído? —Eres un estúpido. ¿Es así como lo obtienes todo en la vida? Tienes que pagar para conseguir lo que quieres, ¡qué pena! Soy una mujer de palabra y estaré a tu disposición como deseas, pero sólo por mi placer, para mi capricho y por tu dinero. No porque tú lo merezcas. Tras oír todo esto, sus ojos verdes se clavan en mí horrorizados. No me importa nada, es un maldito imbécil y merece mis palabras. No las siento, no son verdad, pero se las ha ganado. Aceptaré ser su fulana, o como él lo llame, por mi propio placer. Jugaré con él como él lo hará conmigo, aprovecharé el momento y luego cada uno seguirá su camino. Cogeré su dinero, sí, pero jamás lo tocaré. Al irme se lo devolveré íntegramente. Pero ese hombre merece probar su propia medicina creyendo que es para mí lo mismo que yo para él: un trato. Cuando me vaya, se dará cuenta de que yo no soy como las demás y entonces comprenderá realmente cuánto la ha pifiado conmigo. —Bien... como quiera. —Sale de mí, gruñendo y haciendo muecas—. Pero tenga cuidado —añade—. No soporto lágrimas ni reproches. Mucho menos desprecio. —Eres un ser miserable... Pero cuando se dispone a apartarse, con los músculos agarrotados, reparo en el vacío que me produce no sentirlo ya en mi interior y, sin pensarlo, estiro las manos, lo sujeto del cuello de la camisa y lo hago volver a entrar en mí bruscamente al caer sobre mi cuerpo. Le muerdo el hombro y le araño la espalda, logrando no gritar por la dureza con que me ha atravesado, empujado por mí esta vez. —No se vaya... —Joder, joder —dice él entre gemidos—. Está condenadamente estrecha. Recuerde, usted lo ha querido. ¡Lo sé! Me muerdo los labios hasta hacerme sangre... pero no grito, no protesto cuando se clava en mi interior con la misma intensidad y fuerza de antes. Este

sexo brusco es diferente, atrevido como yo. La mirada de Matt Campbell se ha oscurecido y es dolorosamente hermosa mientras me observa inexpresivo. Me embiste una y otra vez, no exactamente suave, aunque sí comedido a medida que me voy relajando. Poco a poco, el desconcierto va esfumándose y con ello llega mi perdición. Matt me sujeta las manos con fuerza por encima de la cabeza, inmovilizándome. Mis ojos se pierden en esa boca suya tan carnosa y me muero de ganas de morderla, lamerla una y otra vez hasta devorarla... —No —ordena, esquivando mi beso—. No doy besos... No mientras tengo sexo. Y, aunque lo intento, es en vano. No consigo alcanzar su boca, hacerme con ella. Me dejo deslumbrar por él, por cada enérgica embestida. Son estocadas subrayadas con sensuales movimientos de cadera. El hombre prepotente que se mece dentro de mí se contiene. Sus ojos abiertos buscan signos de mi debilidad. Pero yo no soy débil. Gimo, sí, lo deseo también. El placer quema cada poro de mi piel, atrapada en su forma de hacerme sentir codiciada, una forma diferente de tener sexo que me satisface como siempre he buscado. —Más —imploro. Entra rápido, duro, sin tregua. Voraz. Las sensaciones se disparan, los gemidos se estrangulan y yo enloquezco. —Así me gusta —dice. Sus labios descienden hacia mis pechos, sujetando mis manos con desesperación. No lo soporto, su masculinidad me hace arder. Su boca no tiene piedad de mis senos sensibles, su barba me los araña. —Quiero hacerla gritar hasta que ya no pueda más. —Ven... Quiero besarte — suplico. — Luego —sentencia una vez más—. Ya se lo he dicho, no en estos momentos. Sin piedad, lame y chupa mi pezón hasta casi arrancármelo. Percibo que me aproximo al momento que tanto espero y que no llega. Agonizo. —¿Le gusta? —pregunta sin voz, empalándome sin piedad—. Dígamelo. —Oh, sí. Sí... me gusta... — Desesperada, me arqueo contra él arrancándole la camisa y lo rodeo con las piernas. Todo se magnifica con ese movimiento. —Joder. ¡No haga eso! —¿Es una protesta? —¿T-Te gusta? Sus manos se empiezan a pasear por cada curva de mi piel. Me toca con rudeza, con pasión, desesperado. Su lengua me quema por donde pasa, por donde me muerde. —Nunca he estado con una mujer tan inexperta. No sabía qué se sentía... Me encanta. —Oh. —Por algún extraño motivo, sus palabras me complacen—. Matt... Se tensa. —Para usted señor Campbell, no sea insolente. —«Señor, señor, señor...» Qué locura, pero eso ya no importa. ¡Estamos en la cama!—. Y no grite, no quiero que nadie sepa que estoy aquí. —Yo tampoco — susurro con apenas un hilo de voz. Matt Campbell se arrastra sobre mi cuerpo marcando cada centímetro de mi pálida piel con sus labios. Su expresión es terroríficamente sensual, sus facciones están tensas. Se contiene, puedo verlo. ¿Por qué lo hace? —Era cierto... Nunca olvidaré esta noche. —Sonrío coqueta. La inexpresión de su rostro se suaviza por un momento. Lo miro a los ojos e, instintivamente, mis manos van hacia su cara, acunándola; no puedo evitar acariciarlo. Él cierra los ojos un breve segundo ante mi delicadeza, embelesándome. Luego, al abrirlos, su expresión vuelve a ser la de un témpano de hielo. Sus manos aferran las mías de nuevo por encima de mi cabeza y me quedo desconcertada un segundo, sólo un segundo. Deseando tomar la iniciativa y demostrarle que soy tan fogosa como él y que soy capaz de aprender, me suelto de su agarre y con un movimiento tan rápido que él no lo espera, lo tumbo de espaldas y quedo sentada a horcajadas sobre sus caderas. La sensación de poder es incluso más placentera, me permite explorar lo que la mujer que llevo dentro de mí anhela. Bajo la mirada hacia su virilidad y veo su miembro... Abro mucho los ojos, con más temblores aún. Es muy grande... grueso... impactante. —Mmm... ¿Qué hace? Sonrío perversa, tratando de disimular mi asombro. —Quiero demostrarte que estoy a la altura. —¿Lo veré sonreír con ganas en algún

momento?—. Ahora voy a mandar yo. Me parece que le sorprende, pero reacciona enseguida. —Adelante, me muero de ganas de verla cabalgar sobre mí. Su respuesta me desconcierta. Esperaba su protesta, su desacuerdo, pero no ha sido así. Sus manos se tornan juguetonas y una nueva marca de fuego quema mis muslos, mis nalgas. —Tiene un buen culo —dice—. Demasiado tentador. Oh, ¿un piropo? —Es todo... tuyo —susurro coqueta, inclinándome hacia adelante, provocándolo. Rozando su nariz con la mía. ¿Ésta soy yo? ¿Qué me está pasando? —¿Por qué desea complacerme? —pregunta fríamente y al instante adivina mi objetivo—. No me bese. Iba a hacerlo. —No deseo complacerte. Lo hago por mi propio placer. Desesperada por hacer estallar estas sensaciones que arden dentro de mí, quemándome en el mismo infierno, me arqueo apoyando las manos en sus muslos. Dejo caer un poco la cabeza hacia atrás y le rozo las piernas con el pelo. —¡Ah! Le gusta provocarme —jadea, observando la unión de nuestros sexos. Sin más, subo y luego vuelvo a deslizarme suavemente hacia abajo, con movimientos sensuales a la vez que descarados, como sé que él quiere. Su miembro me llena por completo; el acto es intenso, gozoso. Este hombre es jodidamente perfecto. Puedo sentir su desesperación y agonía por llegar al orgasmo, y yo, tontamente, me muero de ganas de hacerlo llegar. —Joder, joder. Sabe moverse. Sus palabras me complacen gratamente. Me alivian, me hacen sentir poderosa. Con actitud seductora, vuelvo a inclinarme hacia él y deposito un reguero de besos o más bien chupetones desde el lóbulo de su oreja hasta la base de su garganta. —Señor Campbell... Está usted muy bien... formado. Gruñe con un sonido aún más salvaje. Su desesperación va en aumento. Me lo demuestra aferrándome las caderas y moviéndome a su antojo. Sin control. Desasosegada, descanso las manos sobre su vientre desnudo, tan plano como una tabla, y me mezo al compás de las sensaciones que experimento: locura, placer y, sobre todo, un ansia insoportable por llegar al orgasmo. —Mierda —gimo, al notar cómo mis paredes vaginales se contraen en torno a su pene, y un segundo después experimento la tensión en mi cuerpo. Ahogo un gemido tras otro al sentir cómo me rompo en mil pedazos... Y entonces llega el impactante éxtasis. —Oh. Oh... Mmm. Una gran ola de placer se apodera de mí. Algo que me hace temblar, sollozar y estremecerme. Una sensación intensa, demasiado buena... Tan buena que quiero arañarlo, arañarme desesperada. —Por favor, por favor... No sé por qué suplico, pero lo hago. Grito su nombre hasta que ya no puedo más. —Siga —ordena él con gruñidos contenidos. Entonces veo su cuerpo convulsionarse. No puedo dejar de observarlo ni un solo segundo, no cuando advierto cómo este hombre grita a causa del placer que yo le estoy proporcionando. Con la mirada puesta en Matt, aprecio cómo terminaban sus sacudidas de placer. Mi cuerpo aún tiembla. Jamás he sentido algo así, nada parecido. Es tan grande y poderoso que no lo sé describir. Una experiencia salvaje que sin duda quiero volver a repetir. Me estremezco al recordar la sensación. ¡Dios! ¿Y ahora? Me quedo sentada sobre él sin saber qué hacer. No es prudente abrazarlo; sin embargo, quiero hacerlo. Robarle los besos que no me ha permitido darle. —Tenga cuidado, voy a levantarme —me avisa con frialdad. Aún tiene la respiración agitada, descontrolada—. Quiero que sepa una cosa: me he vaciado dentro de usted porque he visto en su hombro el parche anticonceptivo. De otro modo no lo hubiese hecho. No quiero hijos y menos aún bastardos. Me decepciona una vez más esta noche. Pero no se lo demuestro. —Lo uso para regular el período y gracias por el cumplido —respondo, todavía aturdida con lo ocurrido—. Estoy libre de infecciones, de nuevo le agradezco la confianza. Me aparto con cuidado y caigo sobre la cama, agotada. Suspiro impresionada al verlo levantarse.

Medio desnudo y de pie, es aún más espectacular... la perfección en persona. ¿Qué acaba de pasar? No lo sé con certeza, pero lo que sí sé es que de ahora en adelante ya no seré tan cauta. Quiero disfrutar de este intenso placer cada día. Ya no me reprimiré... Gracias a Matt Campbell un nuevo mundo se abre ante mí, y yo no me cerraré a él. Cuando casi me he dormido, oigo la puerta del baño y veo salir a Matt vestido y aseado... Me cuesta creer que este hombre tan espectacular haya sido mío por un breve rato. —Buenas noches, señorita Stone. —Su mirada impasible se clava en mí—. ¿Ha sido lo que esperaba? Su pregunta me desconcierta. ¿Él también tiene inseguridades? ¿Dónde está el poderoso con tanta autoestima? Sonrío coqueta. De nuevo quiero jugar. —La verdad es que no, señor Campbell. No puedo mentirle. — Con la decepción pintada en la cara se vuelve hacia la puerta tan deprisa que da en la pared un latigazo con la corbata, lo que me hace sonreír. Las heridas de su mano me vuelven a llamar la atención—. Ha sido mucho más que eso. Me ha vuelto loca de placer. Yo sé que lo provoco, me divierte hacerlo. Por alguna razón, me gusta este tipo de juego y, aunque no lo domino aún, deseo hacerlo. —¿Y usted qué tal? — inquiero, arqueándome. La mirada de Matt se vuelve de nuevo hacia mí. ¿Vislumbro un amago de sonrisa en sus labios? ¿Asombrado o satisfecho? Nunca lo sabré, porque unos segundos más tarde, una máscara tan fría y dañina como el hielo cubre nuevamente sus perfectas facciones. —Lo mismo le digo. —Y sin más palabras, abre la puerta y se va. ¿Cómo voy a poder dormir esta noche? Por Dios, me he entregado a un hombre al que no conozco. A un ardiente y guapísimo prepotente sin escrúpulos. Aunque no puedo quejarme... los cambios han sido para mejor. Mi sensación de que el sexo no merecía la pena era errónea. ¡Cuánto tiempo perdido! Me acurruco en la cama y sonrío. Estoy completamente loca y también más satisfecha que nunca. Para mi sorpresa, me duermo como un tronco. Eso sí... su olor me acompaña hasta que amanece y la rutina a la que tengo que volver ya no me parece tan pesada. La mañana empieza como siempre. Berrinches de la princesa Roxanne, ordenar un poco la casa, servirle el desayuno a toda la familia, menos Matt Campbell... que aún duerme. Pero con una desagradable novedad: mañana habrá fiesta de ricos. —¡Gis! —El grito de Noa me sobresalta. —¡Joder, Noa, siempre me estás gritando! —digo enfadada, cerrando la secadora, en un pequeño cuarto de la tercera planta—. Casi me caigo dentro del susto. ¿Qué quieres ahora? —¿Ya te ha dicho la señora Karen lo de la fiesta? Con desgana, cojo la ropa seca y empiezo a doblarla con la ayuda de ella. —Sí, ya me lo ha dicho. —¿Y a qué viene esa cara? — pregunta desconcertada—. Mañana la casa estará llena de gente. ¡Me encantan las fiestas! —A mí también, pero me temo que las nuestras no son como las de ellos. Además, no te hagas la tonta, tú y yo tenemos una conversación pendiente. Noa ríe con picardía y, sin poder contenerme, río con ella. —Estás loca, jamás pensé encontrarte en esa situación... —La imagen aún me perturba—. Podría haberos pillado cualquier otra persona. Y luego está Manu, ¡tu marido! Cuéntame, ¿qué pasó para que te dejaras arrastrar a eso? —La verdad, no lo sé, Gis... Eric vino a la cocina a pedir un café, nos miramos como otras veces y... Yo acababa de discutir con Manu, que de nuevo venía borracho, y le dije que, definitivamente, quería divorciarme. Accedí a lo que sentía sin pensar en nada más. Simplemente, nos dejamos llevar y ¡pasó! —Noa, no quiero que sufras. Eric es un hombre adinerado y tú una simple empleada casada y con responsabilidades, no me gustaría que te enamoraras y las cosas te salieran tan mal como con Manu. Disfruta del momento, del sexo, ¡de todo!, pero... —Gis... —Suspiramos las dos a la vez. Antes de que continúe, leo en su mirada lo que me va a decir—. Creo que me he enamorado y mucho, fue un flechazo. Y creo que a él

también le ha alcanzado la flecha. Sabe cuál es mi situación sentimental, no le he engañado. Por otra parte, Manu se fue anoche de casa. Hace tiempo que le dejé de querer, es demasiado lo que le he soportado a ese infeliz. Soy joven y quiero volver a vivir. Ojalá sea posible. —Ay, Noa, ¿qué tiene esta casa? —pregunto angustiada—. Creo que es nuestra perdición. —¿Por qué lo dices? Hoy estás diferente. Me ruborizo al instante. ¿De verdad se me nota que he tenido sexo? ¡Oh, Dios! Ese hombre ha ocupado cada minuto de mis húmedos sueños. —Qué tonta eres, ¿diferente? —Me encojo de hombros, recordando embelesada los momentos tan ardientes vividos horas atrás—. Es sólo que parece que esta familia está muy loca y nos van a llevar a la locura con ellos. Ya lo verás. —¡Señorita Stone! —oigo que me llaman. ¡Oh!, es Matt Campbell. —Noa, me llaman. Ya tengo la ropa lista... Qué agobio, ¿verdad? Cuánto trabajo. —El de todos los días — contesta ella con el cejo fruncido—. ¿Estás bien? «Nerviosa...» —Sí, claro. Te veo luego y cuidado con lo que haces por ahí. Puedo oír esa risa suya que sólo le sale cuando está agitada, o enamorada... Pero de camino al despacho pienso en otro asunto, su nombre es Matt Campbell. ¿Cómo será nuestro encuentro después de la noche anterior? Una parte de mí quiere reservarse y ocultarle lo que supuso estar con él, más aún con todas las preguntas sin respuesta que ocupan mi mente. ¿Qué estoy haciendo? Tenía una vida tranquila y sin sobresaltos y al llegar aquí todo mi mundo se ha vuelto del revés. ¡Me he acostado con un hombre al que no conozco! ¡Encima es mi jefe! ¡Un engreído bruto y egoísta! ¿Y ahora soy su amante? Sonrío divertida. Ahora la vida es más emocionante, concluyo. Al ir a llamar a la puerta, veo que está entornada. Entro y con lo primero que me encuentro es con una mirada de ojos verdes, su mirada. Oh, Dios, Dios. Matt se halla sentado a su escritorio, con semblante tan imperturbable como ayer, y me observa... ¿molesto? Resoplo interiormente, de nuevo una batalla. ¿No le gustó cómo lo sorprendí? —¿Qué desea, señor Campbell? —Cierre y venga aquí. —¿Puedo saber para qué? Hoy aún está más guapo. Esa camisa blanca le queda realmente bien. Tan ceñida, marcando y acentuando sus músculos... El calor vuelve a invadirme. —Creo que ya lo sabe, no me haga esperar. —Con el dedo índice, me indica que me acerque. Yo, sin pensarlo demasiado, cierro la puerta con pestillo, quedándome unos segundos de espaldas. Con gesto descarado y atrevido, me vuelvo y camino hacia él. Su aspecto enigmático y poco expresivo aumenta el efecto que me produjo ayer. Quiero repetir. Sin pedir permiso ni hacerle preguntas, llego a su lado y, dando salida a mi parte más femenina, muevo un poco su silla y me siento encima del escritorio, abriendo las piernas. —Es una descarada. Le saco la lengua y apoyo las manos atrás, incitándolo a que haga lo que le dé la gana. De momento, he decidido ser sólo suya. —Ayer me quedé con ganas de más —dice—. Me complació saber que no ha sido manoseada por muchos hombres. —Ego masculino, ¿no? Me estudia con las facciones alteradas, cambiando de postura con gesto incómodo. ¿Qué pensará? La mano derecha, en la que tiene algunas heridas, sube por la cara interna de mi muslo, de camino a mi sexo. ¡Ah! Aún no me ha tocado y ya estoy húmeda. —Bribón —suelto coqueta. —No me insulte, quiero que me respete. Ahora yo soy su dueño —replica con voz seca, deteniéndose a escasos centímetros de mi sexo. Oh, no, quiero que me toque. —Tú no eres mi dueño. — Vuelvo a provocarlo deslizando un pie por su miembro—. Tú eres mi jefe, que es muy diferente. Los ojos se le cierran al notar cómo con mi pie acaricio su masculinidad; está tremendamente excitado. Sin vergüenza, le cojo la mano y la meto dentro de mi braguita, deseosa de su tacto. Gimo. —Ya está mojada para mí. — No puedo evitar retorcerme ante esa cálida caricia en mi sexo, un roce apenas—. Este pie me está matando. —

¡Ah! —jadeo al notar cómo su dedo entra en mi interior con soltura—. Mmm, qué salvaje... me gusta. Me tumbo lentamente hacia atrás, con los dos pies rozando su miembro. Provocándolo, excitándolo... Pero todo cambia en un segundo cuando unos golpes en la puerta hacen que ambos nos quedemos inmóviles. —Matt, soy Ali. Abre, sé que estás ahí. Mi libido se evapora al instante. ¿Su exnovia o quizá su aún novia?

4 El dinero

LA inquietud se apodera de mí. Si esa mujer nos descubre, pondrá el grito en el cielo, todos se enterarán de lo que sucede con Matt Campbell, y yo tendré que dejar inmensamente humillada mi puesto de trabajo. Además, Noa se verá implicada.

¿Qué voy a hacer?

Miro a Matt en medio del silencio ensordecedor. Se lo ve relajado pese a la situación tan comprometida, aunque con la mandíbula tensa, como es habitual en él.

Su mano ya no me toca, mis pies ya no lo rozan. —¿Qué vas a hacer? — pregunto, cerrando las piernas—. ¿C-Cómo me vas a sacar de aquí? Cuando me acerco para volver a hacerle la pregunta, él se humedece los labios y suelta: —No me tutee. —Matt, ¡abre! —grita Alicia tras la puerta, impaciente. Mi rostro está a escasos centímetros del de Matt y entonces, de forma impetuosa, él me coge y estampa sus labios en los míos, haciéndome perder la noción de lo que pasa. Su lengua se introduce en la profundidad de mi boca con urgencia, como si nada estuviese ocurriendo. ¿Qué sucede? ¿Lo excita tener a su exnovia en la puerta, gritando? —Para, para. Pero no lo hace... Me devora los labios impaciente, sin control, besos húmedos y calientes. Me enloquece sentirlo tan anhelante y entregado. Tan loco que me abruma, incitándome a perderme... Casi lo hago cuando tira de mí para sentarme sobre él a horcajadas. Yo me niego, apartándolo de un empujón. —No —digo, cerrando las piernas, pero hace caso omiso a mi negativa—. ¡No! —No levante la voz —me regaña con actitud controlada—. Tengo que tomarla, no puedo quedarme así, no con esa perra ahí fuera. No me importa si ella grita o tiene un berrinche, yo debo hacerla mía ahora. No quiero un solo grito, aunque el despacho sea insonoro, ¿de acuerdo? —No. —No, ¿qué? —pregunta molesto—. No se atreva a desafiarme de nuevo. — No quiero callarme. Y no permitiré que me utilice con ella en la puerta —contesto, poniéndome bien la ropa, sentada al borde del escritorio—. Si le gusta, bien, y si no... también. Me mira furioso. La chica vuelve a llamar. ¡Qué pesada! —¿Por qué me desafía continuamente? —Su tono es severo y, con gesto prepotente, me coge de la cintura y me acerca a él. Su duro pecho choca contra mis senos, alterándome la respiración—. ¿Por qué lo hace, Gisele? «Ay...» — Porque me gusta jugar con usted, llevarle la contraria — susurro coqueta—. Me encanta retarlo a cada segundo. Disfruto cuando cree que tiene el poder y se da cuenta de que conmigo no es así. Me escruta fijamente. Por un momento me parece ver un brillo de diversión en sus ojos, pero enseguida se pone la coraza, ocultándolo. —No tengo tiempo ni ganas de discutir. Luego ajustaremos cuentas. Ahora, por su bien, cállese. —Dígame entonces cómo salgo de aquí. Me

pasa un dedo por el pecho y me acaricia el pezón. Me rozo contra él como una gatita; me deja sin voluntad con un simple toque. —No quiero que se vaya sin antes terminar lo que hemos empezado. Abra las piernas. —¿Cada día me va a ordenar que me desnude, me abra de piernas y me someta a usted? —pregunto mirando el cuello de su camisa, disimulando el azoramiento que me producen sus intentos de manipulación—. No voy a terminar nada, su exnovia está en la puerta, gritando, ¿o es todavía su novia y me ha mentido? He dado en el centro de la diana. —No tengo por qué responder a ninguna pregunta, pero permítame decirle que no soy un hombre que suela mentir, ¿entendido? —Por supuesto. Complacido y convencido de mi sumisión, decide volver a tumbarme sobre el escritorio, a lo que yo me niego riendo. Entonces, al forcejear, ambos caemos encima de la mesa, con él sobre mí. Su mirada está fija en mis labios, tiene los puños apretados y el ambiente es tórrido. —Ejem... Quería decir que acepto sus palabras, pero permítame que no me las crea, ¿me entiende? —Ya basta de juegos. Súbase el vestido de una vez. Mi curiosidad se despierta al volver a verle la mano herida. —¿Qué se ha hecho ahí? —Se mira los nudillos, negando con la cabeza con una mirada tan perdida que no sé controlar mis impulsos y hundo los dedos en su cabello oscuro. Es tan agradable sentirlo relajado y tranquilo... Es la primera vez que Matt parece receptivo. ¿Un puñetazo? No dice nada, continúa muy quieto y yo no puedo dejar de acariciarlo. Parece sentirse tan solo, guardar tanto en su interior y estar tan frustrado con el mundo... ¿Es así? ¿Cómo es este hombre que se ha cruzado precipitadamente en mi vida? —Pare —ordena, incorporándose sobresaltado al darse cuenta de nuestra cercanía—. No quiero gestos de ternura, ¿entiende? Sólo quiero sentirla entregada en el sexo, ¡¿está claro?! —¡Yo tampoco quiero nada! ¿Cómo podría nadie querer tener algo que ver con usted? —Veo cómo su rostro se endurece rápidamente y vuelve a ser la máscara de hielo. ¡Mierda!—. Será mejor que le abra a su novia... Y, dígame, ¿cómo se supone que voy a salir de aquí con ella ahí fuera? —Súbase el vestido. —¿Otra vez? ¡Que no me subo nada! —Hicimos un maldito trato —prosigue, haciéndome gestos de que me acerque, a lo cual yo me niego, bajando del escritorio—. ¿Por qué no? ¿Acaso se ha desahogado en otro lado? ¡Dígame! —Madre mía, ¿me va a dejar marchar? Y no me mire así, no me he desahogado en ninguna parte. ¡Pero no quiero tirármelo con esa loca en la puerta! ¿Lo entiende? —Nadie puede tocarla. —A medida que habla, su rostro va enrojeciendo—. No mientras esté conmigo. No me gusta compartir lo que me pertenece. —Como por ejemplo a su novia —se me escapa al oír a ésta gritar al otro lado de la puerta—. Quiero salir de aquí. Ahora me contempla con aspecto amenazador. Parece dudar, debatirse. —Le voy a decir algo que nadie sabe y no piense que es ningún privilegio, pero no tengo otro modo de sacarla de aquí. Es un absoluto secreto —me advierte—. Detrás de esa estantería con libros hay un pasadizo secreto que la llevará directamente a mi habitación, saldrá por otra estantería que hay allí. Jamás se lo cuente a nadie o créame que lo pagará muy caro. Le sonrío burlona. ¿Qué mierda se ha creído este hombre? ¿Pasadizo secreto? Sin duda es la persona más extraña que he conocido en toda mi vida... aunque, aun así, me gusta su misterio. —Como mande, señor Campbell —digo, haciéndole una reverencia—. Ah, mire, le voy a dar algo para que haga callar a su chucho ladrador. —Me quito la braguita y la dejo sobre su escritorio—. Dígale que es un recuerdo de la que ha estado gozando con su novio. Que tenga un buen día, señor Campbell. —¿Cómo puede ser tan desvergonzada? —pregunta, sujetándome por el brazo y suspirando alterado. —¿Cómo se puede ser tan pervertido? —lo desafío, rozando mi nariz con la suya y lamiendo su boca. Gruñe y me muerde los labios, asaltándome de nuevo y empotrándome contra

la pared. Y aunque mi cuerpo me grita «¡Continúa!», mi cabeza me hace esquivarlo, dejándolo desconcertado. —¿Puedo marcharme ya? Puedo ver claramente que me suelta sin ganas de hacerlo. Me señala la salida secreta, dándome un último y ardiente beso en los labios y mirándome mientras me marcho, casi tambaleándome. Mi vena masoca y curiosa hace que me quede quieta tras la pared, sin cerrar del todo la puerta camuflada, escuchando. —¿Por qué me haces esto? — oigo que dice una voz femenina—. Llevo más de veinte minutos fuera. —¿Qué haces aquí? —No me hables así, amor, por favor. Yo no quería, Matt. Sam me sedujo, me envolvió... Está loco por mí y yo no sé qué me pasó. —¿Cómo has podido engañarme con mi mejor amigo? Esto no voy a perdonártelo. Sabes que odio la traición y la vuestra ha sido doble. ¡Y todo a mis espaldas, cuando yo confiaba en ti! Me estremece el dolor que desprende su voz. ¿Tanto le ha dolido? —Matt, no tienes a nadie. Yo soy la única que te entiende, que comprende tus cambios de humor... tus salidas de tono y tus trastornos. Mira tu puño... Sólo te quedo yo y sólo yo, ¿es que no lo ves? —Alicia... —Matt, estás solo, ¿recuerdas? Quiero volver al despacho y gritarle que esa mujer lo manipula, lo hace con palabras que tienen algún significado para él. El tono de Alicia es persuasivo, lleno de paciencia. ¿Matt lo está pensando? ¿Por qué este silencio? ¿Qué le sucede? —Lo sé, maldita sea, lo sé... Vivo en unas difíciles condiciones, Alicia, unas muy duras. Es un castigo que yo no tendría que sufrir, porque nunca he roto la promesa que te hice, ¡jamás te he engañado, nunca te he sido infiel! —grita él, implacable—. Tendrás que esforzarte mucho para que pueda volver a confiar en ti. Y, la verdad, no creo que pueda hacerlo. Ha sido un golpe muy duro. —Haré lo que quieras y lo sabes. Mañana es tu cumpleaños. Pídemelo, como siempre. Pídemelo. ¿Pedirle, cumpleaños? ¿Qué sucede entre ellos? Maldita sea, soy consciente de lo íntimo que es este momento y de que yo me estoy colando en su privacidad. Es algo que no concibo que pudieran hacer conmigo, por lo que, con la cabeza baja, continúo mi camino, con la incertidumbre de no saber qué le propondrá. Se me encoge el corazón. Ha estado bien mientras ha durado, porque, a juzgar por lo poco que he oído, aquí termina todo entre nosotros. Atravesar el pasadizo es una tortura, está muy oscuro y se me antoja eterno. Una vez fuera, por fin respiro aire puro, fresco. Pero me asaltan preguntas y más preguntas. ¿Qué habrá pasado? ¿Se reconciliarán? Gimo de impotencia. ¿Por qué pienso en ellos? Por mí, Matt puede hacer lo que le dé la gana. No toleraré que se revuelque conmigo después de hacerlo con ella. No, yo no quiero ser plato de segunda mesa de nadie. No puedo soportarlo, deseo a ese salvaje sólo para mí. ¡Qué tonta! Inquieta, paseo por la casa, que está desierta, y opto por acercarme a la casita de Noa para despejarme. Al entrar, me sorprende oír un gemido... Noa está llorando en brazos de Scott. —¿Qué ha pasado? — pregunto, corriendo hacia ellos. Al verme, mi amiga se lanza a mis brazos, llorando desconsoladamente. —El amor, Gis —dice Scott pacientemente, dándome un beso en la frente—. He pasado a verte y me encuentro con Noa así. Supongo que tendrá que ver con Manu. —Sí, claro... ¿Nos dejas solas? —Me paso mañana. Y cuidaos, tenéis un aspecto un tanto desaliñado. —Gracias, hermano — contesto irónica—. Y llama a mamá, que dice que no sabe nada de ti. —Sí, sí, adiós. Cuando se va, me siento junto a Noa, que me mira llorosa y triste. —¡Eric está prometido! ¡Menudo cerdo! —¿Cómo te has enterado? — pregunto, secándole las lágrimas. Me duele enormemente verla así. —Iba hacia la sala para hablar con la señora Karen y lo he oído decírselo —responde, hipando desconsolada—. Le estaba contando a su madre que se ha enamorado y que hace una semana se han comprometido. Se llama María. ¡Gis, él no me dijo nada de eso! —Oh, Noa, no sabes cuánto lo siento —digo, abrazándola—. El

amor es muy malo, te dije que no te enamorases. —Cariño, eso no se decide, simplemente sucede. —No es verdad. Mira mi relación con Álvaro... empezó como una amistad y nunca pude ir más allá de ese sentimiento. —Lo querías. —Querer es una cosa, amar otra. —Ninguna de las dos es voluntaria —recalca terca—. Yo no habría elegido sentirme así, pero era una nueva ilusión... Lo necesitaba. Mi pobre amiga es demasiado romántica. —Venga, déjame cuidarte. Ya entrada la tarde, termino con todo lo relacionado con la casa. Tras muchos mimos, dejo a Noa más tranquila en la cocina, aunque con el corazón roto en mil pedazos. El mío, en vilo ante la petición de la señora Karen de verme a solas. —Dígame, señora. —Gisele, como sabe, mañana vamos a dar una fiesta en casa, pero no una fiesta cualquiera. Es con motivo del veintinueve cumpleaños de mi hijo Matt. —Trago saliva. Su edad me confirma que algo le pasa. Por su carácter y su madurez, Matt parece mayor de los años que tiene—. Mañana quiero que ayude a Noa en la cocina, colaborando para que todo esté perfecto. »También quería decirle que he contratado a una nueva empleada para que la ayude a usted con la casa. Creo que es demasiado trabajo para una sola persona. La chica se llama Melissa y desde mañana mismo se ocupará de las tareas domésticas. Usted saldrá a hacer las compras y seguirá encargándose de Roxanne por las mañanas, así como de servirnos a todos, como de costumbre. Ah, y también de la colada, usted lo hace muy bien y no queremos problemas con la chica nueva. »Yo le dejaré una lista diariamente, con dinero para el taxi de ida y vuelta. Irá a El Corte Inglés, que no está muy lejos de aquí. Aproximadamente a unos diez o quince minutos en coche. Debo considerarme con suerte y estar agradecida de al menos tener trabajo, pero no es así. Una chica nueva... ¿Servirá a Matt como yo? ¡Ah! De nuevo pensando en él. ¿A mí qué me importa? —Su turno empezará a las ocho, como de costumbre, para servir el desayuno. —Karen me sonríe con amabilidad. Es una mujer muy dulce y empiezo a apreciarla—. Pero terminará una vez haya servido la cena. Melissa se encargará de recoger después. ¿Le parecen bien los cambios? —Como usted mande, señora. —Una cosa más... —añade, algo incómoda—. Mi hijo Matt es muy delicado y me gustaría que se encargara usted personalmente de su habitación. Él lo ha pedido así. Es muy raro que Matt confíe en otra persona para tocar sus cosas, así que quiero complacerlo. ¿De acuerdo? ¡Vaya, esto sí que es una sorpresa! Es decir, Melissa no lo servirá en ningún aspecto... Colada, atender a la princesita, comprar y servir las comidas. ¡Genial! Y complacer a Matt... —Claro, señora —respondo emocionada. Ahora el trabajo será más ameno. —Por favor, ahora vaya a atender a Roxanne. Esta noche salimos todos a cenar fuera para celebrar el compromiso de mi hijo Eric, y necesitará su ayuda. — Asiento con una sonrisa forzada al oír el nombre de ese cretino—. Si ve que está acompañada, no la moleste. Posiblemente, Ali, la novia de Matt, esté allí con ella, ya que también viene a la cena. No puedo ni contestar. Con mal sabor de boca y pasos pesados, llego a la habitación de la Barbie. Las voces me llegan con claridad, Alicia está allí, riendo con su cuñada. No me detengo a pensar en el vacío de mi pecho y sigo con mis obligaciones. Matt Campbell tendrá que pasar a la historia... Aunque, ¿es prueba suficiente de una reconciliación que ella esté en la casa? Tendría que averiguarlo.

¡Al fin tranquilidad! La familia se ha ido a cenar y la casa se halla complemente silenciosa y en calma. Ya he llamado a mis padres. Noa estará cenando en su casa, como de costumbre. Lo mejor será que vaya a verla.

—Hola, ¿puedo pasar? — pregunto, asomando la cabeza por la puerta.

Noa tiene el plato de comida intacto, los ojos hinchados y la cara enrojecida de tanto llorar.

—Claro, boba.

La miro y sonrío. Se la ve muy tierna con su pijama amarillo de ositos panda.

—Noa, no quiero verte así.

Piensa en lo positivo de todo esto —la animo, acariciándole las manos—: sólo ha sido un polvo. Gracias a Dios, ahora sabemos qué clase de persona es, y que no merece la pena.

—Lo sé... Y, Gis, estoy muy orgullosa de ti. Quiero que lo sepas.

—¿Y eso? —Te estás portando genial. Todo lo estás haciendo bien, cumpliendo cada orden —dice con cariño— y ahora me apoyas con lo de Eric... —Dejemos el tema, ¿vale? — Noa sonríe, asintiendo—. Cuéntame cosillas interesantes, chismes de esos que tanto te gustan. ¿Algo nuevo? Me mira agradecida y entonces se relaja. —Pues tengo uno grande sobre Matt Campbell. —El corazón me da un vuelco—. Al parecer, ha perdonado a su novia después de descubrir que le ha sido infiel. Pero eso no es todo. Hoy, sin querer, al pasar por delante del despacho, la puerta estaba un poco abierta y he oído algo muy fuerte. —¿Qué? —pregunto, temblando. —Al parecer, él tiene una amante, bueno, más bien una fulana o esclava sexual. —Eso duele—. Alicia le preguntaba quién era la chica, si la conocía... En fin, las típicas preguntas tras él confesárselo. Matt le ha asegurado que no tenía de qué preocuparse. Que era su juguete y que sólo lo complacía en la cama. ¿No es muy fuerte? ¡Alicia le ha permitido tener una amante estando con ella! Yo apenas oigo nada. El golpe es más duro de lo esperado... Se atreve hablarle a su novia de mí y además de forma tan despectiva. Para mí, él es una mierda, pero si yo soy su juguete, esta noche me las va a pagar. Sé que odia sentirse utilizado por dinero, ¡pues bien, es mi turno! —Noa, me caigo de cansancio. Hablamos mañana, ¿de acuerdo? —Claro, estás pálida. Malhumorada, me despido de mi amiga y corro hacia la habitación de Matt Campbell. Me tumbo en el centro de la amplia cama y espero para sorprenderlo y decirle lo que sé. Los minutos van pasando, o las horas... Termino durmiéndome acurrucada en la cama en posición fetal, totalmente exhausta. Entre sueños, creo percibir que alguien se sienta a mi lado. Una sombra sobre mi mejilla me despierta sobresaltada. Matt Campbell retira la mano al instante al ver que abro los ojos. ¿Qué pretendía? Su mirada se cruza con la mía y en sus penetrantes ojos verdes veo algo extraño. Algo que me descoloca.. Pero no dice nada, limitándose a mirar el vacío con actitud alicaída. Sigue en silencio durante unos minutos eternos, hasta que me dice con sequedad: —¿Qué hace usted aquí? —Te estaba esperando y me he quedado dormida —respondo incorporándome. Lo tuteo, demostrándole que busco guerra—. Necesito que me des un adelanto de la paga acordada. Quiero comprarme algunos caprichos. Maldice en voz alta, mirándome alterado. Se pellizca el puente de la nariz y pregunta indignado, abriendo y cerrando los puños: —¿No podía esperar a mañana para pedírmelo? Son las dos de la madrugada. Acabo de llegar de una cena interminable y encontrarla aquí no es lo que más necesito, ¿entiende? —Me importa una mierda... Es más, quiero decirte algo: ya no voy a seguir con esto. Tú has vuelto con tu novia y yo no pinto nada en esa historia. Niega vehemente, sujetándome el mentón, desesperado. —Eso no es asunto suyo. Usted y yo hemos hecho un trato y va a cumplirlo hasta que yo quiera. No puede romperlo. ¿Por qué ninguna mujer cumple sus promesas? ¡¿Por qué?! —me espeta, lleno de furia. Examinándome con ferocidad, añade—: Quiero hacerla mía ahora mismo. —No —replico desafiante. Pero él no puede soportar mi rechazo y me tumba de espaldas sobre la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo. Yo me río burlona y remarco—: No-lo-ha-gas. Mi advertencia no hace más que aumentar su agonía. Sé lo que va a hacer y, con regodeo, lo miro desabrocharse

la cremallera con urgencia. Luego me sube la falda y me aparta la braguita, pero se arrepiente y no me embiste... ¿Qué hace? —Mierda —gruñe amargamente, con los dientes apretados—. No vuelva a rechazarme, no lo soporto. No y no. —Cada vez que me venga en gana —replico esperando, odiando mi intenso deseo de él. —Será mi perdición. Entierra la cara en mi cuello y me sostiene las manos con fuerza entre las suyas. Forcejeo para soltarme, yo no soy una sumisa, pero él me besa el cuello. Me deshago cuando se muestra tan hambriento de mí y flaqueo, olvidando lo que he venido a reclamarle. No me penetra.

Gime quedamente y susurra: —Sus palabras son dañinas. —Las tuyas más — contraataco, levantando las caderas, buscándolo—. ¡No soy un insignificante juguete!

—Hoy ha demostrado que sí —asegura él, mordiéndome el cuello y chupándomelo alterado —. Se ha comportado como una descarada meretriz.

Confirmando con mi comportamiento las palabras que acaba de escupir, dejo de forcejear y me retuerzo debajo de él, contoneándome contra su cuerpo. Le rodeo la cintura con las piernas y entrelazo los dedos con los suyos... Gimo y, muy atrevida, le susurro cosas al oído.

Matt se incorpora un poco y busca mi mirada, intentando entender mi cambio. Mi sonrisa se ensancha y me arqueo saliendo al encuentro de sus caderas para que entre en mí...

No lo hace. Gruñe sin dejar de mirarme. Compruebo que mi atrevimiento lo mata de excitación, pero ahora viene lo mejor. —No pares, Thomas... — jadeo melosa, fingiendo placer. Matt se queda inmóvil, su expresión me abruma al hacerse pedazos su implacable máscara. — ¡¿Se acuesta conmigo imaginando a otro?! Golpea la pared con el puño... y entonces entiendo el origen de sus heridas.

5 Regalo de cumpleaños

MI intención era vengarme, hacerlo sentir mal por haberse mostrado tan despectivo, pero no imaginaba hasta qué punto iba a afectarle mi representación. Lo compruebo cuando se queda inmóvil, completamente paralizado.

Su mirada es agresiva y su expresión no lo es menos. Tiemblo al percibir cómo me desprecia, odio sentirme tan miserable. Y al mirar a mi alrededor el mundo se me cae encima; todo es tan oscuro y siniestro como el propio Matt... Durante mi vida he tratado a personas diferentes, pero siempre atentas y él es la otra cara de la moneda.

Me asusta atraerlo. —Márchese —ordena, incorporándose y abrochándose el pantalón a tirones—. No quiero volver a verla. —Yo... Yo... —¡Fuera! Mierda... Esta vez la he liado parda. Quizá sea mi oportunidad de escapar de nuestro absurdo pacto, de romperlo, pero, idiotamente, una parte de mí no puede dejarlo aún. Cohibida, me acerco a él y le pongo una mano en el hombro, buscando el modo de tranquilizarlo. Creo que explotará de una forma que responderá a muchas de mis preguntas sin respuesta. Pero ¿estoy preparada para verlo? —Cálmese, no pretendía... —No me vuelva a tocar, ni a hablar. ¡Déjeme en paz y váyase! — Se aleja de mí como si mi mera presencia le provocara repulsión, o asco. No sé qué pensar—. Fuera, maldita sea, fuera. —L-Lo siento, no quería... — No puedo seguir hablando al ver su reacción. Echando chispas por los ojos, estrella su puño en el armario, hasta dejar su huella en él. ¿Qué diablos le sucede? —Pare, por favor —imploro, colocándome delante de él, buscando su puño magullado, con hilos de sangre. Parece lejos, ido—. Su familia lo va a oír, van a subir y... —No lo harán —afirma, alejándose de mí y dando vueltas por la habitación, mientras se pasa las manos por el pelo, presa de los nervios—. Ellos me conocen y saben cómo reacciono cuando no controlo la situación. Por algo mi habitación está en la última planta y el despacho insonorizado; necesito privacidad para volverme loco. A pesar de su enfado, me confiesa verdades de su vida. Entonces, recuerdo las primeras palabras de Noa sobre él... «Matt es muy reservado, pero, cuando se enfada, habla demasiado...» Y yo lo he hecho enfadar. He atacado su ego, sí, pero ¿por qué se comporta así? —Es algo que hace muy a menudo, pues —afirmo, esperando entender por qué es tan complicado—. ¿Por eso tiene esas heridas en el puño? —Gisele Stone, le he pedido que se marche y quiero que lo haga ya —exige, deteniéndose frente a mí. La mandíbula le tiembla—. Ahora mismo me recuerda la traición que acabo de sufrir. Mi novia me engaña con mi mejor amigo hace apenas unos días y usted, que en teoría es mi amante, grita ahora el nombre de otro cuando está a punto de follar conmigo. No soporto tanta falsedad. Me maldigo una y otra vez por

mi inoportuno comportamiento. En parte tiene razón. —Pero a ella la soporta —lo provoco, esperando más respuestas—. La perdona, la acepta de nuevo a su lado, ¿verdad? Permite que lo manipule con palabrería barata. Cae de nuevo en el mismo agujero en el que se acaba de hundir. ¿Por qué lo consiente? Mis palabras no sólo lo incomodan de nuevo, sino que consigo enfurecerlo tanto que estrella un jarrón contra el suelo, haciéndolo añicos. Contemplo con temor cómo cierra los ojos y aprieta los puños... Matt Campbell es una persona con problemas y está claro que no es la primera vez que tiene un arrebato. ¿Por qué no me marcho y dejo de complicarme la vida con él? Apenas lo conozco y ya todo va mal. —Usted no sabe absolutamente nada de mi puta vida —dice finalmente—. ¡Nada de nada! Trago saliva, buscando la forma de continuar. —Explíquemelo entonces. Sé que necesita desahogarse, hágalo conmigo... Estoy aquí. Aprieta los dientes y niega con asco... No me soporta. —¿Cómo mierda cree que podría confiar en una mujer como usted? —Sus palabras se clavan en mi pecho, hiriéndome—. Con una mujer que me ofende de la manera más cruel, revolcándose conmigo en la cama, abierta de piernas, y gritando el nombre de otro. ¿Lo imaginaba a él? —Yo... —¡¿Lo hacía?! —No — contesto, enfrentándome a su rabia, acorralándolo entre mi cuerpo y la pared—: No lo imaginaba a él porque ni siquiera pensaba en él. Sólo quería provocarlo a usted, enfurecerlo, que sintiera lo que sentía yo. Sé cómo le ha hablado a su novia de mí. A esa novia que lo ha traicionado con su mejor amigo y, aun así, usted perdona y me deja ante ella como un barato juguete sexual. —¿Qué está diciendo? — pregunta confuso—. Yo le hablé así de usted para que la dejara en paz. Alicia no sabe quién es, porque si lo supiese la buscaría, y no para hablar precisamente. Por algún extraño motivo, he intentado protegerla de ella. Y la verdad es que es usted bastante cara, ¿no es así? ¡Joder, joder, joder! —En cualquier caso, lo era — susurro temblorosa—. Acepté el trato porque pensé que conmigo tendría suficiente. Pensé que no perdonaría a su novia tan rápido. Y que yo no sería plato de segunda mesa. Pero la verdad, siento que me he equivocado mucho con usted... tanto en lo negativo como en lo positivo. —¿Quién es Thomas? — pregunta, levantándome la barbilla. Oh. —Mi mejor amigo. Vive aquí, en Málaga. Nunca he sentido nada por él, sólo tenemos una bonita amistad. Es el único nombre que se me ha ocurrido para enfurecerlo. —¿Por qué no aquel otro? ¿El que la tocaba y no la satisfacía, el que tuvo la oportunidad de hacerle sentir cosas diferentes y no supo hacerlo? —Me encojo de hombros, acercándome más. Creía que no tocaría ese tema—. Que no se vuelva a repetir —añade—, no lo soporto. Pierdo la cabeza y no quiero. —Lo siento... —¿De verdad? ¿O es un teatro como el que suelen representar muchas? —Yo no miento, nunca lo hago. Su mirada se torna cálida, menos despectiva. Su cuerpo también se relaja visiblemente. —Y sí, he vuelto con mi novia — confirma, con la mandíbula rígida—, pero con condiciones para disponer de tiempo y ver si soy capaz de asumir lo ocurrido entre ella y mi amigo... si se lo puede llamar así. Pero no la tocaré. Alicia adora el sexo y su castigo será estar esperándolo conmigo, cuando yo no sé si podré volver a tocar lo que otro ha gozado siendo mío. Es una excusa, lo sé. Pero ella ha aceptado todas las condiciones, incluso que tenga una amante. —Tiene que quererlo mucho para aceptar algo como eso... Aunque no entiendo por qué entonces lo habría engañado con otro. —Alicia ha tomado su decisión, yo no la he obligado a nada. En cuanto a quererme... —Se detiene, esbozando una irónica sonrisa—. El dinero es muy goloso y ella ha demostrado ser muy perra. —¿Me está diciendo que sólo la une a usted el interés? —Quizá. Antes de conocerla estuve con otras mujeres y lo único que querían era saber si llevaba el bolsillo lleno. Alicia anhela ser mi esposa,

la rica señora Campbell. Sam me lo había advertido muchas veces. Yo no le creía y una apuesta le ha dado la razón, aunque rebasando los límites. —¿Una apuesta? ¿Había apostado a que no le engañaría? — No doy crédito. ¿Realmente se quieren?—. Por Dios, ¿qué clase de gilipollez es ésa? ¿Y por qué quiere entonces perdonarla? Veo que vuelve a ponerse alerta, adoptando la máscara que no me permite ver lo que de verdad piensa y no expresa. Me duele por él. Lo que está viviendo no es fácil y él lo lleva de la peor manera posible al no manifestar su dolor. Pero entonces recuerdo que en la intimidad será sólo mío... —¿Cómo sé que no me está mintiendo? —pregunto aturdida—. Podría estar diciendo todo esto para que yo continúe con el trato sin cuestionarlo. —No tengo necesidad de ello. Yo le pedí, o mejor dicho le exigí, que no la toque nadie más que yo mientras esté vigente mi trato con usted. Pues bien, entiendo que por su parte quiera lo mismo, y lo acepto. En el momento en que alguno de los dos incumpla esta norma, el acuerdo se romperá inmediatamente. Lo mío es mío. ¿Yo, suya? ¡Ja! —Su novia querrá besarlo. —He dicho tocar o tener sexo —replica duramente—. Aunque, para ser sincero, no me apetecen sus besos, ni que me toque. Es repugnante ver en sus ojos el rostro de otro. Y quizá no haya sido el primero, ¿quién me lo asegura? —Mejor solo, entonces. —Odio la soledad y, hasta el momento, Alicia ha sido buena compañera... Le pongo un dedo en los labios para silenciarlo, reteniendo la palabra que quizá sea la clave para descifrarlo: soledad. —No quiero hablar de ella, a mí sólo me interesa lo mío con usted. Le gusta mi frase, lo sé. —Puede darse el pico con algún amigo si así lo desea, pero nada más íntimo que esa bobada. La norma rige igual para usted que para mí, por supuesto. —Me parece justo — respondo, con una tonta sonrisa—. Créame que usted lo va a tener muy difícil. Una novia quiere besar a su novio. Y lo mío también es mío. ¡Ha estado cerca de curvar los labios en un amago de sonrisa! —Una novia que ama a su novio no lo engaña. —Entonces, ¿por qué sigue con ella? —A usted no le importa — corta seco ante mi interés—. Creo que esta noche ya he hablado demasiado de mi vida. «Cierto, ya tendremos tiempo.» —¿Por qué le ha pedido a su madre que yo me encargue personalmente de sus cosas? —No puedo evitar hacerle la pregunta. Matt tuerce el gesto, escrutándome. —Porque no quiero que lo haga otra persona. Y no responderé ninguna pregunta más. —Una más —insisto juguetona. —Sólo una... —¿Mi braguita? Entrecierra los ojos y contesta. —La tiene Alicia, usted así lo ha pedido. —Pero... —Ni una más. Complacida por sus palabras, le sonrío con descaro y, sin pedir permiso, estampo mis labios contra los suyos y me dejo llevar por las tórridas sensaciones que siento cuando lo tengo cerca. Matt toma rápidamente el control de la situación, su lengua entra en mi boca irrumpiendo en ella sin previo aviso, sin cuidado, con esa ansia de posesión con que suele hacerlo... Como si mi boca le perteneciese. Enloquecida por la excitación del momento, con una mano le aferro el cabello, tirando de él y pegándolo más a mi boca. Y voy bajando despacio la otra mano por su torso tan perfecto, por su vientre extremadamente plano, hasta llegar a su hinchado miembro. —Qué hace —gruñe, apartándose desconcertado—. Quiero hacerla mía. No quiero juegos. —Yo quiero tocarlo, acariciarlo. Necesito sentir esa parte de usted que tanto placer me da. Le desabrocho el pantalón e introduzco la mano para llenármela con su miembro. Jadeo al sentirlo de forma tan íntima. —Usted es una mala tentación... —murmura sobre mis labios. Asiento con picardía y empiezo a acariciar la punta de su pene con movimientos lentos. Mmm, parece más grande aún al sentirlo entre mis dedos. Toco el extremo, redondo, suave. Nunca masturbé a Álvaro, pero enseguida sé qué hacer. Voy moviendo la mano de arriba abajo, despacio, disfrutando al ver cómo ese hombre tan frío se deshace en mis brazos

con unas simples caricias. —Súbase el vestido. —No. Matt me demuestra su urgencia con su beso. Sus labios devoran los míos sin control. Su lengua embiste mi boca como si me estuviera haciendo el amor. Yo me siento totalmente húmeda, excitada, por el mero placer de observarlo. Estoy muy caliente, pero esta noche será para él a modo de disculpa. —Me mata, me mata y lo sabe. —Sus gemidos y gruñidos son de auténtico placer. Poco a poco voy conociéndolo y, aunque es difícil, me encanta. Sé que lo estoy complaciendo por cómo sus ojos se cierran a causa del deleite, por cómo su boca devora a la mía y por cómo su cuerpo se contrae cada vez que lo toco. —¿Qué le gustaría que le hiciera? —ronroneo coqueta contra su boca, haciendo más presión en su miembro—. Ya es su cumpleaños, ya es más de medianoche. Quiero ser la primera en hacerle un regalo... ¿O no lo soy? —No es la primera que se ha ofrecido. —Me tira del cabello, asegurándose de que lo mire—. Pero sí es la primera que acepto, ¿responde eso a su pregunta? —Pida. —¿De dónde ha salido usted? —pregunta con voz ronca, pasional. Me estremezco—. Pruébeme. Dejo de acariciarlo, avergonzada por un momento. ¿Cuántas veces he imaginado una escena tan erótica? Desde que lo vi, ansié saborear cada centímetro de su musculoso cuerpo, pero nunca antes he hecho algo así... Álvaro decía que eso era una guarrada. ¿Seré capaz? —No sé si lo haré bien... — confieso, estudiándolo de reojo. —¿Qué clase de imbécil ha tenido por novio? —Me estremezco. ¡Dios!, qué hombre tan hermoso. Qué ojos cuando se enciende—. Yo le enseñaré lo que desee, usted encárguese de que otro no la toque, ¿de acuerdo? —No de momento. —No bromee con este asunto. Es dominante y obsesivo. Afirmo con la cabeza, bajando la vista hacia su prominente virilidad. —Déjese llevar como ha hecho hasta ahora. Créame, lo está haciendo muy bien. Me manipula, sabe cómo hacerlo. —No creo que sea buena idea. —Quiero ser el primero. —Y yo digo... —Sabía que no sería capaz —me reta—. La he sobrevalorado, y mucho. Suelto una carcajada sin poderlo evitar. Matt Campbell sabe cómo desafiarme, provocarme y enfadarme a cada momento. Conoce mis puntos débiles demasiado bien para lo poco que sabe de mí. ¿Resistirme a un reto? Gisele Stone no está hecha para eso. —Como quiera —coqueteo, frotando mi cuerpo contra el suyo—, pero si le muerdo, no se queje. Yo se lo he advertido. —Señorita Stone, no juegue con esa parte de mi cuerpo —me avisa, con ojos llenos de diversión y de lujuria—. Es a lo que más aprecio le tengo y me temo que no soy el único. —¿Muchas? —Usted. Comportándome como la descarada en la que me estoy convirtiendo, me arrodillo a sus pies sin dejar de mirarlo, provocándolo una vez más. Cuando ya me he colocado, su miembro queda a centímetros de mis labios, con la punta brillante. Con la cabeza hacia arriba para que él tenga una buena visión de mí, me echo el pelo a un lado y, mordiéndome el labio inferior, agarro su pene entre mis manos. —Con suavidad —me dice. Yo saco la lengua y le lamo la punta. —Mmm... está salado. Me gusta, señor Campbell. Tentándolo, chupo y humedezco y succiono la punta, con lamidas lentas. Matt gruñe y sus dedos se enredan en mi cabello, tirando de él. Me duele, pero no importa, no mientras veo cómo él goza. —Más rápido, maldita sea, más deprisa —ordena jadeante, moviéndose inquieto. Con un gesto que me emociona, me acaricia el pelo con delicadeza; mi cuerpo vibra al recibir tanta ternura. Matt no sabe el efecto que me produce. Yo acabo de descubrirlo. —Viene del infierno a tentarme, a quemarme —susurra. Entonces pierdo el control y sé que nunca tendré bastante si se trata de él. Chupo, succiono y lamo con deseo salvaje, hambrienta, sintiendo cómo su cuerpo empieza a temblar. Seductor, mueve las caderas hacia adelante, saliendo al encuentro de mi boca. Algo me provoca ese gesto, y, enloquecida, llevo la mano hacia mi centro y me acaricio

vulgarmente en su presencia. No entiendo qué diablos me pasa. Me siento frustrada, loca porque me toque, por quedarme satisfecha. —Eh —me regaña—. ¿Qué está haciendo? —gruñe, con los ojos abiertos como platos al ver el espectáculo que le estoy dando. —Señor Campbell, imagínese que este dedo —ronroneo, enseñándole uno de mis dedos, que luego introduzco en mi hendidura — es usted. Voy a tener un orgasmo al sentirlo. —Hágalo ya. Y sigo con caricias atrevidas, sin dejar de saborear, lamer y besar su potente virilidad. Al borde del precipicio, mi cuerpo se sacude. Gimo entre sollozos al sentir cómo un arrollador orgasmo se apodera de mí. Desesperada, muerdo su miembro, sintiéndome sobrepasada por el placer. —Mierda. —Lo veo desesperado cuando alza las caderas enloquecidamente, chocando fiero contra mí y, finalmente, se tensa—. Gisele... retírese, por favor. Lo hago y me desmadejo. Cuando dice «Gisele» me enloquece. Por la cercanía que desprende esa simple palabra, una cercanía que no tenemos pese a la intimidad que compartimos. Embobada y agotada, termino de culminar. Los temblores son escalofriantes. Matt tiene los ojos cerrados, con gesto confuso. Al abrirlos, sus rasgos se suavizan. —Feliz cumpleaños, señor Campbell. Sonrío incorporándome y le doy un beso en los labios muy lento y suave. Se queda desconcertado, sin saber qué hacer, como si nunca lo hubieran besado así. Pese a todo, me devuelve el beso. Una intensa descarga me recorre el cuerpo ante la afinidad. Impresionado, Matt se aparta bruscamente. Yo necesito descansar. Esto está muy mal... Me siento como si flotara. —Buenas noches —digo, y doy media vuelta para marcharme, pero me veo envuelta en sus brazos, apretada contra la pared y con él abriéndose paso en mi interior, moviéndose dentro de mí a un compás de vértigo. El acto es rápido, fugaz, salvaje... y terminamos en el suelo, enredados como dos locos desesperados. Gritando, gimiendo, sudando, sin tocar nuestros labios, pero recorriendo el resto de nuestros cuerpos... Disfrutando el placer que nos corroe. Entre espasmos y sin poder respirar, veo la señal de un pinchazo en su brazo, que me extraña y me inquieta... ¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo? —¿L-Le han extraído sangre? —susurro y él se sorprende—. Tiene la marca... ¿está bien? Él no me mira, la locura que acabamos de compartir, el sexo salvaje contra el frío suelo de mármol quedan en nada. Se tumba en su cama, cubriéndose el rostro con el puño magullado. ¿Se está escondiendo? Se vuelve hacia el lado contrario a mí, en posición fetal. Indefenso. —Hasta mañana —me despido, marchándome y respetando su intimidad—. Me desconcierta, Campbell —añado. —No más que usted a mí. Me voy a mi habitación sin especular más. Me doy una ducha fría, pero no puedo conciliar el sueño, así que decido bajar a la cocina y, sonriendo al saberme su primer regalo, decido volver a sorprenderlo. A las seis de la mañana me meto por fin en la cama... Le he hecho un pastel.

—Buenos días, Gisele —me saluda Karen Campbell, entrando en la cocina dos horas más tarde—. Oh, ¿y esto?

—Espero que no se moleste, me he permitido el atrevimiento de no comprar la tarta y hacerla yo misma.

—¡Es perfecta! Vamos, venga conmigo y con mi familia. Despertemos a Matt.

Doy los últimos retoques al pastel y lo cojo para seguir a los Campbell. Los hijos no me prestan atención, William y Karen parecen sorprendidos.

—¿Hijo? —La voz profunda de William resuena en el pasillo. La puerta se abre y aparece Matt con un pantalón de pijama negro y el torso desnudo. Sus ojos, con unas oscuras ojeras, se encuentran con los míos y me observan un momento de hito en hito. —Gracias a todos. —Ahora

finge no verme y le agradece la tarta a su familia—. No teníais por qué haberos molestado. —La ha hecho Gisele, mi cielo —explica Karen, emocionada—. Ha pasado casi toda la noche trabajando para que estuviese lista por la mañana. ¿Qué te parece? Le dije que la comprase, pero ha preferido hacerla ella misma. ¡Ha quedado perfecta! Roxanne resopla y pone los ojos en blanco. A Eric se lo ve serio y preocupado. William, por su parte, sonríe, dejándose llevar por el entusiasmo de Karen, mientras Matt parece más serio que de costumbre. Emocionados, entran uno a uno a la habitación, pero al ver el jarrón roto, lo miran a él con preocupación. —¿Todo bien, Matt? — pregunta Roxanne. —Sí, siento que tengáis que ver esto —se excusa, rehuyéndolos. Yo en parte me siento culpable, por lo que me prohíbo mirar a Matt. —Ya lo recojo —digo, apresurándome a hacerlo. —Venga, Matt, abre este regalo —dice Roxanne saltando y dando palmas—. Quiero ser la primera en regalarte algo en este día tan especial. Instintivamente, mis ojos buscan a Matt. Sonríe un segundo como no le he visto hacerlo desde que nos conocemos y, para mi sorpresa, mira hacia la pared contra la que hemos hecho el amor hace apenas unas horas. ¿Se estará acordando él también? ¡Yo he sido la primera y de qué manera! —Gracias, Roxanne. Cuando los Campbell salen de la habitación para ir a comerse el pastel, yo sigo sonriendo. Matt se acuerda de lo que ha hecho conmigo, sí, sí. ¡Todo está recogido al fin! Después de dos largas horas, su dormitorio queda completamente ordenado, salvo lo que está roto... Cuando me dispongo a salir de allí, bostezando, me encuentro con Eric y la rabia se apodera de mí. —Tú —le digo, cogiéndolo del brazo y tirando de él hacia la habitación de Matt—. ¿Cómo te has atrevido a jugar de esa forma con mi amiga? —Señorita Stone, por favor, le pido respeto. Soy uno de sus jefes. —¿Respeto? ¿Qué sabrás tú de respeto? Te has liado con mi amiga en la cocina de tu madre, estando prometido con otra mujer. ¿A ese respeto te refieres? —Lo siento, hágaselo saber a Noa, por favor. —¿Eso es todo? ¿Qué clase de hombre eres? —le espeto, apuntándolo con el dedo—. Noa creía que eras diferente. Está rota de dolor por tu culpa. —Voy a verla ahora mismo. —Se da la vuelta para marcharse, pero yo lo retengo por el brazo. —No, ya le has hecho demasiado daño. No quiero verte cerca de ella o, de lo contrario, les diré a tus padres y a tu prometida la clase de hombre que eres. Noa no merece esto. Está viviendo un momento delicado y encima vienes tú a... En ese preciso instante, se abre la puerta y ambos miramos alarmados, pero al ver entrar a Matt, yo suspiro tranquila. Sin embargo, él parece furioso y su mirada va de su hermano a mí. Un segundo más tarde, sus ojos vuelan hacia la mano con que yo sujeto el brazo de Eric. —¿Qué está pasando aquí? ¿Qué hacéis los dos solos, encerrados en mi habitación? ¿Qué le digo? —Señorita Stone, hable — insiste. Yo lo miro desconcertada, pero él permanece inexpresivo ante la pregunta que le estoy haciendo en silencio. Estoy segura de que ha pensado que intentaba ligar con Eric... —Creo que debe ser su hermano quien se lo explique. En dos zancadas se coloca frente a mí y me sujeta con fuerza. —No quiero juegos. ¿Qué está pasando aquí? —Me suelto de su agarre, furiosa. Quiero decirle lo cretino que es, deseo gritarle que no soy como la perra de su novia—. Hable Gisele, hágalo de una vez. Al ver la situación, Eric se interpone entre nosotros. —Matt, ¿qué mierda te pasa? Esto es un asunto entre la señorita Gisele y yo. No te metas. Él busca mis ojos con un claro reproche en la mirada. Yo se la devuelvo desafiante; odio que piense tan mal de mí. —Su hermano se ha acostado con mi amiga. —Matt se sorprende y Eric jadea—. No le dijo que estaba prometido y yo le estaba reprochando su actitud egoísta y mentirosa. —Váyase, Gisele —ordena Matt—. Mi madre la está buscando para presentarle a la nueva chica. Esto ya es asunto mío. —Póngalo en su

lugar. Que deje de meter su cosita donde no debe. —¡Gisele! —¡Adiós! Chúpate ésa.

La nueva chica es una petarda de mucho cuidado. Cabello rubio con mechas más oscuras, ojos castaños y buena figura. Pero me parece demasiado presumida, algo que no me gusta...

—Melissa, será mejor que dejes de hablar —la regaña Noa—. A las ocho empieza la fiesta, la casa tiene que estar limpia y Gis debe ayudarme en la cocina. También tiene que hacer algunas compras.

—Sí, ya me han informado de mis obligaciones —replica ella y entonces me mira—. ¿Por qué si yo me encargo de la casa, eres tú quien limpia la habitación del guapo?

—¿Del guapo? —Eh... sí. Matt, creo que se llama... Es el hombre más guapo que he visto nunca. —¿Cuándo lo has visto? — pregunto mosqueada. Noa se vuelve rápidamente y en sus ojos se lee una clara advertencia: «¡Mantente lejos de él!». —Lo he visto al llegar. Parece serio y apenas me ha hecho caso — explica Melissa en tono monótono—, pero me ha gustado mucho. Tal vez... —Las chicas que trabajamos en la casa no nos mezclamos con los jefes —le espeto, aun sabiendo que es mentira. ¡Más le vale quedarse lejos de Matt! Noa me vuelve a mirar y veo la tristeza en sus ojos al oír mi comentario. Tendré que hablar con ella y contarle lo ocurrido con Eric, pero ahora es imposible, con esta entrometida en medio. —Noa, será mejor que vaya a hacer los recados que me ha mandado la señora Karen. Nos vemos dentro de un rato. Echo un vistazo para ver si viene el taxi, pero aún nada. Estoy tan absorta en mis pensamientos, que cuando el claxon de un auto suena a mi espalda me sobresalto. Al volverme, me encuentro con un Ferrari negro espectacular y Matt Campbell sentado al volante, con gafas de sol. Suspiro, es tan sexy el condenado... —Gisele, ¿qué hace aquí? — pregunta, inclinándose hacia la ventanilla para verme mejor—. ¿A quién espera? Oh, Dios, es demasiado para mí. —Su madre me ha pedido que vaya a hacer algunas compras — respondo, mirando a lo lejos para que no vea lo mucho que me afecta su presencia—. Ahí viene el taxi... —Suba —me ordena inesperadamente —. ¿A qué espera? ¡Suba ya! Desconcertada por su comportamiento, me subo sin pensar en nada más. —¿Qué le pasa? Su familia, sus vecinos o sus amigos pueden vernos. El taxi está aquí mismo. —La llevo yo y punto. Quiero hablar con usted sobre el adelanto que me pidió anoche. ¿Para qué era? ¡Vaya! ¿Y ahora qué le digo? —Para, mmm..., para comprar ropa interior. — ¿Sólo eso? —No, claro que no. —Me hago la interesante—. Ropa interior, bañador, en fin... cosas. Esta noche, después de servir en su fiesta, he quedado con mi amiga para ir a tomar unas copas. Y mañana con ella y con mi amigo Thomas para ir a la piscina y necesito ropa. —¿Con un amigo? —Con amigos, he dicho. —Thomas. —Su tono es acusador—. El amigo de Málaga. — Eso es. —¿Amigo? —insiste interrogante. —¡Sí, amigo de amistad! Él me mira unos largos segundos y puedo ver que se contiene, con el cejo fruncido. ¿Ahora qué he hecho? —Quiero pasar el domingo con usted. ¿Qué? Estoy hiperventilando. —No puedo, es mi día libre y ya he hecho planes. —Tenemos un trato. Además, quiero ser yo quien la lleve de compras. No me mire con esa cara, usted podrá escoger lo que quiera. Me siento más juguete que nunca. ¿Cómo salir de ésta? —Por favor, deje ya de decir tonterías y vamos de una vez. — Ignorando mis palabras, me coge la lista que tengo entre las manos y ¡empieza a transcribirla en el iPhone! Al cabo de unos minutos, se vuelve hacia mí. —Listo, la compra se está haciendo. Tenemos tiempo para sus caprichos. Me dejo caer contra el respaldo del asiento. —Es usted insoportable, con qué rapidez lo consigue todo. —Me muero por ver cómo se prueba la ropa interior —ronronea con voz profunda, posando su mano en mi muslo—. Su regalo ha sido el mejor del día. Me refiero al de

anoche, por supuesto. —¿Q-Qué? —digo, jadeando al notar cómo su mano va subiendo para acariciar mi centro a través de la tela del pantalón de chándal—. Por favor, pare, alguien nos puede ver. Y deje ya esos cambios de humor... Primero me regaña y ahora, ¿qué pretende? —Tengo ganas de usted. ¿Me dejará? Sus ojos verdes esperan con impaciencia mi respuesta. —No aquí. Matt cierra los ojos y se deja caer un poco hacia atrás, suspirando. Yo retiro reticente su mano de mi sexo. —A pesar de haberme visto en mi peor momento, me obedece, ¿por qué? —Porque también me apetece —contesto, encogiéndome de hombros—. A veces por no discutir con usted. Lo último es una vil mentira, pero tengo que despistarlo... —¿En este instante, por qué? —Su voz suena tan dura como extraña. —Por-que-me-a-pe-te-ce — susurro, inclinándome y besando sus labios—. Porque aún lo recuerdo en mi boca y, mmm, me siento mojada de nuevo. —Siempre tan desvergonzada —gruñe, mordiéndome el labio. —Tengo un buen maestro, ¿no? —Entonces, sorprendiéndome, se ríe a carcajadas. ¡Al fin lo veo reír! Está aún más guapo, si eso es posible. Me derrito, me quedo embobada—. Guapo. —¿Perdón? ¡Soy una bocazas! Pero de perdidos al río. —Que está usted muy guapo. Veo sus dientes, tan blancos y perfectos. Ay, qué calor... —¿Nunca se cansa de desafiarme? —Yo niego juguetona—. Ya veo. Vamos, antes de que la tome aquí mismo, por atrevida. Durante el camino, me quedo impresionada por el hombre tan distinto que llevo al lado y que no para de hablar, incluso se atropella con las palabras de lo enérgico que está. No dice cosas muy coherentes, más bien una serie de sinsentidos... Se lo ve eufórico y ensimismado al explicarse. Entonces recuerdo a su novia. —¿Lo ha felicitado ya su novia? —Quizá no fue buena idea venirme a Málaga. Aquí me han sucedido cosas muy buenas... pero también muy malas. He conocido a personas que dan asco y que no soporto. —Continúa hablando sin prestarme atención—. Me replanteo muchas veces dónde estaré mejor... y siempre me encuentro en el mismo callejón sin salida. Todo es una mierda. —Matt. —Ya no sé qué es bueno o malo para mí en la vida. Ya no sé nada. ¿De dónde viene tanta palabrería? Él calla, ni siquiera me escucha. Desconcertada, grito: —¡Campbell! —Él me mira animado—: ¿Le ha felicitado su novia? Se tensa y su espontaneidad desaparece. Mantiene los ojos fijos en la carretera. —Me ha enviado un mensaje, sí. —Pienso que ya no dirá nada más, pero sigue hablando, una vez más en exceso—. Dice que no ha podido venir porque está comprándose un vestido para esta noche. Con el dinero que yo le di ayer. La felicitación se le ha olvidado. Es una costumbre, cada año es lo mismo y no me importa; en cambio, derrochar me gusta, aunque sea para ella... Vendrá a la fiesta y representará su papel como... —¿La quiere? —Mierda, era sólo un pensamiento—. Quiero decir, la relación que tienen es un tanto extraña, ya que ella se lía con su amigo y usted duda y me busca para... Mi voz se apaga cuando veo que me mira con horror. —Gisele, usted pregunta demasiado y a mí no me gusta estar siempre respondiendo. —De nuevo mi corazón late descontrolado al oír cómo suena mi nombre en sus labios—. Déjelo ya, por favor. —Vale. —Le queda muy bien este chándal azul. Quizá tendría que comprarse algunos más..., de hecho, hoy lo hará. Y no proteste, porque no me importa. Me apetece gastar a lo grande. Lo miro, pero él no me mira... Me rindo. Estoy estupefacta por lo hablador que está. Mientras yo me pierdo en mis pensamientos, Matt expone con todo detalle la compra tan inmensa que hará para mí. Él es así de enigmático, pero por alguna razón se comporta de maneras distintas y tiene estos bruscos cambios de humor y yo quiero averiguar por qué. Intuyo que su barrera ante mí es por desconfianza, hacia las personas que lo han traicionado, y que por ello su alerta es constante. Su comportamiento me desconcierta, pero este hombre me atrae. Me

siento distinta estando con él... No me reconozco cuando estoy a su lado... Soy otra mujer. —¡Gis! ¿Me llaman a mí? Busco de dónde viene la voz masculina que ha gritado mi nombre y entonces veo a Thomas corriendo hacia el coche. —Por favor, ¿puede parar? — le digo a Matt, agarrándole el brazo sin querer. Él me observa ceñudo, sin entender mi petición, pero, aun así, detiene el coche con la despreocupación de que hace gala hoy. —Enseguida vuelvo. Al bajar del automóvil, Thomas me alcanza y me estrecha con efusividad entre sus brazos. —¡Gis! Te he extrañado mucho. Intento apartarme de él, pero no lo consigo. Me da miles de besos en la mejilla, mientras me aprieta tan fuerte que casi me deja sin respiración. Un segundo más tarde, me suelta de forma tan brusca que estoy a punto de caerme al suelo. Me quedo extrañada por su comportamiento, hasta que veo a Matt... Lo tiene sujeto por el brazo y su expresión y su mirada son como para echarse a temblar de miedo. Salvaje, aterrador. —Pero ¿qué demonios...? — dice Thomas. —No-la-to-que. —Mi amigo lo mira sin entender nada y la verdad es que yo tampoco —. Gisele me pertenece, ¿entendido?

6 Muro de piedra

NO puedo creer el giro que han dado los acontecimientos... Matt está completamente trastornado. Ha inmovilizado a Thomas en el suelo, con las manos hacia atrás.

Pero ¿qué diablos le pasa? Todo esto es ridículo. Por más vueltas que le doy, no lo entiendo. Me dan ganas de golpearlo, estoy indignada, dolida.

El pobre Thomas lo mira desde el suelo con los ojos desorbitados, sin comprender esta locura.

—Gisele, suba al coche —me ordena Matt—. ¡Ahora! ¡Y una mierda! —Gis, ¿quién es este tipo? ¡¿Qué le pasa?! —grita Thomas intentando soltarse de su agarre, algo imposible en su postura—. ¡Suéltame! —¡Suéltalo de una maldita vez! —le exijo a Matt, furiosa, zarandeándolo. Pero él no parece oírme. Sus ojos están fijos en Thomas, con una rodilla sobre la espalda de éste, sujetándole las manos con fuerza—. ¿No me oyes? ¡Te digo que lo sueltes, joder! —¡Es mía! —grita. Sus ojos vuelan hacia mí y lo que vislumbro en su mirada me hace temblar. ¿Puede ser realmente peligroso? —¡Imbécil, suéltame! — Thomas se debate para soltarse, pero es imposible. La expresión de Matt es terrorífica. ¿A qué ha venido todo esto? Me siento tan confusa... Una parte de mí, la más coherente, desea golpearlo hasta hacerle entender que es un salvaje y que Thomas no merece algo así. Otra parte de mí, la más absurda, tiene ganas de abrazarlo, de pedirle que me explique su pasado... Quizá ahí esté la clave para entender su comportamiento. —Gis, pero ¿¡con quién andas, por Dios!? —me espeta Thomas. —Es un malentendido. El lugar empieza a llenarse de curiosos, pero a Matt no le importa nada, mientras que yo cada vez me siento más avergonzada. —Thomas —digo con calma—, él es Matt Campbell... mi jefe. Creo que te ha confundido con un atracador, ¿no es así, señor Campbell? —Entonces, ¡que me suelte ya! Me arrodillo ante mi amigo, apenada, y acaricio su cabello azabache. Necesito calmarlo mientras el salvaje entra en razón y lo deja. Advierto la mirada de Matt clavada en mí, pero no me importa, y entonces todo ocurre demasiado deprisa. —Te vas a... Matt le da la vuelta a Thomas bruscamente con intención de golpearlo, pero un hombre decide intervenir por fin y se interpone... Thomas se incorpora y se encara con él, ambos corpulentos, desafiándose el uno al otro. —¿De qué vas? —le grita Thomas—. Gisele no es propiedad de nadie. —Suba al coche, Gisele, su amigo y yo tenemos un asunto pendiente. —No —respondo con firmeza. Sin previo aviso, Matt me coge y me echa sobre uno de sus hombros como un saco. Grito y pataleo, histérica, pero no me sirve de nada. Me encierra en su coche para poder pelearse con Thomas libremente. Yo chillo y golpeo los cristales, pero todo es inútil. Ellos dos se gritan,

se desafían... Soy incapaz de ver nada más. Horrorizada, me tapo la cara con las manos para no verlos. ¿Qué puedo hacer? —¡Basta! De repente se han quedado paralizados... Me miran desde la distancia al ver que yo me he echado a llorar desesperadamente. Sus miradas se encuentran y los dos se dicen algo, mientras se acercan al coche. A medida que lo hacen, veo que Thomas tiene la mandíbula y los pómulos hinchados y que Matt sangra de una ceja y del labio inferior. ¡Idiotas! Cuando llegan junto al coche, Matt lo abre automáticamente y, salto fuera y lo golpeo en el pecho. —¿Qué mierda te has creído? —sollozo, buscando su mirada—. Te odio... te odio. —Pare —me advierte, sujetándome las manos entre las suyas—. Gisele, deténgase. —Gis, no sé qué coño tienes con este tipo, pero ¡está loco! Es peligroso. Vente a mi casa, por favor. Vamos, ven conmigo. Me suelto de la presa de Matt y me secó las lágrimas con rabia. —Gisele —me advierte él. ¿Qué quiere ahora? —Thomas, ¿de qué va esto? ¿Cómo es que de pronto habéis dejado de pelearos como salvajes? —le pregunto, buscando la respuesta sincera que sólo él puede darme—. No me mientas. —Elige —dice mi amigo. Yo lo miro confusa. ¿Qué me está pidiendo? Matt y él se contemplan con mirada asesina y los puños apretados a los costados. —¿Te vienes conmigo o te vas con él? —insiste Thomas—. Gis, me conoces bien y sabes que yo nunca te haría daño. Ya has podido comprobar, en cambio, de qué palo va éste. No quiero saber qué tienes con él, sólo quiero conocer tu respuesta. —Thomas... —No pienso quedarme aquí más rato y no volveré a permitir que monte un circo como el que ha montado. La policía viene de camino. Si eres inteligente, elige de una vez. Suspiro y les doy la espalda a ambos. A Matt en el fondo no le importa a quién escoja yo, él sólo desea mi cuerpo para sentirse dueño de él. Algo que, pensándolo bien, duele. Me vuelvo y veo que ambos me siguen mirando fijamente. No sé cómo ni por qué, pero muy a mi pesar lo tengo claro. —Thomas, tengo que volver al trabajo. Mañana te veo, ¿de acuerdo? —Gis, por favor. —Estaré bien, te lo prometo. —No te creo. —Estás equivocado, mi jefe sólo quería protegerme. —No me lo trago. —Lo sé—. Llámame cuando llegues a casa. Y de la forma más sutil, elijo a Matt... Aunque no lo merezca, aunque sea un maniático, aunque quizá me haga daño. No sé por qué, sólo siento que tiene que ser él. —Por supuesto, ve tranquilo. Contemplo a Matt y por un momento veo que me mira con calidez, agradeciéndome el gesto, y en sus carnosos labios creo vislumbrar una leve sonrisa. ¿Lo estoy imaginando? Pero una vez más se oculta tras esa mierda de máscara que no me deja ir más allá. Thomas se me acerca, me da dos besos y se va... Ya de vuelta en el coche, el silencio se apodera del pequeño espacio. Matt conduce callado, secándose la sangre con pañuelos desechables. Desearía hacerlo yo, quiero curarlo... pero no lo merece. —¿Adónde va? —le pregunto, al ver que no toma el camino de vuelta a casa. —A comprar sus caprichos. —¡Tú no estás bien de la cabeza! —Sus ojos verdes se oscurecen al mirarme—. ¿De verdad crees que voy a ir contigo de compras después del numerito que acabas de montar? Thomas es mi amigo y lo quiero, no tenías derecho a... —¡¡Cállese!! —Asustada por su terrorífico grito, me pego a la puerta del coche, alejándome de él—. Teme que le vaya a hacer daño, ¿no es cierto? Pero yo jamás la tocaría, no de esa manera. De repente, detiene el coche en un lugar apartado, se baja y se mete en una calle. Acto seguido, empieza a dar patadas en el suelo. Desconcertada por su comportamiento, me bajo y corro tras él. —¿Q-Qué pasa...? ¿Por qué se pone así? Señor Campbell, estoy aquí; por favor, confíe en mí. Todos sus músculos se tensan y me vuelve a mirar. Se lo ve triste, abatido y desconsolado, ¿qué le pasa a este misterioso hombre? Se acerca lentamente y yo no sé si huir o abrazarlo con fuerza... En el fondo tengo unas inmensas ganas de consolarlo. —Si me tiene

miedo, ¿qué hace aquí? Fuera, váyase. Pero yo no puedo huir, me provoca ternura. Me acerco llena de dudas y le acaricio el labio hinchado, que todavía sangra. Sus ojos se cierran con angustia, aunque me parece que disfruta del contacto. —No le voy a negar que me asusta —susurro temblorosa, limpiándole las magulladuras—, pero una parte de mí me dice que, en efecto, nunca me haría daño... No físicamente. —Físicamente —repite, abriendo los ojos y encontrándose con los míos—. Eso no es decir mucho. Desprende tanta desesperación... Me contengo para no lanzarme a sus brazos. —Emocionalmente me lo acaba de hacer. Aún no logro entender qué ha pasado por su cabeza para llegar a eso. Me es imposible sacar una conclusión coherente y sensata. —No quiero hablar de ello en este momento. No con usted, ni aquí. —Se aparta y mi mano cae en el vacío, luego se sienta abatido en un banco de madera. Quiero saber más de él y me siento a su lado, rozándole la pierna con la mía. Entonces me mira, creo que con melancolía. —¿A qué se dedica? — pregunto sonriéndole—. ¿Cuál es su trabajo? Sus ojos se abren algo más. —Gisele. —Por favor... De la euforia y la exaltación ha pasado a la calma. Se lo ve muy relajado, quizá incluso demasiado. —Tengo una agencia de modelos y de publicidad. —Asiento, alentándolo a continuar—. Sobre todo de chicas. —¿Cómo se llama? ¿Dónde está? Tal vez haya oído hablar de ella... Algo extraño le suscita esta pregunta. —Grupo Salgado... Está en Nueva York, aunque aquí, en el centro de Málaga, tengo una sucursal y otra en Madrid. —¿Salgado? —pregunto desconcertada—. ¿Es su segundo apellido? —La familia Campbell me acogió y adoptó. —Su tono es cortante, frío, seco. Entonces entiendo algunas cosas... Por ejemplo, por qué no se parece a sus hermanos. Éstos son rubios de ojos azules y Matt, moreno de ojos verdes. Tiene además un tono de piel bronceado, mientras que Eric y Roxanne son tan pálidos como yo misma. —No tenemos la misma sangre —añade. —No es necesario tener la misma sangre para saber que son su familia. Los quiere mucho y ellos a usted. Medita, parece luchar con algo. —Son lo mejor de mi vida. Me aceptan como soy, sin querer cambiarme. «Eres bueno, Campbell.» —Karen y William lo miran con tanto amor... —Ante su actitud abierta, me permito indagar, llena de ternura—. Es como un hijo más, estoy segura. —En su casa siempre me he sentido amado, es cierto. Pero eso no disminuye el dolor de haber sido abandonado por la mujer que tendría que haber dado la vida por mí. Me desperté una mañana y ella ya no estaba. Se había ido sin más. —¿Por...? —Basta. —Entiendo. —Lo miro fijamente y siento un intenso deseo de acariciarlo. ¿Por qué no hacerlo? Temblando, acerco mi mano a la suya y se la rozo con delicadeza—. Me gusta oírlo, me gusta saber de su vida... entenderlo un poco. Es tan misterioso... — reconozco deslumbrada, con un nudo en la garganta al ver que no rechaza mi contacto—. Quiero que sepa que puede contar conmigo, hacerle saber que estoy aquí. Su mirada contempla nuestras manos entrelazadas, toma impulso y de nuevo vuelve la verborrea: —Sólo lo hace porque le pago. Sé que ése es el único motivo, o quizá ahora le dé pena, tal vez. Las mujeres son tan complejas cuando vislumbran dinero... Estoy solo, ya me he acostumbrado a la soledad, con la compañía de mi familia únicamente... Alicia y Sam eran un punto de apoyo que ahora se desvanece y aparece usted, desafiante, de la noche a la mañana y en el momento más difícil para mí, pretendiendo que la crea, cuando en realidad me pide tanto o más dinero del que le regalo a mi novia por tenerla a mi lado. Indignada y dolida, me levanto y me alejo de su lado peor que si me hubiera insultado directamente. Una vez más he chocado contra un muro de piedra. Ese muro que se interpone siempre que se trata de Matt Campbell. —Quiero irme. Matt se levanta y, con gesto tranquilo, me agarra del brazo. Lo miro esperando una disculpa, que

exprese su arrepentimiento por lo idiota que es a veces. Sé que en el fondo tiene buen corazón. —Gisele, esto es lo que soy. No busque más porque no lo hay. —No le importa lo que yo piense, ¿verdad? —No la creo, ya no confío en nadie. No es la primera que me tiende una mano para luego dejarme caer al vacío. «Yo no soy como todas», quisiera decirle. —Suba, nos vamos. Durante el trayecto de vuelta, no hablamos el uno con el otro, guardamos las distancias. Él, en cambio, habla por el «manos libres» con una voz que no le reconozco. La conversación va sobre coches, Matt le pide a un hombre que le busque uno, o mejor dos, y mucho más caros que el que tiene. Me cuesta entender tanto derroche. —De acuerdo —termina diciendo—. Mira los tres entonces, no hay problema. Caro, sí, muy caro. De camino, paramos unos minutos para recoger la compra. Una vez en la casa, me quedo en la cocina junto a Noa, como debo hacer por mi trabajo, aunque, para ser sincera, me siento inquieta. —Gis, ¿te encuentras bien? — me pregunta —. Estás muy rara desde que has vuelto de la compra. ¿Algún problema? —Todo perfecto, no te preocupes. Sólo me duele un poco la cabeza. En ese momento, mi amiga me coge del brazo y me lleva al rincón más apartado de la cocina. —Gis, tengo algo que contarte. ¿Te acuerdas de la Melissa de la que tanto nos habla Scott? —Sí. Creo que me ha dicho que mañana ha quedado con ella. ¿Por qué? ¿Ocurre algo? Noa se echa a reír y señala hacia la puerta. Entonces lo entiendo todo. ¡Melissa! —No puede ser. ¿Es la chica nueva? —La misma. Me lo ha contado sin darle importancia y entonces he entendido que de quien me hablaba era de tu hermano. Qué mal gusto el musculitos. —No me cae bien, pero él verá lo que hace. —Cuando mi amiga se vuelve para marcharse, la cojo del brazo, reteniéndola—. Noa. Nada más mirarme, sabe de qué le voy a hablar. —Antes me ha dicho que lo siente mucho. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. No merece la pena que llores por él, Noa, el tipo es un estúpido. Le he dicho que estás mal y lo único que ha sido capaz de decir es que lo siente. Pretendía venir a hablar contigo, pero yo se lo he prohibido. No quiero verte así. —Gracias, pero el día no puede ir peor. Manu me ha llamado para decirme que está con otra. ¿Y qué? No me importa... He vuelto a cagarla. Y de nuevo llora... Malditos hermanos Campbell. El tiempo va pasando. Aún falta una hora para que comience la fiesta y ya estoy agotada. He terminado de preparar la comida junto a Noa, he soportado de nuevo los berrinches de Roxanne, más un contratiempo con Melissa. La tensión entre nosotras es evidente. Yo no la soporto, porque se tira a mi hermano y porque pretende hacerlo con... Matt. Y ahora, por último, voy a servirles el café a la señora Karen y al señor William. Conversan tranquilamente en la sala, mientras esperan a los primeros invitados. —Pase, Gisele —dice ella, sonriente, al verme en la puerta. Luego continúa la charla con su esposo, que también me saluda con calidez. —Últimamente está más extraño de lo habitual, me temo que sea por Ali. —El estómago me da un vuelco. Hablan de Matt—. Empiezo a pensar que lo mejor es que lo dejemos tranquilo. Hoy ha vuelto con la cara magullada y con más de diez bolsas de ropa, una vez más. No he querido preguntarle... Ya sabes cómo es. —Mi amor, tranquila. Matt es un hombre maduro y sabrá qué hacer. —William parece orgulloso de él, algo que no sé por qué me da tranquilidad—. ¿Qué te preocupa? —Ayer, cuando fui a hablar con él por la mañana para pedirle permiso para celebrar la fiesta, me dijo que la relación con Alicia está muy mal. Incluso se planteaba no invitarla. Ella me ha dado a entender que se han reconciliado, pero tengo la sensación de que es un paripé. Matt no quiso besarla anoche en la cena, la esquivaba. —Es verdad, no le hacía caso. «Bien, bien, bien.» —Matt está ahora con Sam, que ha venido a verlo. Otro que parece preocupado. ¿Te ha contado algo de él, Karen? Ahogo un jadeo involuntario.

Sam, el amigo con el que lo engañó su novia. ¿Cómo estará Matt? ¿Por qué no se oyen gritos en la casa si es que están juntos? Termino de servir el café. —Gracias, Gisele. —De nada, señora. Desencajada, me armo de valor y voy hacia el despacho de Matt. La puerta está cerrada y, aunque pego la oreja, no se oye nada. No lo pienso: llamo. Quien me abre no es Matt, sino un joven fuerte y moreno, vestido con un estilo parecido al de él y peinado del mismo modo. —Señor Campbell, vengo para ver si necesita algo antes de que lleguen los invitados. —Lo digo sin apartar la vista del traidor, que no tiene reparo en comerme con los ojos. Matt, al otro lado, carraspea, pero no dice nada—. ¿Señor? — insisto. —No, gracias, señorita Stone. Puede retirarse. —Ha contestado brusco, agresivo—. Váyase, Gisele, ahora. —¿Puedo hablar un segundo a solas con usted sobre unos cambios en el vestidor? —Váyase. No hay manera de entrarle, por lo que, al salir, dejo la puerta entornada y escucho un instante. Me duele que me trate así. —Vaya, ¿de dónde ha salido ese bombón? —pregunta Sam. ¿Qué ha sido eso, un gruñido?—. Eh, Matt, suéltame. —Aléjate de ella. Es una advertencia, Sam. —Como quieras, joder, pero déjame respirar. ¿Por qué te comportas así? Silencio y pasos que se acercan, tengo que irme corriendo. ¡Maldición, quería oír más!

Horas más tarde, la fiesta no puede ir peor. Por fin le pongo rostro a Alicia, esa mujer a la que odio sin conocerla: hermosa, coqueta y... muy llamativa. Es pelirroja, de cabello largo y ojos gris oscuro. Tiene cara de muñeca y un cuerpo de infarto, con pechos exuberantes y caderas muy marcadas. Todo lo opuesto a mí...

Pegada a Matt como una lapa, aparenta que son la pareja perfecta, a pesar de que él se aparta cada vez que tiene ocasión. Aun estando con ella, he descubierto a Matt mirándome... a mí o mi nuevo uniforme, más corto y atrevido.

Mientras sirvo copas de champán a los invitados, voy alejándome de ellos dos, hasta que veo la mano de Alicia en el cuello de Matt. Me sorprende el sentimiento que me corroe por dentro y el mal humor que siento de repente. Les doy la espalda y contoneo las caderas, consciente de que el niño pijo de Sam no me quita ojo, pero yo a quien quiero provocar es a Matt y sé que entiende que estoy enfadada por la mirada que le he echado.

En la siguiente ronda, Matt se ha librado de Alicia y me llama con un discreto gesto. Me acerco traviesa, aunque disimulando. Al llegar a su lado, coge una copa de la bandeja que sostengo en la mano y me dice al oído con discreción:

—La quiero en mi despacho en cinco minutos. Le ordeno que ahora se baje un poco la falda, porque va mostrando demasiado, pero cuando llegue, quiero esa falda subida para mí.

—Estoy trabajando. —En mi despacho. —Deja la copa y se retira, camino de su escondrijo —. Cinco minutos, ni uno más.

Completamente húmeda, le digo a Noa que voy a ausentarme un momento y, con cautela, me marcho detrás de Matt. Cuando llego al despacho, antes incluso de que pueda llamar a la puerta, él me arrastra dentro, cerrando luego de un fuerte portazo tras de mí...

Parece ansioso y eso me gusta. Yo, en cambio, me muestro indiferente. —¿Qué desea? — Aún sigue enfadada —dice,

arrimando su cuerpo al mío y acariciándome la cintura... La respiración se me acelera—. Ya sabe lo que deseo. Quiero hacerla mía aquí y ahora, sin importarme cuánta gente haya fuera.

—¿Y si le digo que no, señor Campbell, qué me hará? —Deslizo durante un breve segundo el dedo por su labio y su ceja magullados. Me estremezco.

—Desnúdese. —Y ábrase de piernas, ¿no? —Gisele, basta. —¿Acepto paciente o lo mando a hacer puñetas por sus cambios tan bruscos de humor, que me tienen descolocada?

Se lo ve tan formal, tan imponente con ese traje de chaqueta gris. Mi enfado disminuye un poco... y otro poco más. Está tremendamente sexy.

—No me provoque, no juegue conmigo. —Con gesto posesivo, me agarra el trasero, llenándose las manos con él—. Sabe que no le estoy dando a elegir.

—Ella está fuera. —¿Y cree que eso me importa? —Me calienta, me enciende, es tan macho —. No vamos a hablar de Alicia. —¿De qué hablaremos? —Hablar precisamente no es lo que pretendo. —Sonrío y lo beso. Me rozo con él—. Me vuelve loco. No me gusta cómo la han mirado fuera, es una tentación para todos ellos. ¿Celos? No, su ego. —No he podido apartar la mirada de sus piernas, demasiado expuestas. —Me toca y me pierdo, le deseo tanto que me da miedo—. Hablaré con Karen, romperé el maldito uniforme. —¿Ahora? —Consigue arrancarme una carcajada. —No se burle, basta de una vez —gruñe sofocado—. No estoy para juegos. —Yo tampoco. Tome lo que quiera —lo tiento—. Lo que desee, todo es suyo. Su miembro cobra vida en un instante. Jadeo al sentirlo tan grande, tan duro. —Siempre tan descarada, es una lástima que tengamos poco tiempo. Y al cabo de unos segundos las palabras sobran. El sexo es rápido, duro, sin besos ni ternura... pero sí con pasión. Al acabar, estoy como flotando. —Ahora sí. Sólo entiendo a qué se refiere cuando me atrapa los labios con los suyos con intensidad. *Ahora sí* abre su boca para mí, dejando que mi lengua se adentre en la profundidad de la suya. Que indague, que la posea como tanto anhelo. Un beso largo, furioso, lleno de ansia. Un beso que me deja sin aliento. —La veo luego —dice, interrumpiendo el beso de golpe y dejándome con ganas de más, de mucho más. —Esta noche no duermo aquí, lo haré en San Pedro de Alcántara, en casa de mi hermano... He quedado con una amiga, ¿recuerda? —«Pídeme que me quede», casi le suplico—. Lo veré el lunes por la mañana. —¿El lunes? Bien. —¿Por la mañana? —Quizá. Busco su mirada para ver su reacción. Parece burlarse de mí, pero no entiendo por qué y asumo que es otro de sus famosos cambios. Como no me pide que me quede, me marcho.

Por fin se ha acabado todo y me relajo en el bar Blanco y Negro con mi amiga Emma, aunque no encuentro la paz suficiente ni siquiera tras tomar unas copas. El tema de conversación tiene un solo nombre: Matt Campbell.

—No sé qué me pasa cuando estoy con él, me muestro coqueta, desinhibida. Me divierto diciendo lo contrario de lo que desea oír. Le gusta tener el control, pero yo trato de no cedérselo y... En fin, lo mismo que te estoy contando desde hace una hora.

—Aún no lo puedo creer. Es una locura cómo ha empezado lo poco o lo mucho que tenéis. —Sus ojos castaños reflejan su sorpresa—. Es precipitado y a la vez excitante; supongo que tiene que ser un huracán para que hayas caído tan fácilmente.

—Algo así. No sé cómo detenerlo, igual que no supe la primera noche. Y no me arrepiento.

—Gis, ¿no te estarás enamorando? —me pregunta sonriendo.

—¿Estás loca? —contesto con rapidez. Jamás podría, no con él—. No podría, Emma. Es demasiado raro y no somos compatibles. Además, Matt no busca una relación estable y yo no soportaría a alguien tan voluble. De repente se enfada y grita y me besa... Más otros comportamientos extraños.

—Pero os atraéis y una cosa lleva a la otra, ¿no?

—No lo creo. —No, me niego a rendirme ante un hombre tan variable—. Sólo nos llevamos bien mientras estamos..., ya sabes, y a veces ni siquiera entonces. Él me quiere desnudar en cada encuentro.

—¿Y eso te divierte?

Sí, ahora mismo me estoy riendo. Ay. —Es gracioso cuando ordena: «Súbase el vestido y ábrase de piernas, ahora». —¿En serio estoy contando esto? ¡Qué bochorno y qué patético!—. Creo que es su físico. Nunca he visto a un hombre tan perfecto y guapo. Es espectacular. Pero Emma parece no oírme, se ha quedado embobada, con la mirada perdida detrás de mí, de lo que deduzco que no se trata del mismo chico que lleva llamando su atención toda la noche. —Oh, vaya. ¿Y qué me dices de ése? Y señala detrás de mí. Sonriendo, me vuelvo para ver quién es y antes de hacerlo puedo darme cuenta de que no soy la única curiosa. De repente todo se paraliza... Un hombre de cuerpo perfecto, ojos de un verde intenso y cabello oscuro, que mi cuerpo reconoce incluso a distancia, parece buscar a alguien con la vista entre la multitud. Mi corazón se acelera desmesuradamente cuando una chica se le acerca: ¡es Matt! ¡Está aquí! ¿Ha quedado con esa joven con la que habla? Siento una fuerte punzada de decepción. Si es así, nuestro trato se rompe hoy mismo y yo no quiero perderlo, aún no.

7 Una noche con él

LA inquietud de apodera de mí. ¿Qué hace Matt aquí? Me derrumbo al ver que busca a otra mujer, que no tiene suficiente conmigo, que me miente. Aunque es extraño, éste no parece uno de sus lugares habituales: el local es más bien para gente sencilla, no de su posición económica y además queda muy lejos de su casa.

Cabizbaja y dolida, me vuelvo hacia Emma. Por supuesto, no me acercaré. Matt no sabrá que yo estoy aquí, descubriendo que ha roto el pacto.

—¡Gis!, vaya, te ha gustado, ¿eh? —se burla mi amiga—. Oye, ¿qué te pasa? Te tiemblan las manos.

—Es él, Emma —respondo suspirando, con tristeza—: es Matt Campbell. El hombre misterioso del que llevo hablándote toda la noche.

—¿Qué? Joder, Gis, menudo tipo. Entiendo tu fijación... —Tenemos que irnos, no quiero que me vea aquí. Bebo otro trago, nerviosa. Ya no soy capaz de dominar mis nervios y, para colmo, no puedo volverme para mirar. —Gis —susurra Emma—, viene hacia aquí. Tiemblo aún más. —¿Ha-hacia aquí? En breves segundos veo su sombra junto a mí, atormentándome. —Buenas noches, soy Matt Campbell —saluda cortésmente. Yo lo miro y me encuentro con sus ojos verdes clavados en mí. —Hola. —Ejem... Gis, creo que ha llegado la hora de que vaya a presentarme ante aquel tío bueno — dice Emma, levantándose—. Ha sido un placer, señor Campbell. Él asiente sin perderme de vista, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, abrasándome. —Bienvenido. —Juego con el borde de mi copa y pregunto, haciéndome la tonta —: ¿Qué lo trae por aquí? —Usted. Voy a sentarme. Asiento con timidez, aunque él no ha pedido permiso. Una vez más. —¿Qué he hecho ahora? — pregunto distraída—. Tiene que ser algo muy grave para que haya venido hasta aquí. ¿Cómo me ha encontrado? —La fiesta era una mierda — contesta secamente—, no veía el momento de irme de allí. Su amiga Noa me ha dicho dónde estaba. Que Noa ¿qué? —¿Está loco? Va a sospechar. ¿Qué le ha dicho exactamente? — Gisele, no me grite. —Ya empezamos—. Le he dicho que un amigo suyo llamado Thomas preguntaba por usted y deseaba verla. Ha dudado un momento, pero al final la he convencido. — Muy astuto. ¿Y bien? Con un rápido movimiento se sienta más cerca y su mano va directamente a mi muslo. No puedo reprimir un jadeo ante su osadía. —Quiero pasar un buen rato con usted, Gisele. Gracias a Dios que llevo pantalón. —Pensaba que buscaba a otra, lo he visto hablando con una mujer. —Me ha preguntado la hora. ¡Ya! Recorre mis piernas, mis muslos. Pues parecía que quisiera comérselo... —He venido por usted, creo que lo he dejado bastante claro. —Es mi

día libre —protesto, deteniendo su avance—. Hace apenas un rato que usted y yo... Y me mira con la intensidad con que suele hacerlo. Deseo saber qué piensa, pero ya estoy acostumbrada a no saber descifrarlo. —Matt... Su mano se deshace de la mía y se aparta. —Me voy pues, la veré el lunes. —Su tono es frío y distante—. Páselo bien y recuerde el pacto. Entonces me pongo ansiosa. ¿Realmente quiero que se vaya? —No se vaya. —Lo cojo del brazo—. Tómese unas copas conmigo, ¿le gustaría? Una sonrisa cautivadora aparece por unos breves segundos en sus carnosos labios. Unos segundos que atesoro en mi mente. Es la primera vez que me sonríe así. —¿Dónde la ha dejado? Se niega a contestar, pero yo insisto. —En su casa, le he dicho que no me encuentro bien. —Espero, él niega con la cabeza y me acaricia el pelo, provocándome escalofríos —. Ella me entiende, me soporta, ¿quién más lo haría? —No está enamorado, ¿me equivoco? «Que diga que no, que no.» —No se equivoca. —Suspiro aliviada—. A lo que Alicia y yo tenemos nunca se lo ha podido llamar amor. Cariño y ambición quizá. —No entiendo nada, ¿para qué quiere retenerla entonces? —Es una forma de tenerla controlada y que no me agobie. —Alza mi copa y me la pasa por los labios. Saco la lengua y él la aleja—. Ella disfruta de dinero, de lujos. Está callada y es lo único que pretendo. —Interés. —Por ambos lados, sí. — Apoyo un codo en la mesa y me doy cuenta de lo relajado que se lo ve—. Pese a todo, Alicia me consiente y me cuida. No quiero estar solo. «Yo estoy aquí.» —¿Y Sam? —Ni lo mencione. —Me sujeta el mentón—. No lo quiero cerca de usted. Se lo prohíbo. —¿Por qué? —Quiero protegerla. —Me suelta, aunque sigue desencajado—. ¿Entendido? —¿Por qué? —Porque me da la gana y se acabaron los porqués. —Como quiera. Me cruzo de brazos, evitando mirarlo. Y así transcurren los minutos, él a mi lado, callado. Sin rozarnos y yo muriéndome de ganas de más confesiones. —Voy a pedir las copas y enseguida vuelvo. —Asiento con una tímida y distante sonrisa al verlo marchar. Es un hombre serio, pero hoy se ríe y me toca, ¿quién lo entiende? En cuanto llega a la barra, algunas miradas femeninas lo recorren de arriba abajo. Él parece ajeno al hecho, pero a mí me empieza a molestar. Inquieta, me levanto y busco a Emma entre el gentío, pero no veo ni rastro de ella. Entonces la música suena con más intensidad y la melodía me invita a bailar. Me muevo por la pista, dejándome llevar por el ritmo de Merche con los ojos cerrados. Me siento libre de nuevo, lejos de responsabilidades.

Baila cerquita y susurra bombón si buscas dueño ya me tienes a mí sólo escucharlo me dio hasta calor no quiero más no tengo nada para ti.

Unas manos me rodean la cintura desde atrás y Matt acerca su cuerpo al mío. No me hace falta volverme para saber que es él. No baila, pero me busca con atrevidos movimientos.

Suspiro resignada, me gusta mucho. —Sé que es usted, reconozco muy bien esas manos —jadeo, contoneándome contra su cuerpo—. Podría vernos alguien conocido... —No me importa —contesta en mi oído con voz sensual—. Es un pecado bailar de esta forma, no soy al único al que está tentando. Ignorándolo y todavía moviendo mi trasero contra su miembro hinchado, vuelvo la cara y lo miro. Lo veo contenido, tenso. Está excitado y lo está por mí, no por las muchas mujeres que lo miran con deseo. —Gisele, deje de provocar. —No pretendo tentar a nadie más. Usted es el único que me importa. ¿He dicho ya que me trastorna? Gruñe y su aliento me hace cosquillas en la oreja. Sus manos descienden muy lentamente desde mi cintura hacia mi vientre y un poco más abajo. —Matt, para... —Ya no puedo. Me está matando y me es imposible contenerme. Venga conmigo a los servicios. —Me coge de la mano y me lleva a través de la multitud hacia los lavabos de las chicas. —No. —Lo detengo. —¿Por qué? —Porque yo he

venido a pasarlo bien, no a retozar en los lavabos públicos como una cualquiera. Cambia de actitud, se lo ve cada vez más enfadado, me grita y maldice sin coherencia... hasta que de repente me señala y parece relajarse. Me cruzo de brazos esperando otro cambio. —Le queda muy bien el pantalón azul. —Me vuelvo gelatina—. El color negro le hace más pecho, va muy ceñida y ya sabe cómo me pone. —Flaqueo—. Los zapatos de tacón me encantan, la hacen más sensual. Oh, Dios, Dios... Qué calor. Termino apoyada en la pared, casi babeando. —Definitivamente está usted loco, Matt Campbell. —Casi le arranco una carcajada. Casi—. ¿Me está persuadiendo para que tenga sexo aquí con usted? —Entre al servicio. La quiero con las manos apoyadas en la pared y ese culo hacia arriba. Voy a probarlo. —Me voy a mi casa, de probar nada. —No tengo fuerzas para lo que me pide, por Dios—. ¿A qué viene esta obsesión con el sexo? —Tiene un solo nombre. —¿Y es...? Se acerca y me besa. Me chupa el labio, me lo muerde, se aleja. —Gisele Stone. —¿Bromeando, Campbell? — me burlo como él de mí. Pero no se ríe, no está jugando—. No me lo creo. —No es mi problema — contesta de mal humor—. Entre en el baño. —No creo que sea buena idea y mucho menos aquí. —¿Me estaba provocando y ahora se echa atrás? ¿Un reto? No me resisto. Lo cojo de la mano y lo llevo hasta el baño. Nos encerramos, lo siento en el retrete y le desabrocho el pantalón con sensualidad. Pese a su confusión, no dice nada. Cuando ya tengo su miembro al descubierto, me quito los pantalones ante la mirada de sus ojos brillantes, con la lujuria y el deseo refulgiendo en ellos. —¿Satisfecho con esto? —murmuro, sentándome sobre él—. Qué calor... Es increíble la sensación de sentirme invadida, llenada por su virilidad. —Gisele... —jadea y yo le saco la lengua. Me encanta que diga mi nombre en la intimidad. Entonces se hace con el control de la situación, me agarra de las caderas e impone un frenético ritmo, mientras me empala con fuerza y hunde su rostro en la base de mi cuello, que lame mientras gime y yo tiemblo con sus movimientos apasionados, locos. Matt es tan caliente y macho que me abruma. —Aférrese a mis hombros. Acato su orden y me dejo llevar por las tórridas sensaciones que este maldito hombre provoca en mí. ¡Ay, no! Odio sentirme tan tonta. —Matt... Echo la cabeza hacia atrás y se detiene. Su mirada me busca con urgencia, su respiración suena entrecortada y su voz fría al decir: —¿Por qué me llama por mi nombre? Sabe que no me gusta que me tutee, menos aún en estos momentos. —Tú lo haces. —Yo soy su jefe. —Hoy no estoy de servicio. —Hago amago de alejarme, pero me sujeta por las caderas y se clava en mí. Me duele—. ¡Ay! Es un imbécil, Campbell. Entrelazo mis manos en su nuca y me muevo como si montara a caballo. Entre mis balanceos, sus manos y el recorrido de su lengua en mi piel, estoy al borde del orgasmo. Las embestidas se tornan desesperadas y cuando salgo un poco lo anhelo con locura. —Señor Campbell —susurro, lamiéndole la oreja. Él se estremece de pies a cabeza y me embiste sin cesar, apasionado, posesivo y loco—. ¿Por qué es siempre tan salvaje? Recibe mis palabras con un gruñido animal, pero no contesta. Cada vez me siento más frustrada en esta relación. Me busca, tenemos sexo después de decidir por su cuenta que tengo que ser suya, pero apenas sé nada de su vida. ¿Qué diablos pasa con él? —¿Nunca me va a contestar? —Lo muerdo, presiono—. Sigo esperando. No responde y las siguientes acometidas son sosteniéndonos la mirada, asaltándome con más rapidez y soltura. Me tenso, los primeros temblores llegan, invitándome a saltar al vacío. —Ya —ordena—. Gisele... —Quiero un beso. —Cállese, ahora no —replica, torturándome con el placer que me proporciona—. No se atreva a... —Si me quiere callada, bésem... Oh, oh. Sus gruñidos y mis gemidos se unen, aun así, sigue llevando su máscara de hielo. Me pierdo entre temblores y cabalgo con audacia, ansiosa,

necesitándolo. Entonces, Matt se convulsiona vaciándose en mi interior. Es maravilloso sentir que somos uno solo. Le araño los hombros y descargo la tensión creada por su pasión, por sus caricias sobre mi piel. —Campbell, qué fogoso. Él no dice nada, a la espera de que sus espasmos mengüen. Me mira una vez más con esa rabia suya tan característica y bruscamente me sujeta la cara entre las manos, mientras se apodera de mi boca. Tan sensual y voraz como sólo él sabe serlo. Y, aunque me devora, lo siento distante. Al retirarse, nos quedamos mirándonos el uno al otro, buscando ¿qué? Su mirada parece guardar miles de secretos, secretos que yo me propongo descubrir. Quizá Matt no merezca tanto, o sí, no lo sé. ¿Qué pasará cuando me vaya? Todo lo que hemos vivido quedará atrás, como él... —¿Qué piensa? —me pregunta con intensidad—. Parece ausente. De hecho, es la vez que más lejos la he sentido. —Yo he tenido la misma sensación con usted —reconozco desconcertada—. Será mejor que salgamos, mi amiga me estará buscando. Matt asiente sin más. Yo me obligo a pensar que él estará en mi vida tan sólo unos meses, que luego yo la retomaré con normalidad y su existencia ya no deberá perturbarme. Cuando salimos fuera, busco a Emma por el local. ¡Ni rastro de ella! Matt sigue a mi lado, aunque intuyo que, una vez cumplido su objetivo, se irá. —Parece que su amiga no está. —Voy a mandarle un mensaje. Es raro que se haya marchado sin mí.

Mensaje: de Gisele a Emma. A las 3.34. Emma, ¿dónde estás? Te estoy buscando. Mensaje: de Emma a Gisele. A las 3.36.

Como te he visto con tu dios griego, me he ido con el chico de la barra. Te veo mañana en la piscina.

Vaya, ¡menuda amiga! Se marcha con un tipo dejándome sola...

—Tendré que irme en taxi. Mi amiga ha ligado y se ha largado...

Cuando llego a la salida, me vuelvo para despedirme y veo a Matt con semblante serio y apagado.

—Yo la llevo.

—No se preocupe, no es necesario. Se enfada, pensando que lo estoy desafiando de nuevo. No puedo o no sé hacer nada más que sonreírle. ¿Siempre será así? —Está bien, vamos. Al llegar a casa de mi hermano, me bajo del coche y Matt también. Lo miro extrañada. ¿Ahora qué será? —Lo veo el lunes, señor Campbell —digo con una sonrisa. Quiero besarlo, pero no sé si debo—. Lo he pasado muy bien con usted esta noche. Ha sido corta pero intensa. —Aún no ha terminado. ¿Estará sola en su casa? Scott está con Melissa... —Sí, mi hermano pasará el fin de semana fuera. —Eso puede ser peligroso. No, no y no. ¡Ay!, me gusta demasiado su preocupación. —Estaré bien. —Puedo llevarla de vuelta a mi casa —insiste—. O, si le apetece, puedo pasar la noche aquí. Digo, sólo para asegurarme de que está bien. ¿Qué? Esto sí que es una sorpresa. ¡Pasar una noche entera con él! —Bueno... su familia, su novia, se preguntarán dónde está. —¿Quiere o no quiere? Le sonrío y lo invito a entrar. Me siento extraña en la casa después de tantos meses sin pisarla, y, sobre todo, al tener a Matt a mi lado. —Siéntese, voy a abrir las ventanas para airear un poco. Me dirijo a mi habitación y cojo un pijama verde, cómodo, sin nada de atractivo. Él solamente ha venido para asegurarse de que estoy bien, así que no quiero ni debo provocarlo. Me siento en mi pequeña cama y pienso en los cambios que han sucedido en mi vida desde la última vez que me fui de Málaga. Llegué a aquella casa de ricos, un tipo de gente que nunca me ha gustado. Me tocó soportar las rabietas de una consentida y, para colmo, conocí a Matt Campbell... Este hombre misterioso que cada día exige más tiempo y espacio en mi vida.

¡Demasiados cambios! Termino de ponerme el pijama, me recojo el pelo y salgo a buscarlo. Está de espaldas a mí, mirando todas las fotografías que hay en la casa. Al notar mi presencia se vuelve y me contempla de arriba abajo. ¿Lo habré decepcionado? Ésta soy yo. Matt me conoce desnuda, en ropa interior o con uniforme, pero así de poco presumida soy en casa. —¿Son sus padres? — pregunta, señalándome una de las fotos. Digo que sí con la cabeza—. ¿Dónde están? —En Lugo —respondo, sentándome en el sofá—. ¿Le apetece un café o algo? Él me sigue estudiando, intimidándome. —No, gracias —contesta, sentándose a mi lado—. ¿Cuántos años tiene usted? Temas personales... —Veinticuatro. Se pone rígido, aprieta los puños y su mirada se endurece. Una reacción que me desconcierta. —¿La tratan bien sus padres? —Claro... somos una familia muy unida. Mi padre es inglés, pero vino a España a pasar unas vacaciones y aquí se quedó. Mi madre lo cautivó —explico orgullosa—. En Lugo nacimos mi hermano Scott y yo. Él está muy pendiente de mí, para Scott siempre seré la pequeña. —Es un buen chico, a veces lo veo cuando lleva y trae a Roxanne. Mi pobre musculitos... —Es un hermano ejemplar, sí. Cada vez que vengo a Málaga no me falta de nada, tengo todo el cariño que necesito... y casa. Me gusta esto y adoro a Scott. Lo miro con disimulo, buscando las marcas de la pelea con Thomas. Las resigo con los dedos y él me lo permite. No sé por qué siempre tengo que ponerme tan nerviosa y sentirme tan insegura preguntándome qué pensará, si tal cosa o tal otra le gustará, si no... —Váyase a dormir, Gisele, es tarde. —¿Por qué es siempre así? — Me aparta y se pone recto—. Tan serio. Parece amargado y casi nunca sonríe. —Gisele, la vida es muy dura a veces. No puedo ser de otra manera, así es como soy. ¿Será el momento? —¿Me quiere contar más? — pregunto con cautela. —Ya sabe lo suficiente. Ha conocido a mi novia y sabe que es una interesada y que me ha engañado con mi mejor amigo. Por una apuesta, de acuerdo, pero lo ha hecho. Pese a ser como es, jamás creí que pudiera estar con otro, pero Sam me demostró lo contrario, abriéndome los ojos... —Se calla, medita un momento y luego, mirándome, añade—: Ha visto que no controlo mis impulsos, que puedo ser un témpano de hielo y al cabo de un segundo el hombre más ardiente de la Tierra. Y, sobre todo, sabe que soy adoptado. Pocas personas saben tanto de mí o de mi vida. —¿Qué quería Sam? — pregunto, ignorando sus protestas. Matt parece preocupado, tenso, incluso diría que triste. —Quería que lo perdonase. — Alzo una ceja esperando más—. Lo he hecho. Él no es quien más culpa ha tenido en todo esto. Si he perdonado a Alicia, ¿por qué no a mi amigo? —Porque podría haberse detenido cuando ella aceptó. Eso es lo que habría hecho un amigo de verdad. —Es el único que tengo. —Pues creo que no sabe elegir. A veces, es mejor estar solo que con gente tan rastrera como ellos. Furioso al oírme decir estas verdades, me hace sentar a horcajadas sobre él y me atrapa con fuerza entre sus brazos, inmovilizándome, pero no me besa ni me acaricia. Algo que yo estoy deseando. —No le he dado las gracias por la tarta de esta mañana. —No hay de qué —respondo, aproximándome a su boca—. Me está volviendo loca. Me dice una cosa y luego hace lo contrario. Sé qué quiere, lo que busca. ¿Por qué no lo pide? Déjese de juegos y vayamos a la cama, en vez de rozarme para calentarnos y nada más. ¿A qué ha venido aquí? —¿Cree que a por sexo? —No lo dudo. Se calla y un silencio ensordecedor cae sobre nosotros. —Será mejor que vaya a dormir. —Hace que lo mire, que me derrita al pasar su lengua por el contorno de mis labios—. Usted no me conoce, no tiene ni puta idea. —No me deja conocerlo. — Hundo los dedos en su cabello, mientras me balanceo, frotando mi sexo con el suyo hasta que ambos gemimos. Pero él, sorprendiéndome, me aparta y me ayuda a ponerme de pie. —Duerma, yo me quedaré aquí. «¡Como quieras!» —

Buenas noches. Media hora más tarde aún sigo despierta. ¿Cómo podría dormir con él tan cerca y a la vez tan lejos? Me levanto sin hacer ruido y voy a la sala. Ahí está, tan guapo que me deja sin aliento... Se ha tumbado en el sofá del fondo, el rojo, y parece relajado y tranquilo. Me dan ganas de acariciarlo, necesito besarlo, hacerle saber que puede confiar en mí como lo haría con una amiga... Quiero suplicarle que aleje a las personas que le hacen daño, que lo manipulan con mentiras. Me acerco y me inclino hacia él, pero cuando voy a darle un beso en la frente, sus ojos se abren como platos. ¡Qué susto! —¿Qué sucede? —suspira incorporándose. ¿Qué le digo? —He... he oído un ruido en la habitación y me he desvelado. — Finjo estar asustada. Es la oportunidad de arrastrarlo hasta mí—. ¿Me acompaña? Matt se incorpora bruscamente y viene conmigo. Lo inspecciona con detenimiento, se acerca a la ventana del fondo, mira debajo de la cama, dentro del armario. —Todo está bien. No se preocupe, estoy aquí y no va a pasarle nada. Mimosa, me tumbo en la cama y doy unos golpecitos a mi lado para que se acueste junto a mí. —¿No pensará quedarse de pie? —pregunto con inocencia—. Así no podré dormir. —Sabe que, exceptuando a Alicia, no suelo dormir con nadie. —Aprieto las sábanas con impotencia—. No, Gisele, no dormiré en la misma cama con usted —recalca. —No es dormir, más bien descansar —replico molesta—. Su actitud es una bobada, como eso de no besar durante el sexo. ¿Acaso necesita tener un sentimiento para hacerlo? Matt me mira atónito. ¿He acertado? Y finalmente se decide. Se tumba a mi lado, no muy lejos de mí, ya que, para mi suerte, la cama es demasiado pequeña. Para provocarlo, yo me pongo boca abajo, dejando mi trasero perfectamente a la vista. ¿Por qué me habrá rechazado antes? —Gisele... —me advierte. «¡Bien!» —¿Qué desea, señor Campbell? —Bostezando, me apoyo en los codos—. ¿Todo bien? —Esa postura no es buena, dese la vuelta. —¿Por qué? Usted sabe que si le apetece algo puede pedírmelo. —No quiero aprovecharme, no he venido a eso. —Yo muevo el trasero, me contoneo—. Gisele, por favor. —¿No quería probarlo? No me diga que ha cambiado de idea. —Si vuelve a tentarme, me marcho. —Suena cortante, de repente enfadado con el mundo—. Buenas noches. Me acurruco en la cama, dándole la espalda. Frustrada con él y conmigo. Entonces, me coge del pelo y tira sin hacerme daño hasta que estamos cara a cara. —Gisele, no quiero que nadie más la pruebe, ¿entendido? —¿P-Por qué? —pregunto, aturdida por su confesión—. ¿A qué viene esto? —Porque soy muy egoísta. No lo hará, dígame que no lo hará. No al menos durante el tiempo que sea mía. ¡Mierda! Ha vuelto el hombre frío y calculador que me exige sin alternativa de escape, que me impide esquivar su mirada. —Prométamelo. Pero las palabras se me atascan en la garganta. Me siento desconcertada, indefensa. A él en cambio se lo ve decidido pese a la hora y al cansancio. —¡Prométamelo! —Asiento y casi gimo, encendida ante este hombre tan áspero. Me pone a mil—. Gisele... —Lo prometo —cedo finalmente, consumida por una extraña sensación—. Prométalo usted también —digo. —Se lo prometo. Satisfecho, me deja caer con suavidad sobre la almohada. Él se aparta, tumbándose, y yo lo estudio y le sonrío con ternura. —Buenas noches, señor Campbell. Su mirada, de un verde oscuro en este instante, se fija en mí. Creo vislumbrar un brillo diferente en ella, pero entonces vuelve la cabeza hacia el otro lado. —Buenas noches, señorita Stone. A dormir con el calentón... Pero no lo consigo fácilmente. Él no deja de moverse en la cama, se levanta y luego se tumba de nuevo. Va y viene e incluso ¡llama por teléfono a estas horas de la madrugada! Habla apresurado y no entiendo qué dice. Dos horas más tarde, está otra vez a mi lado y por fin puedo conciliar el sueño mientras él sigue despierto. Cuando abro los ojos por la mañana, no lo veo en la cama, para mi tristeza, se ha marchado. Contrariada, me

levanto, me recojo el cabello alborotado en una cola alta y voy a la sala. Veo una nota suya.

Señorita Stone, he tenido que marcharme para arreglar unos asuntos. Le dejo mi número de teléfono. Ya sé que tiene planes para hoy, pero me gustaría que los cancelara y pasara el domingo conmigo.

Espero su llamada. Atentamente: Matt Campbell.

Me río sola ante la breve pero significativa nota. Matt quiere pasar el día conmigo, pero yo no puedo dejar plantados a mis amigos. Le debo una explicación a Thomas y a Emma, una buena bronca. Puedo repartirme... Pasaré con ellos la mañana y parte de la tarde y el resto del día y de la noche con Matt Campbell.

¡En marcha!

La mañana en la piscina pasa divertida. Primero regaño a Emma por dejarme anoche, aunque al final termino pidiéndole detalles de su cita. Con Thomas la cosa está tensa. Aunque le explico de nuevo que Matt es mi jefe y que sólo trataba de protegerme, no me cree.

Así pues, le cuento mi secreto, es mi amigo y me resulta difícil mentirle.

—Gis, tú nunca has sido así — dice molesto—. ¿Cómo pudiste hacer semejante trato?

—Ya te lo he dicho. En ese momento quise jugar... y aún lo estoy haciendo. No me quedaré con el dinero, pero si rompo el trato no podré estar con él —explico sonrojada—. No quiero parar esto. Matt me gusta y, además, sólo será un tiempo.

—Mereces algo y a alguien mejor —insiste, acercándose con lentitud—. Olvídate de los Campbell, de él. Ven conmigo, sabes que puedo ofrecerte mucho más.

Con gesto tenso, retrocedo y miro hacia otro lado. No quiero ser brusca, pero es un tema hablado y aclarado, nunca podré verlo como él quiere.

—Thomas, sabes que no debes... —Pero no puedo terminar la frase, porque sus labios cubren los míos sin previo aviso, con decisión—. No...

Con insistencia, busca que yo abra la boca, pero me niego, no es a él a quien me muero por darle esta clase de besos. Desesperada, consigo soltarme.

Me entristece verlo tan dolido, pero no puedo engañarlo. —Thomas, lo siento mucho, ya lo sabes. —Sus manos acarician las mías, disculpándose—. Te quiero, pero como a un buen amigo... En cambio a él lo deseo como hombre. Me estrecha entre sus brazos y yo, confusa por la confesión que acabo de hacer, me dejo abrazar. Y en este mismo momento, justo enfrente de donde yo estoy abrazada a mi amigo, veo a Matt Campbell mirándonos muy quieto, impresionado... Mientras mi corazón late frenético, su terrorífico semblante refleja asco y desprecio.

8 Algo extraño

ME separo de Thomas reticente, llena de inquietud, Matt ha desaparecido al darse cuenta de que lo he visto. Su rostro reflejaba claramente lo que ha pensando al encontrarse con la escena. Ha interpretado que lo he traicionado, que me he burlado de él, como todas. ¿Qué hago ahora? Matt ya no

está, se ha marchado. —Thomas, vuelvo enseguida. —Hago ademán de marcharme, pero sus brazos me aferran—. Thomas, suéltame. Necesito un momento. —¿Qué ocurre? —pregunta preocupado. Rehúyo su mirada—. Ya entiendo, ¿es él? No puedo creer que esté aquí. Gis, hoy has quedado con tus amigos, con nosotros, ¿no eres capaz de olvidarte de ése por un día y disfrutar? No lo quiero aquí. Lo que me faltaba. —No seas estúpido, Thomas, tú no mandas en este lugar. —Sus ojos se abren impresionados, no acostumbro a hablar de este modo —. Lo siento de verdad —añado de inmediato—, pero te estás metiendo donde no te corresponde. No he quedado con él aquí, pero si lo hubiese hecho no sería asunto tuyo. Ahora vuelvo. Corro rezando para que Matt no se haya marchado y cuando doblo la esquina y lo veo, suelto un suspiro de alivio... Está de espaldas a mí y puedo ver cómo libra su particular batalla, debatiéndose y luchando consigo mismo. —Señor Campbell, tenemos que hablar. Cuando se da la vuelta y le veo la cara, no tengo dudas. La conversación va a ser difícil. —¿Quería burlarse de mí? Pues bien, lo ha conseguido. ¿Cómo puede ser tan cínica? —Me tenso, no pienso tolerárselo —. Anoche me prometió que ningún otro iba a gozar de usted, me prometió que no la tocarían y ha tardado muy poco en jugármela. Tenga usted lo único que la ata a mí —escupe despectivo. Se da la vuelta, entra en su coche y coge su chequera. Enseguida sé que pretende y lo odio más que nunca—: Aquí tiene el dinero por los días que ha pasado conmigo. Ha sido un amargo placer, señorita Stone. —Dame. —¿Lo va a coger? —Se alarma, al verme tender la mano—. Maldita sea, ¡maldita! —Es mío, ¿no? Ya creo conocerlo y sé que aceptar su cheque es el insulto más grande que le puedo hacer. De un tirón, se lo arranco de las manos y me lo guardo en la parte superior del biquini. Sus ojos se abren con impotencia y horror y acto seguido me recorre el cuerpo con la mirada. Sus músculos se contraen y sé que, aunque no lo quiere demostrar, me vuelve a desear. —Ya lo tengo, puede usted marcharse. —Es lo único que quería, ¿dónde queda el «estoy aquí» cuando me dice que puedo confiar en usted? ¡¿Dónde, Gisele?! Ya está divagando. —¿Sabes, Campbell? Eres un mierda. Si en vez de llegar y pensar estupideces, preguntaras, no habría estos tontos malentendidos. Tiene una mirada dolida, las facciones tensas. Cree realmente que lo he traicionado. —¿Qué quiere decirme? ¿Que lo que he visto con mis

propios ojos no es verdad? No quiera volverme loco, por favor —suspira, pellizcándose el puente de la nariz —. Está todo muy claro, señorita Stone, quería dinero y ya lo tiene. —Si lo quieres creer así, allá tú. Pero déjame decirte que conmigo te has equivocado; yo soy una mujer de palabra. —Una sonrisa sarcástica aparece en sus labios—. Ya veo que te parece divertido. Y no me digas que no puedo tutearte, porque hoy no eres mi jefe en absoluto y te hablo como me da la gana. —¡No me provoque, no lo haga! —Creía que eras un hombre más inteligente, pero ya veo que me equivocaba. A la perra de tu novia le perdonas que te engañe con tu mejor amigo. En cambio, conmigo, que no te he dado motivos para que desconfíes de mí, no lo haces. Los has perdonado a los dos sin cuestionar nada, ¿por qué a mí no me escuchas? Ya sé que me vas a decir que soy una minucia en tu vida, pero al menos déjame explicarte que esta minucia no tiene nada que ocultar. Abre y cierra los puños... En cualquier momento estallará. —Se está pasando, Gisele, y mucho. —Pues te jodes. — Arrebatador, me acerca a él agarrándome del brazo, reprimiendo en parte su rabia—. Hoy es mi día libre, pero aun así tú te empeñas en estropeármelo. ¿Pues sabes qué? No lo vas a conseguir. En cuanto vuelva a entrar ahí con mis amigos, me voy a olvidar de ti y de toda tu porquería. Su mirada se clava en la mía dejándome helada. Siento su frustración, su lucha interior, ¿acaso quiere creerme pero no puede? Ya no sé qué pensar en cuanto a él, lo que lo rodea siempre suele ser confuso. —Quiero decirte una cosa: no voy a permitir que te vayas sin ser consciente de que te has equivocado conmigo. Has visto perfectamente: Thomas me ha besado, no lo niego. —Aprieta aún más la mandíbula—. Si has visto la escena completa, habrás podido comprobar que yo lo he apartado de mí sin corresponder a su beso. —Lo ha acariciado y luego abrazado. Había demasiada ternura en el gesto. —Quería consolarlo, no he roto ninguna promesa. —Su ceja magullada se alza en un gesto de confusión —. Cuando he llegado, Thomas ha querido saber por qué te comportaste del modo que lo hiciste el otro día. Yo he tratado de darle excusas, pero él me conoce demasiado bien y no he podido mentirle. Le he confesado lo que tenemos... —¿Y? —Y no le ha gustado nada. Me ha pedido que me marche de tu casa y que me aleje de todos los enigmas que te rodean. Luego me ha besado. Ha insistido en que abriera los labios, pero yo no lo deseaba y no lo he hecho. —Resoplo con pesar—. Cuando me he apartado, su triste mirada me ha dado pena. Es un buen amigo que se ha confundido. Por eso le he cogido las manos y he querido consolarlo. No me suelta, me arrima más. —¿Y qué le ha dicho después? —pregunta pensativo—. Parecía tenso y usted cómplice explicándole algo. «Vamos, Gisele Stone, sé valiente.» —Le he dicho que lo quiero, pero como a un amigo. —Me aprieta el brazo—. Eso no le ha hecho ninguna gracia, aún menos cuando he reconocido que a ti te deseo como hombre... Que nunca le podría dar los besos que te doy a ti. ¿Satisfecho? —No si se trata de usted. —No te entiendo. —¿Es cierta esa frase? —Me suelta y espera—. ¿Que me desea como a él nunca podrá desearlo? —Sí, aunque no sé si me merece la pena seguir perdiendo el tiempo con esto. —Soy sincera y él no lo soporta; cierra los ojos para no verme—. Tienes tantos cambios de personalidad que vas a volverme loca, y no quiero. —¿Aquí termina, pues, nuestro trato? —Se pasa la mano por el pelo y me mira. Percibo su desesperación, su agonía—. ¿Es lo que quiere? —Soy una estúpida... —Gisele. —Su casi súplica acaba con mi genio, con mi mal humor. ¿Cómo voy a querer dejarlo? Todavía no—. Háblame, me mata no saber qué piensa. —No, no quiero. Nos miramos, ambos pensativos, esperando que el otro abandone su orgullo. Pero yo espero sin flaquear; aunque deseo ceder, me debe una disculpa. —Si es verdad que no tiene nada que ocultar y que no está con ese cretino, entre

conmigo ahí. — Señala el acceso a la piscina—. Pasemos juntos la tarde, aunque estén también sus amigos. De paso le demostrará a él que no tiene nada que hacer con usted. ¿Acepta? Ahora soy yo quien se pellizca la nariz en señal de desesperación. ¿Cómo mantener a Thomas y Matt en el mismo lugar? Aún están magullados de su pelea. Y, sobre todo, ¿por qué Matt no me quiere dejar? Siento su posesión hacia mí, me trata como si fuese suya. ¿Por qué? —No creo que sea buena idea —digo finalmente. Vuelve a cerrar los puños con fuerza. ¡Basta ya!—. He venido a divertirme con mis amigos y usted no se lleva bien con Thomas. No quiero más espectáculos en público y usted apenas se controla. Por otro lado, alguien podría vernos. Soy su empleada, no es normal que salgamos juntos. —Me comportaré con corrección y no me importa si alguien me ve. Mi familia no suele pasar por aquí. Y yo no le debo cuentas a nadie —añade, esbozando una leve sonrisa. El corazón me da un vuelco... Maldito hombre—. Le prometo que no voy a pelearme con nadie. Si no quiere, entenderé que lo que no desea es pasar la tarde conmigo. Si es así, dígalo y no la molestaré más. Le sonrío como una boba... Qué tonta me pongo cuando estoy con él. ¡Ah, odio sentirme así! —¿Trae traje de baño? — pregunto, mientras me acerco a él. —Sí —contesta y lo miro confusa. ¿Había planeado venir?—. Como le he dejado la nota y usted no me ha llamado, había pensado no privarla de la compañía de sus amigos y pasar la tarde aquí con usted. Qué generoso... Me perturba y a la vez me complacen sus palabras. —¿Por qué me hace esto, Campbell? —¿Qué quiere decir? ¿Por qué con él todo es tan difícil? —Viene, me insulta, me trata mal y da por finalizado el pacto. Ahora actúa de forma correcta. Incluso me ha sonreído, algo extraño en usted. Luego vuelve a comportarse como si nada hubiese pasado. ¿Qué quiere de mí? —Sigo sin saber a qué se refiere. No entiendo la pregunta. «Al grano, necesito saberlo.» —Dice que sólo me quiere para el sexo, es decir, para su placer —contesto seca—. Pero luego me busca cuando estoy de fiesta, o en la piscina y también me quiere llevar de compras... Le vuelvo a repetir la pregunta, ¿qué quiere de mí? —La quiero a usted entera — responde con intensidad, haciendo que me tiemblen las piernas—. Quiero su cuerpo, su entrega, su alegría. Sin reservas. Lo quiero todo de usted. Mi corazón se descontrola y lo miro buscando signos de alteración después de lo que acaba de decir, pero no hay nada. La pasión de sus palabras se vuelve hielo ante su postura. —La conversación ha tomado un giro algo extraño y estamos igual. —Me contempla sin responder. Yo estoy confusa, no esperaba esta respuesta—. Sigo sin entenderlo. —Pues tendrá que conformarse con esto. Creo que he sido lo bastante claro. —Se acerca a mí despacio y se detiene a unos centímetros de mi cuerpo—. ¿Entramos juntos o no? Perdida como me encuentro, me acerco a sus labios y se los muerdo con sensualidad. Esos labios que parecen suplicarme que no los deje de chupar, de besar salvajemente, como sé que a él le gusta. En un segundo, el cuerpo de Matt se amolda al mío y me devuelve el beso con agresividad, irritando con su incipiente barba el contorno de mi boca. Aunque molesta, no me retiro. Su lengua se une a la mía con deseo y lujuria, a pesar de que sabemos que no podremos ir más allá. No en mitad de la calle. —Me vuelve loco. Entremos o no voy a poder contenerme. Su mirada se nubla, es sincero. —El biquini le queda muy bien, Gisele —susurra, apretándome y gimiendo al retirarse —. Es muy tentadora y me hace perder la cabeza. Despreocupado y accesible. Hoy es mi día. —Gracias, señor Campbell. Por cierto, ahí dentro lo pienso tutear. —Contenta, lo cojo de la mano, mientras veo su confusión—. Se supone que hoy es mi día libre, que usted no es mi jefe y que somos amigos. Por eso vamos juntos a la piscina, ¿no? —pregunto divertida. Él afirma y puedo ver que intenta no reír—. Los amigos se dan la mano y eso es lo que yo acabo de hacer. Anda,

vamos. A pesar de mi gesto cómplice, Matt no protesta. Estrecha mi mano con fuerza y entramos, algo tensos por la situación que estamos a punto de vivir. En cuanto Thomas nos ve, su rostro cambia totalmente. La furia aparece en él. La actitud de mi amiga es diferente, en sus labios se dibuja una sonrisa. Mientras caminamos hacia ellos, Matt me pasa un brazo por la cintura con gesto posesivo. ¡Me siento feliz! Nos miramos el uno al otro y yo le sonrío. Sabe lo mucho que me gusta. —Chicos, como ya sabéis, él es Matt Campbell, y va a pasar la tarde conmigo. —Bienvenido, es un placer — dice Emma. Thomas gruñe. —Matt, ¿vas a buscar unos refrescos? —me atrevo a pedirle, suplicándole con la mirada unos segundos a solas con mis amigos. Y, aunque duda, finalmente me suelta y emprende la marcha, no sin antes dedicarme una mirada de ¿advertencia? —Gis, ¿qué pretendes? — pregunta Thomas, molesto—. Sabes la tensión que hay entre nosotros. ¡Nos pegamos! Además, ¿estás loca? ¿Quieres que todo el mundo vea que eres su...? ¡Tiene novia, por Dios! Gis, ¿no te das cuenta? —Ya basta, Thomas, no vuelvas a hablarme así. Te lo repito una vez más: no te metas en mis asuntos. Yo sé lo que me hago, no necesito que me estés advirtiendo continuamente. —Pero... —Pero nada. Eres mi amigo, me puedes dar consejos, pero no te atrevas a cuestionar mi vida y mis actos; yo no lo hago con la tuya — lo regaño dolida—. Él ha prometido mantenerse tranquilo y será mejor que no lo provoques o te las vas a ver conmigo. —Te pierde estar con él. —Me gusta... Es superior a mí. —Vamos, Thomas, déjalo ya —interviene Emma, algo harta—. Gis tiene razón, deja que haga lo que le apetezca. ¿Nos damos un baño? Thomas accede de mala gana y se marchan juntos. El día empieza a despejarse en la piscina y el calor es asfixiante. Cuando me vuelvo, Matt está atrapado entre dos rubias, a las que ya aborrezco sin saber quiénes son. Por la expresión de él, tampoco parece que las conozca. Decido intervenir. Con una sonrisa en los labios, me abro paso entre las rubias y abrazo a Matt por la cintura. Él se sorprende y yo lo aprieto más. —¿Pasa algo, cariño? —digo, acariciándole el pecho, melosa—. ¿Todo bien por aquí? Su cuerpo se tensa bajo mi tacto, se le eriza la piel y sus carnosos labios vuelven a reprimir una sonrisa. Mi corazón vuela. —No —contesta una—, sólo le preguntábamos la hora... a tu... —Novio —termino la frase por ella—. Bueno, pues son las cuatro. Que paséis buena tarde. ¡Hasta luego, guapas! — ¿Qué ha sido eso? — pregunta Matt, incómodo. —Bueno, supongo que querías quitártelas de encima. Así que te he echado una mano. —Eres incorregible —dice, dedicándome una sonrisa de medio lado. —Me encanta sentirlo tan cercano y encantador. —Mis palabras no lo alegran especialmente, se ha visto descubierto—. Venga, vamos a disfrutar. Sí, hoy es mi día. La tarde transcurre tranquilamente, sin ningún altercado y la verdad es que con Matt me divierto mucho. El lugar es bonito, recogido y al aire libre y el ambiente me encanta. La piscina está rodeada de hamacas y hay una barra al fondo. En cuanto a Matt, a ratos lo siento cercano y atento, y otras veces lejos, aislado, sin dedicarme una sola palabra. —¿Todo bien? —pregunto, tras más de media hora de mutismo —. Antes estabas muy hablador y juguetón, ¿qué sucede? —Nada. Voy por otra bebida. —Tienes todas éstas sin acabar —le recuerdo—. ¿Manías? —Quizá. Al volver, se sienta a mi lado y me sonríe haciéndome estremecer. Jugamos un rato con las aplicaciones en su iPhone. Ya no parece ensimismado, ni solo, ni triste. El tiempo vuela y es hora de volver a casa. La pena me inunda, quiero estar más tiempo con él. —Ahora os veo, chicos —les digo a Thomas y Emma. Me voy con Matt para despedirlo y, cuando llegamos al coche, se apoya seductoramente en él, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, aferrándome por la cintura. Estar a su lado me hace desear más, un sentimiento que no es positivo para mí. Suspiro. —¿Lo veré luego,

Campbell? —¿Quiere verme? Se lo ve serio, ¿qué estará pensando? —Sabe que sí —respondo, apoyando las manos en su pecho. —No, no lo sé, por eso he preguntado. —Usted puede preguntar siempre lo que quiere, ¿por qué yo no puedo? —Porque sus preguntas son profundas. Me retira el cabello del hombro y me sube el escote con gesto posesivo, para que no muestre demasiado. Me río. —La veré más tarde, pues — dice muy bajito, con voz muy sensual, acercando sus labios a los míos. Instintivamente, enredo los dedos en su cabello y me acerco más a su cuerpo, anhelando el contacto. Sus manos aferran mi trasero, levantándome sobre él. Nos besamos con deseo, con pasión... con lujuria. Con ganas de estar solos y podernos devorar como a nosotros tanto nos gusta. Su cuerpo clama sentir mi calor, un calor que yo ya asumo que es suyo y sólo suyo. El beso no puede ser más apasionado y excitante, la situación y el lugar, los más inoportunos. Me retiro lentamente, tomando conciencia de ello. —Le veré luego, entonces. — Le doy un leve beso en la mejilla. Se pone tan tieso como su miembro, que late contra mi muslo—. Lo he pasado muy bien, la tarde no habría sido lo mismo sin usted. —Lo mismo digo. Cuidado al volver... Espéreme con ganas. Y, muy a mi pesar, lo hago. Cuando suena el timbre de casa, me siento emocionada mientras voy a abrir. En efecto, es él... Tras una larga y aburrida espera, durante la cual he hablado con mis padres, con Noa, que me tiene preocupada, y me he reído con Scott, he agonizado contando los minutos. Cuando abro la puerta, me quedo impresionada, no hay hombre más guapo que él. Lleva una camiseta de pico color azul y unos pantalones blancos. Se lo ve incluso más musculoso, imponente y tremendamente atractivo. ¿Me acostumbraré alguna vez a tenerlo? —Hola —murmuro, echándome a un lado para dejarle paso. Pero Matt no entra, da apenas un paso, cerrando luego la puerta tras de de sí, y me aprisiona contra la pared sin decir nada, dejándome aturdida y desconcertada. —Se alegra de verme... — susurro. —No puedo más —jadea, metiendo una mano debajo de mi camisa, para alcanzar mis pechos —. No sabe las ganas que he tenido durante todo el día de hacerla mía, de enterrarme en usted hasta destrozarme. Odio que otros la miren. —Acaricia mi pezón, me lo pellizca—. Me ha estado provocando mucho. La necesito. —Yo también —gimo, al sentir cómo sus manos juguetean con mi pecho sin ninguna delicadeza—. Tómeme ahora y quédese aquí conmigo. Hágamelo toda la noche. No quería decir eso, pero mis labios me traicionan cuando estoy con él. Sentir sus ganas de mí me hace perder el control, y no puedo permitirlo. No debe saber el poder que a veces ejerce sobre mí. —¿Quiere que me quede? — pregunta, buscando mi mirada—. ¿Lo quiere, Gisele? —Por favor —suplico. Fuera de sí, me saca las prendas con desesperación, una a una, y yo hago lo mismo con él. Parecemos dos locos que no se han tocado en mucho tiempo, pero lo que él me hace sentir no lo he sentido con nadie. Me acaricia, me besa y recorre mi piel desnuda, casi adorándola... Pero yo quiero sorprenderlo y, con un estremecimiento, apoyo las manos en la pared, ofreciéndole mi cuerpo. —Tómelo, quiero que sea el primero. No hacen falta más palabras. En un segundo, tengo a Matt detrás de mí, con su pene pegado a mis trasero desnudo. Su respiración está alterada, la mía ha desaparecido. —Sí, maldita sea. Quiero ser el primero. —Me entregaré como pida... Es una locura, pero lo haré. —Cállese, cállese. ¿Seré capaz de hacer lo que le he ofrecido? Ya lo estoy haciendo... Me siento más pervertida que nunca, ya que yo misma lo he incitado. Pero quiero experimentar todo lo que no he podido hasta ahora en el sexo y deseo que sea con Matt Campbell. —Le va a doler, aun así, no voy a detenerme a no ser que me lo pida. —Asiento con el corazón en la boca. Él no será tierno, pero no me importa. Me inclina nuevamente, aferra mis caderas con fuerza y entonces siento su pene

en la abertura de mi trasero. Jadeo, vibro al advertir cómo juega, lubricándome... Hasta que deja de hacerlo. —Gisele, pídame que me detenga, de lo contrario no sabré controlarme. Pero no lo hago, la sensación de pinchazo, de escozor, no me gusta... me duele, pero quiero más. Puedo soportarlo, me entrego a su voluntad, a su necesidad, sin importarme la mía... Hasta que, tras sentirme invadida con dolor, me voy relajando, lo voy aceptando. Ya no me parece tan intruso dentro de mí. —Despacio... por favor. Para mi sorpresa, lo hace. Muy lentamente, entra y sale. Embestidas pausadas y sosegadas, ayudándome a disfrutar un poco junto a él, que gruñe, chilla y me muerde la espalda. Con su destreza habitual, desliza la mano derecha por mi sexo para excitarme con movimientos circulares, logrando que experimente el placer que solamente él puede proporcionarme. —Muévase, Gisele, hágalo. Y, cuando obedezco, ambos nos perdemos. El choque de su miembro contra mis nalgas se vuelve brutal, intenso y necesitado. Nos mecemos al compás de ese anhelo. —Más, más —suplico arqueada, mostrándole la curva de mi espalda, que él recorre con avidez—. Me gusta... me gusta. —Lo sé. Me va a matar. Mientras, me acaricia, primero con un dedo y luego con otro, torturándome, volviéndome loca. Lo hace al mismo ritmo con que se ensarta en mí. Voraz. Se adentra y retrocede de forma vertiginosa, me llena, me hace pedazos y no sé controlar las emociones... Sus manos me deleitan y su hombría me desarma, logrando que, con su rudeza, ambos alcancemos un espectacular orgasmo. —N-No puedo más —grito, sacudiéndome, sintiendo cómo Matt se convulsiona mordiéndome el cuello, lamiéndome, al ritmo palpitante de nuestra erótica unión —. ¿Qué me ha hecho...? Apoyo la frente en la pared buscando la frialdad. Pero él quiere verme y sale despacio. Noto una pequeña molestia, aunque soportable. Lo miro a la cara y entonces veo que se deja caer sobre mi hombro. —No deja de sorprenderme, señorita Stone. —Usted tampoco. —No me refiero únicamente al sexo, quiero decir—. Me deja agotada, me desborda. —No me extraña, usted se entrega. Al cabo de unos minutos, levanta la vista hacia mí. En sus labios brilla una hermosa sonrisa que hace que me vuelva a desintegrar. Espero saber qué lo divierte, pero no lo dice. —Hable, ¿qué es lo que piensa, por una maldita vez? —¿Realmente quiere saberlo? —me reta, acariciándome la cintura. —Lo exijo. —Estoy marcando cada parte de su piel, de su cuerpo. Soy afortunado. Sí, se entrega como otros muchos querrían tenerla, a su voluntad, pero no podrá ser. —Pasa su lengua por mi boca, recorriéndomela agresivamente—. Mía, Gisele, y si otro le pone un dedo encima, no lo soportaré. Trago sin saber qué decir, sus ojos no mienten y la furia destella en ellos. —¿A qué se debe el silencio? —pregunta entonces—. No me la juegue, no lo soportaría. —¿Y eso por qué? Sus manos recorren desesperadas mi rostro, mi cabello, con tanta intensidad que casi me quema. —Porque me pertenece, ¿entendido? —Y usted a mí, ¿entendido? —Sin duda y espero que lo tenga claro. Luego enreda las manos en mi pelo y busca desesperado que lo bese, que me rinda. Yo lo hago sin objeciones, porque, de momento, sí soy suya. Al apartarnos, me apoyo en la pared y le sonrío... Él niega con la cabeza y sonríe también. —¿Le apetece cenar conmigo? —Satisfecha, feliz, me atrevo a proponérselo—. ¿Quiere? Nos disponemos a buscar nuestra ropa, toda mezclada en el suelo. Y, mirándonos el uno al otro, nos vestimos y aseamos, pero al acabar, no lo soporto más. —¿H-Ha cenado ya con ella? —«Bocazas.»—. He preparado pasta... —No, Gisele, no he cenado con Alicia. No la he vuelto a ver desde la fiesta, aunque sí me ha llamado por teléfono. Cosa que a usted no debería importarle mientras yo cumpla mi palabra. «Cállate, cállate», me digo. Pero ¡no puedo! —¿Qué quería? —¿Perdón? —Ya vuelve a estar borde — le reprocho, dándole la espalda y entrando en la cocina—. Odio esos altibajos. —Siempre soy así.

—Hoy no —lo contradigo, sirviendo la cena—. Hoy ha estado más amable de lo habitual y ahora acaba de cambiar. —No se acostumbre entonces —me advierte, cogiéndome del brazo para que me vuelva. —Sus cambios de humor son sorprendentes. Sí y no... A saber qué será dentro de diez minutos. —Alicia quería saber de mí, de ahí la llamada. —Y de nuevo me pilla con la guardia baja al prestarse a dar explicaciones—. Roxanne me pidió que hablase con ella. Las dos se quieren mucho y se llevan muy bien. «Ya pude verlo, esa Barbie es idiota.» —No podía negarme —se excusa—. Roxanne es especial para mí. —No le he pedido que lo haga. —¿Está molesta? —insiste persuasivo—. Gisele. —No tengo por qué. Llevo a la mesa vasos, platos y un poco de vino. Cuando ya lo tengo todo listo, lo invito a sentarse frente a mí o a mi lado. Prefiere hacerlo frente a mí. —Quiero que sepa que mañana me marcho de viaje —dice. —¿Mañana? —repito. —Sí, es un viaje de negocios. Por eso me he ido hoy antes de que usted se despertara, tenía cosas que hacer. Voy con Denis, mi socio que trabaja aquí en Málaga, y con Sam... Debo ocuparme de unos asuntos en Nueva York. Un sentimiento de tristeza se clava en mi pecho; ya lo extraño, ya me asusta su partida. —¿Cuántos días serán? — Confuso, hace una mueca—. Lo pregunto por curiosidad. —Sí, ya me he dado cuenta de que es usted muy curiosa. — Disimulando la pena, le saco la lengua—. ¿Siempre ha sido tan alegre? Vaya pregunta... — Siempre he tenido motivos para serlo, sí. —No siempre. Háble me de él. —¿De él? No lo entiendo. —Sabe perfectamente a quién me refiero. —¿Álvaro? —Matt dice que sí con la cabeza, apretando el tenedor entre los dedos—. Nos conocimos de muy pequeños —empiezo—, y siempre fuimos muy amigos. Estudiábamos juntos y un día decidimos intentarlo... Cuatro años perdidos, en los que no conseguí enamorarme y que me hicieron creer que el sexo era una maldita mierda. No sé para qué me pide que hable, porque, tras mis palabras, parece angustiado. Se lleva las manos a las sienes, masajeándoselas. Ha dejado de comer y yo tampoco tengo ya apetito. —Usted, en cambio, parece que nunca haya tenido motivos para ser feliz. —No muchos. Gisele, pero no empiece con las preguntas, por favor. No ahora. Tomo aire y lo suelto despacio. —¿Por qué no? Siempre que usted me pregunta, espera que yo responda; de hecho, lo acabo de hacer. Creo que tengo derecho a saber algo de la vida del hombre que se mete en mi cama, ¿no? Matt no responde y, con desgana, sigue comiendo. Yo, intuyendo que no voy a conseguir nada, lo imito. Tras un largo e incómodo silencio, suspira y dice: — A los doce años, mi madre biológica me abandonó. Vivía en un pueblo pequeño, cerca de Nueva York, donde todo el mundo se conocía. Ella era joven y un día conoció a un español que la volvió loca. Cuando llevaban un año de relación, se quedó embarazada de mí. Por primera vez lo veo vulnerable y no me gusta. —Cuando él supo la noticia, a los cuatro meses, la abandonó. Mi madre lo esperó y esperó, pero nunca regresó. Al parecer, desde que nací fui una carga para ella y una gran mancha para su reputación. Me soportó hasta que tuve doce años... pero una madrugada, sin previo aviso, se marchó y nunca volvió. Mi condición de bastardo y la suya de extraviada ante los ojos de la gente pesaron más que tenerme a su lado... O es lo que supongo. Apenas sé nada de su vida, este relato y poco más. M e d ue l e s u tristeza, su experiencia. ¿C ó mo u n a mujer puede abandonar a su hijo por semejante razón? Ahora entiendo su amargura, sus miedos y su forma de desconfiar de las personas. Durante los doce primeros años de vida, tuvo a su lado a una madre que no lo quiso, que lo despreció. Matt tuvo una vida dura y de ahí su forma de ser tan inestable. Cuando creo que ya no va a decir nada más, me sorprende continuando: —Los doce años con ella fueron muy duros. Hacía como si yo no existiese. Sólo obtenía su apoyo a la hora de estudiar, eso le

parecía importante. Nunca faltaba al colegio y nunca carecía de lo necesario para mi educación. Con el tiempo entendí el porqué. Mi madre siempre supo que se iría y quería dejarme preparado para ello. Teniendo estudios, el futuro podía ser menos oscuro, o eso debió de pensar. —Su mirada, dura y melancólica, vuelve a mí—. Creo que es suficiente. Ya sabe más que de sobra de mi vida, de mi pasado. —Quisiera saber... —Gisele. —Es importante —imploro, rozándole el dorso de la mano con los dedos—. Por favor. —Pregunte. —¿Por qué se destroza los nudillos cuando se enfada? ¿Salgado es el apellido de...? Duda un momento, pero luego dice: —Dar puñetazos es la única vía de escape que encontré cuando ella se fue. Fue la única forma en que conseguía soltar la rabia que sentía por lo que me había hecho. Desde aquella mañana, se convirtió en una práctica habitual para mí... Sólo así consigo aliviar mi dolor o tranquilizarme. Es mi terapia de relajación, con la que busco escupir el veneno que me mata. Deja el tenedor, desganado. No se ha comido ni una cuarta parte del plato. —Salgado es el apellido del desgraciado de mi padre biológico... Se lo puse a mis empresas para no olvidarme nunca de lo que me hizo, para odiarlo hasta que consiga mi propósito. Algún día espero encontrarme con él y ese encuentro será el final de un largo camino de venganza y dolor. Con el corazón encogido por su calvario, me levanto y lo cojo de la mano. Él me escruta, extrañado, pero aun así me acompaña. —Esta noche quiero dormir con usted. Quiero aliviar su pena, su dolor. Quiero consolarlo hasta que amanezca. —No quiero su compasión. —Eso no es lo que siento por usted. Le acaricio la mejilla, los labios, el pecho por encima del corazón. Mis dedos tiemblan, él me agarra del cabello con fuerza y, echándome la cabeza hacia atrás, me obliga a mirarlo. —¿Qué es, entonces? —Déjeme demostrárselo. Nerviosa, lo conduzco a mi habitación y ahí ya no tengo reservas. Hago que se siente en la cama y yo me siento también. Deslizo los dedos por su pecho, por su vientre y apoyo la cabeza sobre él. Me parece que lo conozco desde hace mucho tiempo. —Túmbese cómodo —le pido tímidamente, empujándole el torso —. Voy a complacerlo. Pero Matt parece paralizado, compungido y termino empujándolo con más fuerza, deseosa de borrar su dolor, sin acostumbrarme a la impresión que me produce su hermosura. —Desnúdese para mí, Gisele. De espaldas, lo obedezco con actitud coqueta, atrevida. Muevo las caderas, provocando su deseo. —Su cuerpo es exquisito, Gisele. —Cállese, me desarma y no pienso con cordura. Y, sin decir nada más, me pongo de cara a él, temblando al reparar en cómo me mira. Me coloco a horcajadas sobre su cuerpo y lo cabalgo, desesperada por besarlo, pero lo tengo prohibido. Él escupe su rabia, su desolación penetrándome con tanta dureza que creo que voy a romperme... La noche se vuelve tórrida, apasionada. Tan pronto acorralada contra la pared, como entrelazados en el suelo, hasta que terminamos nuevamente en la cama. —Dios, Gisele —exclama, explotando dentro de mí, regalándome un efusivo beso, otro de los que me niega cuando se mece en mi interior—. Puede usted conmigo. Al apartarnos, dejándome llevar por lo agotada y satisfecha que estoy tras el sexo salvaje, me dejo caer sobre su pecho y me duermo... feliz. —Gracias, señorita Stone. «Me tienes loca.»

Al notar unas leves caricias en la mejilla, abro los ojos aún adormilada y ahí está él, inclinado sobre mí. Me quedo muda, sin saber qué decir, sobrepasada. ¿De dónde sale esta ternura?

—Tengo que marcharme.

—¿Qué hora es? —pregunto abrumada. —Las cinco de la madrugada —susurra muy bajito. Me parece verlo inquieto y ¿triste? No puedo saberlo. ¿Por qué no me deja ver sus emociones? —. ¿Está bien? Afirmo con la cabeza, impresionada por lo extraño que está siendo todo hoy,

incluso él. Y cuando pienso que ya no puede suceder nada más insólito, Matt se acerca a mí y roza sus labios con los míos. Esta vez me besa con calma y dulzura. Invadida por algo que no sé explicar, lo atraigo hacia mí por la nuca y lo pruebo, lo abrazo. Es un beso cálido y excitante. Su lengua me embiste con delicadeza, más que con urgencia, y sus labios buscan el calor de los míos. ¿Qué está pasando? No puedo averiguarlo, porque se retira de golpe, con una mirada tierna y sincera, emocionándome al verlo tan transparente conmigo. —Lo voy a extrañar, Campbell —reconozco temblorosa—. No tarde en volver. Sorprendido, me contempla con detenimiento y un segundo después, me sonríe. —Nos vemos pronto, señorita Stone —musita, acariciándome la mejilla, antes de levantarse y marcharse.

9 Te he extrañado

ESTA vez, cuando me despierto son las seis de la mañana. Tengo que prepararme para un nuevo día en casa de los Campbell, pero hoy no me ilusiona especialmente ir allí, cuando sé que él no estará. No hay diversión, la adrenalina se disipa.

En la cama se está muy bien y demasiado cómoda para salir sin apenas haber descansado, más aún al recordar lo que ha sucedido horas antes en este mismo lugar.

Su ternura y su cálida mirada todavía me tienen desconcertada, anonadada. Soy consciente de lo mucho que este hombre me gusta y, aunque no es bueno para mí, no puedo dejarlo, no quiero dejarlo... Me siento más unida a él tras la explicación sobre lo de su madre y deseo mantener la conexión que hemos conseguido, aunque sus sentimientos y los míos no se correspondan.

Reconozco que aún me duele que, después de terminar el sexo, se marchara de la cama... ¿Por qué ahora eso me parece una actitud tan fría y distante? Estoy demasiado confusa. Tal vez su partida me ayude a ir recuperando mi tiempo, mi estabilidad.

Con pereza, me levanto y voy hacia la ducha arrastrando los pies. El agotamiento y el desánimo hacen mella en mí. Matt se va unos días, pero cuando yo me vaya, lo haré para siempre, por tanto, no puedo permitir que la tristeza me consuma.

Tras una relajante ducha, me pongo el uniforme y me dispongo a desayunar... En la mesa hay una nota y un sobre... Mi corazón vuelve a vibrar emocionado, es de él.

Gisele, aquí le dejo algo de dinero. Supongo que aún no habrá cobrado el cheque y no me gustaría que se fuese en autobús, estará sin fuerzas. Tome un taxi que la lleve a mi casa... No se porte mal y, sobre todo,

no olvide de quién es y a quién pertenece. Estaba hermosa cuando la he dejado.

Atentamente: Matt Campbell.

Y de nuevo quiero gritar y golpearlo... también besarlo. ¡Que le pertenezco! ¡Que estoy hermosa! Dos palabras totalmente diferentes, cada una con un efecto opuesto en mí... Luego el detalle del dinero, el maldito cheque está guardado en un cajón, esperando el día de mi marcha para devolvérselo y terminar con el pacto.

Decido tomar un café que me despeje la cabeza. Pensar en él siempre me lleva a lo mismo...

Cuando ya he acabado y estoy a punto de salir de casa, suena mi móvil.

—Hola, Noa. —¿Dónde estás? —A punto de salir de casa, no

te preocupes que llego a tiempo. Hoy voy a coger un taxi.

—Gis —suspira y entonces adivino que va a disculparse—, lamento lo de ayer, la media

bronca que te eché por teléfono. Pero no saber de ti desde el sábado en la fiesta me tenía inquieta.

—Noa, ambas sabemos que es porque crees que estuve con Thomas.

—Y fue así, ¿no? El sábado por la noche, Matt Campbell me dijo que te estaba buscando. Yo misma le dije dónde estabas.

Suspiro, ¿cómo decirle que va descaminada? Si para ella estar con Thomas es malo, ¡qué dirá de Matt!

—Noa, te voy a decir una cosa: no estuve con Thomas, pero si hubiese estado, no sería asunto tuyo. Por favor, deja de tratarme como si aún fuese una niña. Yo no interfiero en tu vida... Como amigas nos podemos dar consejos, pero no órdenes.

—Lo sé. Sólo pretendo protegerte, no quiero que te hagan daño. Se pasa muy mal, Gis, ten cuidado con los hombres, por favor.

—Que sí, nos vemos ahora y olvidemos el tema. Hora de trabajar, en una casa vacía... sin él. Alrededor de las siete de la tarde, ya estoy hecha polvo. He servido el desayuno, el almuerzo y la merienda. He doblado la colada y hecho la compra. Sólo me queda servir la cena, pero ya no puedo más con el día que he tenido. ¡Todo es tan aburrido...! Lo extraño. ¡Mierda, sí! Demasiado... —Qué callada estás — comenta Melissa. —Tú qué sabrás. No me conoces de nada. —Para mi desgracia, tu hermano habla mucho de ti. Dice que nunca callas. Gisele, no sé por qué motivo no te gusto, pero tú tampoco eres santo de mi devoción. No entiendo a qué viene tu actitud conmigo. ¿Qué te he hecho? Qué cínica. —Mira, Melissa, como bien has dicho, no me caes en gracia. Así que céntrate en tu trabajo que yo lo haré en el mío. Cuando Melissa se dispone a recoger, llega Noa. —Gis, llevo un buen rato buscándote, ¿dónde estabas? —Doblando la ropa de Matt, sentada en su cama... Sí, me he entretenido arreglando su habitación y sus cosas, suspirando por él. —Con la colada, ¿para qué me buscabas? —¡Te han llamado de la universidad! ¡Por fin vas a hacer el máster! —Emocionada, doy un brinco y me lanzo a sus brazos. —Empiezan en octubre. Así que ve poniéndote las pilas, que ya estamos a 20 de junio. Aprovecha los ratos libres. —Sonrío emocionada, hasta que recuerdo lo que significará partir: alejarme de Matt—. ¿Estás bien? —Er... sí, ya sabes, la alegría —contesto, forzada—. Voy a llamar a Scott, seguro que se pondrá muy contento. —Contento ya lo está — interviene Melissa —. El fin de semana ha sido muy productivo. —¡Déjame en paz! —le grito a la chica y me marcho a mi habitación para hacer la llamada. Mi hermano merece saberlo. —¿Hola? —Hola, pequeña, ¿cómo estás? —Tengo una noticia, musculitos, ¡este año haré el máster! —Ésta es mi chica —exclama con orgullo—. Esta noche te invito a cenar, mereces una recompensa. —Hecho. A las diez y media me encuentro con él en su casa; es un cocinero estupendo y ha preparado una lasaña de carne para chuparse los dedos. Al terminar, hacemos como cuando éramos pequeños, nos tumbamos juntos en el sofá y hacemos zapping. —Te veo contenta con los Campbell, no me lo esperaba. —No es el trabajo que hubiese elegido, pero dadas las circunstancias y la pasta que se gana, no está mal —respondo, acercándole el cuenco de las palomitas—. Karen y William son estupendos. —¿Y los hijos, bien? —Los sobrellevo... su carácter es lo más complicado. Cariñoso, me abraza contra su pecho y me besa la frente, mimándome como necesito en un día tan asqueroso como éste. —Te veo diferente, pequeña. Espero que no tenga nada que ver con el amor —me susurra contra el cabello—. No quiero que te hagan daño y eres demasiado pura e inocente. ¿Inocente y pura? —No soy una niña, Scott. —Pues tienes cara de serlo y la alegría que desprendes es muy atractiva. Prométeme que tendrás cuidado —me pide preocupado—. Sé cauta

con los hombres. —Lo tengo, y no me vengas tú con ésas después de liarte con Melissa. Es insoportable. Se ríe con ganas, mientras cambia de canal. —Sexo es lo único que quiero con ella. —¿Y con otra? —pregunto, alejándome para verlo. Su expresión me lo aclara todo. Sus ojos grises están apagados, su semblante triste—. ¿Quién es? —No sé de qué hablas. —¿La conozco? —Niega con la cabeza, echándose hacia atrás e ignorando mis palabras—. Scott, ¿qué pasa? —Estás divagando. Vamos, que te llevo de vuelta con los Campbell. —Lo averiguaré. El martes, miércoles, jueves y hoy viernes son los días más horribles desde que estoy en casa de los Campbell. Estoy deseando que llegue el sábado por la noche para salir huyendo y refugiarme en la soledad de mi habitación. —Aquí tienen el té, señores. —Se lo sirvo a Karen y William, antes de que empiecen su rutina de la tarde—. Me retiro. —Gracias, Gisele. Cuando ya estoy en la puerta de salida, el teléfono suena y Karen me pide que conteste. Ellos continúan con su conversación. —Casa de los Campbell, ¿dígame? —Señorita Stone. —Lo oigo respirar y quiero morirme. ¡Es él! Tantos días sin tener noticias suyas, sin verlo, sin poder tocarlo—. ¿Gisele? —Sí —logro articular. Suspira y yo lo hago con él dejando que un extraño silencio se apodere de nosotros. Hasta que Matt, lo rompe: —Quiero que me escuche con atención. Si hay alguien en la sala, diga que se han confundido y, por favor, llámeme ahora mismo a mi teléfono con su móvil. Yo no tengo su número, no dispongo de forma de localizarla. ¿Me ha entendido? —Sí. —No se entretenga. —Lo siento, se ha equivocado. —William y Karen me miran expectantes. ¡Qué nervios!—. Se han equivocado —les digo. Ambos asienten sin darle importancia y yo, como puedo, salgo de la sala. Matt no ha llamado durante su ausencia, no habla con su familia, pero en cambio sí lo ha hecho para saber de mí. Deseo tanto oír su voz, que corro hasta que el pecho me quema. Cuando llego a mi habitación, estoy sin resuello y, nerviosa, marco su número. —Soy yo —digo cuando descuelga. —Hola. —Su voz suena tremendamente sensual, calmada—. ¿Cómo está? —Bien, trabajando. —Me dijo que me extrañaría; sin embargo, no me ha llamado. ¿Llamarle? ¡Tengo miedo de hacerlo! Nunca sé qué espera de mí o qué no. Si yo le gusto o si es únicamente mi cuerpo lo que le atrae. A mí su personalidad me va arrebatando. —Con usted nunca sé qué hacer —reconozco con tristeza—. Pero sí, le extraño. —Gisele —suspira al nombrarme—. Tengo ganas de verla. Aquí los días son largos y aburridos. Ya quiero estar de vuelta. —Las primeras lágrimas se deslizan por mis mejillas—. ¿Sigue ahí? —Sí —digo con la voz rota. —¿Se encuentra bien? Más lágrimas. —Sí. —Cuénteme, qué ha estado haciendo. —Lo de siempre —susurro, enjugándome las lágrimas—. ¿Qué tal le va a usted? —No muy bien. No encuentro lo que quiero, tampoco sé lo que busco. —El corazón me late frenéticamente. ¿Qué busca, mujeres? —No le entiendo. Otro largo suspiro. —Tengo que preparar un reportaje fotográfico para una empresa muy importante. No tengo idea de qué clase de montaje hacer, tampoco encuentro a la modelo adecuada. La verdad, no sé qué estoy buscando —confiesa frustrado. Modelos, modelos, modelos. Matt está rodeado de millones de mujeres... ¡Mierda, sí! Me muero de celos. —Ah... ¿Qué hacen los otros...? Más suspiros extraños. —En realidad, nada. Se pasan el día de fiesta, siento que estoy perdiendo el tiempo —contesta aburrido—. El reportaje sólo se verá aquí, en Nueva York, aunque es para un empresario español. He hablado con él y dice que lo deja en mis manos. Quieren algo sexy y distinto, ¿qué sugiere? Matt se ríe, yo me río también, como una boba. Hablamos como dos amigos, un paso más... —Mmm... a ver —ronroneo pensativa—. Algo sexy y diferente: ¿la chica de servicio? —¿Cómo? Una más de mis locuras. —Una chica que trabaje en el servicio doméstico, con un traje muy sexy y

llamativo. Creo que sería un reportaje distinto y muy atrevido. Que Sam o tu socio busquen a una modelo guapa y listo —enfatizo esto último. Calla, medita. —¿Tan mala ha sido la idea? —pregunto divertida. —Es perfecta. —¿Qué?—. Sí, podría funcionar. Nunca hemos lanzado un reportaje así. —¿Y... cuándo volverá? —Cuando tenga a la modelo. Está tranquilo, su voz desprende mucha calidez. —¡Yo misma! —bromeo. —¿Usted? ¿Le gustaría? «Por tenerte pronto de vuelta, lo que sea...», quiero decirle. —Una nueva experiencia, ¿por qué no? Sabe que me encanta experimentar. Sería emocionante, sí —me burlo de nuevo—. ¿Sigue ahí? No responde, transcurren unos instantes en los que no dice nada. Espero, asumiendo que es uno de sus cambios de humor, dándole el espacio que necesita. —Gisele, quiero que haga algo ahora mismo. —Por él iría a Nueva York si me lo pidiese—. Vaya a mi habitación y entre por el pasadizo hasta mi despacho. Allí, como sabe, hay varios ordenadores, coja uno y lléveselo a su habitación sin que nadie la descubra. Quiero verla ahora mismo. Dios mío. —¿A-Ahora? Aún no he terminado. —No tarde pues, sabe que no soy un hombre paciente. A estas alturas, yo tampoco lo soy. —Espéreme. Voy a darle una excusa a Noa. Salto de alegría por compartir el mismo sentimiento de querer vernos, de hablarnos. Sé que todo es pasajero, yo soy una chica de servicio doméstico, él mi jefe y tiene novia... ¡Maldita sea, un día volverá a tocarla! El pensamiento me resulta insoportable y me hace plantearme si debo huir antes de que esto siga avanzando. De momento, tengo la situación controlada. El amor no llega de un día para otro y, antes de que eso suceda, yo ya me habré marchado. Dejo de pensar y llamo a Noa para decirle que debo ausentarme unos minutos, pero al volver a llamar a Matt, éste no me responde. ¿Y ahora qué? Me pide que lo haga, pero luego me deja tirada. Decepcionada y dolida, me siento sobre la cama. Un segundo más tarde me devuelve la llamada. —Un momento —me pide. Para mi sorpresa, oigo por qué necesita tiempo—. ¿Qué quieres, Denis? —Sam y yo vamos a tomar algo, ¿te vienes? Sal un poco de la habitación. —No puedo, tengo cosas que hacer —replica él—. Dejadme en paz, debo atender una urgencia. —¿Te llama de nuevo Ali? No le hagas caso, es una pesada y... —¡Vete! —grita furioso, asustándome—. Maldita sea, Denis, sal ahora mismo. Oigo cómo toma aire, supongo que intentando relajarse, y decido intervenir. —Dígame, ¿qué hago? Mientras lo digo estoy temblando. No sé qué me dirá ni por qué está furioso. ¿Soy una urgencia para él? Después de cinco largos días, volveremos a vernos y quiero entregarme entera a su voluntad. Sentada en la cama frente al portátil, espero que su imagen se proyecte. Finalmente, reprimo un grito de felicidad cuando aparece en la pantalla. Lo anhelo a mi lado. Sigue estando muy guapo. Camisa negra y corbata blanca. —Hola —sonrío saludando. Se lo ve agotado, intuyo que no duerme, empiezo a pensar que tiene insomnio. Está serio y distante como siempre, pero percibo algo diferente. —Se la ve cansada. —Sólo un poco. Usted tampoco tiene buena cara. Afirma con pesar, señalando con el dedo. —¿Ha cerrado la puerta con el pestillo? —Claro. —Por favor, desnúdese. —¿P-Para qué? —pregunto sobresaltada. Me observa con una media sonrisa. —¿Usted qué cree? —No, no, señor Campbell — niego juguetona—. Yo no me presto a ese juego. —Gisele. Soy mala, perversa y quiero torturarlo. Con descaro, me tumbo boca abajo, ofreciéndole una magnífica perspectiva de mi escote y, en esa postura, balanceo las piernas arriba y abajo, haciendo que mis nalgas queden expuestas. —Gisele, por favor, tenga piedad. —Me está suplicando y yo me derrito—. Quiero verla desnuda ahora mismo, por favor. —Sólo conseguirá aumentar su agonía. Usted está lejos, no me va a poder tocar. ¿De qué le va a servir? —Me aliviará. Quiero que se toque para mí. Madre mía, ¿qué dice? —Gisele, se lo estoy

pidiendo por favor, ¿no ve lo necesitado que estoy? Con manos temblorosas, me coloco de rodillas frente al portátil. Se tensa y yo le sonrío con timidez. Lo deleito con un sensual movimiento, mientras voy lanzando las prendas. No sé resistirme, me controla en cuanto quiere. —¡Cómo quisiera desnudarla yo! Su cuerpo me tortura noche y día. «Su cuerpo...» ¿Sólo mi cuerpo? ¿Cómo decirle que eso no es lo único que yo extraño de él? Que echo de menos sus broncas, sus cambios de personalidad, su sonrisa... Esa que me regaló el domingo, cuando se comportó con tanta despreocupación. —Es un pecado. Lo contemplo tras su escritorio, privándome de su figura. ¿Ahora qué? —Túmbese hacia atrás y abra las piernas. Luego tóquese despacio. Me resulta difícil controlar los nervios; nunca he hecho algo así. Sin embargo, él es mi estímulo y, cohibida, obedezco. Abro las piernas y llevo mi mano derecha hasta mi sexo. No puedo evitar gemir imaginando que es él quien me toca y luego me embiste hasta hacerme daño. —Dígame qué piensa. —En usted —confieso entre gemidos y rozo mi clítoris en círculos. Es extraño y excitante y su mirada me enciende—. Pienso que es usted el que me está tocando para luego hacerme suya... —Gisele, qué tortura... — Busco su imagen y ya sus manos han desaparecido bajo la mesa; se toca y yo tiemblo. Ansío acariciarlo, y me asusta mi ansiedad por aliviar su frustración—. Pellízcate los pechos, por favor. Consumida por la lujuria, por el morbo creado, me pellizco los pezones y no ceso en mis caricias. La presión va en aumento, son muchos días sin verlo. —Quisiera tenerlo aquí. Quisiera tocarlo, me hace falta. A través de la pantalla, me pierdo en el verde de sus ojos. ¿Me necesita, es posible? —Yo también, Gisele. La habitación da vueltas. Él también ¿qué? ¿Quiere tenerme allí? ¿Quiere tocarme? Quiero que me eche de menos como yo a él. —Introdúzcase un dedo y acabe con esta agonía. Y así lo hago, me meto un dedo y luego otro. El placer de tocarme, el de complacerlo y su necesidad de mí es tan intenso que no soporto más... No, no puedo al advertir cómo él está estallando frente a mí, con su falo enorme y... —Matt... Me desplomo rota en mil pedazos, por y para él. Sollozo, gimo, ardo. Un día más, aun en la distancia, terminamos igual. Sexo, que ahora me sabe a poco. Jadeante, observo la fría pantalla. Sonrío al verlo complacido... subiéndose el pantalón. —Señorita Stone, no tengo más tiempo. Dentro de unos días nos veremos. —Pero... —Adiós. Tras ese intenso episodio, Matt desaparece sin más... Y yo lo odio, quiero llorar por utilizarme como lo ha hecho. ¡Lo echo tanto en falta y él me usa y me tira! —¡Cerdo! El resto del día estoy hundida, abatida. A las once de la noche entro en mi habitación y me asaltan las imágenes de lo vivido horas atrás. Sigue sin llamarme, sin disculparse... ¿Qué puedo esperar de él? A dormir, mañana será otro día y espero que mejor.

Me despierto sobresaltada al sentir que algo aprisiona mi cuerpo. Intento moverme, pero sin conseguirlo. Un instante después me abren las piernas. Asustada, me despejo del todo... Tengo un hombre encima de mí, con la cara enterrada en mi cuello. Voy a gritar despavorida, pero su mano me tapa la boca... Un momento, esa mano... No, no puede ser.

—Chis, soy yo, soy yo. —Su aliento en mi cuello. Gimo y me abrazo con ímpetu a su cuerpo. Matt está aquí, de vuelta entre mis brazos—. Siento haberla asustado, perdóneme.

Su voz es un susurro, afectuosa; me abrasa. —Está aquí, ha vuelto. Le acaricio el pelo, que se desliza suave entre mis dedos. Lo mimo, le digo con gestos lo que no soy capaz de expresar con palabras. Matt también se acurruca contra mí y me abraza, desconcertándome. Hay ternura, sentimiento en él. Puedo notar su respiración en mi garganta, su emoción al verme. —¿Qué hace aquí? ¿Qué hora es? —Las siete de la mañana — responde, depositando un reguero de besos en

la base de mi escote. Gimo, la habitación da vueltas—. Ya nada me retenía allí. Tengo todo lo que necesito para el proyecto, pero supongo que ahora no es momento de hablar de ello, ¿verdad? —No —musito, rodeándole la cintura con las piernas—. En apenas una hora empiezo la jornada, pero necesito sentirlo, abráceme. Matt levanta la mirada hacia mí y el corazón se me desboca. Se lo ve angustiado y aturdido, ¿por qué? —Le he hecho creer que tenía que irme y la he dejado plantada después de hacerla tocarse para mí. Pero usted no me echa ninguna bronca, no me hace ningún reproche. ¿Por qué siempre me recibe así? —pregunta, rozando mi mejilla con los labios—. Soy brusco, frío y distante con usted. Sin embargo, en todo momento me acoge con una sonrisa, nunca pide nada a cambio. Dígame por qué. —No lo sé, no pregunte... estoy confusa. Temblando, acuno su rostro entre mis manos y, con dulzura, uno mis labios a los suyos. Rozo su contorno, tiento su lengua. Y él me besa de una forma sensible y delicada, tan llena de afecto que una lágrima rueda por mi mejilla. Mi corazón, asustado, me grita que me aleje, que huya de él antes de que sea demasiado tarde. Con pesar, admito que ya lo es. —Le he extrañado —digo. Él asiente, apoyando su frente contra la mía—. ¿Qué busca? —Sexo no, hoy no. —¿No habrá...? Me aferro a su cuerpo, a su cabello, a su espalda sin permitirle retroceder, temo que en cualquier instante se rompa la magia. —No puedo más —gruñe él, suplicante—. No puedo más. —¿Qué quiere decir? —Dígale a Noa que se encuentra mal —murmura, descansando la cabeza en mi pecho—. Necesito dormir un poco y quiero hacerlo con usted. Le masajeo la cabeza, lo beso. Lo rodeo con los brazos y lo envuelvo con cada uno de mis sentidos. Hoy me da miedo todo, temo perderlo. —Llámela —implora de nuevo—, quédese, por favor. —¿Por qué? —Porque la necesito. Atraviesa mis barreras, las derriba de una forma que yo no esperaba. Me estoy perdiendo en él, en su piel... No es sólo sexo, voy más allá... empiezo a quererlo. —A-Aquí estaré.

10 Sentimientos encontrados

CONTINÚO acariciándolo mientras cojo el teléfono de la mesita auxiliar y le mando un mensaje a Noa.

Lo noto tranquilo, posiblemente dormido entre mis brazos, y el sentimiento es tan intenso como abrumador. ¿Cómo está sucediendo esto?

Mensaje de Gisele a Noa. A las 7.50.

Noa, no me encuentro muy bien, ¿te importaría servir tú el desayuno? Estaré mejor si descanso un poco.

¿Qué hago con él? ¿Realmente me necesita? La situación está muy clara entre nosotros: Matt desea mi cuerpo, a veces mi compañía, pero ¿hasta qué punto? La respuesta es clara, él mismo me lo advirtió hace apenas unos días... «No quiero que nadie más la pruebe. Porque soy muy egoísta. No lo hará, dígame que no lo hará. No al menos el tiempo en que sea mía.»

Cuando se aburra de mí me mandará lejos, quedaré relegada al olvido. ¿Dejaré que, con mi amor, entre en mi corazón para luego destrozármelo? No puedo permitírselo.

El móvil vibra. Mensaje de Noa a Gisele. A las 7.56. Está bien, no te preocupes. Descansa un poco y luego nos vemos.

Hoy sólo estará la señora Karen para el desayuno, no habrá problema. ¿Seguro que podrás trabajar más tarde?

Rápidamente le respondo. Mensaje de Gisele a Noa. A las 7.57.

Sí, a la hora de la compra estaré en la cocina. Haré el resto de la jornada, luego te veo.

Y a n t e s d e que mis pensamientos empiecen a girar en t o r no a Matt, decido dormir abrazada a él... Pero él no está dormido como yo creo, pues alza la vista y suspira, refugiándose de nuevo en mi cuello.

Un movimiento en la cama me hace despertar entre bostezos. Al abrir los ojos, me encuentro con los suyos fijos en mí. Me ruborizo. ¿Qué hace?

—Buenos días, señor Campbell. Cómo he extrañado estos ojos verdes, su mirada. —Hola. —Aún se lo ve cansado. ¿Cómo está? —pregunto, ignorando la indiferencia que vuelve a demostrar—. ¿Ha dormido bien? —Más o menos. —Se sienta en el borde de la cama y se cubre la cara con las manos—. Estoy bien, no tiene de qué preocuparse. —¿Qué le pasa? —Le toco un hombro para relajarlo, pero consigo el efecto contrario—. ¿He hecho algo mal? Lo noto diferente. —Todo está bien. —Hace amago de sonreír sin conseguirlo—. Duerma, yo tengo cosas que hacer. —Me frustra, ¿qué le pasa ahora? —Nada, Gisele, nada. —¿Ya no me necesita?

¿Dónde quedan sus anteriores palabras? El silencio se hace pesado entre nosotros, él se ensimisma y yo lo pierdo, pero agotada, busco algo para romper el hielo. No quiero acribillarlo con recuerdos de horas antes o retrocederemos. —Háble me del proyecto — sonrío, animándolo —. Ha vuelto muy pronto, ¿ya tiene a la modelo? Dice que sí con la cabeza, divertido, y su ánimo decaído parece aligerarse. —¿Qué le hace tanta gracia? Se sienta en la cama frente a mí, apoyando la espalda en el cabecero. Luego pasea la vista por mi cuerpo, haciéndome estremecer. —Usted será la modelo, señorita Stone. Pongo los ojos en blanco; ahora me toma el pelo. —Está bromeando, ¿verdad? —¿Usted me ve cara de bromear? Ayer me dijo que no le importaba, incluso parecía entusiasmada. Por eso he vuelto tan pronto. —Su expresión se endurece—. Solamente estará presente el fotógrafo, Denis, usted y yo, por supuesto. Serán unas pocas fotografías y, como le dije, el reportaje sólo saldrá en Nueva York. No tendrá que enseñar nada, más bien insinuar, tal como usted sugirió. ¿No quiere hacerlo? Me levanto de la cama, pensativa. ¿Está loco? Yo de modelo insinuando, insinuando ¿qué? Me tiemblan las piernas, estoy sudando. ¡Sólo bromeaba! Un momento, ¿qué son esas bolsas que hay en mi habitación? —Ropa, zapatos y todo tipo de complementos —responde a la pregunta que no he formulado—. Regalos míos para usted. ¡¿Qué?! Hay más de veinte bolsas. Esto es absurdo, no los quiero. —Campbell... — Regalos, ¿de acuerdo? — afirma. Soy consciente de cuánto le gusta derrochar, sentirse poderoso y que lo envidien. Una falsa imagen cuya necesidad no entiendo. No utilizaré nada de todo esto. —Dígame, ¿aceptará ser la modelo? —pregunta ahora. —¿Y si le digo que no? —Sería una faena, porque tendría que volver a irme y no es lo que quiero. Yo no soportaría una nueva partida. —Acepto, por supuesto. Aunque, me sorprende —digo pensativa—. No sé qué tal lo voy a hacer, quizá sea una idea descabellada. —Gisele, usted no es consciente de ello, ¿verdad? —Su voz suena atrevida. Su mirada es ardiente—. Es usted tremendamente sensual, puede tentar hasta al hombre más duro sobre la faz de la Tierra, no lo dude. ¡Me gustaría comérmelo por eso que ha dicho! —Gracias, aunque creo que exagera. —No, tratándose de usted. Un instante después está frente a mí, acercando su cuerpo al mío. Me sostiene por las caderas con gesto posesivo y gruñe al rozarse conmigo; su excitación es evidente. —Gisele, sé que mañana es su día libre, pero me gustaría que hiciésemos el reportaje. De lo contrario, tendríamos que esperar hasta el próximo domingo y lo necesito cuanto antes. ¿Tenía planes? —Sus palabras revelan demasiada calma y paciencia—. ¿A qué viene esa cara? ¿Con quién ha quedado? —Me está tocando el pecho, excitándome —le recuerdo—, ¿qué cara quiere que ponga? —¿Qué va a hacer mañana? — insiste posesivo, embistiéndome con las caderas, llamando mi atención al irse enfureciendo—. ¿Con Thomas? —¡No! Deje de suponer tonterías. —Le repito la pregunta... —E-s-t-u-d-i-a-r y deje de tocarme así. —¿Estudiar? —Sí, esperaba la confirmación, pero ahora sé que en octubre empezaré por fin un máster que llevo dos años queriendo hacer. Hasta ahora, por motivos económicos no he podido. —Sigue mirándome desconfiado, ya no hay espacio entre nuestros cuerpos, me asfixio—. Quería ponerme al día, aunque puedo dejarlo para otro momento... ¿Puede detener ese dedo juguetón? Se para de golpe y busca mi mirada con inquietud. Me desconcierta. ¿Está furioso? —Así pues, se va a ir — afirma con dureza—. ¿Cuándo será eso? — Claro que me iré. ¿Cree que me voy a quedar aquí limpiando eternamente? —¡¿Cuándo?! —me grita, haciéndome levantar el mentón—. ¡¿Cuándo?! —Bueno... la universidad empieza en octubre. —Trato de tragar el nudo que se me ha formado en la garganta y continúo—: Supongo que tendré que irme en septiembre. Aunque mis padres viven en Lugo, la universidad queda

lejos. Tendré que buscar apartamento y acomodarme un poco... Cuando empiecen las clases quiero estar totalmente instalada y tenerlo todo preparado para concentrarme únicamente en los estudios. Me suelta con gesto brusco y se aleja. De repente, mi cuerpo nota el frío que ha dejado su ausencia. Me vuelvo y busco su mirada, intentando hallar algún indicio que me diga qué está pensando. No veo nada. —¿Qué? ¿Qué he dicho? —Su puño se estrella contra el armario y sé que empieza a librar su batalla particular. Asustada, me coloco delante de él; su mano cerrada queda suspendida en el aire—. Por favor, por favor, pare. Va a venir su familia... —¡Apártese! —¡No, dígame qué pasa! Pero me ignora. Se aleja y apoya la frente en la pared, golpeándose la palma izquierda con el puño derecho. Está fuera de sí, a mi modo de ver sin motivo, sin razón. Temblorosa, me siento en el suelo, en un rincón, esperando que se le pase la rabia. ¿Por qué todo esto? Muchísimos sentimientos encontrados se agolpan dentro de mí. Impotencia al no ser capaz de calmarlo, dolor al ver su sufrimiento, y compasión por este hombre que, a pesar de lo agresivo que pueda parecer por sus reacciones... es tan vulnerable. —Gisele, ¿qué ocurre...? Karen Campbell enmudece de golpe y, aunque no la miro, sé que ha entrado en la habitación y contempla la escena horrorizada. Cuando me atrevo a volver la cara, me contempla apenada. Yo me echo a llorar avergonzada por la situación. Matt vuelve a la realidad y nos contempla de hito en hito a su madre y a mí. —Siento haber abierto con llave, pero me he asustado con este jaleo... Gracias a Dios que su amiga ha salido a hacer la compra y que Melissa está limpiando la piscina. No hay más nadie en casa. Se arrodilla a mi lado, yo me cubro la cara con las manos. —Gisele, tranquila —susurra, acariciándome el pelo con ternura—. Por mi parte, todo está bien. También en lo que concierne a mi hijo, ¿verdad, Matt? —Karen... —¿Verdad, Matt? —insiste ella, advirtiéndole. En algún momento, yo he provocado su rabia. ¿Por qué? —Karen, déjanos solos por favor —pide él con calma. —¿Estás seguro? —Por favor. —Está bien, trata de calmarla, por favor. Y, cuando puedas, necesito hablar contigo. Un silencio eterno se instala en la habitación tras la marcha de la señora Karen. Poco después, oigo los pasos de Matt acercándose. Más tranquila, lo busco con la mirada. Parece asustado de su propio comportamiento. Se me encoge el corazón al verlo tan indefenso. Impulsada por un fuerte y desconocido sentimiento, me lanzo a sus brazos llorando y me aprieto contra su cuerpo, aferrada a su pecho, hundiendo mi rostro en él. —Perdóneme, no sé qué he hecho mal. No sé qué he dicho para enfurecerlo así. —No ha sido usted, soy yo, Gisele. —Nuestras miradas se encuentran. En sus hermosas facciones se dibuja una mueca de dolor—. Deje de llorar, por favor, no me gusta verla así. Sobre todo sabiendo que yo soy la causa. A pesar de sus palabras, no hace nada por consolarme. Sus brazos continúan caídos a sus costados, sin tocarme. ¿Por qué es así? ¡Necesito que me abrace, que me acoja! —El otro día me dijo que ésta era la única vía de escape que tenía para descargar su rabia o su dolor, ¿qué he hecho yo? ¿Y por qué? — Calla como un cobarde y yo me aparto furiosa—. ¡Te odio! Te odio por hacerme sentir mal sin saber por qué. ¡Te odio! —¡Cállese! No me hable así. —¡Vete a la mierda! Con un movimiento inesperado me coge el mentón y me acerca a su cuerpo, buscándome con desesperación. —Gisele, necesito hacerla mía ahora mismo para volver a sentirme bien. Dígame que, a pesar de ser tan imbécil como soy, me va a recibir como siempre. Que no me odia. Dígamelo, por favor, necesito oírlo. Me niego, lo esquivo, no quiero verlo. —Gisele, míreme. —Sus ojos verdes están oscurecidos, llenos de pesar. Yo me siento rota—. ¿Qué piensa? Gisele, dígame algo o me voy a volver loco. Me seca las mejillas, me acaricia y entonces consigo relajarme. Es lo único que necesito, su abrazo, su consuelo. A él. —No, no le odio... Me

confunde. Anoche dijo que me necesitaba, ¿qué pasa hoy? —Por favor, no lo haga, no me pregunte. —Entonces, tome lo que quiera, pero no me lastime... —«El corazón», estoy a punto de decir—. Si es lo único que necesita ahora... hágalo. Con un rápido movimiento, me alza en sus brazos y yo le rodeo la cintura con las piernas, quedando ambos contra la pared. Me duele sentirme utilizada... odio que terminemos esto sólo con sexo. —Perdóneme, lo siento mucho —suplica en la base de mi garganta, consiguiendo que me derrita en sus brazos. ¿Por qué es así? En un momento tan frío y al siguiente tan apasionado... Me abandono ante él, ante sus suplicas. Lo abrazo y lo acojo, refugiándome en su cuello, como él hace conmigo. —Gisele, ¿por qué me lo pone todo tan difícil? —Dígame, ¿se ha puesto así porque le he dicho que me voy? — imploro —. ¿Ha sido eso? Empuja sus caderas contra las mías, rozándome con su pene, y yo grito. ¡No quiero ser su juguete sexual! —Matt, contéstame, por favor. —No. ¡Mierda! ¡No! Con desesperación, lo empujo y me suelto, casi cayéndome al suelo al hacerlo. Camino hacia la puerta y la abro, invitándolo a salir. Estoy cansada de su juego, de ser una muñeca a la que cree que puede manejar. —Vete. —Gisele, escúcheme... —¡Fuera! Cierro los ojos, me niego a verlo, a que siga confundiéndome; añoro el tiempo en que no pensaba en nadie, en que estar bien y estudiar eran mi única preocupación. De repente, Matt me coge en brazos y me lleva con él a la cama, donde me atrapa bajo su cuerpo. Me tiene a su merced, inmovilizada de pies y manos. Me desafía con la mirada. —¿Qué mierda me está haciendo? —dice entre dientes—. ¿Qué, Gisele? —¿¡Yo a ti!? —Ha puesto mi mundo del revés —ronronea y, atrapándome el labio inferior entre los dientes, me provoca—. Es una pequeña diabla. —Y tú un maldito demonio. — Me muerde y yo grito. Sonríe victorioso—. Estás loco. —Tengo una pregunta. —¡Yo mil! —Gisele, si la respuesta a su pregunta hubiera sido diferente, ¿habría cambiado algo? Enseguida sé de qué habla y me siento morir. La cabeza me da vueltas. ¿Me conformaría con ser su amante? ¿Dejaría mi vida de lado por un breve tiempo a su lado? Matt se aburrirá de mí, en algún momento, hará borrón y cuenta nueva. —No, las cosas son como son —respondo temblorosa—. ¿Qué clase de pregunta es ésta? Lo veo decepcionado, malhumorado. —Entonces, no es cierto que me ha extrañado —afirma duramente, soltándome despacio—. Tanta palabrería para nada. —Señor Campbell, yo no miento —replico furiosa—. ¿Por qué no deja de cuestionar cada una de mis palabras? —Sabe que no lo puedo evitar. —Ahora se muestra decaído, frustrado—. Ser desconfiado, frío, distante forma parte de mi personalidad, igual que otras veces soy atento y amable... es algo que no puedo controlar. Y de nuevo más preguntas sobre él y su vida me asaltan, y me olvido de nuestro enfrentamiento. —Cuando su madre se fue, ¿estuvo en un centro de adopción? —Matt se tensa, pero aun así asiente—. ¿También lo ignoraron allí? —No. —Sonríe con melancolía—. No me mostraron un afecto especial, pero tampoco fui una sombra. Allí estuve bien, no me faltó de nada. En aquel lugar conocí a Denis. —No había oído hablar de él antes, ¿me lo cuenta? Nos sentamos en la cama, el uno junto al otro, cómplices. Por primera vez nos mostramos cómodos, relajados sin sexo y sin discutir, sólo hablando. —A Denis lo adoptaron antes que a mí. Pero él estuvo en el centro mucho más tiempo, desde antes de que yo llegara. —Las marcas de dolor y de tristeza resurgen en su hermoso rostro—. Cuando salí, retomamos un poco el contacto, pero quedó en nada. Y cuando William me propuso que montara mi propio negocio, rápidamente me acordé de Denis. »Desde entonces, hemos sido socios, pero ya no me parecía aquel amigo. Todo se enfrió cuando nos separamos. Aun así, lo busqué, porque era consciente de que él lo había pasado tan mal como yo. Pensé que si yo triunfaba, Denis tenía

que triunfar conmigo, se lo merecía. —Fue un gesto muy generoso por su parte, no lo haría cualquiera. Me regala una sonrisa y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano. Noto una opresión en el pecho. ¿Por qué quiero llorar? ¿Por qué Matt es tan cambiante? —No quiera ver algo donde no hay nada, ni se forme una idea equivocada. En estos días que he estado fuera, he pensado que quizá me equivoqué con Denis al pensar que ya no éramos amigos. —¿Por qué? —A pesar de ir tanto de fiesta como Sam, se ha revelado como un gran apoyo, y me ha demostrado una complicidad que no había visto antes en él. Ha estado pendiente de mí en todo momento y cuando le dije que me volvía, no quiso dejarme solo y se vino conmigo. En cambio Sam se quedó en Nueva York. —No me fío de Sam. —Es sólo un pensamiento, pero una vez más, mi boquita ha hablado por sí sola. Matt me mira intrigado—. No me inspira confianza. Pienso que al saber que es su único amigo, se aprovecha de su situación y juega con ello en su favor. Un amigo de verdad no se habría acostado... en fin, ya sabe lo que quiero decir. Creo que tanto él como Alicia lo manipulan. En el fondo, usted lo sabe, como también sabe que ya nada volverá a ser como antes. Su forma de ser se lo impedirá. Tal vez sí debería prestar más atención a Denis... Se levanta, dejándome sola en la cama. —¿Por qué desconfía tanto de las personas? —pregunto. Estoy rozando zona prohibida. —Señorita Stone, déjeme decirle una vez más que usted pregunta demasiado. Me meto en la cama y me tapo, tengo frío sin él. —Es imposible volver a confiar en alguien, cuando la persona en la que más confiabas te abandona —continúa, cuando yo ya creía que no iba a responder—. Mi madre me dejó solo. Yo no tenía a nadie y no le importó. Intentando consolarlo, tiendo una mano hacia él para invitarlo a que se siente junto a mí. Vacila, pero me la coge y se acomoda. —¿Cómo puedo calmar su dolor? —Le rozo la mejilla y luego sus puños magullados—. No quiero que se vaya, Campbell. —Yo tampoco. Pero he de hacerlo, debo ocuparme de algunas cosas. —¿Va a ir a verla? —No puedo evitar preguntar. Matt roza mis labios con los suyos con delicadeza, mientras con la mano me acaricia el vientre por encima de las sábanas. Una corriente eléctrica recorre mi cuerpo. Estamos cruzando el límite. —¿Por qué calla —insisto—, para qué quiere ese encuentro? —No voy a verla. Alicia no sabe que he vuelto. Sólo lo sabe usted y ahora Karen. Karen... ¿Cómo la miraré ahora a la cara? —Gisele, ¿qué ocurre? Niego como una niña tonta y pequeña. —Gisele, venga aquí. —Con sumo cuidado, me coge en brazos y me sienta sobre sus rodillas. Quiero llorar. Me hace sentir demasiadas cosas cuando se porta con esta ternura y amabilidad—. Karen no la va a juzgar, en todo caso me reñirá a mí por mi forma de comportarme con usted. Me quedo callada, yo no estoy tan segura de ello. Al ver que no respondo, me levanta el mentón con un dedo. —¿Está bien? —Digo que sí con la cabeza—. Siento mucho haberla asustado. Siento haberle roto el armario... El lunes le diré a Karen que le dé tiempo libre y la llevaré a comprar otro. —No es necesario... —Pero sus labios se acercan a los míos y me besa con ternura, acallando cualquier protesta. —Gisele, ¿me ha perdonado? —Sabe que sí. —¿La veré esta noche? —Si quiere... A mí me gustaría pasarla con usted. —Entonces, hasta luego. Una vez me reincorporo al trabajo, no tengo tiempo de pensar. Me aguarda un día ajetreado: limpio, sirvo, atiendo a Roxanne, que parece decaída y melancólica, pero que al siguiente minuto me grita. Llamo a mis padres y a Scott, al que no veo bien; me parece que su lío de faldas le está dando demasiados quebraderos de cabeza. Su voz lo delata al contestar. —¿Estás resfriado? —Sí, uno de esos resfriados tontos de verano. Hoy tengo la tarde libre, pero la pasaré en cama. —Ven a verme algún día, te echo en falta, Scott... Cuéntame cómo te va en el trabajo. Paseo por el jardín sin rumbo fijo mientras hablo y, al

levantar la vista de reojo hasta la habitación de Matt, lo veo mirándome desde allí acompañado por su madre. ¿Estarán hablando de mí? Se los ve preocupados, enfrascados en una conversación intensa. —Hacer de chófer no es lo mío —dice mi hermano—, en cuanto esté preparado, busco otra cosa. Quizá encuentre algo mejor. —Quizá —contesto sonriendo y no soy la única. Karen y Matt Campbell se sonríen también el uno al otro, pero sin perderme de vista—. Nos vemos pronto, te quiero. —Vale, y yo a ti, pequeña. Cuídate mucho. —Tú más... No dejes que las víboras te hagan daño. —Ya hablaremos. Y como soy muy curiosa, me quedo en el banco de madera más cercano a la casa, disimulando con el móvil. Los nervios se me comen y de vez en cuando levanto la vista. Siguen ahí, sé que hablan de mí. En una ocasión puedo leer perfectamente en los labios de Karen: «Es preciosa». ¿Yo, Alicia? Me quedo con la duda, ya que he de seguir trabajando. Horas más tarde, Noa me llama con gesto preocupado. Espero que lo que me quiere decir no tenga nada que ver con el cerdo de Eric, que sigue sin dar la cara. —Gis, el señor Matt Campbell te llama y ve con cuidado, que está de un humor de perros. Su novia se acaba de marchar. —¿Ella ha venido? —Sí... ¿por qué? —me pregunta alarmada—. ¿Qué ocurre? —Nada, pero supongo que me tocará lidiar con él... —Venga, no le hagas esperar. Asiento temblando. ¿Por qué no sabía que Alicia había venido? ¿Qué han hecho? Una parte de mí quiere correr hacia Matt, otra parte me dice que tal vez no tengo que hacerlo. Miles de imágenes se cuelan en mi cabeza de Alicia y él juntos. Ella no lo merece, pero Matt no parece entenderlo. ¿O tal vez la quiere y me lo oculta? ¿Por qué me busca a mí entonces? Con paso decidido, voy a su encuentro. Mis preguntas sólo puede responderlas el propio Matt. —¿Puedo pasar? —pido permiso con una sonrisa, asomando la cabeza por la puerta entreabierta. Matt asiente, pero al ver su expresión, me tenso. Quiero irme. Sé que no me va a decir nada bueno... En el suelo hay cristales, lo que confirma mis inquietudes y sospechas. Ha librado su batalla particular. —Gisele, por favor, cierre con llave y siéntese, no quiero que nadie nos moleste. —Su tono de voz me deja helada. Pasa algo muy grave—. Por favor —repite. Cierro la puerta y, sin dejar de observarlo, me siento delante de él, frente a su escritorio. Matt se levanta. Se lo ve tan triste que me hace estremecer. Con una expresión que no sé descifrar, se inclina hacia mí y me besa con desesperación. Me aferra la nuca para acercarme aún más a él. Asustada por su intensidad, abro la boca y le devuelvo el beso con la misma ansia. Por algún motivo, siento que éste puede ser el último que nos demos. Es un beso necesitado, con un sabor agridulce... —Gisele... Se separa y me acaricia la mejilla con tanta ternura que me duele. Luego se incorpora, rígido. —Lo siento —dice. Me levanto sobresaltada, poniéndome a su altura—. No quería que... Ahora ambos estamos frente a frente. Veo su respiración alterada y noto una opresión en el pecho. Deseo llorar, golpearlo. —Ha estado con ella —afirmo con voz rotunda. Matt no me verá desgarrada, no demostraré que soy una idiota y que estaba ilusionada. El muy cerdo asiente. ¿Arrepentido?—. Supongo que era de esperar. —¿No le importa? —pregunta abatido. ¡No! No me verá llorar, no le demostraré lo mucho que me duele su traición. Las cosas estaban claras: Alicia es su novia; yo, su amante, su caro juguete... —¿Debería? —pregunto con frialdad—. Son novios, esperaba que un día sucediera. Veo cómo se aflige, sus ojos se oscurecen. —Gisele, ¿por qué es así? Nunca antes la he sentido tan fría. —¡Cínico!—. Sé que he roto mi promesa y quería que lo supiese de mis propios labios. No sé si él percibe cómo mi cuerpo se viene abajo lentamente. —No me he acostado con ella, pero sí la he besado y me ha tocado... —Mi corazón se rompe en mil pedazos más. Tengo que irme antes de desmoronarme. Las imágenes de ellos

dos juntos me están destrozando el alma—. Gisele, he imaginado que era usted, como aquel día cuando me provocó... cuando la toqué con ganas de hacerla mía. Me he dejado llevar por su recuerdo irremediablemente y cuando ella ha puesto un pie en... Al abrir los ojos me he encontrado con Alicia y la he echado. Minutos antes, nuestra relación estaba rota. Acababa de dejarla... pero ella ha dicho que tenía algo importante que decirme. Aprieto los puños soportando la rabia, el dolor y la impotencia. «He imaginado que era usted, por eso me he dejado llevar...» ¿Qué mierda me está contando? —Está embarazada. —Mis ojos se empañan de las lágrimas que tanto intento ocultar—. Ha sido sincera, no sabe de quién es el niño, tanto podría ser de Sam como mío. Con ambos usó protección... pero algo debe de haber fallado. ¡No sé! Me vuelvo, permitiendo que mis lágrimas fluyan en silencio. No soy de piedra y él está arañando y haciendo sangrar una herida abierta. ¿Cómo he podido entregarme tanto a él? —Gisele, dígame algo. —Lo siento acercarse, hasta poner la mano en mi hombro, pero yo rápidamente me aparto. Su contacto me quema, me duele—. Por favor, estoy desesperado por lo que ha pasado. Gisele, no quiero dejar de verla. ¿Podrá perdonarme? —Déjame... —¡Gisele, míreme! —¡No! Siento que me desgarro por dentro. Creía que lo controlaba todo, que lo de Matt sería algo pasajero, una mera ilusión de verano, pero hoy sé que no lo es. No lo es porque, en el fondo, eso no es lo que yo quiero. No soy tan fría como para entregarme al sexo sin sentimientos... En el momento más inoportuno, soy consciente de que estoy perdidamente enamorada del hombre que acaba de romperme el corazón. Que ha sido cruel, que me ha hecho daño. Por ese amor precisamente no puedo perdonarlo o jamás volveré a ser yo misma. Ahora mis miedos se han visto confirmados: estoy enamorada y sin él. —Gisele, por favor, perdóneme.

11 Entre el amor y el odio

ME pide que lo perdone, pero ¿podré hacerlo? Estoy mal, abatida y tengo el corazón destrozado, también estoy desconcertada... El cúmulo de cosas que acabo de descubrir me hacen flaquear: estoy llena de amor por Matt Campbell, pero él ha roto nuestra promesa y podría estar esperando un hijo con otra mujer... Es verdad que nunca me prometió amor eterno; únicamente nos unía un trato que ahora está roto.

—Gisele, dígame algo por favor. —Yo le sigo dando la espalda, secándome las traicioneras lágrimas—. Le he dicho la verdad. No sé por qué demonios, usted se ha colado en mi mente y me he entregado por unos minutos al placer que ella me proporcionaba. ¡Era su viva imagen, siempre ha sido usted!

El silencio se hace presente en el despacho, la tensión se puede palpar. ¿Por qué me miente de esta forma? ¿Hay manera de creer su mentira? ¡Ella es su novia y yo su amante! No puede desearme más que a ella.

—Señor Campbell, me gustaría salir de aquí, por favor — susurro.

Rápidamente me rodea y se detiene frente a mí. Su rostro refleja dolor, desesperación. Su mirada implora perdón.

—¿Está llorando? —pregunta alarmado. —No. Pero él no me cree y, con los nudillos, sigue el camino que han recorrido mis lágrimas. —Gisele, ¿tanto daño le he hecho? —No eres tú, soy yo. —Está muy pálida, ¿se encuentra bien? Yo digo que sí con la cabeza, apartándome, evitando que me siga rozando. —Gisele ¿qué...? —Hoy no me sentía muy bien ya antes de venir aquí, eso es todo. —Al ver su decepción, me hierve la sangre y escupo todo el veneno—. ¿Qué espera que le diga? ¿Que me duele? ¿Que lloro por usted? No sea egocéntrico. Nosotros teníamos un trato o pacto como lo quiera llamar, usted lo ha roto y yo ahora no sé si quiero seguir con esto. ¡Por Dios, su novia está embarazada! —¡Mierda! ¡Le he dicho que ni siquiera ella sabe quién es el padre! No le estoy pidiendo una vida entera, le estoy pidiendo el tiempo que le quede de estar aquí. ¿Es tanto pedir? Sus palabras hacen más profunda la herida. «No le estoy pidiendo una vida entera, le estoy pidiendo el tiempo que le quede de estar aquí...» ¿Puedo conformarme con eso, sabiendo ahora lo mucho que siento por él? Estoy enamorada... —Gisele, míreme —ordena, pero yo le ignoro. Ante mi silencio, la furia se apodera de él y oigo un gran golpe retumbar detrás de mí. Ha golpeado el escritorio y ahora los nudillos le sangran un poco. Está lleno de frustración, lo sé. —¡Odio verla tan fría! ¿Cuándo ha sido usted así conmigo? ¡Nunca, a pesar de cómo la he tratado tantas veces! —¿Cómo se sintió usted cuando creyó que yo estaba con Thomas? —

Aprieta la mandíbula—. ¿Lo ve? Con esta frialdad se comportó usted. Es más, me insultó y me dijo que no podía confiar en mí sin siquiera dejar que me explicase. Ahora me dice que ha roto el pacto y que podría ser padre, ¿cómo quiere que me lo tome? —¿Cómo puedo decirle que el niño tal vez sea de otro? —replica alterado—. Ella y yo ya no estamos juntos, lo hemos dejado. ¿Cree que puedo seguir con una mujer que no sabe quién la ha dejado embarazada? —Yo no estoy en su cabeza, no sé lo que piensa. —Me haré cargo de su embarazo porque hay muchas más probabilidades de que ese niño sea mío que de Sam. También lo hago porque no quiero que nadie sepa lo pérfida que es Alicia, no puedo crearle mala fama y que luego el bebé cargue con las consecuencias. En cuanto esa criatura nazca, se le harán las pruebas necesarias y, si no es mío, que su padre se haga cargo de él. Punto final. —¿Está seguro que está embarazada? Podría estar mintiendo... —Me ha traído las pruebas del médico con su nombre y apellido —explica con tristeza—. Gisele, no puedo dejarla en la estacada. Yo sufrí la misma suerte que ese niño podría correr, y si es mío jamás me lo perdonaría. Si yo soy su padre, responderé ante él y no le faltará de nada, ¿entiende? Pero nada de eso tiene que ver con usted. Ese bebé aún tardará en nacer, usted ni siquiera lo conocerá. El problema es que ahora ya no se trata del pacto, para mí no es un juego, como lo era antes. No soporto la idea de verlo unido a otra mujer. —Lo sé, pero igualmente necesito pensar, por favor. Tras mirarnos con ojos llenos de reproches, Matt se sienta en el sofá cubriéndose la cara con manos temblorosas, negando con la cabeza con pesar. —¡Cómo han cambiado las cosas! Hace apenas unas horas, usted y yo teníamos otros planes. Quería pasar la noche conmigo y ahora me está abandonando. —No ha sido culpa mía, yo he cumplido la promesa que le hice... —No ha sido nada, nada — repite para sí mismo—. Estaba con usted, no era ella. No, Gisele. —¿Y qué me está pidiendo entonces? Nunca sé qué pretende. Se calla. Pide, pero no da. Necesito pensar y a su lado es imposible. Me absorbe, me arrastra a su terreno con gestos y palabras que no expresan lo que verdaderamente siente. —Estoy en mi horario de trabajo, tengo que irme y, sobre todo, no quiero tomar una decisión a la ligera. —Suspira y como si tuviera el cuerpo de plomo, se levanta para dirigirse hacia mí—. No se acerque, no ahora. —Gisele, no lo piense demasiado o me volveré loco — dice, ignorando mi advertencia y sujetándome la cara entre las manos—. ¿De acuerdo? —¿Por qué? ¿Tanto me necesita? —Usted me hace sentir diferente, me siento bien a su lado... Me hace olvidar, me transporta con su alegría. Le acaricio la mejilla, contemplando sus demacradas facciones. Solamente deseo echarme en sus brazos y gritarle que lo amo. Pero ¿dónde me dejaría esa confesión? Asustarlo no es lo que pretendo... — Yo también me siento de otra forma cuando estamos juntos. Suelo ser atrevida, pero no tanto como con usted... Me provoca contradecirlo, me gusta discutir para luego terminar besándonos como posesos... Pero hoy, ahora, he entendido que es una locura y estoy confusa. Deme unos días, sólo unos días para aclararme y entender qué es lo correcto... —Está bien —responde secamente—. No piense en lo correcto, haga lo que sienta. —A veces, dejarse llevar no es bueno, sobre todo con respecto a usted. —¿Vamos a discutir de nuevo? —No... Yo voy a... —Béseme antes de irse. Por favor, Gisele, hágalo. Percibo la ansiedad en su voz, aunque sigo sin entender tanta desesperación. ¿Y qué haré cuando me vaya, con todo este amor que siento por él? —Gisele —suplica a milímetros de mis labios. Aunque quiero, no me puedo resistir ante su súplica. Lentamente, me acerco para besarlo suavemente. ¿Podrá Matt sentir hasta qué punto muero por él? —Mía, quiero que siga siendo mía —susurra —. Todavía no quiero perderla. Y me arrima a su cuerpo con decisión, sin que quede espacio

entre nosotros. Me besa de una forma devoradora y, sobre todo, suplicante. —Para —jadeo sobre sus labios, pero me besa con más dominio y voracidad—. ¡Basta! Esta vez se aparta, pero cuando lo hace, es ya un témpano de hielo. —Esté pendiente del móvil. Cuando llegue Denis la avisaré. Porque sigue queriendo hacer el reportaje, ¿verdad? Maldito inestable. —Sí —miento con voz cortante. —La estaré esperando — susurra por última vez—. No lo olvide, por favor. Me voy haciendo de tripas corazón y poniendo mi mejor cara para que nadie sospeche lo ocurrido, aunque al recordar a la maldita de Alicia se me lleven los demonios. Al llegar a la cocina, me quedo entre las sombras. Noa y Eric están hablando, ¿tendrán una cita? No está bien escuchar conversaciones ajenas, de modo que, para no interrumpirlos, me dirijo hacia el salón, donde Melissa ya está sirviendo el té. —Gisele, ¿se encuentra mejor? —pregunta William al verme. Karen, que está a su lado, me sonríe y yo me sonrojo. No puedo creer que no me haya echado—. No tiene buena cara. —Sí... estoy bien, muchas gracias. —Melissa se retira, mirándome con suspicacia—. ¿Necesitan algo? —Nada, Gisele —contesta Karen—. Será mejor que vaya a su habitación a descansar. William tiene razón, se la ve pálida. ¿Seguro que todo va bien? Casi sollozo. «No, nada va bien», quisiera gritar. —Sí, gracias por todo. Con su permiso, me retiro. Ambos asienten y yo corro a mi habitación, donde me dejo caer en la cama y al fin me deshago en llanto, llena de rabia e impotencia. No asumo que me he enamorado de Matt, no entiendo cómo le he permitido meterse así en mí. Odio que mi felicidad dependa de la suya; eso me hace sentir vulnerable, me ahoga. Tengo que recuperarme, no puedo consentir que la tristeza me devore. ¿Cuándo me he rendido yo ante la adversidad? Mensaje de Matt a Gisele. A las 17.05.

Gisele, Denis no va a poder venir, se conocerán en el estudio. ¿La recojo mañana?

Mensaje de Gisele a Matt. A las 17.06. No, dígame la dirección y la hora. Estaré allí puntual. Hasta mañana.

—Gis, ¿puedo pasar? —Noa me sonríe desde la puerta. —Claro. —Creía que estabas mejor, pero Melissa me ha dicho que Karen te ha dicho que vinieras a descansar. —Sí, me parece que me estoy resfriando. Permanecemos en silencio mientras ella me escruta, alerta. —Gis, ¿ocurre algo que no me estés contando? —No, Noa, todo está normal... Aunque, para colmo, me ha venido la regla. El móvil me vuelve a sonar. Noa lo mira y luego a mí, al ver que no hago caso del aviso de mensaje. Más nervios aún... Es la contestación de Matt. —Gis, siento que me estás ocultando algo. —Que no. —¿Sabes?, hoy Melissa me ha dado que pensar con un comentario que ha hecho... Cree que te gusta Matt. Joder, joder. —Noa, déjalo, ¿vale? Melissa y yo no nos llevamos bien y sólo lo dice para molestarme. —Mentirle me hace sentir mal, pero no soy la única, ella tampoco me habla ya de Eric—. No estés preocupada, mañana me sentiré mejor y volveré a darte guerra, como siempre. ¿Ok? —¿Qué vas a hacer mañana en tu día libre? ¿Te quedas hoy a dormir aquí? Tendré que ocultar mis planes, que no es lo mismo que mentir. —Sí, dormiré aquí, no me siento bien para volver a casa. Mañana he quedado con Emma. —Scott no ha quedado con Melissa. —¡Toma!—. Va a pasar el fin de semana con un amigo, así que tendrás la casa para ti sola... Por cierto, ¿qué le pasó al armario? ¡Mierda! —Em... se le cayó una tabla y, en fin, un caos. —Ya veo —dice cortante—. Duerme, necesitas descansar.

A las diez de la mañana, llego al centro de Málaga. Me quedo sorprendida ante el magnífico edificio que se eleva ante mí. Amplio, lujoso, como todo lo relacionado con los Campbell.

Matt... No he podido pegar ojo pensando en él. —Buenos días, Gisele. Se me eriza el vello antes de

volverme. Es él. Le sonrío con timidez. Su acompañante, un chico rubio de ojos castaños, me devuelve la sonrisa. Matt me mira de la cabeza a los pies. ¿Iré mal vestida? Llevo unos vaqueros blancos y camiseta ceñida azul con un pequeño escote que a él no parece gustarle.

—Éste es Denis, mi socio — dice con voz seca. ¿Ahora qué le pasa?—. Denis, ella es Gisele Stone, la chica de servicio para la portada.

—Es un placer Gisele, es perfecta para el reportaje. —Gracias... Encantada. Matt me agarra por la cintura, marcando territorio. Echo chispas con su gesto. ¿Qué pensará su socio de su atrevimiento? —Entremos, el fotógrafo ya está esperando. —Y diciendo esto, me coge de la mano y me lleva con él. Varias veces le aprieto la mano y busco su mirada para llamar su atención, pero él no me mira. Me ignora, mostrándose tan serio y prepotente como aquella primera vez. Va de poderoso, de jefe altivo e importante incluso conmigo... Mientras caminamos, siempre sin mirarme, me explica qué vamos a hacer y cómo se trabaja allí. ¿Quién lo entiende? Ayer me suplicaba y pedía perdón, hoy la indiferencia lo acompaña. Cuando llegamos al estudio, en la planta de arriba, Matt me suelta y me presenta al fotógrafo. Un hombre de pelo castaño largo, bastante amable, llamado Charles. Sin decir nada más, Matt desaparece en una sala contigua. Miro a mi alrededor entusiasmada: veo focos, algunos paneles extraños... telas y suelos artificiales. —¡Gisele, venga aquí! —Me sobresalto al oír el grito de Matt y me despido de Denis y Charles, que dudan si reírse. Entro en la habitación donde él me espera; está repleta de ropa—. Trabajaremos con estos cuatro uniformes —me informa, señalándomelos—. Serán tres fotos con cada uno de ellos. Todos cortos, con escotes no muy profundos pero llamativos, cada uno de un color, con sus medias y cofias a juego. El negro es el más parecido al mío en casa de los Campbell, hay otro azul muy pálido y los dos últimos son los más impactantes, ¡uno rojo y otro blanco! —No me gustan nada, son muy llamativos. No voy a saber hacer esto. —¿Llamativos? —repite con ironía—. Llamativa v a usted hoy. Esos pantalones son tan ceñidos que le marcan la silueta de una manera indecente. Y la camiseta ¿qué? El escote es bastante tentador. Me miro irritada y nerviosa por sus palabras. ¡Voy perfecta para la ocasión! —Está exagerando, voy divina. Sonrío. —¿Qué le hace tanta gracia? Veo que lo único que quiere es torturarme... Mejor dejemos este tema para luego. Vístase según el orden de los vestidos, yo la espero fuera. He querido mostrarme simpática y se lo ha tomado mal, pero yo no soy una niña a la que pueda tratar como le venga en gana. Enamorada sí, boba no. Con paso decidido, salgo de la habitación y entro de nuevo en el estudio. Charles está preparando la cámara y los focos; Matt y Denis hablan en voz baja. Cuando llego a su lado, le toco el brazo haciendo que me mire. Al verme se enerva, no espera el desafío. —¿Podemos hablar a solas? —Él niega y parece a punto de estallar—. Bien, entonces hablaré aquí. ¿Qué coño le pasa? Abre unos ojos como platos, sorprendido, sus acompañantes no dicen nada. —Vamos. —Me coge bruscamente por el codo y nos encerramos en el cuarto—. ¿Qué mierda hace? ¿Cómo se atreve a desafiarme de esta forma delante de ellos? —Usted tiene la culpa, le he pedido que hablásemos a solas — replico furiosa —. ¿A qué viene este cambio? Ayer me pedía que no rompiese el trato y hoy me trata con indiferencia. Campbell, yo no soy una muñeca que usted pueda manejar a su antojo. —Gisele, Gisele, colma usted mi paciencia. —Pues a mí ya no me queda ni una pizca. No dice nada, se queda observándome y, segundos después, me estrecha entre sus brazos. Me besa escandalosa e indecentemente. Su lengua recorre cada rincón de mi boca, me lame de forma descontrolada, arrancándome un gemido. Luego se aparta con brusquedad tras dejarme sin respiración. —Yo

tampoco lo soy, señorita Stone, no lo olvide, nunca seré su muñeco. —Se encamina hacia la puerta, pero antes de salir, añade—: Ahora vístase y acabemos con esto de una maldita vez. ¿Con esto? ¿El trabajo? ¿Nuestro trato? ¡¿Qué mierda me hace este hombre que me trastorna de este modo?! Furiosa, cojo el uniforme y empiezo a vestirme. Por más que me miro al espejo, no me reconozco. ¿Cómo voy a salir así? No enseño nada, pero es mucho peor: me insinúo como una fulana. Las medias me cubren las piernas, pero al mismo tiempo me dan un toque muy sexy. El cabello suelto con cofia, y este vestido tan atrevido. ¿Qué estaría pensando cuando acepté? —¿Puedo pasar? —me pregunta una mujer joven y rubia—. Gisele, ¿no es así? La he visto antes. ¿Dónde? —Gisele, sí. Claro, pase. —Soy Brittany, su maquilladora y peluquera. Veo que ya se ha vestido, quítese la cofia y vamos a peinarla bien. ¿Podría sentarse? Es áspera conmigo. —Me suena su cara —digo, sentándome. —Estuve en la fiesta del cumpleaños de Matt. Mi marido Charles y yo somos viejos conocidos de su familia, ya que llevamos mucho tiempo trabajando con él. Somos de Nueva York — añade con desdén—. Creo que usted estaba sirviendo el día que estuvimos en casa de los Campbell. No puede ser. —La recuerdo. Usted estaba con Alicia. —Ella y yo somos amigas, sí, y ahora, por favor, déjeme trabajar. ¡Lo que faltaba! La sesión de fotos no se me da nada mal, aunque, después de diez largas horas allí encerrada, se me hace un poco pesada. Brittany se ha quedado para hacerme retoques de vez en cuando y examinar cada detalle. Su marido, Charles, me va diciendo amablemente en qué postura colocarme. Su presencia me hace sentir cómoda. Denis observa y controla todos los movimientos para que el efecto en cada foto sea diferente. Tan sólo saldrán doce, pero necesitan un buen álbum para escoger. Y después está Matt... Él sí me incomoda; desprende tanta furia y cabreo que me trastorna. Aun así, la experiencia me resulta gratificante y no dudaría en repetirla. —Bien, Gisele, lo ha hecho estupendamente para ser su primera vez —me felicita Charles, encantador. —Gracias, ha sido un placer. Él se vuelve hacia Matt y dice: —Matt, creo que si el reportaje corre tanta prisa, lo mejor será que Denis y tú vengáis conmigo y preparemos las fotos cuanto antes. Me gustaría tenerlas lista para mañana. —Claro, pero de momento no puedo —responde Matt, y me mira amenazador. Oh, oh—. Que Denis os acompañe, yo me reuniré con vosotros algo más tarde. Tengo algunos asuntos pendientes que comentar con la señorita Stone. —Por supuesto —dice Charles y, guiñándome un ojo, añade—: Buen trabajo. Nos quedamos solos. ¿Y ahora qué? —Al fin... —susurra Matt, paseando la vista por mi cuerpo—. Es hora de que usted y yo hablemos, ¿no le parece? —La verdad, sí. A ver si logro entender a qué viene este genio de león enjaulado. Ríe con amargura. Pero su mirada es claramente atrevida. —Gisele... —me advierte, acercándose peligrosamente a mí—. No sé cómo pude acceder a esto, no he podido equivocarme más. Doy un paso atrás y luego otro. —Ha sido una auténtica tortura verla tan atrevida y saber que no lo era sólo para mí. —Las piernas me tiemblan—. ¿Cómo puede parecer tan inocente y sensual a la vez? ¿Tan niña y mujer? Me encargaré de comprar todas y cada una de las revistas, para que ningún hombre la vea. —Está loco —replico temblorosa. —Ya lo creo que sí. Bueno, parece más relajada. ¿Ha pensado en lo que hablamos ayer? Digo que sí con la cabeza, apoyándome en la pared. Me he quedado sin espacio para continuar el juego. —Pero primero quiero saber a qué ha venido todo lo de hoy. La furia, esa frialdad conmigo después de cómo terminamos ayer. Yo al llegar me he mostrado simpática — digo sin vacilar—. ¿Qué le he hecho? Matt se detiene frente a mí y me sujeta con firmeza por la cintura. Me acerca a él haciéndome estremecer. —No he dejado de pensar en usted toda la maldita noche. Una noche

que íbamos a pasar juntos. — Me lame y chupa el labio—. Luego vengo aquí y la encuentro vestida así de provocativa. ¿Cómo cree que me he sentido durante la sesión de fotos? Me he creído morir, Gisele, morir al verla tan sensual y perfecta posando. No lo soporto más y lo abrazo, hundiendo la cara en el hueco de su garganta. Entiendo por qué me tiene tan loca, por qué le pertenezco en cuestión de días. Aunque es brusco y salvaje, también sabe ser tierno y suave. Se aleja un poco para que lo mire. Suspiro. Es tan guapo... —¿Me ha perdonado? — pregunta. —¿Usted qué cree? —Dígamelo. —No vuelva a fallarme —le pido, deslizando los dedos por sus labios—. Empecemos de nuevo. —Estaré a la altura — contesta, rozándome la nariz—. Quiero hacerla mía aquí y ahora, como lo hubiese hecho ayer toda la noche. Desliza una mano por mi cintura y va descendiendo con suavidad, hasta llegar a mis muslos y acercarse a mi sexo. Tiemblo, lo necesito, pero por unos días el disfrute será sólo suyo... Tengo el período. — No... —¿No? —pregunta juguetón, repitiendo la acción y, cuando lo detengo, se le dispara la alarma—. ¿Por qué me rechaza? —Ayer me... —¿A qué está jugando, Gisele? —Furioso, me mira horrorizado, alterado—. ¡¿Qué más quiere de mí?! ¡Le he suplicado y trato de comportarme! —Campbell, no tiene nada que ver con... —Entonces, ¡¿qué es?! — pregunta con amargura—. Odio que me rechace y ahora lo está haciendo, ¿¡por qué!? Su expresión es aterradora... —Estoy con el... —¡Calle! —¡Déjame hablar, joder! Para tranquilizarlo, le pongo una mano en su pecho, pero él rápidamente me la atrapa. Luego también la otra y me las sujeta por encima de la cabeza. Con las rodillas me abre las piernas, dejándome expuesta ante él. —No seas brusco —le advierto fríamente—. Suéltame ya. Pero no me escucha y se roza conmigo, me besa el cuello, gruñe buscando mi calor. —Campbell, no. —De repente consciente de la situación, me suelta y, bajando la vista, me contempla pensativo—. Suéltame, no me apetece seguir aquí. —¿¡A qué viene esto!? —me grita furioso, colocando ambas manos en la pared, encerrándome entre sus brazos—. ¿Qué es lo que le falta? ¿Quiere más dinero? ¿Lujos? ¡¿Es eso?! La rabia sube de lo más profundo de mi ser y, sin pensarlo, le doy una bofetada. —¡Cerdo! —Lloro rabiosa—. ¿Cómo te atreves? ¡¿Cómo?! — escupo con desprecio, sin dar crédito—. ¡Muy pronto te vas a dar cuenta de lo equivocado que estás conmigo y ya será tarde! ¡No querré verte nunca más! Se viene abajo, lo noto en su postura. —Discúlpeme, Gisele — suplica, cogiéndome las manos con desesperación—. Me ha cegado pensar que ya no me desea. ¿Es eso? Gisele, ¿ya no me desea? —¡No me toques! —sollozo con impotencia—. ¡Te acabo de decir que quería seguir con esto, contigo, pero ya no! ¡Nunca me dejas explicarme, te deseo tanto como te odio en estos momentos! —¿¡Por qué me rechaza entonces!? —pregunta frustrado, acunándome la cara entre las manos—. ¿No ve cuánto la deseo? ¿No ve lo que hace conmigo? —Lo que veo es lo que tú estás haciendo conmigo —respondo con tristeza, bebiéndome las lágrimas—. No te conformas con nada, me haces llorar, haces que me duelan tus palabras como jamás pensé que me pudiera suceder. Cuando dejas suelta tu imaginación eres muy dañino. Déjame, me voy a mi casa. —Gisele, por favor, perdóneme. —Lo aparto, su imagen despreciándome me destroza—. No me haga esto, por favor, no me abandone así. Sin mirar atrás, me encierro en la habitación donde está mi ropa. Me dejo caer en el suelo, abrazándome las rodillas y doy rienda suelta al llanto que me provoca este maldito hombre que, sin mi consentimiento, se ha colado en mi corazón. —¡Gisele! Ábrame, por favor —suplica tras la puerta—. ¡Gisele! —No saldré... No hasta que se vaya. Pasan más de tres cuartos de hora hasta que el silencio me llega... Se ha ido. Me visto y salgo corriendo hacia casa de Scott, al que, para mi sorpresa, encuentro tumbado en el

sofá. Atravieso la sala y voy a mi habitación, donde me echo en la cama... La desconfianza de Matt me duele, y aún más que lo pretenda arreglar con un frío encuentro contra la pared. —Pequeña, ¿qué tienes? —Mi hermano se tumba a mi lado y sollozo deseando que todo sea como antes, que Matt Campbell no sea la razón de mi llanto—. ¿Qué mierda te han hecho? —Nada... —Estás llorando, Gis, ¡maldita sea! ¿Un hombre? —No... —Si me entero de quién te ha hecho daño voy a partirle la cara. Gisele Stone, abre la boca de una vez y habla, que me estás sacando de quicio. —Quiero dormir, sólo dormir. Después de blasfemar y maldecir, Scott me consuela y consigue que concilie el sueño, como cuando éramos pequeños.

Lunes, martes, miércoles y hoy jueves 30 de junio, a las seis de la madrugada. Sigo sin saber nada de Matt. Recibí un mensaje a las dos de la madrugada del lunes:

Gisele, no tengo palabras para describir lo arrepentido que estoy por mi comportamiento de hoy. Parto de nuevo hacia Nueva York para entregar yo mismo las fotos. Quiero que sepa que lo hago así, porque si no, no tendré la fuerza necesaria para no buscarla. Piense en todo, por favor... no quiero perderla.

Un mensaje que me hizo llorar más de confusión. Tras estos días sin él, extrañándole, llorándole y amándole sin sentido, hoy me debato de nuevo sobre qué hacer... Un repentino amor me llena, una atracción que me mata. Me planteo si he de irme ya, si debo quedarme. El tiempo avanza y los días se pierden, como lo perderé a él.

Angustiada, me levanto y me visto con el uniforme. Aunque aún quedan dos horas para que la casa se ponga en marcha, me dirijo a la cocina, consciente de que no podré dormir más. Al entrar me sobresalto, la señora Karen está allí, tomándose un café con una bata de seda blanca y parece pensativa. Al verme me sonríe y me hace un gesto para que me siente a su lado.

—Hoy que estamos solas, quisiera... —empiezo. Pero hago una pausa, buscando las palabras —. Perdóneme por traicionar su confianza y haberme saltado las normas... Pero con Matt...

—Gisele, escúcheme. El día que la vimos en el jardín, hablamos de usted. Mi hijo me contó cómo empezó todo y lo arrepentido que está por la forma en la que la trató al principio, el gran error que cometió. —Sorprendida, trago el nudo que se me ha formado en la garganta—. Sé que Matt es muy difícil —continúa ella— y que su carácter es tan cambiante a veces que llega a trastornar, pero es un buen chico.

—Lo sé, es especial.

—Mucho. Antes de irse, me contó que de nuevo habían discutido, lo de Alicia... No quiero a esa joven para él, tanto si el bebé que espera es hijo de Matt como si no. Le pido que guarde el secreto, de momento casi nadie lo sabe, el resto de mis hijos lo desconocen.

—No se preocupe.

Me acaricia la mejilla, es tierna, cariñosa. No puedo creer que me trate así siendo yo su empleada y amante de su hijo.

—Se descontrola, pero con usted se calma como no lo hace con nadie. Tiene miedo de perderla, quizá por obsesión, por afán de posesión. No lo sé... —Se la ve llena de temores, con mirada afligida—. Hacía tiempo que no lo veía sonreír y brillarle tanto los ojos, y sé que la noche de su cumpleaños su sonrisa iba dirigida a usted. No se me pasó ese detalle, conozco a Matt más que a mis propios hijos.

—La primera vez que lo vi fuera de sí, me asustó —confieso sonrojada, admitiendo la realidad—. Se ha vuelto importante para mí... Es como un imán y, aunque quiero alejarme, no

puedo... Ya no.

—Ni yo quiero que lo haga. Matt habla de usted de manera muy diferente a como lo hace de Alicia. —Me sorprenden estas palabras suyas, pero yo no estoy tan convencida como ella de lo que dice. Matt es brusco y salvaje conmigo también—. Gisele, sólo quiero decirle una cosa más y ya la dejo ir.

—Dígame. —Nada es fácil en la vida, todo lo que deseamos cuesta conseguirlo. Un día estás en las nubes de tanta felicidad y al siguiente en el infierno a causa de la tristeza, pero todo merece la pena, porque, después de los días tristes, vendrán otros mejores en los que uno está feliz con lo que ha elegido, aunque tenga sus altibajos.

Bebe un sorbo de café, mira absorta la cocina y continúa: —Tenemos que luchar por lo que amamos, aunque también nos haga daño... —De repente, sonríe con aire despreocupado—. Bueno, parece que hoy no somos las únicas que no podemos dormir... Matt ha llegado hace un rato y como Melissa estaba por aquí, ha ido a servirle. Siento que el corazón se me sale del pecho; Melissa cerca de Matt... ¿Y si ella lo busca y él sucumbe? Pero entonces las respuestas que tanto he buscado estos días pasados, están ahí. Karen me lo acaba de decir: Nada es fácil, pero Matt es buen chico. Claro que sí. Sus cambios de humor forman parte de él, nunca ha pretendido hacerme daño. «¡Él no te quiere!», grita mi asquerosa conciencia, pero la ignoro, no me importa. ¿Voy a perder el tiempo que nos queda de estar juntos, llorando y sufriendo, en vez de disfrutar de su compañía? Discutiendo, gritando, revolcándonos, haciendo el amor, disfrutando... pero siempre con él. ¿Cómo he podido ser tan idiota? —Gracias —le digo a Karen, dándole un beso en la mejilla—. Gracias por todo. —Anda, corre —me alienta—. Nunca es tarde. Temblando, corro por los pasillos de la casa. Si Melissa le toca un pelo, ¡se va a enterar! Al llegar, tomo aire y abro la puerta despacio. Un largo suspiro brota de mis labios y, sonriendo, lo entiendo todo... Melissa no está, seguramente ni siquiera está levantada, pero Karen sabe jugar bien sus cartas. ¿Tanto le gusto para su hijo? Me acerco lentamente a la cama de Matt, que se ha dormido con la ropa puesta, y en su cara una expresión de intranquilidad. Se lo ve tan vulnerable y frágil al dormir... Lo amo, tengo que ayudarlo y tengo la certeza que, de una forma u otra, él me necesita. Me siento en la cama con cuidado y le acaricio la mejilla. Hace una mueca de dolor ante el contacto y yo me derrito de ternura. Sin poderlo evitar, me tumbo a su lado, apoyo la cabeza en la almohada y lo observo. Está inquieto, ¿con pesadillas? —Por favor —suplica en sueños—. Por favor... —Chis —susurro, besándole la frente, el pelo—, tranquilo. De pronto, se incorpora sobresaltado y palidece al verme. Cuánto he extrañado sus ojos verdes. —¿Gisele? —pregunta confuso. Asiento con una sonrisa—. ¿Qué hace aquí? ¿Ocurre algo? Lo tumbo de nuevo en la cama y me apoyo en su pecho. Él no me rechaza. —Sí —susurro temblorosa—. Pasa que llevo varios días sin verlo y lo he echado mucho, muchísimo en falta. No sabe cuánto. —Gisele —gime, abrazándome contra su pecho—. Yo también, maldita sea, yo también... Me aferro a su cuerpo con toda el alma. Reconoce que no ha dejado de pensar en mí. —¿Me perdona, entonces? —Cómo no. —Estamos muy cerca, nuestras bocas casi se rozan—. Todo está olvidado, todo. —¿Por qué me soporta así? Sabe que no lo merezco. Oh, Dios mío... Lo amo. —Cállate —musito, acercándome a sus labios—. Calla. Su boca se abre y me acoge, me reclama con inquietud, con miedo. —Le daré tiempo —prometo, perdida en él—. Le ayudaré, le entenderé. Gemimos, gruñimos. —Gisele, he dormido atormentado cada noche intentando comprender por qué me rechazó. Sigo sin entenderlo. —Estaba con el período, traté de decírselo,

pero se ciega. —Su gemido desesperado se pierde en mi boca—. Ahora estoy aquí... para usted. —Entonces, hágame olvidar —suplica, apoyando su frente en la mía—. Quiero olvidarlo todo. Me aparto y le empiezo a desabrochar los botones de la camisa. Matt vibra ante mi gesto; es tan hermoso... —¿Qué ha hecho estos días? —pregunto, lamiéndole el pecho, depositando besos en su vientre. Se estremece, gime. —Extrañarla más de lo que me habría gustado —confiesa jadeante, acariciándome el pelo—. No quería hacerlo, le juro que no; sin embargo, no podía evitarlo. El pulso se me acelera. Ahora es un hombre tierno y cariñoso, en otro momento volverá a ser frío y distante. ¿Seré capaz de enamorar a alguien así? —Gisele. —Me da la vuelta en la cama, cambiando las posiciones. Le sonrío, mordiéndome el labio, juguetona—. Si sigue así, no podremos ni empezar. Estoy demasiado ansioso. Me desnuda con suavidad y por primera vez lo percibo nervioso. Sus dedos tiemblan mientras me desabrocha la parte superior del vestido, recorriéndome con sensualidad la piel que va dejando al descubierto. Sigue descendiendo por mis piernas y sofoco un gemido estrangulado, sus dedos fluyen por la cara interna de mis muslos. Y cuando me tiene a su merced, me devora con su mirada. Me siento adorada, su tacto quema mi piel. —Es tan hermosa... Su piel es tan suave y blanca. Me arqueo hacia él, que toma mis pechos, los muerde, los saborea de manera exquisita. Juega con mis pezones, los lame. Con extrema delicadeza, sus manos recorren mi cuerpo hasta llegar a mi centro... Roza mi sexo, pasea sus dedos por encima sin llegar a profundizar, apenas una leve caricia que me tortura y, cuando empieza a describir pequeños círculos, creo morir. —Quieta, déjeme disfrutarla. Yo estoy húmeda por sus caricias y hambrienta de su cuerpo. Pero no lo presiono, permito que se deleite. Oigo sus gruñidos, su desesperación, aunque sigue ocupándose de mí. Y cuando entra un dedo, ya no puedo más... Estoy desesperada por sentirlo en mi interior. Me doblo, me curvo, clamando más y le digo: —Por favor... venga. —Ante mi súplica, se desliza entre mis piernas y gemimos, somos puro fuego que estalla al tocarse—. Siga, no se detenga. —Gisele, estoy a punto de entrar en usted. —Me mira a los ojos, preparándose para el asalto—. Si lo hago, quiere decir que será mía hasta que se marche, ¿es lo que quiere? ¿Que si quiero? ¿No ve cómo me tiene? —¿Me dejará que diga que no? —Niega con la cabeza—. No lo dude entonces. Con un gruñido animal, entra en mí hasta llenarme por completo, deslizándose suave, despacio, con su mirada sosteniendo la mía. —Béseme —me pide. Lo rodeo, lo abrazo, estoy soñando—. Gisele. —¿Q-Qué? —Pídamelo. —Profundiza, retrocede—. Pídamelo, Gisele. —¿Lo haría? —Pruébelo. Y, enloquecida, me entrego, alzando las caderas, acogiéndolo dentro de mí. —Béseme, señor Campbell — imploro, sosteniéndole la cara entre las manos. Cuando su boca se une a la mía, grito, me retuerzo satisfecha al sentirlo por completo. Las prolongadas embestidas van en aumento y entonces me doy cuenta. Esto no es sólo sexo; Matt Campbell me está haciendo el amor por primera vez y quiero disfrutarlo hasta no poder moverme... Es mágico, es sublime... estoy en una nube. —Gisele, más, más. Me contraigo, atrapándolo y él se vuelve loco. Gruñe y con estocadas demoledoramente suaves, nuestros cuerpos se unen una y otra vez. No es un choque brutal, sino un balanceo lleno de paciencia, con sus labios en los míos. Absorbiendo los gemidos de placer el uno en la boca del otro, reconociéndonos en la complicidad hasta marearnos, indagando, ofreciéndolo todo en esta intimidad que hoy, por primera vez, es plena. —Más rápido... —imploro, lamiendo el contorno de sus labios—. Le he echado tanto en falta... —Y yo a usted. Las embestidas se hacen más profundas e insistentes. Finalmente, tiemblo al sentirme embargada por la inminencia del placer, segundos antes de entregarme al increíble

orgasmo. Gruñimos, vibramos y nos convulsionamos, mientras nos aferramos al otro, besándonos hasta llegar a la culminación, estallando hasta perder la conciencia, juntos, conectados. Con suavidad, se deja caer sobre mí y entierra su cara en la base de mi garganta. Su dulce aliento me hace cosquillas y una tonta sonrisa se dibuja en mis labios. Es la primera vez que me entrego a él después de saber que lo amo, es la primera vez que me besa. —¿Está bien? —pregunta jadeante. —Sí. —Lo siento —murmura—, pero es una agonía saber que se va a ir. No me abandone aún. «Me quedaré hasta que me pidas que nunca me vaya.» —Hoy me ha besado mientras... —Él me mira esperando que termine la frase que se atasca en mi garganta—. ¿Qué significa para usted besar mientras tiene sexo? —Que no es sólo sexo. —¿Y qué es entonces? —Usted se ha convertido para mí en alguien especial —me dice, dibujando mis labios con el índice—: No es sólo sexo. —¿Me abraza? Rueda de espaldas y me estrecha contra su pecho. Me siento feliz, plena, satisfecha y llena de esperanzas. Quizá me he jugado el todo por el todo, pero lo que siento por él me anima a rendirme a este amor tan fuerte e intenso que abrigo en mi corazón. —Le he traído el dinero del reportaje —dice suspirando y mirándome de nuevo. Después del momento íntimo compartido, lo veo aún más guapo—. Le han pagado muy bien. Creo que ha llegado la hora de hablar y admitir parte de mis sentimientos. De demostrarle mi desinterés por su riqueza. —Quiero darle algo, lo dejé en su habitación el día de su marcha. —Matt me mira extrañado al ver que me levanto y abro un cajón. Cojo el sobre y me tumbo a su lado sonriendo con picardía—. Tome. —¿Qué es? —pregunta con recelo. —Ábralo. No tiene paciencia y lo rompe. Su mirada vuela, buscándome al ver el cheque y el dinero que me dio días atrás. —¿Por qué me lo devuelve? —pregunta con cautela—. ¿Qué quiere decir esto? Orgullosa, le sujeto la cara entre las manos y sonrío, consciente de que su preocupación es porque cree que estoy terminando con el pacto. —Señor Campbell, yo no quiero su dinero. —Se alarma, rodeándome con fuerza por la cintura, no permitiéndome escapar—. Yo me acuesto con usted porque me gusta, no porque me pague para ello.

12 La no cita

ME escruta sin articular palabra, alzando una ceja. Lo veo desorientado, intentando desentrañar mis pensamientos. Cariñosa, le acaricio la mejilla, y noto un ligero movimiento en su pecho.

—¿Qué quiere decir? ¿No desea que le pague? —Eso he dicho. —¿Por qué? ¿Porque le gusta tener sexo conmigo o porque le gusto yo?

Me echo hacia atrás, desnuda, mirándolo juguetona. —La verdad es que tener sexo con usted es un placer —ronroneo—. Pero no podría hacerlo si usted no me gustara, por supuesto. Y me encanta, mucho. —¿Desde cuándo? —Aclare la pregunta, desde cuándo ¿qué? —Le encanto —dice y luego añade—: Mucho. Resoplo. —Desde el primer día que lo vi. Incluso prepotente, borde, salvaje... Y los días van pasando y usted se va mostrando... bueno, se ha convertido en parte de mi día a día; si no está, lo extraño, estoy decaída, no hay diversión. Permanezco en silencio, sin preguntarle qué piensa. Parece tan ensimismado. No puedo ser más clara... O sí, pero no estoy preparada para ello y quizá él tampoco para escucharlo. —¿Por qué se queda callado? —¿Por qué aceptó el trato del dinero? Me cubro con la sábana cuando me mira con deseo y respondo: —Sabe que me gusta picarlo. Sobre todo, después de la forma en que usted se comporta a veces. — Me siento sobre los talones y prosigo—: El primer día, entró en mi habitación prácticamente exigiéndome... Yo supe que de una forma u otra íbamos a terminar como lo hicimos, pero quería demostrarle que yo no iba a ser una mujer sumisa a la que pudiera manejar a su antojo. Y me propuse pagarle con su propia moneda. —Gisele, no le he dicho cuánto lo siento, no sé qué me pasó con usted desde el primer momento. —¿No lo sabe o no me lo quiere contar? —Pensará que estoy loco. Sus palabras me hacen reír. —Ya lo pienso —le susurro al oído, lamiéndole la oreja—. Cuéntemelo. Me acomoda contra él, apoyando la cabeza en mi hombro mientras yo juego con su cabello. Me encanta estar así con él. —El día no podía haber sido peor, Sam, Alicia... No eran celos, era rabia por la traición, confiaba en ambos. Y entonces me encontré ante una criatura de ojos grises tan transparentes que me encendieron, descontrolándome. No puedo creer que me esté contando esto, me hago gelatina entre sus brazos. Quiero llorar de emoción. Y yo que creía que reaccionaba así con todas... —Además, usted me desafiaba, me ponía a prueba y me alteraba como nadie. La quería tocar, probar y por primera vez en los tres años que llevaba con Alicia, no me importaba serle infiel, aunque en teoría ya no estábamos juntos. Quería engañarla con la descarada que apareció en mi despacho excitándome... Sentí que usted era mía, eso era lo único que pensaba, igual que el día que Thomas la abrazó. —Al pensarlo, se enfurece, incluso me suelta, apartándose un poco de mí—. Y lo es, recuérdelo, lo

ha prometido, Gisele. Sus cambios y la palabra «mía», que aunque no sé si es positiva, me halaga... —No lo olvido. Me acurruco en la cama, atrayéndolo hacia mí. Nos miramos sin tocarnos, tumbados de lado, de cara al otro. Su pecho sube y baja, su respiración es agitada. —¿Qué pasa? —pregunto, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Qué es lo que lo tiene tan lejos de aquí? —Nada —contesta con sequedad—. ¿Qué hace esta noche? —¿Me está pidiendo una cita, señor Campbell? —No lo creo —responde divertido—. Pero hoy me gustaría salir y quiero hacerlo con usted. De acuerdo, entraré en su juego de orgullo. —Bien, entonces podríamos tener una no cita. ¿Qué le parece? —Podría ser —murmura bostezando—. No cita, suena... bien. Con los nudillos, acaricia la zona entre mis pechos y suspira. —Es usted insaciable, señor Campbell. Siempre quiere más. —Sólo con usted, Gisele. Sabe hacer que yo la desee aun habiendo terminado de tener sexo, de probarla como lo hago. Me fascina. Me arrimo de nuevo a él. Hoy está raro, se confiesa, me cuenta, me pide disculpas. Mientras, yo reprimo las ganas que tengo de decirle que sabré darle lo que necesita, que no se asuste y me permita hacerle sentir algo más que deseo o un cariño pasajero. —Me tengo que ir —murmuro, besándole el pecho—. Se me hará tarde. —Quédese un poco más, duerma conmigo aunque sea media hora. —Hoy usted está muy raro. Me abraza con fuerza, su corazón late acelerado. —Lo sé y no haga preguntas. ¿A qué hora la recojo esta noche? —No creo que sea prudente, alguien nos puede ver. —Usted elija el sitio — responde—. No me contradiga. Suspirando, me incorporo y apoyo la barbilla en su pecho. —Pero invitaré yo —digo parpadeando—. Quiero compartir el dinero del reportaje con usted. —Yo tengo más que suficiente. Guarde eso para sus estudios. Por cierto, ¿sabe cuánto ha ganado? —Pues no, ni idea. Aún no sé cómo acepté posar, pero debo reconocer que me gustó. —Se agarrota, niega con la cabeza—. Fue mejor de lo que esperaba, y deje de poner esas caras o explíqueme el porqué de sus muecas. Me irrita no saber qué mierda piensa. —Me alegro de que le gustara, pero no creo que tenga más oportunidades como ésa... Le han pagado dos mil euros. ¿Le parece bien? —Está bromeando, ¿verdad? —No, nunca bromeo con los negocios. —¿Dos mil euros? ¡Eso es una locura por doce fotografías! —Así es este mundo, señorita Stone. —¿Y no le gusta? —pregunto, al verlo tan compungido—. No lo veo animado cuando habla de ello. —Tema zanjado. Contemplo el techo de la habitación, decidida a evitar una de nuestras tontas discusiones, aceptando su repentino cambio de humor. —Desde luego, desde que lo conocí, mi vida es una locura — digo reflexiva. —La mía también. Medito contemplándolo. —Tengo que irme. —Salgo de la cama envuelta en la sábana y busco mi ropa para empezar a vestirme, bajo su atenta y encendida mirada—. Luego nos mandamos un mensaje o si le sirvo algo en el despacho... y acordamos la no cita. —Qué descarada es. — Queriendo hacerlo reír, muevo las caderas, le bailo en medio de la habitación y termina esbozando una sonrisa—. Mejor salga antes de que vuelva a meterla de nuevo en la cama, y esta vez no seré suave. Nunca me quedo saciado de usted. —¿No lo dejo satisfecho? — pregunto burlona, gateando en su busca—. Me rompes el corazón, Campbell. —He dicho saciado, satisfecho siempre. —Y en cuestión de segundos me tiene encima de su cuerpo, dándole un apasionado beso. —Entonces, nos sucede lo mismo, señor Campbell. —Me sonrojo al separarme de su miembro erecto—. Lo veré luego y no se toque solo, más tarde lo solucionaremos. —Esas palabras merecen un buen castigo, espéreme con ansia. —Siempre lo hago. —Me paro en la puerta—. Ha sido un placer verlo despertarse.

La mañana empieza tranquila, tras llegar de la compra, me encuentro con mi amiga Noa y, por enésima vez, su mirada recae sobre mí. Me pone muy nerviosa su curiosidad y estallo.

—Noa, ¿qué miras? —Saco los alimentos y los voy guardando—. Esta mañana me tienes harta.

—Gis, sólo quiero entender por qué no confías en mí. Siempre lo has hecho, desde que nos conocemos.

—Noa, confío... pero creo que tengo derecho a tener intimidad — contesto cansada—. Ya sabes, algo que es sólo mío.

—Pues yo no estoy tranquila, en tu dormitorio vi un golpe en el armario, a veces desapareces, lloras como nunca antes lo has hecho y, la verdad, tengo la certeza de que se trata de Matt. —Nos cruzamos y yo la esquivo—. Pero dudo si todo eso es sólo porque te gusta, o que habéis tenido algo y te está haciendo daño.

Una y otra.

—A ver, ¿llorar dices? ¿Qué sabes tú? Noa se encoge de hombros, se la ve feliz. —Me temo que mucho. Tu hermano me ha llamado y estaba más que indignado al contarme lo que te pasó. Me ha pedido ayuda para descubrir quién es el hombre que te está haciendo daño. Oh, oh. —Parecéis espías, ¡qué pesados! Sí, es cierto que estoy saliendo con alguien y que he tenido algunos problemas, eso es todo — miento con naturalidad—. En cuanto a Matt, es guapo sí, y por eso Melissa puede haber contado el chisme, pero nada más. —Acabo de saber que su novia está embarazada. —Punzada de dolor—. No me gustaría saber que te estás metiendo en una familia. Joder, joder. —Noa, confía en mí. —No puedo evitar que me tiemble la voz—. Todo va bien. —Háblame entonces de ese misterioso chico. ¿Cómo se llama? —Es Thomas —suelto sin pensar—. Es él, ¿contenta? Mi mentira se enfrenta a su decepción, cosa que, una vez más, no entiendo. —¿Por qué él, Gis? Me lo has negado tantas veces... Scott no se lo tomará nada bien. —Ha sucedido así, eso es todo; además, no es nada serio. Y a Scott ni una palabra, ¡ni una sola! —Vale, pero no vuelvas a ocultarme nada. —Bueno, voy con la colada... mejor hablamos luego. Durante el resto del día me pierdo por la casa, dedicada a mis tareas. Para mi tristeza, de Matt no sé nada. No está en su despacho ni en la habitación. ¿Con Alicia? ¡No! Él me lo ha prometido. No debo pensar en ella, no son una familia... Esa mujer no tiene idea de quién la dejó embarazada, no merece ningún respeto. Y Matt ha hecho un gran esfuerzo para mantenerme a su lado, ¿por necesidad, compañía, sexo, soledad? No importan los motivos, poco a poco me digo. ¿Obsesión, arrastrado por su afán de posesión? ¡Deja de pensar! A las siete de la tarde recibo un mensaje suyo. las 19.00.

Gisele, la espero a las diez en el garaje. Contesto emocionada. Mensaje de Gisele a Matt. A las 19.01. Como quiera, señor Campbell. Usted manda, yo obedezco.

Sonrío sola ante mi forma de provocarlo, aún recuerdo aquel primer día, que hoy parece tan lejano, cuando le solté aquella misma frase y me dijo que iba a hacerme suya sobre la mesa del despacho. ¡Está loco!

El móvil vuelve a sonar. Mensaje de Matt a Gisele. A las 19.03. No me provoque. Mensaje de Gisele a Matt. A las 19.03. ¿O qué? Lo sabrá en poco tiempo. Mensaje de Gisele a Matt. A las 19.04. ¿En la no cita? Mensaje de Matt a Gisele. A las 19.04. Ahí mismo. Lo espero entonces.

Me maravillo ante lo juguetón que es a veces. Entro en la cocina con el móvil en la mano.

Oigo resoplar y levanto la vista... Melissa. —¿Qué miras? —Gisele, te estás riendo sola. —Sola no, me río con mi chico y, por cierto, de eso quería hablar contigo. —Me encaro con ella—.

Melissa, por tu bien espero que dejes de hablar de mí y de meterle cosas en la cabeza a mi amiga. De lo contrario, vas a saber quién soy yo realmente. —Deja tú de malmeter entre Scott y yo. Ya no me llama y tú eres la causa. Pero ¿de qué va? —¿En serio crees eso? Tal vez haya otra que le caliente la cama mejor que tú. —Me mira con odio—. Melissa, los chicos te quieren para el sexo, para casarse buscan a otra. —Eres una estúpida. —No más que tú, querida. Cuando salgo, acabando con esa guerra absurda, choco con Noa. —¿Adónde vas? —pregunta. —Voy a ver a Roxanne, por si necesita que la ayude en algo después de la cena. Hoy voy a salir. —Ella no cenará aquí, me lo acaba de decir la señora Karen. Así que puedes estar tranquila por esa parte. —¿Una cita la Barbie?—. Tampoco cenarán Matt, ni Eric. Sólo los señores y quieren hacerlo a las ocho. —Mejor, así me puedo preparar más tranquila y llamar a Scott, él también sale esta noche — recalco, riéndome de Melissa—, pero no sé con quién. —Maldita —masculla la chica. —¿Sales con Thomas? —Sí... Venga, preparemos las cosas para servir la cena. A las nueve y media ya estoy sentada, esperando, y viendo el tiempo pasar. Me he puesto un vestido azul, no muy largo pero tampoco muy corto, con un seductor escote para sorprenderlo. El cabello liso y suelto y unos zapatos de tacón blancos, como la torerita. ¿Le gustaré? Con él las cosas son tan difíciles... A las diez menos cuarto, decido bajar. Ya no aguanto más y pienso que voy a esperarlo allí. Pero al parecer no sólo yo estoy ansiosa, pues veo a Matt Campbell apoyado en su pedazo de Ferrari. Me tiemblan las piernas. Está guapísimo, con un pantalón negro y camisa blanca con corbata. Lleva el cabello con un poco de gomina aunque algo despeinado. Me deja sin aliento. Al sentir mi presencia, levanta la mirada, examinándome de arriba abajo y, cuando termina, tiende la mano hacia mí. Sin vacilar, yo entrelazo mis dedos con los suyos. —Está preciosa. Oh, Dios, ¿por qué es tan seductor? —A usted tampoco se lo ve nada mal. —¿Vamos? —digo y, cogiéndome de la mano, Matt rodea el coche y me abre la puerta, como un caballero. ¡Vaya! ¿Cuántas facetas tiene este hombre?—. Cuidado. —Gracias —susurro con timidez. —¿Se ha sonrojado, señorita Stone? —pregunta burlón—. No puedo creerlo. Lo niego riéndome. Qué raro está. ¿Cuándo le dará por sacar otra de sus personalidades? Espero que hoy no. —¿Adónde vamos? —A mí me gustaría ir al bar restaurante que hay cerca de la casa de mi hermano Scott —respondo—. Se llama The White Cat, es sencillo, pero se come y bebe muy bien. Hay mucha variedad... —Voy bajando la voz, insegura—. Es mi lugar preferido para una cena o para tomar una copa... ¿Le... le gustaría o es poca cosa para usted? —En absoluto, oriénteme pues. —Está a dos manzanas de la casa de él. Su silencio, que ya conozco, me hace sentir inquieta y reflexiva. ¿De qué vamos a hablar durante la cena? ¿Cómo nos vamos a comportar el uno con el otro? A veces tengo miedo de mostrarme más entregada a él sentimentalmente. ¿Y si lo asusto? ¿Y si se percata de la profundidad de mis sentimientos y me deja? Quisiera hacerle tantas preguntas... Todavía sin hablar, llegamos a The White Cat. Al ser día de entre semana no hay mucho movimiento y eso me gusta. Necesito intimidad para tocar algunos temas serios. Una vez más tan caballeroso, me ayuda a bajar del coche y, con delicadeza, me coge la mano. —Le he traído algo. —Abre la puerta trasera y saca una pequeña bolsita—. Es sólo un pequeño detalle para una no cita. Sonriéndole con complicidad, saco su regalito de la bolsa: es una caja de bombones, todos ellos con forma de corazón. ¡Me muero! El detalle es de lo más romántico. —Gracias —digo con un hilo de voz. Sus labios se curvan en una sonrisa y, sin poder reprimir lo que siento, me acerco y lo beso. Al momento, sus manos me sujetan de la cintura apretándome contra él, que también me besa. Sus labios se mueven al ritmo de los míos, disfrutando ambos del sabor del otro. Hoy

hay magia; el beso es especial y diferente a los que tantas veces nos hemos dado. Me estremezco en sus brazos, quiero más, mucho más. —¿Tanto le han gustado los bombones? —Suspira divertido, apartándose de mí con deleite. —Tanto me gustas tú. —Gisele, quiero pasar una velada tranquila. Le golpeo el pecho, divertida, paseando mi boca por su incipiente barba. —¿Y he dicho algo para que no lo sea? —Deje de provocarme. Me deja sin aliento. ¡Él y sus múltiples personalidades me van a volver loca! Pero adoro cada una de ellas. —Hoy está muy raro —comento, jugando con su corbata—. No sé qué esperar. —Usted también está diferente —replica y, repentinamente, me abraza contra su pecho—. Gisele, quiero que sea una noche especial para usted, le debo tantas disculpas... —No quiero hablar de ello. —Yo... —Se calla y me besa la frente. Me estremezco ante el gesto—. Esta mañana ha sido el mejor despertar que he tenido en mucho tiempo. —¿Por qué...? —La he necesitado mucho estos días... Sé que me comporté como un idiota. No entiendo cómo lo hago, pero siempre termino haciéndole daño aunque no sea ésa mi voluntad. —Lo sé. —Me noto un nudo en la garganta—. Ya está olvidado. La intensidad vuelve a brillar en sus ojos. Me mira con franqueza, veo su sinceridad. ¿Su máscara va cediendo? —No tiene ni idea de lo que he sentido al saber que no quiere mi dinero. No quiero perder un solo segundo más del tiempo que nos queda hasta que se marche. —Yo tampoco —musito temblorosa. —Quiero que pasemos toda la noche juntos. Una noche me sabe a poco, a nada. —Yo quiero un poco más... —Más ¿qué? Espera mi respuesta. Yo tomo aire, sin soltarle las manos. —Más noches... Me mira fijamente. —Todas las que usted quiera —sentencia con un beso. Y me vuelve a dejar confusa y desconcertada. ¿Me habla del tiempo que nos queda o empieza a desear tanto como yo? «Paciencia, Gisele, sin presiones.» —¿Entramos? —pregunto. —Será lo mejor o terminará abierta de piernas encima del coche y yo arrancándole el vestido y embistiéndola. —Cenemos al menos — bromeo, riendo a carcajadas. Sin pedirme permiso, entrelaza sus dedos con los míos y, como si fuésemos una pareja, caminamos hacia el bar restaurante. Cuando entramos, Paco, el dueño, me reconoce y me saluda de lejos. —Siéntese donde quiera, voy a pedir la carta del menú —le digo a Matt. Aunque no le gusta mi propuesta, se dirige al fondo, a la mesa más apartada e íntima que hay. En otro tiempo, Emma, Thomas y yo pasamos muy buenos ratos aquí. Los echo de menos. —Hola, Paco. Vamos a cenar aquí, ¿me pasas la carta? —Claro que sí, un segundo. Mientras espero, vuelvo la cara hacia Matt y lo saludo con la mano. Mi recompensa es una sonrisa suya que me desarma. —¿Gis? —Al mirar de nuevo hacia la barra, no veo a Paco, sino a Edu—. ¡Vaya! Cuánto tiempo sin verte, estás guapísima. —Gracias, ¿a ti cómo te va? Un instante después, siento que me rodean por la cintura y no me hace faltar mirar para saber quién es. Su gesto dominador lo delata. —Matt, él es Edu, un amigo. —La mandíbula de Matt tiembla, mientras controla sus nervios—. Edu, él es Matt, mi... ¿Cómo lo presento? —Novio —dice él, terminando la frase y provocándome escalofríos—. Un placer, Edu. Ambos se saludan cordialmente, mientras el mundo desaparece de mi alrededor. «Novio...» Y cuando me pasa un brazo por los hombros, entiendo que está marcando el territorio. ¡Está celoso! —Bien, aquí tenéis el menú, enseguida os tomo nota —contesta Edu, pero ni Matt ni yo prestamos atención cuando se va. —¿Qué ha sido eso? — pregunto desconcertada. —Se la comía con la mirada y usted es m-í-a. Sin decir nada más, me lleva con él de vuelta a la mesa. —Siéntese a mi lado —dice, cuando voy a sentarme frente a él. —¿A qué viene este cambio? —A nada. —No se atreva a joderme la noche —le advierto, con el dedo en alto—. Quiero preguntarle una cosa. —¿De qué se trata? —Yo le he dicho lo mucho que usted me gusta y quisiera saber por qué se

comporta así cuando está conmigo. —Se tensa—. Por favor, para mí la respuesta es importante. —Sabe que me encanta — reconoce sin reparo. —¿Mmm, lo sé? —pregunto sorprendida. — Debería —afirma tajante—. También sabe que me vuelve loco. —¿Mmm, lo hago? —pregunto temblorosa. Estoy al borde de las lágrimas, sin saber si seguir profundizando. —Gisele, ¿quiere dejar de jugar? —Usted me confunde... —le espeto a la defensiva—. Es tan posesivo. —Sólo con lo que es mío y usted, si no me equivoco, lo es hasta que se marche, ¿verdad? —¿Qué soy para usted? — inquiero repentinamente, arrepintiéndome al segundo, aunque ya no retrocedo—. ¿Un capricho? Suspira algo agobiado y, poniéndome un dedo en el mentón para que lo mire, me contesta: —Se ha vuelto una obsesión. Me levanto y ahí está usted, presente en mi cabeza, cuando me acuesto es lo último que veo antes de cerrar los ojos... Si es que duermo. El corazón se me dispara y me estremezco de manera indisimulable... «Obsesión...» No sé si eso es demasiado bueno. —¿Tiene frío? —pregunta al verme. —No. —Gisele, ¿qué pasa? — inquiere preocupado. —Nada. —Gisele... —advierte en tono cansino. —Es por usted —musito, mirándolo a los ojos; él está turbado—. No sé cómo tomar las cosas que me dice... No sé cómo encajar su comportamiento. —¿Qué quiere saber? Vaya al grano, ¿qué le preocupa? —¿Qué pasará cuando me vaya? —susurro con un hilo de voz—. ¿Ya nunca más voy a saber de usted, aunque vuelva a Málaga? Se pellizca la nariz, pensativo. —Quiero hacer un nuevo trato con usted —dice—. Quiero que disfrutemos este tiempo sin mirar hacia el futuro y el día de su partida, reflexionaremos sobre lo que hemos vivido. ¿Le parece bien? —¿Por qué? —Porque para entonces, los dos tendremos claro lo que queremos decir o no. ¿Será posible que él esté sintiendo algo por mí? ¿Que necesite este tiempo para aclarar sus sentimientos? ¿O es una forma de tenerme ahora segura y luego poder olvidarse con facilidad de nuestra extraña aunque intensa relación? —Está bien... En ese momento, llega Edu y nos muestra el menú. Sus ojos me contemplan con admiración, haciéndome sentir incómoda. —Cariño, ¿qué quieres comer? —me pregunta Matt, meloso, acariciándome la mejilla. Me confunde su nuevo ataque de celos por la mera presencia de un hombre que me mira—. Yo, la verdad no tengo mucha hambre, no al menos de esto. Tomaré una ensalada de pollo. Me derrito ante sus palabras: «No al menos de esto...» ¿Me está diciendo delante de Edu que tiene ganas de mí? ¡Loco! —Yo tampoco tengo mucha hambre —contesto coqueta—. Tomaré algo ligero. Edu, una ensalada también para mí y, por favor, dile a Paco que saque ese vino tan bueno que tiene. Cuando Edu se marcha, veo que Matt tiene los puños cerrados y sus ojos llamean de frustración. —Señor Campbell... —Gisele, quiero golpearlo. —Por favor, no estropee la noche. Estoy muy cómoda, no lo haga... Le acaricio las manos. Sus puños se van abriendo gradualmente. Me reconforta saber que sé tranquilizarlo. —¿Mejor? —pregunto. —Sí. —A ver, cuénteme, qué le ha parecido el reportaje el empresario que lo encargó. Mi idea de distraerlo no ha sido buena, los músculos se le agarrotan y me mira con dureza. —Le han encantado el reportaje y usted... —¿¡Yo!?—. La revista saldrá a la venta el próximo miércoles. —Gracias por la información... Y lo intento con un nuevo tema, que él acoge con entusiasmo, por fin relajado. —¿Qué tal con Denis? —Muy bien, creo que podemos retomar la amistad. Incluso estuvo conmigo cuando hablé con el cerdo de Sam, que aún sigue en Nueva York. —¿Puedo saber qué le dijo? —Que no quiero saber nada más de él. No puedo creer que fuese tan estúpido como para llevármelo conmigo, otorgándole una confianza que no merece... —Los humanos nos equivocamos, pero está a tiempo de reparar el error y me alegro de la decisión que ha tomado. Cuénteme más. —También le dije que Alicia está embarazada... Que tal

vez él podría ser el padre, ya que la muy... se tiró a los dos —responde furioso—. Dijo que hasta que no sepa si él es el padre, no se hará cargo de nada. Que Alicia es toda mía y que me arrepentiré de alejarlo de mi vida y de mis negocios. —Amenazas absurdas... ¿Ha vuelto a hablar con ella? — pregunto angustiada—. Hoy no le he visto en su casa... No ha aparecido en todo el día. —No, Gisele. No he vuelto a hablar con ella, aunque me ha estado llamando toda la tarde. Estoy cansado del tema y de Alicia. He estado en la empresa la mayor parte del tiempo, excepto cuando he ido por sus bombones. Sonríe al decir la última frase. —Un hermoso detalle. —Me sonrojo y me muerdo el labio, nerviosa. —Venga aquí —me dice, estrechándome entre sus brazos. Yo lo rodeo por la cintura, sonriendo como una boba. Él no sabe el efecto que produce en mí—. Hoy se ha sonrojado dos veces, no puedo creerlo. —Yo tampoco puedo creer que esté tan controlado —susurro sobre su pecho—. Hoy todo es diferente. —Entonces, disfrutemos mientras dure. —Me encanta verlo sonreír. —Mi piropo no le gusta y se muestra serio y pensativo—. ¿Ahora qué? —¿Por qué no ha vuelto a estar con ningún hombre después de aquél? —Lo miro horrorizada. ¿A qué viene esto?—. Es importante. —N-No lo sé... Supongo que esperaba al adecuado... —¿Y yo lo soy? —pregunta con sarcasmo. —Por supuesto que no — contesto burlona—. Adecuado no... Pero sí uno que sabe encenderme y hacerme desear como tantas veces anhelé. No puedo negar que esperaba un hombre que en cierta forma me dominara, que con una mirada me hiciera perder la cabeza por las ganas de entregarme al placer sin frustración. —¿Y? ¿Qué conclusión saca? —Que no me arrepiento de nada. Aunque usted a veces es complicado, admito que cumple la mayoría de los requisitos... Me humedezco aun sin que me haya tocado. Una sonrisa torcida ilumina su perfecto rostro, luego se inclina para rozar mis labios. —Yo también—confiesa, lamiendo mi boca. Posa una mano en mi muslo, avanzando hacia la cara interna del mismo. —¿Q-Qué hace? —Sonríe pícaro—. No-o, aquí n-no. —Muy pronto voy a probarla, saborearla —susurra con voz seductora en mi oído, lamiéndome la oreja—. Me muero por hacerlo, porque se corra en mi boca. Cierro los ojos, calentándome con la imagen; incluso podría tener un orgasmo ahora mismo si me roza. Hace que me pierda, que le desee y le entregue todo lo que pida. —Cállese. —Me enfrento a él y le aparto la mano de mi muslo—. Es usted un pervertido. —No soy el único, sus ojos están suplicando que lo haga. —Usted tiene la culpa, es incorregible. —Ya somos dos. —¿Puedo tutearlo? —No. Al momento aparece Paco para servirnos la comida y yo suspiro aliviada... Edu se ha dado cuenta de las miradas asesinas de Matt. La cena es tranquila, con una conversación entretenida y agradable sobre detalles de su empresa. Por supuesto, al principio se muestra reticente a hablarme de su vida, pero yo insisto hasta irle sacando las palabras. Apenas come, a veces se queda ensimismado. Ríe o se pone serio en cuestión de segundos. Yo lo sigo en sus distintos comportamientos, sin saber qué hacer cuando se aleja o va y viene. Tras pagar la cuenta, volvemos a casa, con una música muy agradable y relajante en el coche, *Entrégate* de Luis Miguel, pero de pronto me doy cuenta de que éste no es el camino de vuelta. —¿Adónde vamos? — pregunto extrañada. No responde, pero aparca en un lugar oscuro y desierto, no muy lejos de la playa. —Desnúdese y túmbese en el asiento trasero —ordena. —¿Aquí? Está loco. —Desde luego que sí, ya no aguanto un segundo más. Señorita Stone, está tremendamente excitante esta noche. Un jadeo involuntario brota de mis labios. ¡Descarado! Pero obedezco muy caliente. —Buena chica. Nuestro desenfreno es excitante, morboso, tan pronto está uno arriba como abajo... Me enardece cuando me da órdenes muy serio, me cabalga o arremete entre mis piernas sin ofrecerme tregua... Al

terminar no podemos estar más agotados. —Dios, Gisele, nunca deja de sorprenderme. —Usted tampoco, señor Campbell. —Nos besamos satisfechos—. ¿Vamos? —Está preciosa sonrojada de nuevo. —Ha sido una noche perfecta —susurro, apoyando mi frente contra la suya—. Gracias. —Soy yo quien debo darle las gracias. Por lo especial que me hace sentir. Con un nudo de emoción en la garganta, me abrazo a él con fuerza, enterrando la cara en su garganta y, en silencio, le digo: «Te amo». Al llegar a casa, me arrastra a su habitación, donde vuelve a tomarme con la intensidad de un huracán, con una voracidad que me sobrepasa... Y luego me quedo dormida en sus brazos, en su cama y sobre su corazón. De madrugada, percibo que se desvela, ¿o no ha dormido? Palpa la cama, buscándome en la oscuridad. Yo estoy boca abajo y me acaricia la curva de la espalda desnuda; reprimo un gemido... Me emociona pensar que me acaricia mientras me cree dormida. —No se aleje —murmura, deleitándose con mi cabello. Me pasa un brazo por la cintura y entierra su rostro en mi pelo, mientras yo me aferro a la almohada, emocionada y suspirando por sus palabras... Duermo hasta la mañana siguiente, cuando espero despertarme con la misma magia de la noche... Pero no es así, al hacerse de día, veo que estoy sola, y me sobresalto al encontrarme cara a cara con Roxanne, que me contempla con expresión de alarma al verme desnuda en la cama de su hermano. —¡Fuera de aquí! ¡Perra y mil veces perra!

13 Una fiesta de mierda

CIERRA la puerta con un estruendoso golpe. Yo me cubro con la sábana y me siento morir. Tengo que estar soñando. Pero no, Roxanne Campbell me mira y gesticula despectiva.

—¿Qué le has hecho a mi hermano? —pregunta alterada—. ¡¿Qué?!

—¿De qué habla? ¿Dónde está

Matt? —Ahora te tapas, ¿verdad? — pregunta irónicamente—. Te revuelcas con Matt en su cama, ¡en mi casa! Pero ahora te avergüenzas. ¿No entiendes lo que es el respeto? Esta superficial viene a darme clases de moralidad. —No voy a discutir... Debido a mi trabajo, no me puedo dirigir a usted como me gustaría. —¡Hazlo! ¡No te cortes! — grita ella y yo aprieto las sábanas con impotencia—. ¡La vergüenza la has perdido al acostarte con un hombre que no te corresponde! Me importa una mierda si estoy desnuda y ella está gritando hasta desgañitarse, no me pienso dejar pisotear, de modo que me incorporo y saco mi genio. —Él sabe lo que hace. Usted no tiene derecho a echarme de aquí, ¡de su vida! —¿¡De qué hablas!? —Se acerca y me zarandea cogiéndome salvajemente por el brazo, haciéndome daño—. ¿De qué vida hablas? ¡Tú no pintas nada en ella! La aparto de un empujón y me pongo el vestido de la noche anterior bajo su repulsiva mirada. —No me ignores —dice histérica—. Recoge tus cosas y vete de mi casa, ¡ahora! —Hable con su madre y pídale que me eche. Mientras, permaneceré en esta casa, porque trabajo para ustedes. Mi relación con Matt no es problema suyo. —¿¡Cómo te atreves!? —grita y viene hacia mí con la mano en alto, a punto de golpearme. Yo se la atrapo, impidiendo el golpe —. ¡Suéltame! —No lo intentes —le advierto. Parece recapacitar y se aparta, mascullando palabras sin sentido. Camina arriba y abajo por la habitación, mirando de vez en cuando hacia la cama donde me ha pillado desnuda. —¡Tú sólo quieres su dinero! Cree que soy como otras. —Él sabe que no es así, ¡se lo he demostrado! —¿Qué le has hecho, maldita, qué? —susurra horrorizada—. Lo he visto en su mirada, ¡lo he visto! —¿De qué hablas? —pregunto confusa—. ¿Qué estás diciendo? —La mera idea duele, ¡maldita perra! Matt va a dejar a una mujer que lo adora, que espera un hijo suyo, ¡y el porqué es repugnante! Está defendiendo a la mujer que engaña a su hermano con otro, que quiere su dinero. Pero le di mi palabra a Karen Campbell y no romperé mi promesa. —Hablaré con mi madre, esto no va a quedar así. Tendrás que marcharte cuanto antes. —Haga lo que crea conveniente. Posiblemente me vea en la calle por este escándalo, pero no me importa, igualmente lucharé por él... Aunque para ello tenga que postergar un poco más mis estudios al quedarme sin empleo. —Prepare sus cosas cuanto antes, mi madre no querrá verla más. Qué mierda sabrá ella... Con una sonrisa, se endereza y se encamina hacia la

puerta, con la actitud orgullosa y altanera que la caracteriza. —Gisele, de momento ha perdido una batalla —ronronea antes de salir, con verdadero deleite—. Matt está con Alicia en su despacho, no los molestes. Me inclino y cojo mis zapatos, no le doy el placer de verme derrotada... Me hundo cuando la pierdo de vista y entonces salgo corriendo hacia mi habitación. Estoy asustada por lo sucedido y muy herida. Lloro desesperada, sin poder evitarlo. ¡Esto no puede estar pasando otra vez! No se ha despertado conmigo por encontrarse con ella. ¿Por qué la historia se repite? ¿Por qué no entiendo de una maldita vez que con él nada es estable? Matt Campbell no es para mí, yo no pertenezco a su mundo y siempre seré el juguete caro que un día compró. Al entrar en mi habitación, voy directamente a la ducha. Mi ropa huele a él, mi piel aún lo siente. El agua tibia cae por mis mejillas junto con las lágrimas. Esto no puede seguir así. Un día te deseo y al siguiente te dejo. Matt y yo tenemos que hablar y decidir de una maldita vez en qué punto estamos, aunque ya esté bastante claro. Con desgana y con la mente en otra parte, empiezo mi turno; de momento sigo siendo la chica de servicio... Decepcionada y lastimada una vez más por Matt Campbell. Es la hora del desayuno. Pan, bollos, café... pero él no está. ¿Seguirá con ella? Hoy soy yo la que quiere gritar, darle un puñetazo por utilizarme como lo hace. ¡No se lo permitiré más! Karen se muestra atenta y amable, como cada día, no hay ningún cambio en nuestra relación tras el encuentro que, seguramente, habrá tenido con su hija y eso me tranquiliza. —Gisele —me dice—, recuerde la reunión de mañana. —Sí, señora. —Por favor, sírvale a Matt el desayuno en su despacho. Me tenso y asiento temblorosa. Él no me verá hundida por su culpa, me digo. Estoy agotada de esta montaña rusa, de tener que ver ahora la culpabilidad en sus ojos para que luego reclame mi cuerpo y grite que soy suya, cuando él es de ella. Cojo una bandeja y pongo un plato de fruta y un zumo de naranja, lo que a él le gusta tomar por las mañanas... Con paso firme, voy a su encuentro sin apresurarme. Otra vez me duele el pecho; sin embargo, ya asumo que será así mientras él siga grabado a fuego en mi interior. Armándome de valor, toco a la puerta, aunque el silencio me llama la atención... Abro, inquieta por lo que me puedo encontrar y no puedo evitar jadear ante lo que tengo ante los ojos. Matt está sentado tras su escritorio, con la mirada fija en los cristales que brillan en el suelo. Va despeinado y con la camiseta por fuera... Se lo ve solo, débil y triste. Dejo la bandeja y voy a su lado con un estremecimiento de pies a cabeza. Olvido mi decepción por un momento; lo tengo que hacer estando él en este estado. Cuando me ve, su mirada se suaviza. Parece a punto de llorar. —¿Qué le ha pasado? — pregunto, cogiéndole la cara entre las manos—. ¿Qué le han hecho? Me rodea la cintura con los brazos, y apoya la cabeza contra mi vientre. Vulnerable, desarmado. —Me está asustando. Por favor, dígame qué pasa. —Le paso las manos por el pelo, lo estrecho contra mí—. Estoy aquí, puede confiar en mí. —Lo que me ha dicho me ha hecho daño. No lo soporto. —¿Quién? ¿Qué le han dicho? —Me aprieta con fuerza, me busca con desesperación—. Dígame, por favor. —Alicia. La confirmación llega, la esperaba, pero, aunque me duele, no soy capaz de abandonarlo. No ahora que me necesita, pese a haber roto su promesa por segunda vez. ¿Qué le habrá dicho ella para herirlo así? —H-Ha estado con ella... De repente se aparta de mí y me mira con impotencia. Aparto la vista. Me destroza saber que, tras las confesiones de ayer, los besos, las caricias, de nuevo ha sucedido esto. —¿Qué está pensando? — pregunta alarmado, levantándose de la silla para ponerse a mi altura—. Gisele, míreme. —No quiero... Ya no lo soporto. —¡No! ¡Maldita sea, no! — Desesperado, me sujeta la cara entre las manos. Noto cómo le tiemblan—. No, Gisele, no crea eso, no he vuelto a estar con ella. Jamás la

volvería a tocar. ¡Se lo prometí! —¡No le creo! Me ha dejado por irse con ella. Buscando ¡¿qué?! —¡He dicho que no! La he echado de casa, le he pedido que no vuelva. ¡¿No demuestro con ello que me da asco su mera presencia?! —grita impotente—. Lo último que necesito es discutir con la persona con la que deseaba despertarme y con la que, por culpa de una estúpida, ¡no he podido hacerlo! ¿Lo entiende ahora? —Campbell —sollozo—. No me lo vuelva a hacer. Y me refugio en sus brazos, que me rodean con inquietud. Entonces recapitulo: su hermana me ha tendido una trampa. No ha pasado nada entre él y Alicia, pero ¿por qué me ha abandonado en la cama después de lo especial que fue todo anoche? —Siento haberla asustado hoy de tantas maneras. Sé que posiblemente piense que la he dejado después de tener sexo... Pero no ha sido así. He tenido que salir de la habitación, porque Alicia ha llegado acompañada de mi hermana y nos han visto juntos y, bueno... —¿Juntos? —Matt me sienta en sus rodillas, frustrado mientras reconoce que es así—. No me he enterado de nada... ¿Qué ha pasado...? Yo, yo lo siento si he causado... —Gisele, yo puedo hacer con mi vida lo que me plazca y ella no significa nada para mí —me corta tajante—. Lo que me pesa es lo comprometido de la situación para usted. Cómo la mirará mi hermana, a la que me une una relación especial, a partir de ahora... Otro punto en contra. No debo comentarle el enfrentamiento que hemos tenido, no soy capaz de ponerlo entre la espada y la pared, abriendo otro frente entre nosotros. —Y cómo reaccionará Alicia después de esto —me advierte, apretando los puños—. Gisele, no permita que se le acerque, no tiene ningún derecho a buscarla. —Sabré cuidarme. —Alicia es malvada, no es como usted. Imagino la escena que habrá vivido. Lo mucho que esa mujer le habrá reprochado al encontrarse al hombre que podría ser el padre de su hijo en la cama con otra... Todo es complicado, pero no me siento culpable. Ella merece su desprecio por haberlo traicionado, incluso aunque no hubiese amor entre ellos. —¿A qué ha venido, qué quería? —pregunto, con un hilo de voz. —Nada, sólo saber de mí. Ha querido sorprenderme a primera hora de la mañana, con la mala pata de habernos encontrado juntos. Hemos discutido y me ha dicho... —Hace una pausa, tomando aire, controlándose para no dar un puñetazo en la mesa—. La he odiado, juro que jamás pensé que me causaría tanta repulsión. —¿Qué le ha dicho? —Reproches, Gisele, malditas palabras que no se ha tragado, la muy perra. Mi hermana la apoya porque no tiene idea de lo que sucede y yo no quiero perjudicarla de esa manera. ¡Estoy cansado! ¡No quiero verla y me come la impotencia al pensar en ese niño al que no puedo negar! —Hable, grite —le suplico, arrodillándome a sus pies—, escúpalo todo, pero guarde las manos, no es sano. —La ha insultado —continúa sin oírme—, ¡ella!, que es la perra más asquerosa que ha pasado por mi vida. —Se da un toque en la frente y otro más. Está muy nervioso—. Roxanne me ha preguntado qué significaba usted para mí. ¿¡Qué clase de pregunta es ésa!? ¡¿Qué?! «La pregunta cuya respuesta tanto anhelo saber yo», estoy a punto de decir. Siento que algo se me escapa de las manos... Me da miedo ilusionarme, pero su actitud casi me confirma que su rabia es por mí, por los insultos y por el miedo a sentir. ¿O una vez más me lo estoy imaginando? —Ya ha pasado, relájese —lo consuelo, masajeando sus puños —; ¿se encuentra mejor? —Usted siempre me hace sentir mejor —me susurra desencajado—. Gisele, gracias. A veces creo ver al niño que una vez fue, atormentado, desesperado al saberse abandonado. —No tiene nada que agradecerme, es un sentimiento mutuo. —¿Por qué lo dice tan seria? —No es nada... —Y termino echándome a llorar por las emociones que guardo desde anoche—. Estoy bien... —¿Bien? Está llorando, Gisele. ¿Qué pasa? —pregunta, secándome las lágrimas—. ¿He dicho algo malo? ¡Lo amo!, eso pasa... —Hoy estoy un poco tonta... no me haga

caso. Me sonríe tranquilo y con ternura. No me sorprende el cambio, él es así. Ya no hay tristeza, ni abatimiento. —¿Ha desayunado ya? — señala la bandeja que le he llevado —. ¿Ha recuperado fuerzas? —No, aún no he podido... La mañana se ha presentado movida. —Desayune conmigo pues — me anima. Su mirada es de un verde claro, ya ha desaparecido la oscuridad—. Venga. — Sólo hay un zumo y tengo cosas que hacer. ¿De qué se ríe ahora? Me trastorna. —Déjeme decirle dos cosas. En primer lugar, el zumo se puede compartir y en segundo lugar, yo también soy su jefe y le ordeno que desayune conmigo. —Su tono despreocupado me hace reír. Hace un momento, él contenía sus ganas de dar puñetazos y yo lloraba, ahora parecemos otros—. ¿Se negará a eso, señorita Stone? —Si es una orden, por supuesto que no, señor Campbell. No me queda otra. Su mirada divertida se pierde en mis labios; atrevida, me los muerdo para que de una vez me bese... ya. Lo necesito desde que su hermana ha aparecido por sorpresa. —Sabe cómo provocarme y no sabe hasta qué punto eso puede jugar en su contra. —¿Me va a besar o no? La respuesta es su lengua irrumpiendo en mi boca. Yo le rodeo el cuello con los brazos, desesperada por su cariño, por su apoyo. Y coqueteo como sé que le gusta, chupando sus labios, lamiendo su mentón y el contorno de éste. —¿Me ha extrañado al levantarse, lo ha hecho Gisele? Asiento mimosa. —Mucho. Me faltaba el calor de sus manos recorriendo mi espalda desnuda, arqueada para usted, es una sensación que me encanta. —¿No dormía? —pregunta, molesto al saberse descubierto—. ¿Y por qué dormía tan alejada? Creía que no estaba cuando me he despertado. —¿Me está echando la bronca? —Coma. Acerca la bandeja y se dispone a cederme su desayuno. Su humor se ha vuelto agrio. Se agita, hace intento de comer, pero no puede. Toca los estantes mientras yo lo contemplo, impresionada por esa inquietud que lo ataca sin más... Y desayunamos en silencio. Al acabar, me mira con seriedad. —¿Está bien después de lo mucho que anoche...? —No entiendo por qué siempre me pregunta lo mismo. ¿Tengo cara de estar mal...? —Qué insolente es. —Me cubre la boca con la mano para que no diga la malsonante palabra—. Pero me encanta. Uy, uy. Buen camino. —¿Le encanto yo o mi insolencia? —¿Usted qué cree? — Dígamelo, yo he preguntado antes. —Ambas cosas, Gisele — murmura desganado—, ambas cosas. —¿Le puedo preguntar una cosa? Niega con la cabeza con brusquedad. —Usted y sus preguntas... — Parpadeo con inocencia, buscando derrumbar sus barreras—. A ver, pregunte. ¡He ganado! —¿Alguna vez podré tutearlo? No entiendo a qué viene tanta formalidad cuando nos acostamos, tocamos y jugamos continuamente en cualquier parte. —Cuide esa boca —me regaña más serio—. Mientras trabaje aquí, no. Cuando deje de hacerlo y nos veamos, por supuesto. Me quedo inmóvil. —¿Qué quiere decir eso? —Ya lo ha oído. ¡Quiero gritar! ¿Me está diciendo que quiere verme cuando ya no trabaje aquí? ¿Me buscaría luego? ¿O es otra forma de darme largas hasta que llegue el momento, por si se aburre de mí? —Se acabaron las preguntas, señorita Stone, vuelva al trabajo. —¿Lo veré más tarde? Me abre la puerta y me da un azote en el trasero; yo le lanzo un sensual y provocador beso. —No lo sé, tengo mucho trabajo. —Mejor me voy, vuelve a ponerse serio y no lo soporto. Buen día, Campbell. —No sea traviesa —dice y, señalando mi cuerpo, añade—: Y recuerde, es mía. «En todos los sentidos, en todos...» El día pasa lentamente, entre la compra para la fiesta del día siguiente, la colada, su dormitorio. El despacho lleno de cristales rotos. Un problema que Matt no parece querer resolver y al que nadie le presta la suficiente atención... O, simplemente, se han cansado de querer ayudarlo, alternativa por la que me decanto, conociendo a sus padres. Desde la mañana no vuelvo a saber de él y tampoco quiero agobiarlo con llamadas sin sentido. Me dedico al trabajo para apartarlo de mi

cabeza. Por la noche, al llegar a mi habitación estoy agotada y me dejo caer sobre la cama sin desvestirme. Los ojos se me cierran mientras espero noticias de Matt. Pero no llegan y me acurruco esperándolo... Poco a poco voy cayendo en el sueño.

A la mañana siguiente, me suena el despertador del móvil. Me incorporo soñolienta y lo cojo para pararlo... Mierda, cuatro mensajes de Matt.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 23.05. Gisele, estoy algo liado en el trabajo, llegaré tarde. Mensaje de Matt a Gisele. A las 23.10.

Gisele, me gustaría encontrarla en mi habitación cuando regrese de la oficina.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 23.20. Gisele, ¿por qué no responde? Mensaje de Matt a Gisele. A las 23.30.

Gisele, si llego a casa y no está en mi cama, pensaré que no quiere dormir conmigo.

—Joder, joder, joder.

El día empieza estupendo, a saber qué habrá pasado por su cabeza. Entre la reunión de amigos, es decir, fiesta, y él, no quiero ni pensar lo que me depara el resto de la tarde y noche.

Me levanto rápidamente, me ducho y me visto sin tiempo para nada. Me hago una cola de caballo para por la mañana. Una vez llegue la hora de la fiesta, tengo que cambiarme el estúpido uniforme por otro más formal y también más corto, dejarme el cabello suelto y llevarlo bien peinado. Un rollo total.

Al entrar en la cocina, veo a Noa muy estresada. —Buenos días, Noa. ¿Hoy desayunan todos? —Menos Roxanne, que ha salido. —Mejor, desde mi discusión con ella no la he vuelto a ver y debe de estar enrabietada al no haber podido ponerme de patitas en la calle—. Date prisa, están esperando. —¿Y esa cara? —Estoy un poco agobiada, eso es todo. —¿Manu? —¡No! Hace días que no sé nada de él. —¿Estás bien? —He dormido poco, eso es todo, deja ya de preguntar. —Pues ¡aplícate el cuento! Cojo la bandeja del desayuno y, al entrar en la sala, me flaquean las piernas. Veo que Matt me observa... y no tan cálidamente como el día anterior. Hoy desayuna con la familia. Qué suerte la mía, ni siquiera voy a poder darle explicaciones. —Buenos días, Gisele —me saluda Karen. —Hola —sonrío. Matt no aparta la vista de mí, no le importa que su familia esté presente. ¿Qué piensa este hombre? —Gisele, hoy sírvame zumo, por favor —pide William amablemente. —¿Usted también, señora? — Karen asiente. Eric se sirve sólo un poco de café, ahorrándome el trabajo, que, para ser sincera, hoy me resulta más duro. Sobre todo, al sentirme vigilada en cada uno de mis movimientos. —Yo hoy quiero café —dice Matt, cuando voy a servirle zumo, como cada mañana—. Dos tazas. Suspiro resignada, consciente de que intenta llamar mi atención. Pero ¿por qué lo hace delante de todos? —¿Fruta? —Dulces. —Es como un niño pequeño—. Y pan. Le sirvo y, al mirarlo, le veo una expresión tan intensa que arrebata. Por Dios, qué calor, estoy por esconderme debajo de la mesa. —¿Algo más, señor Campbell? —Nada más, señorita Stone. —Casi se me escapa una carcajada. Cuando estoy a punto de irme, veo que el resto de la familia nos observa sin perderse detalle. Parecen divertidos y a punto de reír. ¿Acaso todos saben...? —Con su permiso, me retiro. Con la cabeza gacha, me encamino hacia la puerta hasta que oigo: —Gisele. —Al volverme, lo veo más encendido aún y más altivo—. Sírvame más café, por favor. —¿Perdón? Le he servido dos tazas. —Pues quiero tres. Si no se ha bebido las dos anteriores... Resignada a que él manda y yo obedezco, me acerco y, al servirle, siento ganas de golpearlo. ¡Me mira el escote con descaro en presencia de su familia! Mosqueada, le doy una patada en la pierna por debajo de la mesa. Se sorprende, y no es

el único. ¡Mierda! —Que aproveche. Me esfumo enfadada. Todo esto es una locura. Al mediodía empiezan a llegar los primeros invitados. Las chicas de servicio ya estamos listas con nuestro nuevo y ridículo uniforme, y ahora a servir con simpatía. El jardín está repleto... Menos mal que es al aire libre, porque yo ya me estoy ahogando. Cuando voy a servir la primera bandeja, me quedo pasmada al ver que ella está aquí. ¿La habrá invitado él? ¿Su familia? ¿Dónde está Matt? A lo lejos, puedo vislumbrar a Roxanne, que viene al encuentro de Alicia. Ya no tengo ninguna duda: es ella quien la ha invitado. Aunque por la expresión de Karen, no sea demasiado bienvenida. Menudo día me espera... La complicidad entre ambas amigas es notable: llevan el cabello suelto, trajes ceñidos, muy conjuntadas incluso en el color de los vestidos: rojo. Las ignoro cuando me miran, cuchicheando y con miradas claramente asesinas. Segundos después, Alicia se me acerca y se planta delante de mí, sonriéndole a Roxanne. —Quiero hablar contigo. Ahora. —Estoy de servicio —le respondo a la defensiva—; además, no creo que yo tenga nada que hablar con usted. —¿No? Te tiras al padre de mi hijo. Su boca se tuerce, esperando mi asombro, pero ella no es la única atrevida aquí. —Creo que eso lo tendría que discutir con el señor Campbell, no conmigo —le espeto, dándome media vuelta para marcharme—. Y tenga cuidado, no suelo callarme con quien no lo merece. —Ya veremos cómo termina el día, querida Gisele. Con Matt en mi cama y aceptando a nuestro hijo. Me largo. Lo hago reconcomiéndome por dentro al tener que callarme. Estoy furiosa, con ganas de enfrentarme a ella, pero no es el momento ni el lugar... Ya encontraré la forma de llevarla a mi terreno. —Gis —me llama Noa al cruzarse conmigo—. ¿Estás bien? —Sí. —Entonces recuerdo que María, la prometida de Eric, también está invitada—. ¿Y tú? —No me gusta nada esta fiesta, quiero que acabe ya. —Yo también. Es una porquería. Cuando ya llevo cuatro bandejas servidas, aparece Matt... Está guapísimo; un poco formal, incluso algo pijo, pero perfecto. Traje color verde oscuro, sin corbata y muy repeinado. Cuando su mirada se cruza con la mía, veo su incomodidad, que yo comparto, y compruebo que sigue igual de enfadado. ¿Cómo actuará? La distancia entre Alicia y él es amplia, algunos curiosos se percatan del detalle e incluso cuchichean sobre la feliz pareja en crisis. Consciente de que no puedo darle ninguna explicación frente a este gentío, me encamino hacia la cocina, pero enseguida oigo que unos pasos me siguen. Los tacones la delatan, Alicia está detrás de mí. —¿Qué quieres? —me encaro con ella. —Sabes que para él sólo eres su capricho, ¿verdad? —Siento un latigazo de dolor en el pecho—. Yo seré la madre de su hijo y tú no serás nada. Si buscaste a propósito la escena de la cama para alejarme de él, te has equivocado. No me rindo cuando algo es mío. ¿Me voy a callar? ¿Voy a dejar que me pisotee? No. —Nada es planeado entre él y yo, simplemente surge, y, por otro lado, yo seré su capricho, pero tú eres el de todos con tu comportamiento facilón —le respondo. —¿¡Cómo te atreves!? —Se enfrenta a mí, rozando su nariz con la mía—. ¿Qué mierda le estás dando, aparte de bragas sucias? ¿Qué es lo que lo ciega contigo? No creo lo que voy a decir, pero, aun así, la provoco. —Lo que tú nunca has sabido ni podido darle. Él es mucho hombre para ti. —También para ti —me espeta con rabia—. Creo que ambas sabemos lo complicado que es Matt e, igual que ahora está contigo como un niño con un juguete nuevo, pronto te olvidará y ahí estaré yo, porque a nosotros siempre nos unirá un fuerte lazo. ¡Mierda, mierda y mierda! —Tú no le convienes. —Mi tono es casi amenazante—. ¿Qué le has dicho esta mañana para enfurecerlo de ese modo? ¿Ésa es tu forma de quererle? —Pues sí, demostrarle cuánto lo quiero diciéndole la verdad. —Sigue con su chulería—. ¿No te lo ha contado? ¿A ti, que eres su putita preferida? Una vez más,

mis impulsos se adelantan a mí y una sonora bofetada marca su cara. —¡Lo eres, siempre serás una a la que pagó por sexo! —grita furiosa, pero no trata de devolverme el golpe—. ¿Te duele la verdad? ¡Pues te jodes! Nuestras voces ya están subiendo de tono y por el respeto que le debo a la familia, me obligo a callarme y marcharme. No seguiré rebajándome. —¿Sabes qué, Alicia? Vete a la mierda. Irónica, ríe sin ganas. —Gisele Stone, esto no va a quedar así. —Por supuesto que no —grito por encima del hombro—. Nos volveremos a ver. Salgo de la cocina camino de la fiesta y me encuentro con mi salvación: Karen, que inmediatamente me tiende una mano al verme respirar con dificultad. —Señora, ¿puedo ausentarme media hora? Por favor. —Vaya y no se preocupe. Sin pensarlo, salgo corriendo y, al hacerlo, veo que Matt me mira, pero no me importa; el cartel de fulana lo llevo gracias a él. Entro en mi cuarto de baño y me enjuago la cara, intentando calmar la vergüenza que me está matando. ¡Él es culpable de todo! Al salir, lo encuentro esperándome. Su expresión es la de un hombre peligroso clamando venganza. —¿Gisele? Entra serio en mi habitación, escrutándome. —Vete —digo con calma—, no quiero verte. —¿Por qué? —pregunta, controlando sus nervios—. ¿Qué he hecho? «Hablar de mí y provocar mi ira.» —¡Estoy harta de todo, de tu novia y de ti! ¡Déjame sola! —¿Qué te ha hecho? —Se aprieta los puños, hace crujir los nudillos—. ¿Qué te ha dicho? Me dejo caer en la cama con la vista vagando por el suelo, trazando círculos a mis pies. Así de perdida me siento. En casa soy la pequeña, a la que todos arropan... aquí estoy sola. —Nada que no fuera verdad. Que yo sólo soy tu putita y ella la madre de tu hijo. —¿Y tú te lo has creído? —Lo miro, sorprendida al verlo tan desesperado que me ha tuteado por primera vez—. Dime, ¿te lo has creído? Me encojo de hombros, observando cómo apoya una rodilla en la cama, atrapándome en cierta forma. —¿Cómo no voy a hacerlo? — contesto—. Es la verdad. Es un título que tú mismo me colgaste. —Lo hice para protegerte, no me culpes de ello. O protegerse él, es imposible saberlo. —No nos engañemos. Yo soy un capricho para ti, y los caprichos, al igual que vuelven loco, cansan... En cambio un hijo es para toda la vida. —Sabes que tal vez no sea mío. —Me ablando; su familiaridad, nuestra cercanía, me envuelven—. Gisele. —Qué. —Lo sabes, ¿no es así? —Yo ya no sé nada —afirmo con tristeza—. Todo esto se me ha ido de las manos, ya no sé qué creer o no. Sus dedos suaves me suplican, sus gestos son sinceros, o eso quiero creer al verlo atento a mi reacción. —Gisele, por favor. ¿No te das cuenta de cómo cambio cuando estoy contigo? —Nuestras miradas se encuentran—. Sé que tú sientes que te necesito, no me preguntes de qué forma... pero te necesito. ¿Sí? No me deja ver hasta qué punto, se cierra, me prohíbe entrar en su corazón. Y por momentos flaqueo pensando si todo esto merece la pena. —Me tienes mal —musito, con apenas un hilo de voz, jugando con nuestros dedos unidos—, no sé qué necesitas. —A ti —contesta sin ambages—, sólo a ti. —¿Por qué me haces esto? —¿Qué? —se alarma—. ¿Qué te hago? Confundirme, lastimarme al hablar a medias. Yo no sé controlarme cuando se trata de lo que tenemos. —Gisele, dime. —Ahora, hoy, me tuteas, ¿y mañana? —le reprocho—. Avanzas y retrocedes, pides y no das. Me agotas, porque no encuentro sentido a esos cambios tuyos tan radicales. —¿Te vas? ¿Me estás dejando? ¿Qué? Pero ¿qué pretende? ¿Qué quiere? Se vuelve a mostrar asustado y furioso, con él no hay término medio. —¿Dejar? Esa palabra no existe en nuestra relación, porque no somos nada. —Prometiste ser mía. Se va encendiendo, tiene las facciones tensas, la mandíbula desencajada y sus dedos ya no son delicados ni suaves con los míos. —Háblame —ordena, rechinando los dientes—. Me vuelvo loco sin saber qué piensas. Te lo repito, prometiste ser mía. —Pues hoy hago como tú, no quiero serlo. Ya no te lo permito. —

Gisele. —Matt. —¡No me jodas! ¡Mierda para él! Me canso, me lleva al maldito límite. —Me pides muestras de mi rendición ante ti, pero ¿qué obtengo yo a cambio? ¡Nada! —Escúchame —dice, poniéndome un dedo debajo de la barbilla para que lo mire—, no quiero verte así. Quiero que salgas ahí fuera y demuestres tu fortaleza. Si alguien trata de herirte de nuevo, te juro que lo echaré de la maldita fiesta. ¿Está claro? —¿Por qué harías eso por mí? —Porque me importas, porque me estás pidiendo algo y yo te lo estoy dando, ¿no te basta? Sí y no, es un paso, pero quiero mucho más. —Matt... estoy confusa. —Lo sé, eres demasiado para mí —susurra, sentándose a mi lado y estrechándome con fuerza contra su pecho—. Lo sé, Gisele. —Esta mañana estabas tan enfadado... Me aferro a su camisa, así quiero que estemos. Sin nadie que nos moleste, Matt mostrándose tal como es. —Anoche esperaba verte y cuando llegué no estabas, no viniste, apenas he dormido... —Oh, Dios mío—. No sabes cuánto me contuve para no venir aquí y echar la puerta abajo. Te habría cogido en brazos y encerrado en mi habitación como necesitaba. Pero el orgullo le pudo, como siempre. —Me quedé dormida, al despertarme esta mañana he visto los mensajes. Lo siento. Suspira, su corazón se altera. Se va viniendo abajo. —Más lo siento yo, por ser tan estúpido. —Se incorpora y nos encontramos cara a cara, muy cerca el uno del otro—. Pensé que no querías pasar la noche conmigo. —Siempre piensas mal de mí. ¿Alguna vez te he defraudado? —No, pero... —¿Entonces? No quiero hacerte sentir mal, sólo quiero que entiendas... Sé que te han lastimado, que confiabas en personas que te hirieron y destrozaron. —Sus ojos ya están buscando signos en mí que no existen, alertado por lo que voy a decir—: Sé que confiabas en tu madre y que te defraudó. Que la traición de Alicia con Sam está reciente... Pero yo no soy como ellos. —Te cansarás de mí antes de tu marcha, lo sé; terminarás abandonándome también, porque soy egoísta y no sé confiar en nadie, ya desconozco esa palabra. «Y desconoces el amor», quiero decirle, y sin confianza es imposible una estabilidad entre dos personas. ¿Qué puedo hacer? ¿Rendirme? Matt Campbell tiene que ser mío, y no un día sí y otro no. Lo quiero entero y sin reservas. —Tengo que volver a la fiesta —le digo—. Luego quiero que estemos bien. —No es algo que te pueda asegurar, no sé qué me sucede que me pierdo y me ciego. —No quiero estar discutiendo por nada, ¿entiendes, Campbell? — Me levanto de la cama con los brazos en jarras—. Más tarde nos veremos y... —Un poco más, quédate un poco más —pide, tirando de mí y cayendo juntos en la cama—. Ven. Me estrecha entre sus brazos, con mi cabeza apoyada en su pecho y no decimos nada. Sobran las palabras ante la sensibilidad de este abrazo. Quizá luego se muestre frío y seco, pero ahora aprovecho el momento. Le falta cariño, afecto. Yo sé consolarlo, mimarlo y calmarlo. ¿Ésa es la clave de su intensa atracción por mí? —¿Vamos? —susurro, palmeándole el pecho, pero no se mueve. Está dormido, se lo ve tranquilo y en paz. No lo despertaré, yo soy la culpable de su mala noche—. Matt, aprenderás a quererme... Me levanto de la cama, lo tapo con la sábana y lo beso en los labios con delicadeza. Y ahí lo dejo, tan hermoso, tan amado por mí. Creo que se despertará al oír cómo me marcho, pero no es así. Lo prefiero así. Alicia buscará la forma de volverlo loco y yo voy a protegerlo. Cuando regreso a la fiesta, el ambiente está más calmado. No hay rastro de Eric, ni de su novia María, tampoco de Roxanne... mucho menos de Alicia. —Gisele —me detiene Karen—, ¿has visto a Matt? Avergonzada y con la vista baja, contesto: —Está en mi habitación. —Su mano me hace levantar la mirada hacia ella—. Se ha quedado dormido. Estaba cansado, molesto y... —Gracias, no tengo palabras para agradecerte lo que haces por mi hijo —me interrumpe ella. —A usted, señora. —Todo saldrá bien, ya lo hablaremos en otro momento

—me susurra, antes de marcharse sonriéndome—. El sol tiene que salir todos los días, no lo olvides. Ilusionada con su apoyo, me doy la vuelta y me topo con un chico joven, rubio... Dylan, el pesado de la fiesta anterior. —Hola, hermosa. —Le sirvo una copa y, al intentar apartarme, él no me lo permite—. ¿Qué haces luego? —No te importa. —¿Por qué eres tan borde? —Porque no me gustan los babosos. —Estoy a punto de lanzarle una copa en la cara—. Y ahora, déjame. Pero en las siguientes horas, su mirada me sigue, va y viene conmigo. Incluso llega a asustarme su insistencia. Únicamente lo pierdo de vista una vez y es al entrar en mi habitación para comprobar si Matt está bien, y así es. —¿Me sirves una copa? — insiste él, perseverante—. Lo que ofrece tiene muy buen sabor, ¿todo lo tuyo es igual? —Sabe a mierda. Me alejo, huyendo de él ahora que la gente se va yendo y el jardín se está despejando. Entro en la pequeña despensa que hay en la cocina y, al hacerlo, la puerta se cierra detrás de mí. Estoy a punto de gritar cuando unas manos muy conocidas me cubren la boca. —Chis... soy yo. — Instintivamente me arrimo a su cuerpo—. Me ha dejado solo. Oh, por Dios. —No he querido despertarlo. —Lo contemplo por encima del hombro: está guapo, sin ojeras—. Se veía muy tranquilo. —He dormido bien, sin embargo, me ha hecho falta. —Qué meloso—. Pero ha sucedido algo —susurra, besándome el lóbulo de la oreja. Me sacudo—. Ahora, cuando he vuelto a la fiesta, me he encontrado con una cosa que no me ha gustado. Está contenido, enfadado. ¿De nuevo? —¿Q-Qué? —Dylan se la comía con la mirada cuando caminaba hacia aquí y eso no me gusta. —Suspira frustrado, haciéndome cosquillas en el cuello con su suave aliento—. Es un pecado llevar este vestido con el cuerpo que tiene. Tal vez usted no lo sepa, pero me está torturando. De nuevo me habla con formalidad. «Usted...» —No ha sido mi intención — murmuro sin ganas, volviéndome de cara a él. Entonces saca a la bestia que lleva dentro y me sienta en la mesa, con las piernas abiertas, colocándose él en medio. Me tira del cabello buscando el inicio de mi escote, que me empieza a chupar, hasta que no puede contenerse y me muerde, marcándome, sujetándome a su cuerpo con sus manos acariciando mi piel, mis piernas, mi sexo... —¿Qué me va a hacer? —Hasta que grite, Gisele, no me importa quién venga o vaya — gruñe excitado, irascible a medida que la temperatura va subiendo—. Empotrarla y tomarla hasta que no pueda moverse. ¿He visto una sombra? —Túmbese hacia atrás y abra las piernas, que voy a saborearla. —Espere, espere. —Lo empujo al oír un breve sonido y que la puerta se agita un tanto—. Alguien ha estado aquí. —¿Qué? —Cuando él mira, todo está como antes—. ¿Se me está negando con excusas? Sabe que no lo soporto, Gisele. —Juro que la puerta se ha cerrado. —Recuerde que no me gustan los juegos cuando me calienta y me deja con las ganas, y es justo lo que acaba de hacer —me advierte amenazador. Aun así, vuelve a acariciarme y pasea los dedos por la cara interna de mi muslo sin delicadeza. Me hace gemir, ansiarlo dentro cuando su dedo hace presión en mi centro y al verme perdida se aleja caminando hacia la puerta—. En cuanto termine su turno, la espero en mi habitación. Y es una orden. —Escúcheme... —No, no quiero volver a perder el control. Ahora ambos estamos igual —dice, con actitud prepotente—. Voy a tomar algo, usted ha conseguido calentarme tan rápido como enfurecerme. Maldito hombre. —Vale, Campbell, lo esperaré esta noche con el vestido levantado y las piernas abiertas, ¿contento? —Mucho mejor —confirma con una sonrisa—. Odio sentirme rechazado por usted sin motivo, pienso que no me desea. A pesar de la tensión, me tengo que reír. Qué idiota es. ¿Cómo voy a desaprovechar la oportunidad de tenerlo para mí? Tendría que estar loca. —Espéreme desnudo en su habitación —coqueteo, inclinándome con mis pechos adelantados hacia él—, le haré cambiar de idea. Se tantea el

miembro. Por un momento, incluso me hace creer que se va a masturbar delante de mí; sin embargo, con un gruñido animal, abre la puerta para marcharse, dolorido de excitación. —Moriré lentamente hasta entonces. —Pues salga y agonice en la fiesta —le digo, señalando la puerta—, que esta sirvienta calmará a lametones su dolor. —Me las pagará, Gisele. ¡Por fin se va! A las once de la noche, la fiesta llega a su fin. Matt acompaña a Denis a la puerta para despedirse de él y únicamente queda Dylan... que pronto se marchará también. —Señora, voy a sacar la basura. Me encamino hacia la entrada trasera y, al volver, me encuentro de frente y a solas con Dylan. Se tambalea por las copas que lleva de más y está como ido. No me gusta nada, me pone en guardia su forma de dirigirse a mí. —No quieres nada conmigo, pero te tiras a Campbell —dice de sopetón. Su tono de voz suena tan peligroso que me asusta—. Veamos cómo es la fierecita. —No te acerques. —Te he visto, le dejabas tocarte con cara de gozo y yo quiero probarte también. Toma impulso y se abalanza sobre mí. Quiero correr, gritar, pero no me salen las palabras. Sus manos van a mi pecho y me desgarra el vestido con fiereza... ¡No! Entonces recuerdo que no le pertenezco y mi voz suena en el silencio de la noche. —¡Matt! —sollozo, golpeando la entrepierna del hombre, haciéndolo rodar de lado—. ¡Matt! Me atrapa por el pie, clavándome sus asquerosas uñas y cuando creo que puedo huir por la debilidad que le da la bebida, me agarra del pelo, tirando de mí hacia atrás. Siento cómo se me desgarra la piel del cuello y entonces, con los ojos llenos de lágrimas por el intenso dolor, veo cruzar una fugaz sombra que consigue liberarme. Es Matt... —¡No la toques! —grita rabioso, golpeando a Dylan —. ¡Miserable, voy a matarte por ponerle las manos encima! Oigo gritos, murmullos, jadeos, pero apenas veo nada. La vista se me nubla. —Matt... ayúdame —suplico, encogiéndome en el suelo—. Déjalo, ven... Se golpean, se gritan. —¡Márchate, bastardo, y no vuelvas o te juro que te mataré! — oigo en la lejanía—. ¡No te quiero cerca de ella! Distingo su tenue presencia y noto sus brazos, que me rodean y me calman. Me besa la frente, me estrecha contra su pecho y cubre el mío con dedos temblorosos. —¿Qué te ha hecho? ¡Maldito, ¿qué le has hecho...?! —Me atiende, me protege con su cuerpo—. ¿Gisele? —Matt... —lloro cuando me coge en brazos—. Creía que... —Estoy aquí, chis, estoy aquí —murmura—. ¿Te ha...? —No... no ha pasado nada... Está preocupado, su corazón galopa raudo y veloz. —Estarás bien, tranquila. —¡¡Karen, por favor trae todo lo necesario, hay que curarla!! — Me lleva en brazos, corre por la casa hasta que noto que estoy en su blanda cama—. ¿Gisele, me oye? El dolor es tan insoportable que pierdo el conocimiento. Su grito desesperado me acompaña en la oscuridad que se cierne sobre mí. —¡Gisele!

14 Resistiendo a los sentimientos

EL dolor viene y va, la voz angustiada de Matt se cuela en mis oídos. Grita, corre, se agita... me acaricia. Estoy bien, quiero decirle, lo estoy, aunque note dolor, pero los párpados me pesan tanto que no soy capaz de abrir los ojos y oigo a lo lejos:

—Hijo —dice Karen—, ya está todo listo, vamos a llevarla al hospital.

—Gisele se queda conmigo. —Apenas se le oye, es un leve gruñido—; llama ahora mismo a Carla y dile que la quiero aquí ya.

—Pero, cielo... —Para eso le pago, dile que la quiero aquí en cinco minutos... explícale la situación. Si cuando venga, considera prudente que se la traslade, lo haremos; de lo contrario, no la moveré. La herida está taponada, ¡se pondrá bien! —Te haré caso porque no veo gravedad, pero te lo pido por favor, Matt, relájate. Silencio angustioso, sus manos en mi herida y yo gimo dolorida. Me besa la frente, me acaricia el cabello desde la raíz hasta las puntas. Me duele de nuevo, voy dejando de oír el sonido de su voz. —Cielo, ya viene de camino. —Es Karen—. Toma, limpiemos la herida con el desinfectante, Carla estará aquí enseguida. ¿Me toca? No lo siento. —Matt, ¿qué pasa? —pregunta su madre. —No puedo hacerlo... no ahora. ¡Quería forzarla, Karen! Si no llego a... Un golpe retumba en la estancia. —¡Matt! Tienes que tranquilizarte, por Dios. ¡William! —¿Qué pasa? —pregunta éste. —Por favor, llévate a Matt, necesito curar a Gisele y si se despierta y oye estos golpes se asustará. —Yo no me muevo de aquí. —Piensa en ella, hijo... Cuando despierte y te vea en este estado... Yo la cuidaré y Carla está a punto de llegar. Que William te mire esa mandíbula. ¿Qué se ha hecho? Unas manos rozan donde me duele; quema, supongo que es Karen y sollozo. Quiero dormir, pero no lo consigo y tampoco tengo fuerza suficiente para reponerme. —Matt, ¿qué sucede? —Creo reconocer la voz de William—. ¿Qué está ocurriendo entre esa muchacha y tú? Lo de esta noche, tu manera de provocarla en el desayuno y ahora, mírate. —No quiero hablar de eso. —¿Hasta qué punto ella es importante para ti? ¿La quieres, hijo? Se hace el silencio. Noto que me echan un líquido frío en la herida. Me escuece y, aunque quiero gritar hasta quedarme afónica, callo... esperando su respuesta. —No —contesta Matt finalmente—. Me importa, pero no hasta ese punto. —No logro entender tu desesperación entonces. —Yo tampoco, pero me importa mucho. No quiero verla así, no puedo. Estoy muy asustado, William. —Entiendo. Ya no es únicamente la herida lo que me duele... Soy importante para él, pero no lo suficiente. Que esté asustado me da fuerza, quizá no sepa hasta qué punto me necesita. —¿Qué pasa, William? ¿Por qué demonios me miras así? —Matt, sólo quiero que sepas una cosa. Entiendo que lo has pasado muy mal, pero todo el mundo

no es como tu madre biológica. Tal vez en Gisele encuentres a la persona que te haga cambiar, que dé sentido a tu vida... Te quiero y no me gusta verte así. —Ella tampoco me quiere. «Sí te quiero, idiota, claro que te quiero.» —¿Y si lo hiciera? —Nada cambiaría, William, tú sabes cómo soy y ella ya me va conociendo. Jamás podría hacerla feliz. Tal vez al principio, Gisele pensaría que podía soportarme, pero luego... —calla un momento—, luego se iría, sé que se iría. ¿Crees que podría soportarlo? —Es el miedo lo que no te deja ver más allá, Matt. Busca dentro de ti, no te cierres. Las sabias palabras de su padre me emocionan. —No puedo ni quiero hacerlo, no sé confiar en nadie de esa forma. Y basta ya de preguntas, por favor. —Unos pasos, ¿los suyos? Calmado. Su padre sabe cómo hablar con él—. Karen, ¿cómo sigue? —Está bien, la herida es poco profunda; es el dolor lo que la tiene así. No te preocupes y cálmate..., Mírala, Matt, parece un ángel, ¿no es cierto? —Es un ángel, Karen, ¡y no merece esto! Me mueven, me cambian de postura y, tras emitir un gritito, dejo de oír. Ya me siento bastante mejor, los párpados me siguen pesando y, aunque no puedo abrirlos, he recuperado el conocimiento. No es un murmullo lejano lo que oigo, son las voces nítidas de Karen y otra mujer, una voz muy femenina. —Gracias, Carla. Como siempre, siento haberte hecho venir a esta hora. —¿¡Qué tiene!? —pregunta Matt. —Gisele está bien, Matt. Carla ya la ha curado. La herida no es muy profunda, pero ha sangrado mucho, de ahí su desmayo. —¿Carla? —pide él confirmación fríamente. —Tu madre está en lo cierto. La muchacha está bien, es sólo que el dolor y la impresión la han superado y por eso se ha desmayado. Mañana volveré para curarla. Tranquilo... no te alarmes, ella está bien. Le he puesto un calmante. Ahora necesita reposo, pues, para los puntos, el cuello es un lugar delicado, sobre todo cerca de la nuca. Son siete puntos... Tendrá que hacer reposo por lo menos una semana. —Lo hará. Karen se despide de la médica y, para mi sorpresa, pese a lo triste que me siento por el reconocimiento de Matt, por sus palabras, noto que descansa su cabeza en mi estómago y posa una mano en mi vientre. —Matt, tenemos que llevar a Gisele a su dormitorio. Mañana avisaré a su hermano y a Noa... No es prudente dejarla aquí. —No se moverá de mi cuarto —susurra él—. No me importa lo que piense Scott, no me importa lo que diga nadie. Yo la voy a cuidar. «Yo quiero que me cuides. Serás mío, Campbell.» —Pero tú tienes cosas que hacer... —insiste Karen. —Dejaré a Denis a cargo de la empresa, como suelo hacer cuando es necesario. Me quedaré con ella hasta que esté recuperada. Karen, vete a descansar, te avisaré si te necesito... La herida me duele, pero ya no me quema, supongo que es efecto de los calmantes. Matt me vela y yo estoy feliz por ello: se preocupa, me necesita, me cuida... y yo haré que el sentimiento del que tanto recela sea hermoso para él. No me voy a rendir ante sus miedos, que son lo único que lo separa de mí. Intento abrir los ojos antes de volver a caer en el letargo y su silueta borrosa se perfila ante mí. ¿Son pastillas lo que sostiene en la mano? Sí, un bote... y creo ver que se toma un comprimido. ¿Qué es? ¿Qué le ocurre a Matt? No veo nada más. Noto unos pinchazos en la cabeza, unas manos acariciándome, un cuerpo dándome calor... así me despierto. Al abrir los ojos, me sorprendo. Matt está tumbado a mi lado, inclinado hacia mí, acariciándome la mejilla. Se me encoge el corazón al verlo, está muy triste. Tiene el labio hinchado, un pómulo morado. —Hola —susurro, sonriéndole. —Gisele. —Suspira con intensidad, apoyándose en mi frente—. Al fin se ha despertado. ¿Cómo se siente? Las imágenes de Dylan acuden a mi mente: dolor, forcejeo, desesperación. «Estás bien, Gisele —me digo—, estás a salvo.» —Estoy bien, tú tienes magulladuras. —Estaba tan preocupado. — Busca mi mirada, ignorando mis palabras—. Si le hubiese pasado algo, yo... —Estoy bien y todo es

gracias a usted. Lo llamé porque sabía que me buscaría, que no me dejaría en manos de ese salvaje. —Claro que no, claro que no. —Me retira el pelo de la cara, se lo ve compungido—. Ahora está bien, yo estaré aquí. No la dejaré. Y los sentimientos florecen dentro de mí... A veces no puedo ocultarlos. Mis ojos se llenan de lágrimas de felicidad ante su proximidad, aunque siga habiendo formalidad en su trato. —Señor Campbell, gracias por todo, usted es más de lo que yo jamás habría soñado. Cierra los ojos, afligido. —No diga nada más, estoy cansado, Gisele. —¿Por qué? ¿Le duelen los golpes? El gruñido que escapa de su garganta me asusta, no quiero hacerle recordar. Lo conozco y sé qué supone para él volver horas atrás. —Él no salió mejor parado. Y si vuelve por aquí, lo mataré. —¿Qué hora es? —De madrugada. Duérmase abrazada a mí y no se mueva, por favor, podría hacerse daño. — Asiento, no deseo otra cosa en este momento—. Le han dado puntos en la herida... Abráceme. Mañana quizá hablemos de ello. Y así, abrazados, recupero la calma, aunque con pesadillas, que Matt, con susurros, logra ahuyentar. Cuando amanece, abro los ojos y le sonrío al ver su expresión agotada; sus labios se ladean haciendo ademán de devolverme la sonrisa. —¿Cómo se siente, Gisele? —Me duele un poco la herida, pero estoy bien. Usted no tiene muy buena cara. —No ha sido una de mis mejores noches, pero no se preocupe, nunca suelo dormir demasiado. —Mira al frente, poniendo distancia entre él y yo—. La doctora vendrá pronto. ¿Tiene hambre? ¿Quiere comer algo antes? ¡Lo adoro! —Un zumo, por favor. —Me sonríe tenso—. También me gustaría bañarme, ¿cree que podré? —Claro, yo la ayudaré. —Me incorporo y lo atraigo hacia mí. —¿Le he dicho alguna vez que es usted el mejor? Niega pensativo, ceñudo. —Hasta enferma es usted así, ¿cómo lo hace? —Señor Campbell, es usted quien lo hace —le digo, sorprendiéndolo—. Me hace bien estar a su lado, usted me hace feliz. —¿Por qué me dice esas cosas? —Porque me gusta y porque puedo —me burlo picarona—, ¿no le gusta? Se acerca a mis labios, me los roza y besa con dulzura. —Sabe que me encanta... — Hace una pausa y me cubre de besos pequeños, delicados —. Toda usted me gusta. Inconscientemente, gimo... Me puede. —Gisele —me advierte, retirándose—, está enferma. —Sólo un poco. —¿Un poco? ¿Qué es un poco? —Un roce y otro... —ronroneo — y uno más. —No —responde cauto, levantándose de la cama—. Voy a por su zumo y no quiero juegos. Esta semana ha de hacer reposo. ¿Por qué me rechaza? ¿Es ése el verdadero motivo? La preocupación se apodera de mí aun sin quererlo, es extraño que se niegue al sexo, nunca antes lo ha hecho. Por otro lado, es verdad que estoy enferma. Tiene que ser eso o... la imagen de Dylan arrancándome el vestido le da asco y ya no me desea. ¡Ese hombre no me tocó! —¿Qué piensa? —Vuelve a la habitación, interrumpiendo mis pensamientos—. Está muy seria. —Pienso en el porqué de que me rechace. Nunca antes lo ha hecho. —Siempre tan directa —me reprocha, sentándose a mi lado—. ¿Le preocupa? —Sí. —¿Por qué? Me ayuda a incorporarme, dándome el vaso de zumo con una cañita, para que me sea más fácil beber. — Porque es raro, nunca antes lo ha hecho... No me gusta que lo haga. —Gisele, ya le he dicho el motivo, nada me gustaría más que pasarme el día teniendo sexo con usted, revolcándonos como me prometió anoche. —Casi me atraganto—. Pero no se encuentra bien y no quiero hacerle daño. —No le creo. —¿Por qué siempre me lleva la contraria? Si quiere provocarme no lo va a conseguir. Ya veremos. —Necesito un baño. — Termino de beber y le entrego el vaso, ofuscada —. Ahora. —No sea mandona, señorita Stone. —Quiero bañarme, por favor. Su expresión se relaja al levantarse para ir al cuarto de baño, aunque sigue escrutándome, vigilando cada gesto que hago. —Voy a prepararle el baño y le pediré a Karen que me preste un pijama para usted,

luego le compraré algunos. ¡Tonto! —No, yo ya tengo ropa. —Usted duerme con camiseta y así no va a dormir aquí. Tal vez venga alguien a verla y eso sería imprudente. He visto que los regalos que le di no están aquí. — Los tengo sin abrir en casa de Scott—. Karen avisará un poco más tarde a su hermano para que no se alarme y a Noa. Oh, oh... ellos. —Entonces, me voy a mi habitación ya. —Señorita Stone, tiene que estar una semana en reposo y será aquí. —Está bromeando. —Lo miro incrédula, pero no veo en él ningún signo de diversión—. ¿Está loco? Mi hermano Scott lo matará. —No me importa. Usted se queda conmigo y no me cuestione más. Con andares altaneros, desaparece en el cuarto de baño, la habitación contigua, y enseguida oigo el agua caer. Con sumo cuidado, empiezo a levantarme poco a poco, pero la puerta se abre de repente... Roxanne. —Me lo habían dicho, pero no quería creérmelo —me espeta, señalándome —. ¿Qué haces aquí? Me pongo en pie con cuidado, sin mover mucho el cuello y me calzo los zapatos para trasladarme a mi dormitorio, ignorándola. —¡Habla! ¡¿Qué mierda haces aquí?! Cuando estoy a punto de advertirle que su hermano está en el cuarto de baño, Matt irrumpe en la habitación. —¡Roxanne! —Ésta palidece—. ¿Por qué le gritas? —¿Qué te está haciendo esta mujer, Matt? ¿Qué os hace a todos? Un leve mareo hace que tenga que volver a sentarme de repente. Sigo estando débil y no me gusta la sensación. Quiero estar bien, en mi espacio, lejos de personas como ella. —Gisele, ¿qué le ocurre? — Matt corre hacia la cama, arrodillándose ante mí con expresión asustada—. ¿Qué sucede? —Nada, un mareo sin importancia —respondo, apartando sus manos, que intentan aferrarse a las mías—. Estoy bien. —¡Matt, ¿quieres demostrar un poco de vergüenza?! —exclama Roxanne horrorizada—. ¡Estoy presente! Su hermano pierde el control al mirarla. ¿Acaso ella no ve cómo se altera? —No me importa, Roxanne, quiero que te vayas ahora mismo. —Pero la joven no lo hace, sigue desafiante, esperando que yo discuta—. ¡He dicho ahora! —¿¡Qué te pasa!? ¡Nunca antes me has hablado así! —Se le llenan los ojos de lágrimas—. ¡Ayer Alicia se fue avergonzada de la fiesta! Mamá le advirtió que no se metiese con ésta y se niega a echarla a la puta calle. ¿¡Qué pasa!? ¿Karen hizo eso? ¿En qué momento? ¿Matt lo sabía? Ay, me emociono. —¡Mierda, Roxanne, la has hecho llorar! —la culpa Matt—. ¡Está enferma! Vete, por favor. Pero sin hacer caso a la advertencia de su hermano, ella se acerca a mí, apuntándome con un dedo amenazante. Percibo su odio, su desprecio. —Te lo advertí ayer, aléjate de él. —¿Ayer? —interviene Matt, cada vez más encendido—. ¿Ayer, por qué? —Matt, estabas en la cama con ella, ¡tenía que hacer algo! ¿Cómo puedes estar tan ciego? —Roxanne, no entiendes nada —le espeta él, abriéndole la puerta para que se vaya—. Sal, por favor. —¡Tu dinero es lo único que quiere, idiota! —¡Que te vayas! Antes de hacerlo, mira a su hermano con pena y decepción. La mirada que me dirige a mí no es de dolor, es de odio. —¿Por qué no me lo contó? — me pregunta Matt con cautela, acercándose —. ¿Cuándo habló con ella a solas? ¿Qué le dijo? —Era algo entre ella y yo. Digamos que amanecí con su bronca. —¿En mi habitación? — inquiere confuso—. ¿Se atrevió a buscarla aquí? —Lo hizo, sí. —Odio que no me cuente las cosas. No lo vuelva a hacer, Gisele. Él, que se lo guarda todo dentro, tiene el valor de reclamar algo así. —Usted tampoco me ha contado lo de Alicia. ¿Lo sabía? Se acomoda a mi lado, nervioso, pellizcándose el puente de la nariz. —Karen me lo contó ayer, al final de la fiesta —responde, mirándome a los ojos—. Le dijo que la dejara en paz, que se guardara sus malos modales con usted en esta casa o se vería en la obligación de echarla de la fiesta en su propio nombre y en el mío... Alicia se fue junto con Roxanne, avergonzada. Lo amo, Dios, lo amo tanto... —No tengo palabras —digo, con un nudo en la

garganta—. No sé... —No diga nada. Busca mi boca y mis labios, que rápidamente se amoldan a los suyos, explorando y disfrutando de su sabor tan exquisito. Mi lengua busca refugio en la suya, que me espera ansiosa, y nos besamos impacientes. Matt se muestra hambriento... yo voraz. —Gisele, tenga piedad, por favor... —Hace ademán de alejarse, pero no se lo consiento. Quiero más y quitarme el mal recuerdo de Dylan—. Gisele, basta. —Por favor. Vayamos con cuidado, sea tierno, suave... — Chupo, muerdo su labio inferior—. Sabe hacerlo así también. —Sabe que es usted mi locura, pero hoy tengo que negarme. —Le estoy suplicando... — gimoteo desabrochándole la camisa—. Hágalo... —No se mueva —ordena, librándose de mis brazos, contenido y excitado—. Me tiene al maldito límite. —Lo necesitas, tu cuerpo lo está pidiendo a gritos. —Chis... Silencio y quieta, ¿de acuerdo? Callo sin saber qué más decir para convencerlo, pero soy tan cabezota que no soporto pensar que me aborrece al recordar las manos de otro sobre mí. —¿Es por Dylan? Su respingo me hiela la sangre. Permanece de pie, agarrotado y en su actitud se perfila el animal que lleva dentro. —¿Por qué lo menciona? — pregunta alarmado—. ¿Por qué piensa en él? —¿Le doy asco después de...? —Me callo, no soy capaz de terminar la frase. —¿Está loca? —Usted dijo que... —¿No lo entiende? —me recrimina como si fuese obvio —. ¡Fue por mi culpa! ¡Usted me avisó cuando estábamos en la despensa y yo no quise creerla! —No podría haberlo evitado —balbuceo, acercándome a él—. No podía tener idea de sus planes. —Estuve atento, Gisele. Me despedí de Denis y luego vi que el miserable ya no estaba. Corrí hacia Karen y William preguntando como un loco por él, intuyendo dónde estaba... No me equivocaba. El muy cerdo se atrevió a tocarla, a lastimarla. —Las magulladuras no son nada. Sólo me desgarró el vestido y... —Cállese, me vuelvo loco si lo pienso. —Al cabo de un momento de silencio, pregunta—: ¿No lo va a denunciar? Rechazo inmediatamente hacerlo, me basta con la venganza que se cobró Matt, que sé que no es poca. —No quiero recordar lo que sucedió, ni quiero volver a encontrármelo. Aprovecho el nuevo silencio para acariciarle el pelo, los hombros, la espalda. Está tan pensativo y quieto que me impresiona pensar cómo soy capaz de calmarlo. A veces parece imposible, pero de una manera u otra lo hago, pese a que la inestabilidad de su carácter me supera. —¿Me ayuda a bañarme? — pregunto. —Claro, voy a añadir agua caliente. Debe de estar a punto de llegar la doctora. Me besa la frente y esboza una media sonrisa de compromiso. En cuestión de minutos vuelve a estar a mi lado con un pijama, ropa interior y unas zapatillas. —He ido a su habitación para buscar la ropa interior y las zapatillas —me aclara, antes de entrar en el baño—. Ya estoy de vuelta. Sonrío ante la idea de que me cuidase de la misma forma en casa, en «nuestra» casa. ¿Será atento en la vida cotidiana, romántico? —Señorita Stone, ¿se está riendo sola? Me ha pillado... —Sí, estaba pensando, pero nada que ver con usted. —Por supuesto —contesta riendo—. Vamos, ya está todo listo. Me ayuda a incorporarme, acompañándome con cuidado hasta el cuarto de baño, donde me espera una bañera llena de espuma... Es un amor. Lo miro embobada. ¡Tiene tantas facetas! —Ahora, despacio y cuidado con la herida, no debe mojarse. Con delicadeza, me ayuda a ir quitándome la ropa. Matt me mira de una manera tan agresiva que me hace humedecer. Luego me ayuda a entrar en la bañera intentando no mirarme, prohibiéndose el sufrimiento de no poder tocarme. —¿Puede bañarse sola? —Sí. —Bien, estaré atento. ¿Se va a quedar aquí? —Pero... —No me voy a ir —aclara muy serio. Suspiro accediendo, ¡qué cabezota es este hombre! Empiezo a enjabonarme y él se sienta frente a mí, con las manos apoyadas en las rodillas. Entonces le veo los nudillos. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —¿Eso por qué? —le pregunto, señalando sus

manos. —No es nada, báñese — contesta seco. Decido acabar pronto, con él aquí me siento nerviosa y cohibida. —Ya estoy lista, el cabello lo dejaré para cuando esté Noa. No dice nada, se levanta y me envuelve en un albornoz azul, un poco grande para mí, pero perfecto, porque huele a él. Me ayuda a volver a la habitación, donde se pone de cuclillas para secarme los muslos, las piernas... Gimo. —Gisele, déjelo de una maldita vez. —No me toque entonces — replico, con la respiración alterada—. Su tacto es irresistible para mí, Campbell. Y se ríe contento. —Jamás lo entenderé, un momento tan serio y al otro tan alegre.

Me viste con cuidado, haciéndome sentir como una niña tonta y pequeña. Cuando está con los últimos botones del pijama, se oyen unos golpes en la puerta.

—Ya termino yo —y añado burlona—, señor Campbell. —Será mejor que no me provoque. —A la orden. Y sonríe de nuevo. Al sentarme en la cama, mientras él va a abrir la puerta, veo el puño marcado en el armario; allí fue dirigida su rabia la noche anterior. Su frustración volvió a quedar plasmada. —Hola, cielo, ha llegado Carla —dice Karen, entrando en la habitación con una mujer joven y sexy. De pelo negro y hermosos ojos azules, traje negro ceñido. Instintivamente, busco a Matt con la mirada, pero parece ajeno a su atractivo—. ¿Mejor? —pregunta Karen dirigiéndose a mí. —Sí... gracias. —Hola, Gisele, soy Carla, la doctora que la atendió anoche —me saluda con cortesía—. Vamos a revisar esa herida y también voy a mandarle un antibiótico para prevenir una posible infección. Afirmo nerviosa bajo la mirada de Karen y de Matt. —Primero quiero hacerle una pregunta —dice, titubeando—. ¿Podrías estar embarazada? Lo digo para que el tratamiento no te pudiese perjudicar. —No, claro que no. —Karen permanece atenta, Matt palidece—. Uso... anticonceptivos, parches. —Bien, igualmente me tengo que asegurar por si ha habido un fallo. —Bajo la vista un momento. ¡Qué bochorno!—. Matt, Karen... Ésta tira de su hijo, que se ha quedado inmóvil. —Yo me quedo —anuncia—. Y no quiero objeciones, ¿de acuerdo? ¿Está loco o qué? —Matt, cielo, esto es algo íntimo —intenta razonar Karen, pero él se niega de nuevo...—. Matt por Dios. —Señor Campbell —le digo—, por favor, salga. —He dicho que me quedo. — La doctora está sorprendida, no entiende la situación —. No me miréis así. He dicho que me quedo. —Está bien, voy al cuarto de baño entonces — contesto enfadada—. No estoy embarazada, no hay ninguna posibilidad de que así sea, pero si tengo que hacerlo, acabemos con esto de una vez. Rechazándolo cuando él pretende ayudarme, me levanto y me encierro en el baño. Me hago la maldita prueba y, como cabía esperar, da negativo. —Bien, Gisele, la curaré aquí, ya que Matt está algo irritante. ¿Matt? ¿Lo tutea? ¿Habrán tenido algo? —De acuerdo. La herida pica, me molesta y me tira un poco; aun así el dolor es soportable. La médica me hace sentir cómoda en todo momento. Cuando ya hemos terminado, me extiende la receta del antibiótico. —La herida está bien a pesar del sangrado, es normal que se sienta molesta. Tómese esto para el dolor y para prevenir la infección. —Gracias. —Sonrío tan forzada como ella—. ¿Ya está todo? Un incómodo silencio se hace entre nosotras. Sé que la mujer quiere saber de mi relación con Matt, pero yo no voy a contarle nada. Sin más que decir, me despido de ella y salgo del cuarto de baño. Al abrir la puerta veo que Matt da vueltas por la habitación, mientras Karen intenta calmarlo sin conseguirlo. Al verme, palidece. ¿Qué le pasa, por Dios? —Hemos tardado porque me ha estado curando. Todo está bien —le informo, esperando que se tranquilice. —¿Y la prueba? —me pregunta Karen. ¿La prueba? ¡O sea que pensaban que podía estar embarazada! —N-Negativo, negativo — contesto confusa. Sólo entonces Matt se relaja—. ¿Podemos terminar ya con esto? —Claro, cielo, voy a llamar a tu

hermano y a Noa, en cuanto acabe con Carla... Prepárate, ya sabes. ¡Hora de convencer a Matt! Una hora más tarde, nos encontramos en el mismo punto. Se niega a que deje su habitación y argumenta perseverante para obligarme a quedarme con él, prometiendo que me cuidará. Me halaga, pero a la vez tengo miedo de la reacción de mi hermano, y de que llame a mis padres. Se me acaba el tiempo, lo sé cuando Karen entra. —Señor Campbell, por favor —ruego una última vez. —He dicho que se queda aquí —insiste inflexible—. Karen, hazlos pasar y vete, por favor. Noa corre preocupada hacia mí y Scott está asombrado al encontrarme en una habitación que no es la mía. Yo lo saludo temblorosa. —Cuidado con su nuca —les dice Matt. —Gracias a Dios que estás bien —llora Noa, acariciándome. Scott me besa en el pelo con afecto, aunque su expresión no lo acompaña. —¿Por qué no estás en tu habitación? —pregunta, traspasándome con la mirada—. ¿Qué haces aquí? —Yo la voy a cuidar hasta que esté recuperada —contesta Matt —, estará bien. —Gracias, Campbell, pero desde hoy la cuidaré yo. —Gisele no se va de aquí. —Una vez dice eso, Matt se sienta en la silla más alejada de nosotros—. ¿Cómo dices? —Scott —tercio suplicante—, aquí estoy bien. Mi hermano no da crédito y la verdad es que lo entiendo. Para colmo, no puedo explicarle las cosas como son. Temo que piense mal de mí, que crea que soy una cualquiera. —¿Te has vuelto loca? —me pregunta desconcertado—. Es tu jefe y, por lo que sé, tiene novia y va a ser padre. ¿Qué coño pintas tú aquí? Otra vez la paternidad, otro recordatorio de las cosas que nos separan. —Scott, sé lo que hago. —Gis —interviene Noa—, hay sitio en mi casa, vente conmigo. Veo de reojo cómo Matt traga trabajosamente, atento a nuestras palabras. ¿Teme que me vaya? —Gisele Stone. —La voz de mi hermano truena en la habitación, estupefacto, escandalizado—. ¿Qué significa esto? ¿Estás con él? Me callo, rehuyendo su mirada. Temo mentirle, no acostumbro a hacerlo y tengo mucho miedo a decepcionarlo. —Dime que no le has tocado un pelo. —Noa me sujeta cuando yo pretendo meterme entre mi hermano y Matt, que se ha levantado para ponerse a su altura—. ¿Has tocado a mi pequeña Gisele? —Ya has oído a tu hermana, aquí está bien. —¿¡La has tocado!? Matt se controla. Espero un grito, su ira, pero aunque está tenso, se mantiene calmado. —¡Malditos seáis todos los Campbell! —escupe mi hermano con los ojos abiertos, sorprendiéndome con su plural —. ¿Qué le has hecho? —¡Scott! —grito, con labios temblorosos al ver a los dos hombres que tanto quiero desafiándose—. ¡Se acabó, no quiero peleas! Sin importarle la presencia de ellos, Matt se acerca a mí y se sienta a mi lado, acariciándome, tranquilizándome con leves caricias. —Tranquila, Gisele. No pasa nada. Tranquila. —Callo sin saber qué decir—. ¿Quiere irse? —¿Usted quiere que me vaya? —No, pero no me puedo negar al verla... —¿Al verme cómo? Lo veo atormentado al pensar que puedo marcharme. Deseo tanto que me diga que me necesita aquí, que lo diga delante de mi hermano y de mi mejor amiga, expectantes ante la extraña escena, pero no dice nada. —Gisele... dígalo, no pasa nada. —Su voz se torna agria—. Elija lo que desee. —Vamos, pequeña — interviene Scott, mientras Noa se mantiene al margen—. Los días de reposo los pasarás en casa, luego te reincorporarás de nuevo... o no, ya lo hablaremos. ¿Dónde están tus cosas? —Scott... —Gis, por favor. Entiendo que te deslumbren ciertas cosas, pero no es el hombre que había esperado para ti. Hazme caso, sé de qué hablo. —Deja que sea tu hermana quien decida, yo no le haría ningún daño. Y, aunque defraudar a mi hermano es lo último que deseo, hago lo que siento, lo que mi corazón y Matt me piden en silencio. Sus manos me aprietan la pierna, sé que me cuidará como ha prometido y que estaré bien a su lado. —Scott, Noa..., me quedo aquí. Él se ha ocupado de mí desde que pasó esto, estoy bien. —Gis, ¡por Dios! —

exclama Scott—. ¿Qué pensarán nuestros padres, tus amigos? ¡Los Campbell! —Scott, te prometo que hablaremos con tranquilidad y a solas, no todo es lo que parece. — Mi súplica le influye, se ablanda; lo conozco muy bien—. Déjame aquí y no les cuentes nada a papá y a mamá. El viernes hablé con ellos y no quiero preocuparlos. —Pues lo están, dicen que hace unos días te notaron triste. —Por favor. —Te vendré a ver y, a ser posible, que él —señala a Matt— no esté aquí cuando lo haga. Espero que sepas bien lo que haces, no esperaba esto de ti. Se despide de mí con un escueto beso; Noa es más efusiva, pero yo estoy mal y, en cuanto se van, me acurruco en la cama, triste al pensar en la imagen que se llevan de mí y la forma en que les he estado mintiendo. —Tranquila, estoy aquí. Creía que se iría. —Matt se coloca detrás de mí y sus brazos me rodean el vientre con gesto posesivo—. ¿Está arrepentida de quedarse? —No —afirmo sin un ápice de duda—, es sólo que temo defraudarlos, tengo miedo... —Lo sé, Gisele, lo sé.

Los días van transcurriendo y no tengo oportunidad de hablar con Noa y Scott a solas. Matt permanece conmigo día y noche, no dejándome nunca sola y, aunque me gusta, también me agobia. No dispongo de nada de privacidad.

Cada mañana me ayuda a arreglarme, incluso ¡me lava y seca el cabello! Mi hermano, tenso, me visita sin aprobar mi actitud, dirigiendo a Matt miradas envenenadas. Noa está dolida conmigo, al haberle negado lo que tantas veces me preguntó.

William y Karen pasan todos los días a verme, de Roxanne no sé nada... Matt no entiende la postura de su hermana y la relación entre ambos es tensa y fría. Me siento culpable de distanciarlo de ella.

Con Eric, la relación es nula, pero sabe lo sucedido y se preocupa... Al resto de los empleados, se les explica que mi ausencia se debe a una gripe.

Dormir y amanecer con Matt es lo más hermoso que me trae esta mala experiencia. Durante las noches, busca la manera de entretenerme... tocándonos apenas un poco, resignada a lo cauto que se muestra cuando quiere y lo mucho que sabe controlarse...

Apenas duerme y su estado de ánimo oscila entre la euforia incluso con risa desenfrenada y la extrema tristeza. No sé qué esperar de él, puede pasar horas sin hablarme u horas haciéndolo. Ha hecho tres compras de ropa sin sentido y ha encargado un nuevo coche. Pasamos las tardes jugando a juegos de mesa, viendo la televisión o con enfados de los nuestros.

Hoy sí y mañana no, ahora te sonrío pero segundos después estoy tan seco que no hay quien me soporte. Así es Matt Campbell.

Hoy, sábado 9 de julio, Carla acaba de darme al fin el alta. Me ha quitado los puntos y puedo volver a la normalidad.

Pero algo me preocupa tras sus visitas: al igual que Alicia o Melissa, miran a Matt con deseo, lo ponen a prueba con ese toque de provocación que sabemos usar las mujeres, y yo temo perderlo.

Hoy he llegado a la conclusión de que debo buscar el momento adecuado y hacerle entender mis sentimientos, pese al riesgo que supone para la relación tan intensa y confusa que tenemos.

—¿Qué piensa? —Me sobresalto al oír su voz mientras me cambio de ropa para marcharme —. Se la ve muy callada y pensativa.

—Estoy sola, ¿con quién quiere que hable? —Es el día —suspira, sentándose en el borde de la cama—. Hoy se va. —No muy lejos, pero sí, ya es hora de que vuelva a mi habitación. Se queda callado. —¿Qué pasa, Campbell? Niega con la cabeza, pasando la vista por mi cuerpo,

completamente desnudo. Su mirada es un pecado y me humedezco como una tonta quinceañera. —Nada, Gisele. —¿Puedo hacer algo por usted antes de irme? —Coqueta, me siento a horcajadas sobre sus piernas—. ¿Puedo? —Gisele —gruñe jadeante—, no me provoque. —¿O qué? Lamo y chupo sus labios, su respiración se altera. —O no me importará haberla tomado hace un rato. —A mí tampoco —ronroneo, desabrochándole el pantalón. Muy tenso, aparta mis manos y se desabrocha con rapidez el pantalón, del que su enorme falo salta liberado. Le paso la lengua por el cuello, por la oreja. —Adelante —lo provoco—. Nada suave, lo quiero salvaje como usted. —Desvergonzada. Me hago la inocente parpadeando y él entra en mí de forma atropellada. —¡Ah! —me quejo—. Bruto... Mi insulto se pierde en su boca, porque, sin previo aviso, sus labios me devoran. Me embiste sin pudor, sujetando mis caderas para tomarme con fuerza, a su ritmo descompasado y alterado. Sus besos son tan agresivos que me araña los labios y el mentón con su barba incipiente. Sus manos recorren mis muslos poniéndome el vello de punta y vibro al sentirme tan deseada. —Toda la maldita semana conteniéndome —protesta con fiereza—. Y ahora no hace más que provocarme, pequeña traidora. Echo la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por el tórrido, sensual y agitado momento. Todo él es duro, me despedaza, me abruma con la potencia de cada acometida. —Me tiene loca, loca... Sabe utilizar su cuerpo tan bien para hacerme perder la cabeza — gimoteo, expresando la exaltación que me produce. Él me levanta, clavándose aún más adentro. Varonil, poderoso—. Ahh... bastardo. En ese momento se para de golpe. Su cuerpo se aparta del mío con aversión dejándome confusa. Se levanta y empieza a vestirse. —¿Qué pasa? —Me espanta la mirada que me dedica, la indiferencia que desprende—. ¿Qué? —No me toque. Me siento enloquecer. ¿Qué acaba de ocurrir? ¿Qué está pasando? ¿Por qué me rechaza? —¿Qué sucede? ¿Qué he hecho? —suplico angustiada, sujetándolo por el cuello de la camisa—. Por favor, no sé qué he hecho... Cierra los puños con rabia, pero finalmente se controla. —Háble me, háble me — imploro, pegándome a él. Buscando el calor de su cuerpo, haciendo que entre nosotros no quede un solo milímetro—. ¿Qué pasa? —¿Pretendía hacerme daño? —Su mirada me quema—. ¡Me acaba de llamar bastardo! ¿Sabe cuántas veces me han insultado así? ¡Prefiero que me golpeen antes que oír esa maldita palabra! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!, ¿cómo he podido hacer algo así? —Lo siento, lo siento, lo siento. —Beso sus labios, lo abrazo, desesperada por obtener su perdón—. No quería, ha sido sin pensar... Su mirada se encuentra con la mía y entonces se aparta una vez más de mí y se sienta en la cama, cubriéndose la cara con las manos. Algo se rompe dentro de mí al verlo así. Trago el nudo que se ha formado en mi garganta y me armo de valor. Él tiene que saber por qué yo nunca podré hacerle daño. Busco las palabras y me lanzo temblando, temiendo el final. —Quiero decirle algo para que entienda la realidad de mi arrepentimiento, algo que guardo dentro de mí y que ya no puedo ocultar más tiempo por lo intenso y poderoso que es. Se tensa, me mira alertado. Tomo aire, y, ante la opresión que siento en el pecho, lo tuteo: —Sé que me dijiste que ya hablaríamos antes de mi marcha, pero ya no puedo más. Más aún si puedes pensar que quiero hacerte daño. Matt... —¿Qué sucede? —Yo jamás podría hacerte daño voluntariamente, porque en el momento más inoportuno entendí que te amo... —Aprieta la mandíbula, no le gustan nada mis palabras. Sus facciones expresan una vez más lo que calla. Aun así, continúo—: Sé que no es lo que esperas de mí, sé que sólo te gusto como mujer, que no hay cariño entre nosotros, que necesitas mi compañía y que deseas mi cuerpo... Pero quiero decirte que mi amor por ti es tan grande, que no quiero perder esta oportunidad que me da la vida... —Gisele, no... Le pongo un

tembloroso dedo en los labios negándome a escuchar sus palabras. —Tal vez me equivoque y me vaya de aquí rota en mil pedazos, pero quiero que sepas que te amo y que voy a luchar por ti hasta que me lo permitas... Lo amo, mi señor Campbell.

15 Lo amo

ESPERO callada, palabras, reacciones, reproches, pero me quedo sin nada. Matt está como en estado de shock, mirándome sin verme, con la mirada perdida. Baja la vista al suelo y lo veo débil, asustado y tan vulnerable que me angustia. ¿Me he precipitado? Ya no importa, no es algo que yo pueda controlar, el sentimiento que me amarra a él no se puede esconder... ya no sé hacerlo.

—Matt —susurro, posándole una mano en el brazo, pero él se levanta y se aleja al instante; mi contacto parece quemarle, dolerle—. No hagas esto, por favor, no lo hagas.

Vuelve a mirarme, sé que puede ver la emoción en mis ojos, el miedo a perderlo.

—¿Que no haga qué? — masculla.

—Alejarte así de mí, no lo hagas, por favor —suplico, levantándome también, aún desnuda, propiciando un nuevo acercamiento—; sé que al decirte esto corría el riesgo de perderte para siempre, pero me es imposible soportarlo más... Te amo, Campbell, sé que es una locura, yo misma estoy asombrada. Tu misterio, tu forma de querer dominarme me hacían buscarte, necesitarte y, sorprendiéndome, he llegado a amarte.

La confusión le dibuja arrugas en la frente, sé que le cuesta asimilar lo que le acabo de confesar y aguardo. Debo esperar a que lo afronte, pero tras largos minutos de mutismo absoluto, decido seguir:

—No podía dejarlo así, tenía... necesitaba intentarlo. —Gisele... Me decepciona su cobardía, su estado. —¿Te vas a quedar callado? ¿No piensas decir nada? —le espeto, zarandeándolo por los hombros, exigiendo que reaccione—. ¡Dime algo!... Que me vaya, que soy una imbécil por dejarme llevar, pero no seas cobarde. Toma aire y se llena los pulmones antes de hablar por fin. —¿Qué quiere que le diga? — pregunta frustrado—. ¿Qué espera que le diga? —Algo, cualquier cosa. Di lo que piensas, pero no calles. Colérico, da vueltas en círculos, crispándose más a medida que su mente va analizando lo que acabo de decirle. —¡Pienso que esto es una maldita locura1 —grita al fin exasperado y luego calla. Pero no se lo admito y, con descaro, me coloco delante de él, mi cuerpo contra el suyo. Tentándolo—. Gisele, ¡está loca! Usted no tiene ni idea de lo que dice, sabe que yo no soy un hombre que merezca su amor. Me va conociendo lo suficiente como para entenderlo. ¡¿Por qué me cuenta esto?! ¡¿Sabe lo mucho que me tortura?! ¿Esto es todo? ¿Es lo único que me tiene que decir? —¡Eres un imbécil! —chillo furiosa—. Te acabo de decir que te amo ¿y qué mierda me dices tú? ¡Que te torturo! ¿Y yo? ¿¡Yo qué!? Cada maldito día muero cuando me tocas, cuando te siento conmigo. ¡Cada día muero al saber que me

voy a ir! Que te voy a dejar de ver... No puedo soportarlo. ¡Me duele! —Sabe que no estoy preparado para esto —confiesa, flaqueando al verme rota. —¿Te estoy pidiendo algo? ¿Alguna vez lo he hecho? — Secándome las lágrimas bruscamente, me vuelvo y cojo mi ropa—. No te he pedido que me ames... —¿Adónde va? —pregunta desorientado. —A mi casa, tu madre me ha dicho que me reincorpore el lunes, como bien sabes. —Consigo calmarme. ¡No merece lo que le doy!—. Aquí ya no tengo nada que hacer. No me ata nadie, únicamente el trabajo. —Gisele, ¿qué me está diciendo? —¡Que me voy! En menos de un segundo lo tengo encima, levantándome el mentón con un inesperado y brusco movimiento. —¿Se va?—brama aterrorizado—. ¿Me está dejando? —Pero ¡¿qué más quieres?! —¿¡Me deja!? Intento apartarme de su lado, pero no me lo permite. Me empuja hasta dejarme atrapada entre su cuerpo y la pared. Nos miramos a los ojos con la respiración alterada, echando humo. Suspiro. El calor de su piel es como un imán para mí, me incita a desearlo incluso odiándolo. —¿Qué estás haciendo, Campbell? —No se va. —Niega una y otra vez con la cabeza—. ¡No se va! —¿Qué pretendes ahora? ¡Qué! —No quiero perderla. — Busca mi mirada—. No ahora. —No ahora —repito, con el corazón en vilo—. ¿Y el día que me tenga que ir me dejarás marchar? Lo veo cansado, con unas ojeras tan marcadas que me dan ganas de abrazarlo y que duerma acurrucado a mí. —Siempre me está llevando al límite, no se conforma con nada, tiene que estar hurgando en las heridas. —Me sostiene más fuerte el mentón y se aprieta más contra mí—. Déjelo estar, ¿quiere? Cuando ese día llegue, ya hablaremos. —¿Qué significa eso? —¡Maldita sea! ¿No se cansa de retarme? —Me río—. ¿Qué le hace gracia? ¿Le gusta volverme loco? —No me has respondido. — Con semblante angustiado, sin previo aviso, se cuela entre mis piernas y me alza para invadirme en una vertiginosa arremetida, hasta que ambos gemimos alocados por la pasión—. ¿Qué me haces, Campbell? —¿Qué le hago? —pregunta, embistiendo de nuevo—. ¿¡Qué!? Lo rodeo con mis piernas y me sujeto a su nuca. —Gisele —me dice, deteniéndose—, no me lleve más al límite, estoy confuso. ¿No le parece suficiente ya todo lo que ha pasado? —No me ha contestado. — Trato de moverme, pero no me lo permite—. Sigo esperando. —Está acabando con mi paciencia. —Contéstame. —Chupo y saboreo su lengua, sus labios—. Y muévete, haz algo, dime algo. —No lo sé, Gisele, no lo sé — reconoce angustiado. Me retiro un poco, esperando más de él—. No sé si quiero que se vaya ese día o ningún otro. —No lo entiendo —insisto—. ¿Querrías más? —Gisele, créame que no quiero hacerle daño, no quiero decir algo que tal vez nunca pueda cumplir. Deme una tregua, por favor. Asiento angustiada y arrepentida, rozando mi nariz con la suya. —Está bien, está bien... Siento tanto haberte presionado de esta forma, lo siento mucho... Él vibra dentro de mí sin moverse, la sensación es excitante, cálida. —Gisele. —¿Mmm? —Me gusta mucho. Vuelvo a reír entre atropelladas arremetidas, al ver que está cediendo. —¿Qué le hace gracia? —No me voy a rendir — respondo, al retirarme para luego adelantar de nuevo las caderas—. No lo haré. Serás mío. —Gisele —dice entonces horrorizado, saliendo de mí para dejarme en el suelo—. ¿Qué clase de monstruo soy? —¿Qué haces? —Me alarmo, lo pierdo—. No, Matt... —Márchate —me pide, sentándose en la cama—. Nunca podré darte lo que necesitas. Me tutea mientras me arroja al vacío. —Escúchame... —Váyase, Gisele. —No me mira, ni siquiera tiene el valor de hacerlo cuando me está echando de su vida—. Me voy de viaje. No estaré aquí el lunes cuando vuelva. Es lo mejor, créame, lo es. —Entiendo. Soy muy... —Las palabras se estrangulan en mi garganta—. Soy demasiado poco para ti. Sin soportar un segundo más su desprecio, recojo la ropa que está en el suelo, me visto y lo miro por última

vez antes de salir de la habitación. No levanta la cabeza cuando abro la puerta y me marcho. Las lágrimas amenazan con escapar, pero no lo pienso permitir. Yo era fuerte antes de conocerlo. El amor es malo... te hace vulnerable, débil y yo me niego a serlo. Un mensaje en mi móvil me sobresalta cuando bajo la escalera con piernas temblorosas. ¿Será él? Mensaje de Thomas a Gisele. A las 10.00.

Gis, hace días que no sé de ti. ¿Vienes mañana a la playa? Tengo ganas de verte, Emma también viene con su «novio».

Quizá sea lo mejor, recuperar el tiempo con mis amigos y retomar mi vida nuevamente para poder olvidarme de él. No me quiere, me ha echado después de decirle cuánto lo necesito.

Mensaje de Gisele a Thomas. A las 10.02. De acuerdo, mañana nos vemos. Un beso, Thomas. Mensaje de Thomas a Gisele. A las 10.03.

Estaremos desde la mañana, sobre las once. Te esperamos, te quiero.

Finalmente las lágrimas desbordan mis ojos. ¿A quién quiero engañar? Me duele perderlo tan pronto, me duele perderlo sin tener la oportunidad de demostrarle lo que es amar a una persona...

—Gis —la voz de Noa me sobresalta—, estás llorando. —No tengo un buen día —le contesto con desgana. Pero cuando sus brazos me rodean, mi llanto arrecia—. Noa, no lo soporto. No quiero. Lágrimas y más lágrimas. ¿Siempre será así con él? ¿Habrá más después de esto? —Tranquila... tranquila, ven a la cocina. Melissa ha ido a la compra, vamos. Me dejo guiar por sus brazos, por su consuelo. Sólo quiero irme a casa, dormir, no pensar. —Siéntate. La obedezco, pero al mirarla no la reconozco. —Noa, ¿estás bien? —Ella rehúye mi mirada—. Estás muy pálida, ¿qué te pasa? Se sienta frente a mí y me coge las manos. Está rara, ¿tendrá que ver con Eric? —Gis, creo que no es el momento de hablar de mí. Supongo que habrás tenido tus motivos para callar y no contarnos lo que te estaba ocurriendo. Y te entiendo, tenías derecho a vivir tu vida sin que nadie te juzgara. Lo siento. —Gracias, hoy no tengo fuerzas para discutir. —Scott y yo estamos muy preocupados. Esta semana hemos visto que Matt te cuidaba muy bien, pero el hecho de que sea tan posesivo contigo no es lo único que no nos gusta... Gis, su novia está embarazada, ¿cómo es que a ti se te olvida? —No están juntos —susurro. —Pero podrían volver, va a ser padre. Ella va a tener un hijo suyo. Gis, te has enamorado, ¿verdad? Me tapo la cara con las manos, negándome a rendirme a un amor no correspondido. ¡No puedo seguir así! —No quiero, Noa, pero el maldito se me ha metido dentro y no me abandona. —Oh, Gis. —El amor es malo, te hace mucho daño. —Lloro sobre su hombro como una niña pequeña—. No se lo cuentes a Scott, si viene a verme, dile que estoy con Emma. No iré a su casa, no quiero discusiones. —Quédate en la mía, yo este fin de semana estaré con unas amigas. No te preocupes por Scott. Me acaricia la espalda intentando calmarme, pero yo no puedo dejar de pensar: «Él me ha dejado, se va de viaje y no nos volveremos a ver». —¿Habéis discutido? —Sí... —¿Él te ama, Gis? —No, Noa, no me ama — murmuro frustrada—; le gusto, se lo pasa bien conmigo... A su manera me necesita, pero no hay nada más. —Tienes que tranquilizarte, quizá sea lo mejor. —Lo quiero conmigo, ahora. —Gis, no te ciegues. Te cuida, sí... y es muy posesivo. —¿Por qué insiste tanto con eso?—. No sé, no me gusta y, sobre todo, por ese niño que viene en camino. Ese tema me asfixia. —Noa, no todo es como parece, hay cosas que no sabes, pero que no te puedo contar porque hice una promesa. —Ella se conforma. Mirándola a los ojos, añado—: Te pido que confíes en mí, créeme, no es fácil, pero no estoy haciendo nada malo. —De acuerdo, de la misma manera que tú respetas mi vida, yo lo voy a hacer con la tuya. Yo también tengo cosas que

contarte, pero todo a su momento. Primero tienen que resolverse algunos asuntos... —Al fin nos entendemos como antes—. Te quiero mucho, Gis... y, con Scott, tómatelo con calma, está muy afectado. —Lo sé, y yo también te quiero, Noa. Me abrazo a ella, a la amiga que nunca me ha fallado. —Gis. —Suena preocupada y la miro—. Esta semana he querido hablarte de algo, pero él estaba siempre ahí y no he encontrado el momento. Usas parche anticonceptivo pero estabas con antibiótico, ¿has tomado más precauciones? ¿Sabes que hay tratamientos que pueden reducir la eficacia del anticonceptivo? ¡¿Qué?! No. No, no puede ser. —¿Gis? La sangre me abandona. —Er... sí, sí, todo bien... Tengo algo que hacer, me acabo de acordar. Te llamo luego. Me mira ceñuda, pero aun así asiente. Desesperada, corro hacia mi habitación con una serie de preguntas bombardeándome. ¿El antibiótico ha disminuido la eficacia del anticonceptivo? Tengo que saberlo ya. Dios mío, no puede ser. ¡No, no quiero ser madre! Aún no. Desde que conocí a Matt, mi vida es una montaña rusa. ¿Dónde busco ahora a Carla? ¡Un momento! Ella me dio una tarjeta. Rebusco entre mis cosas y marco el número. —Carla Sánchez, ¿quién habla? —Er... hola, soy Gisele Stone... la empleada de los Campbell. —Hola, Gisele, ¿en qué puedo ayudarte? Falsa, contenida. —Tengo un problema y me gustaría verla personalmente, ¿podría ser ahora? —Se calla y supongo que tiene tantas ganas de verme como yo a ella—. Sólo si puede... —Claro, en la tarjeta viene la dirección de mi casa. Estoy aquí ahora mismo. —Salgo pues. Cojo mi bolso, mi móvil, que silencio para que nadie me interrumpa, y corro como alma que lleva al diablo. Me sorprende lo desierta que está la casa, pero no me paro a pensar y llamo un taxi de camino a la salida. Cuando llega, le doy la dirección. Mi cabeza es un caos. Todo me sale mal... No quiero un bebé ahora, aún no estoy preparada. En cuanto llegamos, le pago al taxista y me bajo nerviosa. La médica me espera a la puerta de su casa. No parece muy grande, aunque sí lujosa. —Hola, Gisele. Pasa, por favor. Al entrar, me conduce a la izquierda, a lo que parece su consultorio. Es amplio, acogedor y luminoso. —Siéntate. —Me señala la silla frente a ella—. Dime, ¿qué ocurre? Pareces preocupada. «Vamos, Gisele, directa al grano.» —Usted me mandó un antibiótico y yo uso el parche anticonceptivo... ¿Algún problema con eso? Estoy asustada. —No tiene nada que temer, Gisele. Ese medicamento no afecta a su anticonceptivo, de lo contrario, se lo hubiese hecho saber. Inspiro hondo, por fin una buena noticia hoy. —Gracias entonces, Carla — le digo, levantándome—. Me ha devuelto la vida. No sonríe. Más bien me contempla pensativa. —Sé que estás con Matt, ¿hasta qué punto es seria vuestra relación? «¡¿Y a ti qué te importa?!» —¿Y la suya? —Como bien sabe, soy su doctora, en realidad, la de todos los Campbell. —Sus ojos brillan amenazadores—. Estuve con Matt una vez, pero eso fue hace mucho... antes de que él comenzase con Alicia. ¡Maldita! —Pues Matt y yo sólo somos amigos fuera del trabajo —contesto a la defensiva, con un mal sentimiento—. Ha sido un placer conocerla. —No te creo con respecto a Matt. —No me importa. Hasta luego y gracias por su tiempo. Me mira sorprendida, pero me da igual. Desde el primer día que nos vimos ha buscado la forma de que me enterase de su aventura con Matt. ¿Para qué? Todas sus amigas y no amigas son iguales. ¡Te odio Matt Campbell! Una vez fuera, me quedo en la puerta pensativa. ¿Ahora qué? La pena de no estar con él vuelve a embargarme, la soledad al saber que ya no volveré a sentirlo entre mis brazos es insoportable... La pena es abrumadora. ¿Todo va a terminar así? Al llegar a la casita de Noa, veo que, en efecto, está vacía. Me pongo un cómodo pijama rosa suyo y me instalo en la habitación de invitados. Apenas son las cinco de la tarde, pero el día ya no puede ir peor. Enciendo mi iPod, que siempre me acompaña, y me dejo llevar por la música de Antonio

Orozco. ¿Dónde estará Matt, con quién? Ya lo extraño, cómo lo amo. La melodía me cala, dando paso al cansancio entre lágrimas.

Fue un abrazo de tu amor con guantes, con sonrisas que me regalabas, el saber que sin ti no soy nada, yo estoy hecho de pedacitos de ti. De tu voz, de tu andar, de cada despertar, del reír, del caminar, de los susurros de abril, del sentir, del despertar, aunque la noche fue gris, del saber que estoy hecho, de pedacitos de ti.

Unos suaves zarandeos me despiertan. ¿Quién está en casa? Asustada, apago la música y me vuelvo, encontrándome de cara con Matt, ahora señor Campbell.

—U-Usted... —Gisele, ¿dónde diablos ha estado? —pregunta nervioso—. La he buscado en casa de su hermano, en su habitación. He ido donde cenamos la otra noche. He entrado aquí pensando que no había nadie. ¿No lleva su teléfono móvil? ¡Mierda! Lo tenía en silencio... —H-He tenido cosas que hacer. —Lo miro confusa—. ¿Cómo ha entrado? ¿Qué hace aquí? —Su amiga me ha dado la llave. —¿Noa?—. Me tenía preocupado. ¿Preocupado? Lo que hace es venir a torturarme una vez más. —Ha estado llorando — afirma, aproximándose a mí y sentándose a mi lado en la cama. Me roza la mejilla y yo tiemblo—. Gisele, algo dentro de mí me empuja hacia usted una y otra vez... Intento evitarlo, pero no puedo. Míreme, otra vez a su lado cuando le prometí que no volvería a verla. —¿Por qué? —Me cautiva con su tacto, me hace pedazos, como la misma canción—. Dígame por qué. Necesito entender por qué me deja y luego me busca. No me gusta ser la muñeca de nadie. —No lo sé, no lo sé... Estoy muy confuso, Gisele —dice, mirándome a los ojos—. Estoy asustado por lo que provoca en mí, ¿no lo ve? Me ha confesado algo tan grande como... —no es capaz de decir la palabra—, ¿y qué hago yo? La empotro contra la pared para embestirla hasta quedar satisfecho, sin importarme la profundidad de su declaración. Oh, mi Matt. Por ese motivo me ha echado, porque no cree estar a la altura. —Entonces, ¿dónde nos deja esto? —pregunto. —Si quiere que me vaya, lo entenderé. Me abalanzo sobre él con desesperación e impotencia y sus brazos me rodean al instante. —¿De qué tienes miedo? — musito—. ¿Qué pasa? —Gisele, sabe que no es fácil. Le repito que no estoy preparado para esto. —No te exijo nada —lo tranquilizo con arrumacos—. No pido más de lo que ya tenemos. —Pero ya me está dando mucho... Demasiado y no merezco tanto. El miedo al amor, a amar y ser abandonado. —Déjate llevar —le imploro casi sin voz—. No pienses en nada, disfrutemos juntos... El tiempo te dirá qué será de esto que es tan fuerte que no me permite alejarme de ti. Y que a ti, aunque con menos emoción, te ata a mí. No le permito hablar de nuevo cuando va a hacerlo, sino que lo tumbo hacia atrás y lo cubro con mi cuerpo. Jugueteo con su boca, dándole leves mordiscos, seduciéndolo mientras me deslizo por su piel, y acaricio con mis manos su pecho musculoso y varonil. —Gisele —me dice, retirándome de él y dejándome desconcertada—. Ahora no. —¿Por qué? —Quiero que entienda que no sólo la busco para tener sexo. Me gusta estar con usted, me hace bien su compañía, me calma... —Oh, Dios—. Quiero pasear con usted. ¿Pasear? —Sí, no me mire así. ¡Quiere pasear! Me deja, pero luego me busca. Me calienta, para a continuación echarme un jarro de agua fría. ¿Qué hago con él? —Podríamos ver una película y comer algo aquí —propongo—, me parece un mejor plan. —Como quiera. ¿Vamos? Un poco confusa, acepto la mano que me tiende. —Parece aburrida, ¿no le gusta que haya venido? —¿Por qué sigue sin tutearme? —Ya se lo dije. Porque es usted mi empleada, cuando deje de serlo, podremos tratarnos ambos de tú. —En fin... como quiera. —Y ahora, dígame, a qué se debe su aburrimiento. ¿Es por mi culpa? Le propongo un trato: tome usted el

control. ¿Qué quiere hacer? Coqueta, empiezo desabrochándole los botones de la camisa azul que lleva. —Señor Campbell, usted sabe lo que quiero. —No me puedo creer que sea tan descarada. —Me sonríe, deslumbrándome—. Adelante, todo es suyo. —¿Hasta qué punto? —La pregunta se me escapa, pero no retrocedo—. ¿Sin reservas? —Gisele... No contesto y, con apremio, termino de desnudarlo. —¿Le gusta lo que ve? — pregunta. Yo asiento complacida—. Dígalo, Gisele, y prometo recompensarla. —Me encanta. Para su sorpresa, me arrodillo y él intuye lo que voy a hacer, pero no le doy tiempo a detenerme y rodeo su miembro con mi mano. —Gisele —gime, deteniéndome—, ¿quiere volverme loco? —Mucho más que eso.

—Dios, Gisele, me mata no sabe hasta qué punto. Nunca me sacio de usted.

Yo tiemblo aferrada a él con su cuerpo sobre el mío, después de que ambos hayamos culminado a la vez este fiero encuentro.

—Está muy callada. —Se incorpora lo suficiente como para verme la cara. Recorre con suavidad la herida de mi cuello y luego me acaricia los pechos—. ¿Está bien?

—Sí, satisfecha. —Le sonrío intentando borrar su expresión sombría—. Y ahora con otra clase de hambre.

—Gracias, Gisele, gracias por acogerme así. —Siempre. —Siento lo de hoy. —Lo sé. Sólo pienso en la sensación de volver a estar entre sus brazos, calentándome, juntos. Lo demás no importa. —A veces es romántico — murmuro divertida—. Y me encanta. —Vamos, señorita Stone — dice, levantándose de buen humor—, siempre desafiándome, pero no va a conseguir que me enfade. —¿Le apetece un sándwich de pollo? —le pregunto riéndome. —Lo que usted quiera. Salimos de la habitación y él me sigue a la cocina, donde me pongo a cocinar. —¿Le puedo hacer una pregunta? —Me mira con cautela, pero asiente—: ¿Por qué no me contó que se había liado con Carla? La pregunta no le gusta, lo desconcierta. —¿Quién se lo ha dicho? —Lo ignoro y continúo cocinando. Cuando entiende que no me voy a dar por vencida, me contesta—: No es importante para mí, fue algo que ocurrió hace años, cuando la contratamos. «¡Vaya, menuda profesional!» —¿Le importa? —pregunta secamente. —La verdad es que sí, me he sentido celosa. —¿Quién se lo ha dicho? —Es un secreto, y ahora, dígame, ¿trabaja en su casa? —Tiene una pequeña consulta allí, donde atiende los casos más sencillos. Normalmente, pasa visita en casa de sus pacientes y si el caso es más serio, hace que los trasladen al hospital. —Así puede revolcarse con sus pacientes. —No es el caso y no hablaré de ello. Termino de preparar los sándwiches de pollo y le sirvo el suyo. Al probarlo, me mira sonriente. —Está delicioso, sabe cocinar bien. —Sé hacer de todo, Campbell. Lo veo tranquilo, receptivo, juguetón y me pregunto si será el momento y, aunque no lo sé, lo intento. —Quiero saber una cosa. —¿Qué será esta vez? —Me gustaría saber más de su madre, de su día a día con ella. Deja de comer y se pellizca el puente de la nariz. Sé que ése es un tema prohibido, pero quiero ayudarlo y presiento que el núcleo de su problema está ahí. —Ya le dije una vez que apenas me hacía caso; no me faltaba de nada, pero me ignoraba. —La melancolía se apodera de él—. No siempre me respondía cuando yo le hablaba, tenía días que sí y otros que no. —¿Usted le decía que la quería? —Aprieta los puños y asiente contenido—. ¿Y ella se lo decía a usted? Come sin ganas mientras yo espero paciente. Se sirve un poco de zumo, bebe y vuelve a mirarme. —Se lo decía constantemente para que supiera que la adoraba — dice, tragando amargamente—. Ella casi nunca contestaba a esa afirmación y cuando lo hacía me decía: «Ya lo sé». Oh, mierda. —¿Es importante para usted que le digan que lo quieren? — pregunto con voz monótona, dando otro bocado. —Supongo que sí,

no lo sé. ¿Adónde quiere llegar? —Curiosidad. —Tan curiosa siempre. Seguimos comiendo en silencio. De vez en cuando me mira con recelo. Tengo la sensación de que me está ocultando algo, pero por esta vez decido no agobiarlo más. —¿Vemos un poco la televisión? —digo, interrumpiendo ese silencio asfixiante. —Claro. Vamos a la sala y me siento en el sofá. Cuando él se sienta a mi lado, me acurruco contra su cuerpo y, aunque no de inmediato, al final me rodea con sus brazos. Pero está lejos, pensativo. —¿Qué piensa? Está muy callado —murmuro sobre su pecho, cambiando los canales aburrida—. ¿Campbell? —Gisele. —¿Sí? —Dígamelo. Me tenso, sé lo que me está pidiendo, pero me asusta volver a repetir la frase. Es todo tan complicado, tengo tanto miedo de que se vaya de nuevo y me deje sola. Aunque por otro lado me siento feliz y emocionada de que me lo pida. —¿Gisele? —Lo amo, señor Campbell, lo amo. Suspira y yo me abrazo a él con más fuerza. —¿Desde cuándo? —No lo sé, sólo sé que lo comprendí... cuando me contó lo de Alicia. —Se remueve incómodo, no dudo que piensa que no fue el momento más oportuno—. Los humanos entendemos lo que nos sucede al rozar el límite. —¿Se arrepiente de hacerlo? ¿Hubiese elegido esto para su vida? Esta vez sí levanto la mirada buscando la suya. —Campbell, eso es algo que ocurre, que no se busca ni se espera. —Hago una pausa y miro sus labios—. Pero si pudiera, lo habría elegido de la misma forma, porque no me arrepiento de amarlo como lo hago. Es algo que duele cuando las cosas no van bien, que es muy a menudo, pero también es lo más hermoso que me ha pasado nunca. —Gisele... —¿Y tú, Matt, elegirías amarme?

16 Reconociendo el sentimiento

ME mira con agotamiento, mi forma de ponerlo a prueba lo supera y una parte de mí me regaña por comportarme así con él. Lo provoco, lo empujo lejos sin querer hacerlo.

—Déjalo —me disculpo—, ha sido una pregunta estúpida. —Estúpida no, sí con la profundidad que no me gusta. Veo que está sereno y me lanzo de nuevo. —Tengo otra... —Dispare y termine. Odio las preguntas y, sin embargo, usted no deja de hacerlas. Aguarda con expresión severa. Intuyo por su serenidad que no tiene idea del camino que voy a tomar. —¿Por qué tienes tanto miedo de amar? —No me tutee, Gisele, menos aún cuando se muestra tan cariñosa. Otra vez... —No me ha respondido, señor Campbell —digo con retintín. Me mira pensativo y por fin dice: —¿Por qué siempre me hace preguntas con tanto trasfondo? — Ahora soy yo la que no responde y él es consciente de que no lo haré hasta alcanzar mi objetivo—. Mi madre lloraba cada día porque amaba al cerdo que la abandonó... Fue su destrucción y también la mía. El amor es dañino, no quiero que me pase como a ella. Entiendo su inquietud, sus miedos, pero no sus cambios. Creo que no son lógicos y decido insistir e indagar más. —¿Es sólo por ella? —En cuanto me rehúye la mirada, sé que algo no va bien—. Hay algo que no me ha contado, ¿no es cierto? —Gisele, no quiero hablar de eso. —Es por una mujer, ¿verdad? — Resopla cansado, sin ganas de entrar en el tema que me preocupa—. Por favor —insisto yo. — Uno de los veranos que pasé aquí, conocí a una chica y, bueno, tuvimos algo. Mi primera vez fue con ella. —Está incómodo, y yo ya no sé si quiero seguir escuchando. Los celos me queman. Esa joven fue la primera para él—. Me gustó, fue una experiencia más. —Se lo ve incómodo. —Ella se sentía sola, tenía problemas en casa y se enamoró de mí. Cada día me buscaba en la playa, adonde yo solía ir solo, me pedía que quedásemos, insistía y, para no hacerle daño, cedí. —Echa la cabeza hacia atrás, recordando—. No conseguí sentir nada por ella, no era mi intención amar a ninguna persona fuera de los Campbell. Y después de los tres meses de verano, la dejé al volver a Nueva York. —Pero ahí no terminó todo — apunto. —No. Estuvo un año entero buscando el modo de comunicarse conmigo, siempre con la discreción que yo le pedía para que mi familia no supiera de ella. Y al volver al verano siguiente, me estaba esperando, dando por hecho que lo nuestro continuaba... Y yo volví a complacerla, a aceptar su compañía hasta que me agoté, agobiado por su forma de no dejarme respirar. No quería estar pendiente de nadie y ella no significaba nada en mi vida. Me mira y susurra apesadumbrado: —No se lo tomó bien, me siguió y me buscó llorando los dos siguientes meses que estuve aquí. No soportando más la presión, yo corté definitivamente nuestra absurda relación. —Reniega impotente—. Intentó suicidarse, se

cortó las muñecas... ¿Se da cuenta de hasta qué punto es enfermizo el amor? Te destruye. —¿Y se recuperó? —lo acaricio: lo noto lejos y no me gusta. —Sí, con ayuda de profesionales logró conseguir una cierta estabilidad —dice, tragando saliva—. Mi familia nunca supo por qué yo desaparecía, por qué estaba tan angustiado, después de parecer que me había adaptado a vivir con ellos. Gisele... no quiero recordar esto, hace tiempo que lo asumí y procuré olvidarlo. —Lo siento. —Arrepentida, lo abrazo por la cintura con cariño—. Sólo quiero entenderlo, saber más de usted, comprender cosas que percibo, que se me escapan. Me estrecha como yo hago con él. —Gisele, sé lo curiosa que es y vamos a terminar de una vez con esto, ¿de acuerdo? —Asiento sobre su pecho, quiero saberlo todo y nada. No sé hasta qué punto estoy preparada para saber más—. Se llama Amanda... y he mantenido el contacto con ella hasta hace varios meses. —¿Por qué lo perdieron? —Yo no quería que Alicia supiese de mi relación con ella. Y tampoco mi familia, ya que es una etapa de mi vida que quiero olvidar. La veía sobre todo por obligación. Amanda decía que con mi presencia se calmaba, que me necesitaba, aunque yo estuviese lejos... No supe negarme —se lamenta—. Hace dos años, conoció a un chico y, al no estar sola, se ha ido recuperando. Y con esto acabo, ¿de acuerdo? —Sí. Permanecemos abrazados, ensimismados, pero su silencio me produce pavor. Quiero ayudarlo, pero el camino escogido no es bueno para él, lo atormento. Me propongo animarlo, tengo que intentarlo. —¿Qué planes tiene para más tarde y para mañana? —pregunto, levantando la vista. Sus ojos verdes brillan distintos, ¿está reteniendo las lágrimas? Oh, Dios mío... —¿Planes? —repite confuso, suspirando—. Pensaba quedarme aquí con usted esta noche y que mañana pasáramos el día juntos, ¿no quiere? ¿No lo entiende? ¡Lo quiero todo de él! —Hay varios problemas — digo, pellizcándole la barbilla—: El primero, tengo que saber si Scott va a aparecer por aquí... Si mi hermano lo encuentra en mi cama, no será prudente. —Bien, en ese caso nos iremos a un hotel, pero hoy pasa usted la noche conmigo —sentencia con firmeza—. Diga el otro problema. ¿Cómo decirle que he quedado con Thomas? —Mañana he quedado con mis amigos para ir a la playa... Emma, su novio y... Thomas. —¿Una pareja, Thomas y usted? ¿Dos parejas? Cuénteme eso. Proponiéndome tranquilizarlo y hacerle olvidar las tragedias, me siento a horcajadas sobre él, con un ronroneo de complicidad. Tiene que adaptarse a mi vida como yo lo hago a la suya desde que lo conocí. —Al parecer, Emma se ha echado novio y lo va a llevar a la playa. Con respecto a Thomas ya sabe que es mi amigo y que con él no hay problemas de parejas, por supuesto. —Por supuesto. Entonces, ¿no quiere pasar mañana el día conmigo? ¡Qué bobo es! —Campbell, quiero pasar con usted todos los días de mi vida, creo que eso ya ha quedado claro. —No puedo evitar reírme al ver cómo palidece. Me acerco a su boca, pero él me rehúye—. Campbell... —Gisele, basta. —No me rechace. ¿Eso es lo que usted me pide a mí, no? —Por favor, no juegue conmigo. —Lo contemplo ceñuda. ¿De qué habla?—. No me ha respondido: ¿pasará mañana el día conmigo? —La pregunta es: ¿quiere usted pasarlo conmigo y con mis amigos? Ésa es la pregunta, ya que yo no voy a cancelar mi cita... Hace días que no los veo y están preocupados por mí. Se irrita tanto, que me suelta con rapidez y, levantándose, se pasea nervioso arriba y abajo de la sala. Oh, oh. —¡Eh! —grito, levantándome yo también y situándome frente a él—. No se le ocurra tocar un solo mueble. Se me queda mirando desconcertado y entonces deduzco su intención otra vez. ¡Qué hombre! —Tampoco ninguna pared o cualquier otra cosa de esta casa — añado acalorada—. Esa costumbre tiene que desaparecer en mi presencia. ¡No es lógico! —No quiero ir con Thomas, tampoco quiero que vaya usted. —No cambie de tema. —Gisele, se la come con la mirada —

ruge—. No vamos a ir con él. ¿Qué le digo ahora? Cuando se muestra posesivo o celoso no puedo evitar que mis barreras se tambaleen. Aunque quizá no sea buena tanta protección... a mí me encanta. —Sabe que no hay problema, véngase conmigo, por favor, me encantaría pasar el día en la playa con usted. —Titubea, se hace el interesante—. Podemos ponernos crema... Bañarnos juntos en el mar. Podemos hacer muchas cositas. —¡Dios mío! ¿No se cansa de ser tan descarada? —Niego con la cabeza, mordiéndome el labio inferior e incitándolo—. No parece un mal plan, excepto porque estará Thomas. ¡Qué hombre tan cabezota! —Olvídese de Thomas, él y yo sólo somos amigos. Yo ya le he dicho a quién amo y ése, aunque no se lo crea, es usted —le digo, enfatizando la última palabra—. ¿Contento? —Gisele —su voz es apenas un bisbiseo—; sabe que me desarma, ¿verdad? —No lo sé... —Pues lo hace, señorita Stone, me desarma muy a menudo. Es usted una niña tan dulce y traviesa que no sé cómo va a actuar en cada momento, siempre me sorprende. Me río, él también causa el mismo efecto en mí. —Quiero pedirle algo. —A ver —accede aburrido. —Mañana en la playa déjeme llamarlo Matt, como cuando fuimos a la piscina. Sería raro llamarle señor Campbell. —Aún no he dicho si voy a ir. Bueno, bueno, ¿sigue cabezota? Yo sé que vendrá, pero quiero verlo admitirlo y sé cómo hacerlo. —Como quiera pues. —Me marcho contoneándome—. Me voy a dar una ducha. Está usted en su casa, señor Campbell. —¿Ahora? —Tengo mucho calor. Al llegar al cuarto de baño, empiezo a desvestirme con sensuales movimientos que no suelo hacer estando sola. Pero sé que él me está mirando y quiero provocarlo. Me meto en la ducha y dejo que el agua resbale por mi cuerpo, deslizándose por mis sensibles pechos bajo su atenta mirada, pero no viene... Maldito. Vanidosa, me vuelvo de cara a él y me extiendo el jabón de coco por la piel, acariciándome con sensualidad y descaro. Sigo descendiendo por mi vientre, mis muslos, hasta llegar a mi sexo. —Gisele. —Hum —exclamo jadeante—: Diga. —Ya, basta. Pero yo, deseando sus súplicas y su proximidad, continúo. Sé que está excitado, su duro miembro vibra a través de la tela de su pantalón. —Esto no siempre será así. — Empieza a desvestirse—. No crea que me puede manejar a su antojo. —¿Por qué lo dice? —No se haga la inocente, ya nos vamos conociendo lo suficiente y... Suspiro al verlo desnudo. Mi dios griego por fin se rinde y viene hacia mí. —Abra las piernas —dice. Sin perder tiempo, yo obedezco. Me enseña su dedo y yo asiento, permitiéndole el acceso a mi cavidad... Lo introduce, lo saca y dice: —Gisele, me duele lo que voy a hacer. —¿Qué significa eso?—. Lo siento. Y entonces se aparta, dejándome desconcertada y frustrada. Alarmándome cuando sale de la ducha y empieza a vestirse de nuevo. —¿¡Qué haces!? —Señorita Stone, tiene que aprender que conmigo no se juega. —Se pone el pantalón, sonriendo controlador—. Voy a mi casa a recoger las cosas para ir mañana a la playa con usted. La veré más tarde. ¡¿Qué?! —¿Me vas a dejar así? —De momento, sí. —¡Maldito seas! ¡Que sepas que me voy a tocar sola, no me haces falta! Pero tras el chasco sufrido no lo hago, no soy capaz; sin embargo, Matt Campbell me las va a pagar a su vuelta. Me siento completamente desnuda en el sofá mientras miro la televisión, esperando a que llegue para atormentarlo sin dejar que me toque un pelo... La espera se hace larga y llamo a Noa. Quiero saber de Scott, aunque, con lo rabiosa que estoy, en estos momentos no me importa nada su opinión. —Hola, Noa, ¿sabes algo de mi hermano? —Tranquila, lo he solucionado todo. Aunque le he prometido que le darás todas las explicaciones —susurra bajito y oigo a Matt al fondo—. ¿Estás bien? —¡No! Estoy que me subo por las paredes, pero no te preocupes... Lo superaré. —De acuerdo, intuyo por quién va la cosa. —Mañana hablamos —le digo enrabietada. Voy a colgar, pero no lo hago al darme cuenta de que

Noa sigue al teléfono. ¿Por qué? —Señor Campbell, dice Gisele que está bien y tranquila... —la oigo decir—, pero yo más bien la he notado irritada y dice que se siente frustrada. ¿Qué le ha hecho? —No querrá saberlo. Oh, Matt Campbell, no sabes qué te espera a la vuelta. Pensando en cómo lo mortificaré, me duermo. Noto unas manos en mi cabello, y unas suaves caricias. Me despierto y ahí está, mirándome tan tranquilo. —¡Usted! —grito, señalándolo con el dedo—. No se acerque a mí. Oh, no, no me va a tocar... Su noche va a ser muy larga. Una noche entera contoneándome delante de él, provocándolo. Y, aunque hace ademán de tocarme, no se lo permito. Por la mañana mi humor no ha mejorado. Lo veo ansioso e inquieto, pero no me importa. Su tortura significa torturarme a mí misma... Tengo tantas ganas de besarlo que estoy a punto de suplicarle. Sin embargo, no lo hago. —Ya estoy, ¿nos vamos? —le digo de mal humor una vez estoy lista—. ¿Qué mira? —¿Qué biquini lleva? —¡No le importa! —Gisele... —me dice, entrecerrando los ojos—, deje ya el maldito berrinche. —O me lleva o me voy. Abro la puerta cediéndole el paso. Quizá en la playa pueda descargar la rabia que me quema por dentro. Estoy húmeda y necesitada... Ardo por él como él por mí, pero conmigo tampoco se juega. —Ya hemos llegado, señorita caprichosa. No me pienso reír, no le daré ese gusto. —Compórtese —es lo único que le digo ante su asombro—. No quiero líos. —Gisele, ¡déjelo ya, me ha dado una noche de mierda! —Y lo que le queda —lo reto cara a cara—. Usted no me conoce, Campbell. Con una sonrisa forzada, salgo del coche y busco a mis amigos: mi desahogo y espero que mi diversión. —¡Gis! —grita Emma, abalanzándose sobre mí—. Te he echado mucho de menos. —Yo también. Mucho, muchísimo. —¿Cómo estás? —Bien... Me ha quedado una pequeña marca, pero no se ve con el cabello. Nos abrazamos como dos niñas, pero al apartarse y mirar detrás de mí, se queda inmóvil. —Oh, Dios mío... ha venido contigo. Me vuelvo, fingiendo indiferencia, pero la verdad... tampoco yo puedo evitar embobarme. Con sus bermudas rojas, camiseta gris y ese cuerpo tan perfecto, Matt está de infarto. No soportaré mucho la tensión de no abrazarlo. —Eh, tu novio se va a poner celoso —regaño a Emma, volviéndome hacia ella—. No es para tanto... Y dime, ¿dónde está el chico? —Oh, al final no ha podido venir, le ha surgido un compromiso familiar... —¡Emma! —Me mira horrorizada al oír mi grito—. Por Dios, deja ya de mirarlo así. —Ups, perdona —farfulla avergonzada—; mira, ahí está Thomas. Abro los brazos para recibirlo. Me abraza con una sonrisa de oreja a oreja hasta que mira detrás de mí y le cambia el semblante. Le he jodido el momento... Uf, qué día. —Hola, Thomas —lo saludo—. ¿Cómo estás? —Gis, ese tipo viene hacia aquí. ¿Tan seria es vuestra relación? Siempre la misma pregunta. ¡No tengo respuesta! —Thomas, vengo a pasarlo bien con vosotros, por favor, no quiero problemas. —Matt llega a mi lado y me pasa un brazo por la cintura con un leve empujón, marcando territorio—. ¿Vamos, Thomas? —digo yo. —Claro... Caminamos juntos hasta donde tienen sus cosas. Muy cerca de la orilla y al lado de tumbonas y sombrilla. —¿Tumbona o toalla? —le pregunto a Matt sin mirarlo. —Gisele —dice y se para frente a mí, levantándome el mentón con un dedo. Se lo ve arrepentido y yo tengo muchas ganas de perdonarlo—. Le pido por favor que hoy no me lo ponga muy difícil. —¿Tiene algo que decirme? —Sí... Suspira hondo y cruza los brazos sobre el pecho. —¿Y es? —Siento lo de ayer. Mi orgullo me abandona a una velocidad de vértigo. —Yo también, Campbell, es usted muy cabezota. —No soy el único. Deseo abrazarlo, besarlo, pero me corto al estar en público y no saber cómo lo interpretaría él. —No lo haga —me ordena. —¿El qué? —No se contenga, Gisele, hágalo. Sonriendo por cómo sabe ya interpretarme, lo rodeo con los brazos por la cintura y lo beso en el pecho. Qué

complicado y a la vez hermoso es amarlo. —Gracias, Campbell. —Matt —me recuerda tenso—. Hoy llámeme Matt. Ya está incómodo, alerta y esta vez decido no callarme lo que me produce ver sus atenciones, su forma de cuidarme. —Matt, ¿te he dicho ya cuánto te amo? —Gisele. —Me besa la frente, apoya la suya en la mía y ya me tiene temblando—. ¿Por qué me hace esto? —¿Qué hago? —Lo sabe, no siga por ahí. Y se calla. No lo soporto. —¿Puedo besarte? —Si así lo quiere, sí... — Cierra brevemente los ojos—. Pero poco, por favor. —¿Poco? —repito—. ¿Qué es poco y por qué tendría que hacerlo así? —Gisele, me tiene al límite. Anoche me provocó paseándose desnuda y sin dejarme tocarla. Si me besa como lo suele hacer, la voy a tomar aquí delante de todo el mundo, y créame que no me dará vergüenza. Me sorprendo, no esperaba esta afirmación tan llena de necesidad. ¿Tan perversa me he vuelto? Cómo me gusta, cómo me pone. Cariñosa, le doy un tierno y delicado beso, procurando no encenderlo ni encenderme yo. —¿Bien así, Matt, o he sido demasiado suave? —Me mata... Véalo usted misma. Arremete contra mí y gimo cuando su erección golpea mi muslo pidiendo desahogo a gritos. —Siéntate, anda. —Al volverme para coger la crema, veo que mis amigos me observan escandalizados—. ¿Qué? A Emma le hace gracia la situación, pero Thomas niega asqueado con la cabeza y se acerca a mí. —¿Podemos hablar, Gis? —Gisele, por favor, ¿me pones crema? —La voz de Matt es gélida—. No quisiera quemarme. Me estremezco, es un pulso entre ellos. ¿Matt o Thomas? Poco hay que pensar. —Thomas, dejémoslo para luego, por favor. Te aviso, ¿de acuerdo? —Como quieras. Tú verás lo que haces. —¿Algúnproblema, Thomas? —interviene M a t t arrogante—. ¿Eh? Pero mi amigo opta por ignorarlo, gesto que agradezco. Tengo por delante un duro día con un par de titanes como éstos. —¿Qué haces? —increpo a Matt—. ¿Qué pretendes? —Le ha hablado mal, no me gusta que lo haga. Y tampoco cómo la mira. —¿Ya estamos otra vez? —La culpa es de usted, siempre de usted —me recrimina, quitándose la camisa. Suspiro y, controlándome, me desprendo del vestido de espaldas a él quedándome en biquini, ¿le gustará? —¡Gisele! —Asustada, giro sobre mí misma. ¿Ahora qué le pasa?—. ¿Adónde va a así? —¿Así? —Venga —ordena, tendiéndome una mano. Yo se la cojo confusa y él me sienta en la hamaca, entre sus piernas, con él detrás—: No se moverá de aquí. Lo miro por encima del hombro. ¿De qué habla? —Ponga la cara que le venga en gana, pero de aquí no se moverá —repite—. Todos los hombres la están mirando o, mejor dicho, devorándola con la mirada, y Thomas no le quita ojo. —Está irritado y muy irascible—. Gisele, le juro que como alguien trate de pasarse con usted, no respondo. —Matt, definitivamente estás loco. —Contemplo el apacible mar sin entender sus celos—. Nadie me está mirando y por tu bien espero que te comportes o, de lo contrario, te irás de aquí y yo me quedaré sola con todos esos hombres que dices. —Siempre amenazando. Deme la crema, no vaya a quemarse con este sol. —Toma. —Se la tiendo sin mirarlo—. Por cierto, es hora de que me tutees, no entiendo esa manía, cuando en realidad estamos más tiempo juntos que separados. —Alicia ha venido —dice de repente—. Me ha contado lo sucedido entre las dos. Los celos me matan. ¿Por qué no lo deja en paz de una maldita vez? Otro encuentro en el que habrá aprovechado que lo tenía sólo para ella; el miedo a que él caiga me devora. —¿Qué quería hoy? —No se ponga tan seria —me murmura al oído—, odio verla triste. —Respóndeme. —Reprocharme que no me haya preocupado de ella, que la defienda tanto a usted.. Me ha explicado que se enfrentaron y... —Y cállate, no me voy amargar el día por su culpa. — Molesta, me cruzo de brazos—. Todas esas que te rodean son unas mujerzuelas. Ya era hora de que alguien la pusiera en su sitio. Cuando su mano se posa en mi hombro para extenderme el

protector solar, soy consciente del gran error que he cometido. Estoy tan hambrienta de él, que esto va a ser una tortura. —Es usted tan suave... — gime, extendiendo la crema—. Lo de anoche fue muy ruin. —Te lo merecías. —La vi dormida y deseé acariciarla, hundirme en usted —murmura febril en mi oído—. No vuelva a hacerlo o seré yo quien no tenga piedad, ¿entendido? Yo no digo nada y él continúa atormentándome, aplicando la fría crema por mi espalda para descender luego hasta mi cintura, mi vientre... Anhelo sus manos, sus caricias. —¿Sabe?, me tiene muy excitado. Quisiera atraparla sobre la arena y verla cabalgar sobre mí, con sus pechos oscilando y mordérselos hasta que me pidiera clemencia. Y sigue bajando. Me va a dar algo. Lo que me dice es indecente y no sé detenerlo. —Gisele, ¿no quiere? —Niego sin decir nada; el maldito nudo que se me ha formado en la garganta no me lo permite—. Sólo pensar en tomarla y devorar esa boquita suya tan descarada me vuelve loco. Cierro los ojos, permitiendo que sus palabras me seduzcan. —Por favor... —imploro. —¿Por favor? —Su boca juega con el lóbulo de mi oreja, me lo lame y chupa. ¡Maldito!—. Diga, ¿qué es lo que pide por favor, que la tome o que me calle? —Que te calles. —¿Que me calle? ¿Seguro? —No. —Entonces, ¿qué quiere, Gisele? —Que me tomes, que hagas lo que quieras conmigo —me rindo completamente a él—. ¿Nos bañamos? —¿Usted qué cree? —Alzo una ceja, no soporto más la tensión—. Vamos. Me levanto contenta como una niña pequeña el día de Reyes. Matt se levanta también, me coge la mano y caminamos juntos por la orilla del mar como una pareja. Me fascina lo relajado que está, lo cercano que se muestra. —¿Qué piensa? —pregunta, colocándome un mechón detrás de la oreja—. Parece distraída. No lo pienso, simplemente lo suelto. —¿No me quieres al menos un poco? —Baja la mano e, irritado, se mete en el agua—. ¡Matt! ¿Eso ha sido un sí o un no? Me zambullo en el agua, intentando calmar mi excitación y al salir a la superficie me veo rodeada por sus brazos, que me llevan lejos... Cuando la distancia es suficiente, me sujeta contra él, con su torso pegado a mi pecho, subiendo y bajando agitado. —Sé que me tienes cariño. No me amas, pero... —lo provoco— me tienes mucho cariño. Lo sé. —Gisele, déjelo. —Me quieres —afirmo de nuevo, segura de mí misma, mordiendo y lamiendo sus labios—. Me muero porque me lo digas, lo deseo tanto... —Sabe que no lo haré. —¿No va a hacer qué? ¿No quererme o no decírmelo? —No responderé. —Me alza entre sus brazos—. Disfrútelo. —¡Ah! Me penetra duro y salvaje y todo se vuelve borroso. Al terminar, me derrumbo contra él, cansada, agotada. Matt me abraza una vez más y yo me muero de amor. —Gisele —murmura contra mi garganta—, ¿me oye? —Claro, dime. —Quiero que sepa que lo hago. —Lo miro, intrigada al oír su tono tan intenso—. Es lo único que le voy a decir. —No lo entiendo. —Lo entiendo yo y con eso es suficiente. Luego me besa voraz, transmitiéndome una emoción distinta a la de otras veces y, aunque espero, no dice nada más. Me lleva de vuelta con él a la tumbona, donde se seca, mientras yo me escurro el agua del pelo. Thomas me llama con el dedo... Es hora de prestar atención a mis amigos. —Matt, tengo que hablar con Thomas —le digo—. Vuelvo enseguida. —No, no quiero. —¿No quieres? No te he pedido permiso. —He dicho que no —insiste, frustrado —; venga conmigo a la tumbona. —No —lo desafío, encarándome con él, erguida y altiva—. Tú no eres mi dueño. —Es mía, que no se le olvide. Me sujeta del brazo y yo, igual de arrogante, me acerco hasta tocar su nariz con la mía. —Suéltame. —¿O qué? —O te diré algo que no te gusta oír. Le sonrío y le guiño un ojo. ¿Siempre vamos a tener que estar con este tira y afloja? —¿Como qué? Está ansioso, sus manos me recorren la cintura, la espalda. —Te amo, Matt, te amo mucho. Y hace lo de siempre, no decir ni media palabra. —Te callas, ¿verdad? Matt Campbell,

eres un cobarde que pide y no da. —Me empuja y me besa, no, me devora con tanta avidez que me confunde y al retirarse no puede tener una expresión más concentrada—. ¿Qué piensas? No soy capaz de entenderte. —Ni yo tampoco. —De acuerdo, pero algún día yo espero hacerlo —respondo resignada—. Ahora voy a hablar con Thomas. Prometo no tardar y ser buena chica. Con reticencia, me deja ir... Mi amigo me espera y al principio no menciona a Matt. Pero entonces me ve la marca del cuello y, al mirármela, me pone de perfil y yo me encuentro con los ojos de Matt, que me observa con la mandíbula apretada, todo él extremadamente tenso. Se lo ve atormentado y en sus labios me parece leer: —Estoy perdido.

17 Una mentira, una confesión

¿PERDIDO en qué sentido? ¿Qué estará imaginando ahora? Thomas me dice algo, pero yo no lo escucho, absorta en Matt, en lo que éste pueda estar pensando o sintiendo.

¿Ha hecho una mueca de dolor? Maldita sea, ¿qué le sucede? —Gis, ¿me quieres prestar atención un momento?. —Le hago a Matt un saludo cómplice con la mano esperando la misma respuesta... Con desánimo, veo que no llega—. Gis, joder. —Thomas —carraspeo incómoda—, tengo que irme. —Gis, espera. —Su brazo me detiene cuando yo hago ademán de marcharme—. ¿Qué sucede? No te reconozco. No eres la misma que conocí. La chica distante y recatada con los hombres que se te acercaban... Ahora te estabas rozando con él y luego os habéis ido juntos a lo lejos. ¿Para qué? ¿Cómo que para qué? ¿A él qué le importa? —Thomas, no quiero ser brusca, pero eso no es asunto tuyo —contesto, forcejeando para que me suelte—; Thomas, ya basta. Si vas a seguir en este plan, quizá lo mejor es que dejemos de vernos un tiempo... Quiero a Matt, entiende que tú siempre serás un amigo. —¿Que lo quieres? Si apenas os conocéis. ¿Estás loca? —Quizá lo esté... Nunca he conocido a nadie como él. En unos pocos días me ha hecho sentir lo que otros no han podido en años. ¿Me sueltas? —Gisele. —Matt está a mi lado, atrayéndome hacia él—. ¿Qué ocurre? —Nada, me despido de Thomas, nos vamos. —Suéltala —le exige a éste con voz amenazante—. No pongas a prueba una paciencia que contigo no tengo. —No he terminado de hablar con ella. ¿Qué demonios le sucede a Thomas? —¡Que la sueltes! —Matt, por favor —imploro—. Me soltará ahora mismo. Tiro del brazo para alejarme, pero Thomas me sujeta aún con más fuerza y entonces Matt le da un golpe seco y por fin me deja ir. —¡No vueltas a tocarla nunca! —¿Quién mierda te crees que eres? ¿Qué coño estás haciendo con ella? —¡Thomas, déjalo ya! — Furiosa, me vuelvo hacia Matt, que lo mira a punto de estallar—. Vamos, Matt, llévame a casa de Noa. Pero él no me escucha y los dos terminan enzarzados en una nueva pelea en medio de la playa llena de gente. Veo correr a Emma y yo lo hago en dirección contraria. Estoy harta de absurdos enfrentamientos sin sentido... —¡Gisele! No me detengo, cojo mis cosas al vuelo y me marcho de la playa hasta perderme de vista.

Paso la tarde vagando por Marbella, por las calles peatonales del centro, lamentándome interiormente como una completa estúpida y con el móvil apagado, para que Matt no pueda contactar conmigo.

Sé que estará furioso, sé cuánto odia que lo deje sin avisar, pero tiene que aprender a controlarse. Vivir así es hacerlo en constante congoja y no pienso permitírselo.

Llamo a mis padres, que están preocupados por mi falta de noticias... Me excuso con el

trabajo, pero nunca antes hemos estado tan distanciados. Sobre las diez de la noche, cuando por fin me siento más calmada y preparada para enfrentarme a Matt, decido volver a casa de Noa.

Pero al entrar, jadeo espantada... Matt ha puesto la sala patas arriba. No ha roto nada, pero todo es un caos.

—¿Dónde ha estado? — pregunta áspero, dándome la espalda—. La he buscado en todas partes. ¿Con quién se ha encontrado?

Ignorándolo, entro y cierro la puerta tras de mí, voy hasta la habitación y me dejo caer en la cama. Ni siquiera sé cómo me siento. A su lado, mis emociones se disparan, son inestables: como él mismo, como nuestra relación.

Oigo sus pasos acercándose y veo que se arrodilla a mis pies. Tiene el labio hinchado y me mira con ojos desorbitados. ¿Qué voy a hacer con él?

—Contésteme, Gisele, me va a volver loco. —Ya lo estás —murmuro—. Te advertí que no tocaras las cosas de Noa. —Que no las rompiera. A pesar de la pena que siento por él, no titubeo y, dejándolo, me voy hacia el cuarto de baño. —No te voy a responder hasta que todo esté en orden. Me voy a dar una ducha y cuando salga quiero verlo todo en su sitio. —Gisele, ¿dónde ha estado? —Ya me has oído. No me importa si estás enfadado, porque yo lo estoy más. No pienso levantar la voz ni alterarme y ahora... ordénalo todo. Me encierro en el baño y, mientras me ducho, lo oigo protestar y refunfuñar. Cuando termino, lo espío a través de la puerta entreabierta. Va de un lado a otro recogiéndolo todo, pero también veo que se detiene de vez en cuando, se sienta y parece pensar. De repente se levanta y se ríe. Experimenta cambios de humor constantes que yo no entiendo y que él no me explica. Confusa, me meto en la cama y finjo dormir cuando aparece después de, al parecer, haber ordenado la sala. Se acerca y se acuesta a mi lado, pasándome la mano con delicadeza por la marca del cuello, consiguiendo que yo tiemble y flaquee. Me abraza y suelta un sonoro suspiro. Con la tranquilidad recuperada, me duermo junto al hombre que me está quitando el sueño. —Mía —oigo a lo lejos. Es Matt, que habla dormido —. Mía — repite. No sé qué sueña, pero lo acaricio. Está lleno de ternura, aunque a veces se descontrole. A menudo tiene la expresión de alguien extraviado, como que busca su lugar; sin embargo, yo sabré guiarlo. —Matt —susurro, al notar que está despierto. Vuelvo a pensar que no duerme las horas que debe—. ¿Por qué lo has hecho? —No ha sido mi culpa, ¡no lo defienda! — Suspira agitado, aferrado a la almohada, abriendo y cerrando los puños—. No la soltaba. Usted quería que lo hiciera, pero él no se lo consentía. Incluso se ha permitido sujetarla del brazo, como si de algún modo le perteneciera. Yo sólo quería protegerla, es mi obligación. —Él no me iba a hacer daño. Lo veo tensarse. Por algún motivo, no asimila mis palabras. ¿Es una obsesión lo que lo ata a mí? —No me malinterpretes — añado—, no estoy excusando a Thomas ni mucho menos, pero hay otras formas de resolver los malentendidos. Te has pasado y, sobre todo, lo que más me ha dolido es que, aunque te he pedido que te vinieras conmigo, no lo has hecho. Además, había mucha gente y yo odio esos espectáculos. —Supongo que lo siento, pero no por él. — Mírame, Matt. Coge aire antes de hacerlo. Me escruta serio, decaído. Yo miro a mi vez su perfecto y bien cincelado rostro. Tan hermoso y enigmático. —Matt, sé que eres muy complicado y, créeme, hago lo posible por entenderte, pero no siempre soy capaz. Pese a todo, estoy aquí para lo que necesites. —¿Hasta cuándo, Gisele, hasta cuándo podrá soportarlo? — Siempre que me necesites a tu lado. No te pienso abandonar, aunque me vuelvas loca con todas esas alteraciones. Quiero ayudarte, pero debes dejarme hacerlo... No me apartes de tu lado. —

Sabe que no lo merezco. — Puedo sentir el nudo que se le ha formado en la garganta—. Pero no deje de hacerlo. Sonrío ante su vulnerabilidad. Se refugia en los circunloquios, sin expresarse con la claridad que ambos necesitamos. —Me tendrás aquí siempre, Matt, no me iré. —Lo hará —replica, rechinando los dientes—, lo sé, sé que será así. —No voy a discutir eso, es absurdo que yo trate de convencerte. Nos quedamos en silencio, mirándonos, yo le sonrío, pero él parece ocultarme algo. Su mirada me rehúye... En el fondo, Matt sabe que no me rendiré, que somos igual de egoístas y que, si yo soy suya, tendrá que aceptar que él será mío. —Quiero saber una cosa. — Pone los ojos en blanco, exasperado, ya sabe por dónde voy—. Otras veces me has dicho que las mujeres que te rodean van contigo por tu dinero, no por cariño. Sé que te gustó saber que a mí tu riqueza me da igual, pero lo que quiero saber es ¿por qué eres así conmigo? Tan tierno, quiero decir... A veces te muestras brusco o frío, pero en el fondo siento que te importo bastante. —Me importa, Gisele. Tiene razón, me importa y mucho. Me tiene hechizada, loca por sus huesos. Me derrite con sus respuestas, pese a ser tan escuetas. —Me complace saberlo. Eres tan especial... —¿Especial? —repite, negando con la cabeza—. No sé en qué sentido, me temo que más bien negativo. —Bueno, hay de todo — contesto burlona para que vuelva a reírse. Me encanta cuando lo hace—. Quiero saber más cosas... —Una más y se acabó — responde seco—. Ya son demasiadas cada día y no pienso seguir accediendo. «Ya lo veremos.» —Me hablaste de Amanda... según dijiste, ella no te quería por tu dinero, sino por ti y... —Gisele... —Por favor. La proximidad de momentos antes da paso a una actitud agria y seca, y resopla apartándose de mí. Se tumba de espaldas en la cama y mira fijamente el techo claro de la habitación. Yo me pongo de lado para contemplarlo, pero él ni siquiera me mira. —Lo de Amanda es otro asunto. Quiero decir que ella no cuenta, porque cuando nos conocimos yo aún no manejaba mi propio dinero... Siempre he sido muy solitario y no tenía amigos, sólo a Amanda, pero nunca la llegué a considerar demasiado íntima. Hace una pausa mientras piensa y al cabo de un momento continúa: —Por más frío y despectivo que pueda sonar, nunca la quise de ningún modo. Pero siempre fue simpática y atenta y yo me dejé arrastrar por eso. Seguramente le tuve aprecio. Necesitaba llenar un vacío... —Ríe con ironía, exhibiendo al Matt más cínico—. Un vacío que era imposible de llenar. Luego, cuando empecé con la empresa y me fue bien, todas esas personas que me habían ignorado por ser el chico raro se me acercaron. Por eso digo que lo hicieron por interés. —¿Por qué no quieres recordar a Amanda? ¿Tanto te duele? —Gisele, ya basta. Apoyo la cabeza en su hombro y le paso los dedos por el pecho, intentando recuperar el acercamiento que hemos perdido. —Gisele, no me duele hablar de Amanda, no me duele lo que tuvimos o los años en que intenté ayudarla. Pasó por mi vida como una sombra... pero me recordó que el dolor de amar a alguien te destruye. Se lo ve muy afectado. —¿Y a veces piensas en ella? —Nunca. Así me lo propuse cuando me liberé de su presencia. —También me dijiste que no querías estar pendiente de nadie — continúo y, una vez más, propicio su indiferencia, su desapego—, pero, en cambio, estabas con Alicia porque no querías estar solo y por ello no la has dejado antes. O eso es lo que dices. Se cubre los ojos con un brazo y, aunque me arrimo, lo beso y lo abrazo, ya no lo recupero como antes. No entiende que necesito saber cosas de él, encontrar las respuestas a tantas preguntas... —Gisele, es usted incansable. —También insaciable. No obtengo la reacción que espero con mi broma. Él ya está ausente, sin ganas de jugar. Ha perdido el interés. —Con Amanda era más joven y aún no sabía lo que quería — prosigue inesperadamente—. Luego estuve con algunas mujeres de forma esporádica... todas interesadas

en lo mismo. Hace otra maldita pausa, mientras yo agonizo de celos. —Más tarde conocí a Alicia y al principio parecía diferente, creía que en esa ocasión podría ser distinto, y la llegué a apreciar de un modo especial. En ese tiempo odiaba la soledad y ahí estaba ella. Pero una vez más llegó la decepción. —Conmigo no tienes nada que temer, Matt. Si no me puedes llegar a querer, te dejaré marchar, aunque me duela hacerlo, pero no te voy a torturar de nuevo. Gruñe en voz baja. —Jamás te engañaré —añado—, siempre te seré leal y trataré de no herirte, de hacerte feliz. No me iré, Matt, no te abandonaré. —¡Basta! —el grito es tan fuerte que doy un respingo y me caigo al suelo. —¡Ay! —¿Gisele? —Matt se asoma con precaución por el borde de la cama y me contempla con recelo. Yo me estoy riendo como una tonta—. Vuelva aquí a ver si podemos dormir. El día ya ha sido lo bastante complicado. —¡Me he caído por tu culpa! —¡Suba a la cama! Exasperado, alarga la mano para tirar de mí, cosa que hace con brusquedad, y termino cayéndome encima de él, tumbándolo de espaldas. —Gisele —gime con la respiración agitada. Yo le sonrío, rozándome con él un breve segundo—. Es usted mi locura, y lo sabe, mi debilidad. —Sólo lo sé a veces — contesto, acorralándolo con mi cuerpo y apoyando mi pecho en el suyo. Sus labios me tientan y, sin poderlo evitar, lo beso y lo acaricio con mi lengua, deseando que se rinda de una vez por todas—. Pero me encanta oírlo. Y, recuerda, hoy me has dicho lo importante que soy para ti. —No lo olvido. Ahora duerma —dice, dominándose—, es muy tarde. Me aparta, dejándome tendida en mi lado de la cama, y luego se da la vuelta. Sus movimientos son bruscos y pienso que sé lo que lo tiene de tan mal humor. —¿No terminaremos la noche como es debido? —pregunto. —¡No! —replica hosco—. De lo contrario, mañana no será capaz de levantarse. Estoy muy enfadado y no sé qué será de usted si la toco. —Yo sabré cómo... Una palmada contra el colchón me hace callar. —La tomaría hasta romperla y no quiero hacerle daño. No pienso tocarla. —Pronuncia cada palabra con calma—. Quiero que se acabe ya este día. —De acuerdo, Campbell, me rindo, pero recuerde que solamente por esta noche. Sin saber cómo, me voy sumiendo en el sueño con la mirada perdida en su nuca. Él duerme lejos de mí, sin una muestra de cariño y sin ningún abrazo. El Matt frío ha aparecido, rechazándome, pese a las confesiones tan sinceras que me ha hecho. O quizá no sea frialdad, sino su forma de no demostrar las cosas, de vivirlo todo solo.

Por la mañana, me despierto sobresaltada y miro el reloj. Al moverme, despierto también a Matt, que, para mi sorpresa, dormía acurrucado contra mí.

—¿Qué ocurre? —pregunta alarmado y, al verme levantarme de la cama, palidece—. ¿Qué demonios sucede?

—¡Mierda, mierda! Las ocho menos diez —mascullo, buscando mi ropa—. Corre, en cinco minutos tengo que estar sirviendo el desayuno. Ya llego tarde.

Relajado y de buen humor, se deja caer hacia atrás en la cama. A su lado voy a terminar loca perdida.

—Yo también soy su jefe, Gisele, así que tranquila —me dice en tono burlón—. Le diré a Karen que me estaba atendiendo a mí. No va a haber problemas.

—No te atreverías. —No sabe de lo que soy capaz —me desafía, indicándome que vuelva con él a la cama—. De todos modos ya llega tarde.

—No puedo —contesto frustrada—. Luego te veo. —Quiero terminar lo que dejé a medias en la ducha... —No seas malo, por favor — le suplico, vistiéndome con unos vaqueros y una camiseta de tirantes—. Luego, si tengo tiempo, te busco en el despacho. Se incorpora un poco y

dice: —Hoy tengo que ir a la empresa, no estaré en casa. —¿Qué es lo que me estás ocultando? —le pregunto y, cogiéndole la cara, lo obligo a mirarme—. ¿Qué es? Su reacción me demuestra claramente que algo hay, algo serio y significativo para él. ¿Algún día me contará todo lo que piensa? ¿O quizá me dejará marchar sin haberlo hecho? —No es nada, Gisele. —Sé que algo te preocupa desde ayer, lo sé. —No sé de qué me habla — responde a la defensiva. Me acerco a él y le doy tiernos besos en la comisura de los labios—. No empiece —me advierte. —No olvides que estoy aquí para lo que necesites. —Créame que no lo olvido. — En un instante está a mi lado, abrazándome—. También usted es especial. —¿Y eso es bueno o malo? — ronroneo. — Malísimo. Entonces se apodera de mi boca y me besa desesperadamente. —Tengo que irme. — Me aparto con pesar—. Luego te iré a buscar, te lo prometo. —¿Y si me rehúye? —¿Por qué iba a hacerlo? —Porque va a tener tiempo de pensar en lo de ayer. Me mira con intensidad. ¿Realmente cree eso? —Te prometo que no será así, no te librarás de mí tan fácilmente. —Me alegra saberlo. —Me acorrala contra la pared y me dice al empujarme con las caderas—: No olvide su promesa y ahora, desnúdese, seré rápido.

Paso la mañana ocupada, yendo de un lado a otro. Sirviendo, ordenando y, cómo no, limpiando. No atiendo a Roxanne, ella misma lo ha pedido así, y, aunque su madre entiende que algo sucede entre nosotras, lo deja correr.

Termino de servir el almuerzo como siempre, pero los Campbell me tratan diferente, están más amigables... Cada día me siento menos chica de servicio. Ahora, tras pedirles permiso ya que tengo tres horas sin ocupaciones, me arreglo para ir al Centro Comercial La Cañada, donde necesito hacer algunas compras y que queda a escasos quince minutos en el coche.

Pero antes decido pasar un momento por casa de Noa. La sorpresa con que me encuentro me baja los ánimos. Mi hermano Scott es quien me abre la puerta y me hace pasar a la sala, donde Noa me mira con gesto de disculpa. —Tenemos que hablar, pequeña. ¿Ya es hora, no crees? — Scott... En esto no hay marcha atrás. —¿Por qué, Gisele? —me reprocha seco—. Tienes la carrera de Periodismo acabada y estás a punto de hacer un máster. Dejaste a un chico que te trataba como a una reina, ¿y te metes con alguien como Matt Campbell? —Aparté de mi vida lo que no necesitaba. —No estoy de acuerdo con esa relación. No me gusta ver a mi hermana pequeña metida en la cama de un hombre que tiene una vida tan complicada. —Scott, no lo conoces. —Me altero ante su prepotencia, cuando no tiene ni puta idea de nada—. Y no pienso renunciar a él. —Eso lo veremos, Gisele. ¿Cuánto crees que tardará en pasar de ti? Ahora eres su muñequita, la que otros muchos quisieran tener para cuidarte como mereces. —Él me cuida. ¡Tú lo has visto! —Con posesión y celos, sí. ¡Eres una obsesión para él y eso no es bueno! — exclama, revelándome a un hermano que desconozco—. ¿No entiendes que te estoy protegiendo? —¿Y tú no entiendes que ya no soy una niña? —Estás echando a perder tu vida por alguien que no merece la pena. Entonces, veo el chupetón que tiene en el cuello y se me llevan los demonios. Por ser el hermano mayor y hombre cree que puede tratarme como a una estúpida. —Musculitos, ¿y eso que tienes en el cuello quién te lo ha hecho? —Descubierto, se lo tapa—. Cuídate tú de lo tuyo, que yo sé hacerlo de mí misma. Ahora te dejo, voy a hacer unos recados. —¿Con Campbell? —gruñe, mirando a Noa, que hasta ahora ha permanecido callada y que se encoge de hombros—. Adviértele que quiero hablar a solas con él y saber cuáles son sus intenciones. No permitiré que te utilice sólo porque sea un niño rico acostumbrado a tener todo lo que le viene en gana. —Si haces eso, te las verás conmigo. —¡¿Qué?! —grita sorprendido, buscando el apoyo de

Noa con la mirada—. ¿La estás oyendo? —Scott, déjalo estar —dice ella, sorprendiéndonos—. No sé qué sucede entre ellos, pero él se volvió loco al no encontrarla. Gis tiene veinticuatro años y sabe lo que hace. Olvida tu instinto protector y apóyala como siempre has hecho. —Imposible, para mí siempre será mi hermana pequeña. Me abrazo a mi musculitos. Sé que quiere protegerme y que le duele pensar que soy un juguete de Matt... pero yo conozco al hombre que hay tras esa fría fachada y sé que no es así... Quiero creer que no lo es. —Me tengo que ir, hablamos más tarde. —Me besa la frente y me pellizca la mejilla, como solía hacerlo cuando era niña—. Estoy bien, te prometo que sé lo que estoy haciendo... ¿Por qué no intentas conocerlo un poco? Quizá... —Él y yo ya nos conocemos, Gis. A veces hemos coincidido donde su hermana va a clase. —Hace una pausa y parece tenso—. En ocasiones he intentado hablar con él, pero es tan cerrado, que cualquier conversación es imposible. ¿Qué le ves? —Conócelo y luego hablamos. —Doy por terminada la conversación—. Me voy, sólo he venido para avisar a Noa —digo, dirigiéndome a ésta—. Si Matt viene a preguntar... dile dónde estoy. He mirado en su despacho y no está, no quisiera preocuparlo. —Sí, sí. Ejem..., Gis, ¿me prestas tu móvil? —Su voz suena sospechosa, ¿qué ocultará? ¿Querrá hablar con Eric?—. Yo me he quedado sin saldo. —Claro. Aquí tienes. —Gracias. Se aparta, buscando intimidad y yo suspiro al ver que mi hermano no me quita la vista de encima. ¿Quién le habrá hecho ese chupetón? —¿Te llevo? —me pregunta él—. Supongo que echarás de menos tener coche. —Sí... En fin, cuando vuelva a casa —casi me atraganto al decirlo—, lo recuperaré. —Venga, te acerco donde vayas y a la vuelta te vienes en taxi. —Luego, serio, me acaricia el pelo—. Piensa bien las cosas, pequeña. —¡Listo! —exclama Noa, que parece emocionada. Al devolverme el móvil le guiña un ojo a mi hermano... y luego se sonroja al mirarme a mí. ¿A qué viene esto? —Te veo luego pues —digo yo—. Y si lo ves... avísalo, por favor. Scott me deja en La Cañada, donde yo me quedo feliz al tener una tarde para mí sola. Paseo por el centro comercial, me compro maquillajes en Yves Rocher, un caro perfume en Centros Únicos y termino en Solaris, con unas gafas de sol chulísimas. Con casi dos horas todavía libres, paro en casa de Scott para descansar un poco. Abro el bolso y cojo mi móvil para avisar a Noa de dónde estoy. ¡¿Cuarenta y cinco llamadas perdidas de Matt?! ¡Mierda, el aparato estaba en silencio! ¿Quién lo silenció, Noa? Joder, joder, debe de estar echando humo al no poder localizarme. ¿Lo llamo ahora o mejor espero a verlo en su casa? Dios, con él es todo tan difícil... Devorada por los nervios, decido volver, no quiero ni pensar la que me puede liar. Cierro la puerta de la casa y estoy tan agitada mirando el móvil, que casi tropiezo y me caigo al suelo... Al mirar alrededor para comprobar que nadie me ha visto..., mi corazón se paraliza, y yo también. Matt está aquí, justo delante de mí. Al ver que me detengo, corre hacia mí desesperado y me estrecha con fuerza. —Gisele, estás aquí —suspira atormentado—. Me tenías al borde del infarto. Has debido decirme que te ibas... Anoche me hiciste una promesa y ya la has roto. ¿De qué habla? ¿Por qué me abraza tan fuerte? Y me tutea... ¿Qué está pasando por su cabeza? —No entiendo nada —musito temblorosa, sobre su agitado corazón—. ¿Qué ocurre? Pero no me responde y se estremece. —Matt, ¿qué pasa? — Forcejeando, me aparto, buscando ver su rostro, descubrir el porqué de su emoción. Sus ojos brillan y la decepción se refleja en ellos—. ¿Estás... llorando? —¡Yo no lloro! —¡Pues dime algo! —Te has ido sin avisarme. ¡Pese a tus promesas! —exclama, acunándome la cara con manos heladas y temblorosas—. ¿¡Por qué lo has hecho!? ¿¡Es por lo ocurrido ayer!? Niego asustada al verlo tan descompuesto. —Tenía algo de tiempo libre y no he querido molestarte. No tiene nada que ver con lo de ayer. —Gisele, sé que a veces

soy algo brusco, que no eres capaz de entenderme porque ni yo mismo lo hago, pero me prometiste no dejarme. ¿Dejarlo? Niego de nuevo, acariciándole la mejilla. —No lo hagas —insiste él—, ¡me lo prometiste! —Yo no te... Y me besa, acallando mi frase, arrinconándome contra la puerta y demostrando su anhelo por mí. Yo, sorprendida, me pego a él y le devuelvo el beso con el mismo desespero. No sé qué sucede, ni lo que piensa, pero cuando me toca... me pierdo. —Matt —jadeo en su boca—, entremos... por favor. —Hoy te odio. —Me devora y el dolor que desprenden sus palabras me desconcierta, aún más cuando tras decir eso me suelta bruscamente, negando con la cabeza—. ¿Por qué, Gisele? ¡Por qué! Al cruzarse nuestras miradas, vislumbro su miedo. Me mira sin verme. Está como perdido, ausente, hasta que, finalmente, dice: —Sé que me amas, pero también entiendo tu miedo a mi forma de ser. Gisele, aunque no sepa expresar mis sentimientos por ti, los tengo y no estoy preparado para ello. —Hace una pausa, su rostro se endurece y me sostiene la cara de nuevo para que lo mire. Yo siento que el suelo está cediendo bajo mis pies—. No estoy preparado para muchas cosas, pero si tú te vas, me hundo en el precipicio. »Contigo todo es diferente. No lo pretendía, pero tú sabes manejarme. Por favor, no te vayas. Quiero intentarlo. »No vas a oírme decir muy a menudo lo que voy a decirte ahora, pero... te quiero, Gisele.

18 Te quiero

NO lo esperaba y me impresiona. Tiemblo de emoción. Me quiere, me lo acaba de confesar después de decirme que me odia...

Deseo abrazarlo, fundirme en sus brazos... Y tengo tanto miedo de haber oído mal. Pero ¿por qué hoy y ahora?

—Matt, ¿qué has... dicho? —Gisele, ya lo has oído — susurra atormentado, con la tensa expresión que lo caracteriza—. Te odio por ello, por hacerme sentir esto —añade, secándome las lágrimas de felicidad que brotan de mis ojos—. Es la verdad. No sé en qué momento ha sucedido, pero me temo que ya no puedo estar sin ti, que no sé estarlo...

No me salen las palabras, la impresión me lleva al mutismo. Intento sonreírle, pero tampoco puedo.

—Gisele, quiero que te quedes conmigo —gruñe, acariciándome la cara—, te necesito a mi lado.

—Estoy aquí —digo al fin, arrojándome a sus brazos y estrechándolo contra mí con todo el amor que siento. No puedo creer que esto esté sucediendo. Que Matt me corresponda—. Y tú estás siempre conmigo, lo sabes...

—Hoy no lo tengo claro. — Me abraza a su vez con fuerza, aunque lo veo receloso—. Gisele, ¿qué está pasando?

—No lo sé —balbuceo contra su calor—, pero acabarás conmigo. —Tú ya lo has hecho conmigo. Apoya su frente en la mía y me besa con delicadeza. —No quiero perderte — insiste luego en voz baja—. No te vayas, por favor. —¿P-Por qué repites esto? ¿Por qué crees que me voy a ir? —Estaba en la oficina y he decidido llamarte, pero no me contestabas... El miedo al saber que te habías arrepentido de lo que me dijiste ayer y esta mañana ha podido conmigo. ¡Te he llamado más de cuarenta veces sin obtener respuesta! —Te hice una promesa, Matt. —Lo sé, pero cuando he ido a buscarte a casa, me he encontrado con Noa. —Se aparta y me mira—. Me ha dicho que te vas para siempre. Que vuelves con tus padres. No podía creerlo, ¿¡cómo me vas a dejar así!? ¿Noa? ¿Qué está sucediendo? —Lo que te ha dicho Noa no es verdad... —¿Qué quieres decir? —Antes de irme al centro comercial, le he dicho que si preguntabas por mí, te explicara que estaba de compras. No he querido llamar a la oficina para no molestarte... No sé de qué me hablas. —Me escruta dubitativo, no sabe si creerme o no—. Matt, no voy a ninguna parte. ¿Estás seguro que Noa te ha dicho eso exactamente? —¿No te vas? Niego ausente, pensando en mi amiga. El teléfono estaba en silencio y yo no lo he puesto, ella ha sido la última

en... —¿Por qué Noa me ha mentido? —No lo sé. No lo sé. —No le gusto para ti —afirma—. Y tampoco a tu hermano. Con tristeza, me encojo de hombros. —No me importa nadie —le aseguro entre beso y beso—. Sólo tú y yo, sólo tú. Un profundo gruñido brota de sus labios, perdiéndose en la profundidad de los míos. Matt Campbell me quiere. —Te amo, Campbell —musito sonriéndole—; no puedo creer que tú también me quieras. —Yo tampoco —dice con amargura—. Pero ya no hay vueltas atrás. —No quiero que la haya — respondo temerosa de sus miedos—. Sé que es complicado para ti, pero vamos a estar bien. —Lo sé... —¿Lo sabes? —casi sollozo. —Sí, Gisele, te voy a cuidar. Y me besa de nuevo, ahora menos tenso. —¿Qué va a pasar ahora con nosotros? —le pregunto cohibida—. ¿Dónde nos deja esto? —Quiero que empecemos a estar juntos como una pareja normal, nada de usted... nada clandestino. —Me emociono, este hombre me hace sentir tantas cosas...—. ¿Qué quieres tú, Gisele? —Estar contigo. Pero no puedo evitar mis temores. Matt puede cambiar de un día para otro, puede quererme hoy y odiarme mañana. —Matt, tengo miedo de que me hayas dicho esto por el miedo a perderme ahora, a que me alejase de ti en este momento que es cuando me necesitas. Me asusta que no sientas lo mismo en otro momento. —No, Gisele, no —me regaña, mirándome a los ojos —; no hagas esto. Ahora que te he confesado lo que siento no lo eches a perder, no dudes de algo tan grande como lo que me está pasando. Sé que tal vez la forma no haya sido la mejor o la más romántica... Ya me conoces. —¿Me quieres, entonces? Suspira agobiado, presionado. —Sabes que sí, pero déjame acostumbrarme a ello. Asiento sonriéndole, acariciándolo para ahuyentar sus temores. —Gisele, quiero que dejes de trabajar en mi casa —dice con delicadeza—. Creo que tiene que ser así. —¿Por qué? Tengo un contrato hasta septiembre y debo cumplirlo. Tu madre confía en mí y dejarla sin más de la noche a la mañana... —A medida que hablo, veo que se va poniendo nervioso, tensando—. ¿Qué pasa, Matt? —Gisele, si vamos a ser pareja, no es lógico que tú trabajes para mí o para mi familia sirviendo. No quiero que esto dure más. Deseo decírselo a todos y que sepan que eres mi... chica. Te quiero sólo para mí. No puedo evitar sonreír. —Tendremos tiempo para ello más adelante. Ahora vayamos con calma, por favor. Estamos empezando. Trataba de tranquilizarlo y sólo estoy consiguiendo el efecto contrario. —No me mires así, no es lo que estás pensando. —¿Y qué es lo que estoy pensando? —Que no quiero que me presentes a tu familia como tu novia, porque tal vez un día cercano me arrepienta de esta decisión, me vaya... y te deje. —Aprieta la mandíbula y me mira con desconfianza—. Por favor, no pienses siempre tan mal de mí. Únicamente deseo que la situación siga su curso. Me da miedo que nos precipitemos y lo echemos todo a perder. —¿De verdad es ése el motivo? —pregunta secamente—. Gisele, respóndeme. Suspiro, acercándolo, ¿acaso no siente mi amor? —Ya te lo he dicho. Te amo y quiero que esto vaya bien. Que hoy me hayas confesado que me quieres, me deja... No tengo palabras, sigo impactada —reconozco emocionada—. Me asusta porque te veo asustado y porque es tan repentino que apenas puedo dar crédito... No dudes que quiero estar contigo, que no te dejaré ni quiero que tú lo hagas. —No lo haré —afirma con rotundidad—. Sabes cómo me comporto y aun así estás aquí sin pedir nada a cambio. Eres tan perfecta, Gisele. Alzo una ceja, ¿perfecta? —Lo eres para mí. Sabes cómo hacerme reír, enloquecerme, encenderme y enfadarme con la misma rapidez con que se propaga un fuego. Nadie me entiende como tú —añade con una sonrisa—. Te has convertido en mi todo y no hagas preguntas, no estoy preparado para responderlas. —Vale... —Se me quiebra la voz y entonces suelto una carcajada, con el corazón henchido de amor—. Campbell, contigo nunca tengo claro

cómo empezará y terminará el día. Si llego a saber esto, me habría ido de compras hace días. —¿Bromeando con mi sufrimiento? Ambos nos reímos. —Quiero que vayamos a otra parte —dice pensativo—. Necesito que estemos solos, quiero que hablemos. —Podemos entrar en casa de Scott, no creo que vaya a venir de momento. —Matt niega con la cabeza—. Dentro de poco más de una hora tengo que estar en tu casa, entremos aquí. —Es importante que vengas conmigo. Volverás a tiempo. —¿Me lo prometes? —Gisele —me advierte, lamiendo y chupando mis labios, succionándolos hasta que se aleja y vuelve a pedirme con la misma devoción—: Por favor. —No quiero quedar mal con tus padres. Deja que termine la jornada y luego todo mi tiempo será para ti... Lo prometo. Una sonrisa tirante y maliciosa aparece en sus labios. —Recordaré esas palabras, no las olvides tú. Ahora sube al coche. Lo miro sorprendida. ¿Tan rápido he logrado convencerlo? No lo creo. —No me vas a llevar de vuelta a tu casa, ¿verdad? — pregunto, sentándome a su lado. —Sí, pero algo más tarde. Arranca el Ferrari y, sin decir nada más, toma la carretera que sale de San Pedro. Durante el camino parece pensativo, pero me mira cada vez que la carretera se lo permite y, para mi sorpresa, me coge la mano y entrelaza los dedos con los míos, conduciendo así durante un rato, como lo haría cualquier pareja. Yo voy tan absorta como él, reflexionando sobre cómo han cambiado las cosas. Me siento emocionada y feliz, aunque me preocupa cómo será ahora nuestra rutina juntos. Ya no somos el señor Campbell y la señorita Stone, ¿cómo nos afectará eso? En el fondo estoy asustada por cómo se ha precipitado todo y a la vez me digo que esto es lo que quería desde que me propuse que fuera mío. Por otra parte, quiero saber tanto de él, pero me da pavor plantear las preguntas. No deseo romper la magia que nos envuelve. Al cabo de un buen rato, veo que Matt toma por un sendero privado en las afueras de Ronda y de repente se detiene, se baja y rodea el coche para abrirme la puerta. —Quiero mostrarte mi refugio —dice, cogiéndome de la mano y recorriendo el sendero —. Es un lugar importante para mí. Suelo venir cuando quiero un poco de tranquilidad, me siento agobiado o simplemente necesito pensar lejos de todo. Llegamos a un claro precioso, rodeado de árboles. En cuanto lo piso, sé que también será importante para mí, para nuestra relación. —¿Te gusta? —pregunta orgulloso. —Mucho —susurro fascinada—. ¿Este terreno es tuyo? —Sí, lo compré hace varios años —responde con una sonrisa y añade—: Al final del camino me están construyendo una casa, aún falta para que esté terminada; sin embargo, creo que merecerá la pena. ¡Cuánto desconozco de él! Éste es un paso importante. Que se abra ante mí, que me muestre lo que realmente es importante para él. Casi no puedo creerlo y sé que cuando esta noche me retire a mi habitación, lloraré de emoción al pensar en cada detalle. Al pensar en este Matt diferente que está hoy conmigo... Tantas emociones y tantos sentimientos encontrados me recorren, que no sé cómo exteriorizarlos. —Una vez esté todo listo me gustaría vivir aquí —continúa, acariciándome la mano que tiene entrelazada con la suya—. Este lugar me da la tranquilidad que necesito. —Es muy hermoso. —¿Te lo parece? —Mucho. Entonces me observa con emoción, preocupación, admiración y amor. ¿Cómo encajar esto en un solo día? —Gisele, también podría ser tuyo. —¿Mío? —Nuestro, de los dos. Podríamos vivir aquí juntos e ir creando nuestro hogar, ¿no te parece? Me tiemblan las piernas al oírlo hablar de futuro. —Tranquila, Gisele, comentaremos todo eso en otro momento, cuando tú quieras. Ven, sentémonos aquí. —Nos acercamos a un árbol y se sienta en la base, colocándome sobre sus piernas. Le sonrío—. Quiero saber qué planes tienes cuando estés de vuelta en Lugo, una vez que te vayas de aquí. «Sin él...» —Pues seguir estudiando. Hace dos años, terminé la carrera de Periodismo y

trabajé en un periódico local. Pero después tuve que dedicarme a otras cosas al no encontrar posibilidades de ejercer la profesión. Ahora me propongo hacer un máster. —¿Y dónde quedo yo? —me presiona. —Supongo que vendré los fines de semana, vacaciones, puentes. —A medida que hablo me voy desanimando. ¿Me va a dejar ir sin más?—. Aunque no me gustan las relaciones a distancia. —¿Y entonces? —Sus ojos brillan, he tenido la sensación de que estaba a punto de llorar—. Dime, Gisele, ¿me aceptas, pero a la vez te pierdo? —Tenemos tiempo, no sé... Maldita sea Matt, ¿me vas a dejar marchar después de decirme que lo soy todo para ti? —¿Crees que voy a hacer eso? —pregunta serio, acariciándome la mejilla—. ¿Qué es un miserable fin de semana? Gisele, me he acostumbrado a verte diariamente y me parece absurda la idea de encontrarnos sólo de vez en cuando. ¿Acostumbrarse? ¿Realmente me ama? Me falta el aire. Hoy me ha pedido que me quede, pero en septiembre quizá haya cambiado de opinión... ¡Soy su novia!, me regaño, lo que siente tiene que ser fuerte. —Gisele, ¿qué estás pensando? —¿Tenemos que hablar de esto hoy? Me siento presionada. Sólo estamos en julio, aún quedan dos meses para... —Quiero una promesa, Gisele. —Se levanta llevándome consigo y pegándose a mi cuerpo con afán—. Dime que esto no terminará mal, dímelo. —Lo prometo. —Quiero sellar nuestra promesa aquí, en este lugar que desde hoy es nuestro. Cuando empieza a desnudarme, no me opongo. Va cayendo prenda a prenda al suelo y cuando me tiene en ropa interior, me besa y se aparta. Me mira con deseo, haciendo que me excite. —Siempre tan hermosa... — susurra, acariciándome un pecho a través de la tela—. Ahora tú me desnudarás a mí, porque soy tuyo. —Sí, mío —gimoteo. —Chis... tranquila. Sin la delicadeza que él ha tenido conmigo, hago volar sus prendas y, cuando ya está desnudo, paseo las manos por su bien formado cuerpo. Quiero sentirlo y necesito hacerlo ahora que sé que me quiere. —Túmbate —me ordena. Cuando lo hago, se pone encima de mí y, al tocarme con la mano, susurra: —Húmeda para mí. —Sí, para ti siempre, porque te amo. —Va penetrándome con suavidad—. Te amo, incluso me duele quererte así. —Lo sé —gime, sufriendo al detenerse y observarme con sus ojos verdes irradiando emoción—. Trataré de hacerlo bien, te pido paciencia. Y, recuerda, no dudes en acudir a mí siempre... Eres mía, Gisele. Lo soy y por ello, me entrego sin reserva... Le pertenezco desde que me tocó por primera vez, marcándome a fuego y de por vida. Hoy se lo demuestro de nuevo.

Cuando llego a la casa, enfadada con Noa, el té ya está servido y me entero de que ella no está. Paso unos momentos de preocupación al ver que no me responde a los mensajes, pero al saber que está enferma, mengua mi enfado.

Me encargo de su trabajo y vuelvo a tener algunos encontronazos con Melissa. La ignoro y continúo hasta que, por la tarde, un mensaje de Matt me interrumpe y me recreo en lo que hemos vivido hoy.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 19.15. ¿Cómo te va? Mensaje de Gisele a Matt. A las 19.16.

Bien, algo aburrida pero tranquila. También preocupada por Noa. Al parecer está algo enferma y han llamado al médico. Estoy esperando que se mejore y vuelva.

Sé que a Matt le afecta que mi círculo no lo acepte. Suspiro al recordar el momento en que me ha dicho que me quiere. Aunque sigo preocupada. No puedo negar que lo rápido que está yendo todo me tiene confusa, temo que no salga bien... Que actuar de forma tan precipitada nos pueda perjudicar. Acabamos de empezar y los planes de futuro de Matt apuntan lejos.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 19.22. Cuando salga de aquí, vuelvo a casa y necesito verte. Mensaje de Gisele a Matt. A las 19.23. Te estaré esperando, yo también necesito verte... ya te

echo de menos.

Me imagino la cara que pondrá al leerlo y me burlo a distancia. Ya no llegan más mensajes y decido seguir con el trabajo, pero dos horas más tarde, el móvil me suena con insistencia y veo que tengo dos llamadas perdidas suyas.

—¿Hola? —respondo dubitativa. —¿Dónde estabas? —Sirviendo la cena. Noa no ha vuelto y yo soy hoy la responsable —contesto, calmándolo—. ¿Ocurre algo? Se hace el silencio, uno que no me gusta. Le oigo la respiración agitada y cuando voy a decir algo, él prosigue: —Ha venido Sam. —¿Cómo? —Mierda y mierda—. ¿Qué quería? —Intentar que recompongamos la amistad que ya está rota. —Oigo un pequeño golpe y me altero—. Y que yo me haga cargo del hijo de Alicia. Le he dicho lo que pensaba de él con todas las letras. ¡Es un bastardo! —Matt —oigo que lo llama Denis—, ¿podemos hablar? —Gisele, perdona un segundo. —Oigo que dice muy bajito —: ¿Qué quieres ahora? —Diego ha vuelto a llamar para el reportaje de la chica... —¡Ya he dicho que no! —Pero... —¡Que te vayas, Denis! Y un golpe más fuerte. —Gisele... —Matt, no, no. Tranquilízate, por favor, trata de pensar en algo que te guste, algo que te haga reír. Olvida esos reportajes que te estresan. Me callo, dándole tiempo a que se relaje, esperando que me diga «Tú me calmas», una frase que no llega. Me preocupa su maldito reencuentro con ese amigo que en realidad nunca fue tal. Para colmo, también está Denis con sus reclamaciones. ¿Qué será lo que irrita tanto a Matt? —¿Mejor? —pregunto con un hilo de voz. —Sí. —¿En qué has pensado? —En ti. Sonrío en la soledad de la cocina. Me gustaría tenerlo aquí, abrazarlo y mimarlo. —Me alegra saberlo, hazlo entonces siempre que te sientas alterado... Recuerda que estoy aquí para ti cuando me necesites. —Lo sé —contesta seco. —Te quiero, Matt. —Yo también —dice con emoción. —Lo sé. —¿Gisele? —Nos vemos dentro de poco, ahora tengo que seguir con el trabajo. —Vale... Adiós. Oigo un leve ruido en la puerta y al volverme veo a Noa, muy pálida. Se sienta a mi lado sin decir nada y las dos nos miramos esperando que la otra dé el paso. Nuestra relación ha cambiado tanto desde que trabajo aquí... —¿Qué tal estás? —pregunta, escrutándome. —Creo que soy yo la que tiene algo que preguntar. ¿Qué está ocurriendo, Noa? Desvía la vista. —Ahora no puedo hablar, Gis, primero tengo que hacerlo con otra persona. —Eric... —Tengo algunos problemas, pero creo que mañana lo solucionaré. Por favor, mantente al margen. —¿De tu vida? —pregunto a la defensiva—. O sea que yo me tengo que mantener al margen de tu vida, cuando tú intervienes en la mía como se te da la gana. ¿Por qué le has dado a entender a Matt que me marchaba? —Gis, no es lo que crees. —Cuéntamelo entonces. Me mira fijamente con expresión dolida. ¿Encima yo soy la culpable de que ella juegue con Matt tan cruelmente? —Lo he hecho por ti, en nombre de la amistad que nos une. —Pongo los ojos en blanco—. Yo sé que él te quiere y que tú sufres porque no te lo reconoce. Mi intención era asustarlo un poco para que se abriera. ¿Lo ha hecho? Me alivia saber que su intención era buena. —Sí, lo ha hecho, pero pese a todo no puedo agradecértelo. Te pido que no te metas en mi vida, aunque lo creas necesario. Se lo has hecho pasar fatal... Nunca lo he visto tan vulnerable, creía que se iba a echar a llorar. —De nuevo noto el nudo en la garganta—. No todo el mundo avanza al mismo ritmo, Noa. Matt es muy especial y necesitaba su tiempo. ¿Te das cuenta? Podría haberse asustado y corrido en dirección contraria... Podría haberlo perdido. —Pero no ha sido así. —Noa, ya basta de estupideces. Sé que sigues estando con Eric y que tienes problemas; sin embargo, ¿me meto yo en vuestras cosas? No. Entiende que cada cual debe ser dueño de su vida y de sus actos. —Lo siento —contesta en voz baja—. No lo había pensado así. Sé que es verdad.

—Bueno, cuéntame de ti. ¿Qué te ha dicho el médico? —Todo está bien, no te preocupes. Más secretos. —De acuerdo... ¿Y sabes algo de Scott? —No. —Inquieta, mira por encima de mi hombro—. Gis... Me vuelvo y veo que Matt viene hacia aquí. Por más tiempo que pase, nunca me acostumbraré a lo apuesto y varonil que es. Mi dios griego me deja sin aliento. —Noa —digo, levantándome—, ya he servido la cena. Melissa lo recogerá luego todo. Tú puedes irte a descansar, yo también me marcho. Mi amiga asiente y, después de darle dos besos, salgo al encuentro de Matt. Sin decir nada, caminamos juntos hasta el garaje, donde él se vuelve hacia mí. —Hola —me saluda, acercándome a su cuerpo. —Hola, ¿cómo estás? Lo veo triste. —Ahora mejor... —Ya estás en casa. ¿De qué querías hablar? —Gisele, quiero que vayamos a un hotel, esta noche te necesito. —Yo también —reconozco, hundiendo la cara en su pecho—; me has tenido preocupada. —Lo siento, hoy ha sido un día duro, extraño... Con muchos sentimientos. Me abrazo a él comprendiéndolo bien. Apenas ayer estuvimos juntos como amantes, él siendo mi jefe y yo su empleada. Y hoy en cambio somos novios. Me dice que me quiere y reconocer estos sentimientos es algo demasiado nuevo para él. Luego están sus miedos, los míos. Los enfrentamientos con las personas que nos rodean y que no entienden nuestra relación... Son tantos los factores que nos rodean... —Vamos a mi habitación, no tenemos por qué irnos tan lejos. Me tendrás igualmente toda la noche y nadie nos molestará... Ahora no tengo ganas de moverme. —Como quieras. —Me abraza y me besa el cabello—. Me reconfortas tanto... Trago saliva. ¿Por qué vuelve a estar tan vulnerable? Me permite tomar decisiones sin más y él no es así. Le encanta ordenar, aunque yo no lo obedezca. Odio verlo en este estado, es hora de hacerle olvidar. —No me gusta verte tan abatido, ven a mi habitación y desahógate como quieras —me ofrezco cariñosa—. Soy toda tuya. —Gisele, me vuelves loco. —Demuéstramelo —lo reto, mordiéndole el labio. En menos de un segundo, me coge de la mano y me lleva hasta mi habitación. Cuando entramos, cierra la puerta tras de sí y prácticamente se arranca la ropa para luego hacer lo mismo con la mía. Lo miro sorprendida. ¿Un nuevo cambio? Sí, porque una vez estamos desnudos, me empuja contra la cama con delicadeza y, con algo más de brusquedad se coloca entre mis piernas y entra en mí de una sola y dura embestida. Suelto un grito, pero éste se pierde en su boca, que devora la mía ferozmente. Me penetra una y otra vez, arrastrándome en su locura. Le rodeo la cintura con las piernas y me permito dejarme llevar por él y por las sensaciones que me causa. Arremete con fuerza clavándome en la cama. Pero no me importa, sé que él no está bien y si ésta es su forma de desahogar su rabia, yo lo acojo con gusto. Además, este tipo de sexo apasionado me encanta. —Eres mía, mía, Gisele. —Sí —gimo, levantando las caderas—, tuya. —Gisele. —Se detiene—. Cabálgame. Asiento e intercambiamos las posiciones. Ahora yo tengo el control y me siento poderosa. Muevo las caderas hacia adelante, hacia atrás y en círculos. Apoyo una mano en su muslo y me arqueo para seducirlo y atraparlo más. —Hoy me vas a matar... Sí, así, así —me alienta, incorporándose y apoderándose de uno de mis pechos. Me lo muerde, chupa y gruñe—. No me cansaré de tomarte todas las noches. Desliza un dedo en mi interior, junto con su miembro y yo me estremezco. El placer es inmenso, me vuelve loca y grito cabalgándolo con atrevimiento y entrega. —Matt, por favor... no lo soporto más. Me ignora, absorto en mis pechos, hundiéndose en mí hasta que, empapada, noto cómo estalla en mi interior y llegamos juntos al éxtasis. Temblamos, jadeamos, y nos convulsionamos aferrados el uno al otro, hasta que al fin todo cesa. Cierro los ojos agotada, sin apenas fuerzas. ¿Siempre será así? Yo no creo cansarme nunca de esto. Pero cuando creo que todo ha terminado, Matt me saca de la

cama, me hace apoyar las manos en la pared y me penetra de nuevo desde atrás, aplastando mis pechos contra la pared. No lo entiendo, pero ardo de nuevo. Su miembro se desliza dentro de mí y sale frenéticamente. Y cuando ya no voy a poder soportarlo más, alcanzamos el clímax juntos de nuevo. No puedo moverme y las piernas me tiemblan tanto que Matt me coge en brazos y se tumba conmigo en la cama, colocándome encima de él. ¿Está de nuevo dentro de mí? Dios mío. —¿Te he hecho daño? — pregunta. —No, estoy muy bien. —Le muerdo los labios, se los devoro, consumida por él—. ¿Satisfecho? —Siempre. —Sonríe con picardía—. Saciado nunca. —Pero de repente se pone serio—. Gisele, quiero que hablemos de algo. —¿Qué ocurre? Sus dedos me recorren la espalda con suavidad. —Quiero que sepas que voy muy en serio con esta relación. Tanto, que cuando tú empieces el máster, planeo mudarme contigo a Lugo. Te lo he dicho esta tarde, no soporto no verte, te quiero cada día a mi lado. —¿Harías eso? —Apenas reconozco mi propia voz. —Por supuesto que sí. Lo que siento por ti jamás lo he sentido por nadie. —Me quemo, ardo emocionada con sus palabras y cariño—. No quiero perderte, Gisele, y si para eso tengo que trasladarme allí, lo haré. ¿Qué está sucediendo hoy? —Matt, no sé qué decir... —Escucha, quiero que tengas las cosas claras. —Yo las tengo claras. ¿Y tú? —Aunque me asuste, sí. —Me acuna la cara con las manos y me sostiene la mirada—. Lo has conseguido, me rindo ante ti, te digo que te quiero. Demasiado... tanto como tú dices que me quieres a mí, tanto que hasta duele. —Mucho —admito sin apenas voz. —Sé que quieres escuchar otras palabras, pero aún no estoy preparado para decirlas. Sin embargo, quiero que sepas... — Suspira hondo—. Gisele, lo que intento decirte es que no quiero que esto dure unos meses, unos años... Quiero que sea algo estable, que estemos siempre juntos. —Eso es también lo que yo quiero, Matt. —Sabes cómo soy y después de esto no te puedo dejar escapar —sentencia con firmeza—. No habrá vuelta atrás. —No quiero que la haya, porque te amo. Me mira con intensidad y asiente, hasta que, finalmente, me apoya contra su pecho. Lo abrazo y le acaricio el torso. Matt me ama y, por ahora, esto es más que suficiente.

19 Tu chica de servicio

SÉ que es un sueño, un maldito sueño... Matt está junto a Alicia, que sostiene a su pequeño bebé en brazos. Ambos me miran sonriendo con malicia. Son una familia, mientras que yo sólo soy una intrusa. El bebé me mira y llora, luego mira a su papá. Cree que yo voy a robárselo, que Matt tendrá que elegir...

Me quiero despertar pero no lo consigo. Los ojos de Alicia mirándome, el llanto del niño y Matt tomando su decisión. Se van cogidos de la mano, como la familia que son, y yo sollozo, mirando cómo se alejan.

—Gisele, Gisele. —Los susurros de Matt logran al fin sacarme de esa pesadilla. Cuando abro los ojos está inclinado ante mí, mirándome preocupado y secándome las lágrimas que, al parecer, he derramado—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué has soñado?

—Nada, no es nada. —Me acurruco contra su pecho, buscando su calor—. Estoy bien.

Pero me aparta y en su rostro implacable hay una clara advertencia. Me agobio. ¿No podré guardar para mí mis propios sueños o pensamientos sobre él?

Su actitud no me permite callarme. Su desconfianza es evidente y, si no se lo cuento, cavilará y llegará a conclusiones equivocadas.

—Gisele, ¿qué me estás ocultando? —Es una bobada... La imagen es nítida aún y no me gusta el mal sabor de boca que me produce. —¿Quieres dejar de pensar? —me presiona intranquilo—. Háblame, por favor. —Sólo ha sido sueño, una pesadilla. —Cuéntamelo —insiste —. Gisele, por favor mírame y cuéntame ese sueño que tan mal te ha puesto. Cuando lo miro, veo lo preocupado que está y me decido. No quiero hacerlo sentir mal. —Sé que has soñado con un bebé que lloraba. Hablas en sueños. Oh, no... Me sonrojo al instante y me siento aún más vulnerable. Si con él la intimidad ya es poca, si encima hablo dormida... ésta será nula. Una arma de doble filo para los dos y nada buena para nuestra relación. —Era el hijo de Alicia. —Continúa. —Ella, tú y vuestro bebé me mirabais fijamente y os reíais de mí, que os observaba a lo lejos. — Se tensa y me contempla con interés—. Asustado, el niño me miraba a mí y luego a ti, temeroso de que yo te apartara de su lado. Tú finalmente elegías... y os ibais juntos de la mano, con ese pequeño bebé. Cuando termino, me siento liberada al pensar que yo no soy la intrusa. Sólo Alicia es la culpable de lo sucedido. —Gisele, lo siento, has soñado eso por mi culpa. Quiero que estés tranquila, nunca va a suceder algo así, ¿me oyes? —Sí... No te preocupes, sólo ha sido un sueño y yo haré lo posible para que ese bebé no me vea como a una rival... Jamás tendrás que elegir. Yo nunca te pediría algo así. —Lo sé, sé que tú no lo harás y,

por el bien de Alicia, espero que se comporte, porque, si no, las cosas no le resultarán fáciles... Y recordemos que quizá el niño no sea mío. —Coge aire, pensativo—. Presiento que no lo es, pero tampoco me quiero dejar arrastrar por un impulso. Quiero hacer las cosas bien y esperar. No puedo dejarla de lado sin saber el resultado o nunca me lo perdonaré. —Te apoyo, ya lo sabes. Cierra los ojos y me da un tierno beso en la boca. —El día que Alicia vino, me reprochó que no me preocupase de ella, y tiene razón. Yo me ocuparé de todo lo que necesite a lo largo de estos meses y así procuraré mantenerla callada. Verla me molesta, siempre terminamos discutiendo. La última vez fue por su modo de tratarte en la fiesta. —No tenías por qué hacerlo —digo, resiguiendo la línea que va desde su barbilla hasta sus ojos—; no tienes que discutir con Alicia constantemente por mí. Nunca se mostrará razonable en lo que respecta a nuestra relación y yo la soporto tan poco como ella a mí. —Tienes motivos para ello, sé que no estás en una posición fácil. —No es por el hecho de que espere un supuesto hijo tuyo, aunque eso me duele. Lo que me hace despreciarla es esa forma tan miserable de comportarse contigo. Sé que tendrás que estar a su lado durante el embarazo... pero espero que no utilice su estado para perjudicar nuestra relación. Es extraño hablar de un «nosotros», no asimilo que estemos formalizando nuestra relación. —Gisele, quiero dejarte claro esto: para mí, Alicia no es nada, no pinta nada en mi vida, ni me importa nada de la suya —sentencia severo—. Seré educado por el papel que tengo que representar, pero nunca le permitiré que traspase una raya en cuanto a ti. Por supuesto, tampoco le consentiré que se interponga entre nosotros. Sus palabras terminan haciéndome reír. Aunque no lo pretenda, a veces descubro en él toques de romanticismo que me hacen delirar. —¿Qué es lo que te hace gracia? —Tú. —Le señalo la nariz, divertida—. Sé que no es tu estilo, pero a veces eres romántico. —¿Romántico? —repite serio—. No quieras ver algo donde no lo hay. ¡Qué tonto es! —Debe de ser mi locura por ti. Me estás trastornando demasiado. —Bienvenida pues. —Sonríe con amargura ante mi burla—. Tú me produces lo mismo, aunque, para qué engañarnos, yo ya estaba trastornado antes de conocerte. —La verdad, sí, recuerdo cuando entré en tu despacho la primera vez. —Suelto una carcajada al rememorarlo—. «¿Desea algo más, señor Campbell?» «Sí, hacerla mía sobre la mesa...» ¿Se puede ser más grosero? —Cállate. —Oh, no —me niego coqueta—. ¿No te gusta recordarlo? Pues lo siento... ¡Me magreaste a los primeros minutos de conocerme! ¡Me tomaste ya el primer día! Entonces su semblante cambia y la diversión va desapareciendo de él. —¿Te he dicho alguna vez lo arrepentido que estoy de esos momentos? —No quiero que lo estés. Tal vez si la situación hubiera sido de otra forma, ahora no estaríamos aquí... juntos. —Podría haber sucedido todo lo contrario —replica con frialdad—. Fui brusco y salvaje. —Aún lo sigues siendo y a mí me encanta. —Lo rodeo con mis piernas, rozándome con él para iniciar un juego de seducción—. Matt, yo tenía problemas para relacionarme con los hombres... Todo me parecía aburrido y no me animaba a dejarme conquistar por nadie... Pero porque nadie era lo que yo esperaba. Tu actitud dominante me enloqueció. Soñaba con un hombre que me desafiara, que tuviera carácter, y llegaste tú, Campbell. —Tú eras delicada —dice melancólico—. Jamás me había comportado así con una mujer. Aquel día fue un día de mierda y apareciste tú, tan llena de vida y tan descarada... —Lo dices porque te puse en tu sitio, ¿no? —Supongo que sí —acepta, deslizando su mano por mi vientre—. Nadie suele hacerlo. Un instinto salvaje se apoderó de mí desde el primer momento y, por tu forma de defenderte, supe con seguridad que eras una mujer apasionada, algo que me llevó a entrar en tu habitación más tarde y tratarte como lo hice. Créeme, estoy arrepentido y quiero

que lo sepas. —Está olvidado y no quiero que te arrepientas, porque yo no lo hago. —Con ganas, termino besando sus labios—. Desde aquel día, mi vida cambió de una forma espectacular y he descubierto a otra Gis diferente, que me encanta... Me he vuelto una descarada y una pervertida. Su carcajada me hace cosquillas en los labios y me derrito al verlo tan animado y juguetón. He de aprovechar, en él el cambio se produce rápido. —Sí que lo eres. En un segundo, estamos perdidos el uno en el otro, besándonos con apetito y deseo. —Abre las piernas —ordena impaciente cuando ve que no se lo permito—. Ahora. —¿Para qué? —Gisele. —¡Ay! —me quejo, cuando me muerde el labio—. ¿Quiere jugar a los médicos, señor Campbell? Una deslumbrante y traviesa sonrisa aparece en su cara. —Veo que sí quieres. Túmbese, por favor, lo voy a examinar. Mi tono coqueto y burlón le gusta y sé que también le gusta el juego que le propongo, porque se tumba sin protestar. Está desnudo y me mira con la misma lujuria que yo a él. Jadeo. ¡Ay, Dios, este hombre es mío! —Las manos detrás de la cabeza —ordeno, poniéndome de rodillas. Él no protesta y obedece sin dejar de sonreír—. Señor Campbell, voy a examinarlo y necesito que se quede muy quieto. —¿O qué? —O, si no, tendré que morder muy fuerte una parte muy delicada para usted. ¿Entendido? —Entendido. —Entrecierra esos peligrosos ojos—. Aunque tal vez quiera unos bocaditos... Oh, oh... Qué juego tan divertido acabo de inventar. —De acuerdo, usted sabrá... —digo, rozándole los labios—. La boca parece tenerla perfecta, carnosa, dientes blancos y lengua dura. Por supuesto, todo él ya está tenso. Con los músculos contraídos y el miembro hinchado, perfecto. —Voy a probarla, a ver qué tal sabe. Lo degusto y saboreo con deleite, poniéndolo a prueba, llevándolo al límite. Él se muestra ansioso de entrar en mi juego, pero entonces le sonrío y me alejo, dejándolo con ganas de más. —Así voy a probar cada parte de su cuerpo, señor Campbell. Tiene usted un sabor exquisito. A ver, bajemos un poco. Le chupo el mentón y desciendo poco a poco por el cuello y por su firme torso. —Lo voy a palpar, no se mueva. Muy despacio, le acaricio el pecho, juego con uno de sus pezones entre los dedos y oigo cómo su respiración se va alterando, a medida que me voy inclinando. Cuando ya estoy a unos centímetros de su pecho, le atrapo el pezón entre los dientes y luego bajo más, deslizando la lengua por su piel hasta alcanzarle el vientre, plano como una tabla. —Gisele, hoy me vas a matar. —Oh, señor Campbell, qué cuerpo. —Se retuerce cuando le paso la lengua por el ombligo y un poco más abajo. Él gruñe y sé lo que desea. Yo estoy a punto de rozarme con las sábanas de lo caliente que estoy—. Un torso perfecto, de infarto, veamos qué tiene entre las piernas. —Basta, Gisele —dice impaciente—; me tienes ya muy duro. —Quieto. — Desobedeciéndome, se apodera de mi trasero y lo magrea como le da la gana—. Oh, muy mal. El que avisa no es traidor y muerdo su duro pene, excitado por mí. —Gisele, ¿estás loca? —Otro bocado—. ¡Ah! De acuerdo, manos fuera... —Así me gusta. Ahora voy a comprobar cómo está este bulto. Parece muy hinchado, tal vez no sea bueno. —Perversa y asombrada de cómo me comporto, lo torturo y succiono la punta de su miembro. Él grita, se desespera—. Bien, es bastante grande y tiene un sabor exquisito. Veamos qué sabe hacer con él... —Se acabó el juego. —Me pone boca abajo y me atrapa las manos a la espalda, con mi trasero hacia arriba—. Gisele, ahora te vas a enterar.

Una hora y media más tarde, suena el maldito despertador. Me incorporo de mal humor y lo apago. Apenas he dormido y, aunque el motivo ha sido placentero, no tengo cuerpo para trabajar.

—Matt. —Lo zarandeo con suavidad—. Vamos, tienes que levantarte.

Nada, está tan profundamente dormido que ni se inmuta. ¿Cuántas noches lleva sin

descansar? Me temo que muchas...

—Matt, son las siete y media, vamos, levántate.

Abre los ojos soñoliento y, al verme, me sonríe. Mi humor mejora un poco... Está tan guapo recién levantado... Con el pelo alborotado, los ojos medio cerrados y su cuerpo tan... ¡Ay!

—Buenos días. —Relajado, me sujeta entre sus brazos—. Hoy desayunaré aquí, porque tengo bastante trabajo y volveré muy tarde.

—¿Cómo es eso? Me mira y percibo que oculta algo. Es tan enigmático que nunca sé a qué atenerme con él.

—Hoy salen varios reportajes y tendré que estar allí controlando. Aunque Denis sea un gran profesional y esté a la altura, en estos casos prefiero estar yo presente. También se harán dos reportajes fotográficos que quiero supervisar.

Reportajes, mujeres. ¡Celos! —¿Qué pasa? —pregunta él. —Er... nada. Me gustaría

saber qué clase de reportaje... y cómo se hacen.

—¿Por qué? ¿Tanto te interesan esos temas? Es un malentendido. Ha creído que me interesa el mundo de la moda, cuando lo único que quiero saber es qué diablos va a hacer hoy mi novio con tantas mujeres alrededor. Tengo derecho a saberlo, ¿no? —A mí nada, lo que te pregunto es qué clase de reportajes vas a hacer hoy y con quién. —¿Para? Enfadada, resoplo por su desconfianza y me suelto de sus brazos para vestirme. —Sólo quiero saber qué mierda vas a hacer hoy... ¿Trabajar con modelos semidesnudas? Mi enfado o mis palabras lo hacen sonreír. —¿Estás celosa? —Para nada, ¿acaso tendría que estarlo? —respondo sarcástica—. ¿Sólo porque mi, er... chico, vaya a ver cómo posan para él mujeres muy hermosas semidesnudas...? ¡Qué tontería preocuparme! —Forma parte de mi trabajo. «Trabajo...» —¿Te has tirado alguna vez a alguna de tus modelos? Se calla y titubea. —Ya veo que sí, Campbell. ¡Muy profesional! —Gisele, ven aquí. —No, tengo cosas que hacer. ¿Cómo podré estar tranquila si ya lo ha hecho alguna vez? Mujeres sin ropa, provocándolo. ¿Por qué se habría de negar? «Porque te quiere, Gisele», me digo. ¡Es absurdo que piense así! Yo confío en él y lo que haya hecho en el pasado no importa... O sólo un poco. —¿Estás enfadada? — pregunta, levantándose y acercándose a mí —. Eso pasó hace mucho tiempo. No tienes que estar preocupada, jamás haría... Lo silencio poniéndole un dedo sobre los labios. —No me hagas caso, ha sido una tontería. Por cierto, ¿me podrías llamar Gis? Gisele... parece que me estés regañando a cada momento. Mis padres me llaman así cuando están enfadados conmigo. —Me gusta tu nombre completo, me resulta extraño llamarte sólo Gis. ¿Es necesario? —Si puedes, me gustaría, por favor. —No prometo nada. ¿Ya te vas? —Tengo que hacerlo — murmuro desganada. Apoyo la frente en la suya—. Supongo que hoy no te veré en todo el día... —Volveré por la noche, seguramente bastante tarde. ¿Qué harás tú? —Quiero ir a la librería Delta y comprar algunos libros que necesito. Joder, ya está alarmado. El cerco de sus brazos se tensa y me sujeta con fuerza. —¿Sola? —Sí, claro, está a diez minutos en coche. —Se va alterando y apartando—. ¿Qué te pasa? —Avísame quince minutos antes de salir y un chófer de la empresa te llevará y traerá de vuelta. —La verdad, preferiría que no... — Me quedaré más tranquilo. Podrían sucederte tantas cosas... — Me silencia con un beso—. Dame ese gusto. —De acuerdo, te llamaré. Pero sólo porque no quiero discutir contigo y porque te quiero mucho. Me sonríe negando con la cabeza, ya me va conociendo. —Yo también, Gisele, yo también. —Tú también, ¿qué? —lo reto, jugueteando con sus labios—. No sé qué quieres

decir. —Yo también te quiero, Gis —suspira agobiado—. Yo también. —Ven aquí, Campbell, me tienes loca. —Dame algo para que pueda soportar el día sin verte. Emocionada, lo beso con pasión y su boca ya me espera para recibirme. Sin ganas, me despido de él más sonriente que de costumbre. —Espérame luego, Gisele. —Lo haré, ya te estoy extrañando. Entre caricias y carantoñas, consigo salir por fin de la habitación y voy directa a servir el desayuno. En el comedor me encuentro de nuevo con él, que, al verme, no disimula y me sonríe cuando llego con la bandeja. —Roxanne, ¿estás bien? —le pregunta a ésta su madre—. Pareces decaída últimamente. —Todo bien. Incómoda al coincidir con la hermana de Matt, sigo sirviéndoles el desayuno. Hoy la familia está al completo, pero se nota tensión en el ambiente. —Roxanne tiene el viernes su primer desfile y vamos a ir todos a verla. Nos gustaría que tú vinieras también, Matt, ¿podrás? —pregunta su padre, animado. —Claro que sí. No me quita ojo y se lo ve contento... Me sonrojo al servirle el café a Roxanne, ninguna de las dos nos miramos. Seguidamente es el turno de Matt. Cómo me la juegue me las pagará. —¿Café? —le pregunto. —Zumo, por favor. —¿Fruta? —Dulces. Cuando estoy a punto de servirle, me roza la mano. Cierro los ojos, estremeciéndome, no entiendo cómo me hace esto. —Bueno, no, mejor tostadas —rectifica. —¿Algo más? —Nada más, Gisele. —Hace una pausa y me guiña un ojo—. Quiero decir, nada más, Gis. «¡Te mataré, Campbell!» Qué bochorno. —Me retiro, pues. Después de eso ya no vuelvo a verlo y continúo con mi rutina diaria. Bostezando y muy cansada tras la noche tan animada que hemos tenido. Después de terminar mis tareas, decido llamar a mis padres. Responde mi madre. Me entristezco cada vez que la oigo. Cuánto la extraño. —¿Cómo te va, cariño? —Bien, ya sabes, con la rutina. ¿Y papá? —Ha salido a cargar flores. —Se calla y yo sé que percibe cambios en mí que la tienen desconcertada, pero aún no le quiero hablar de mi relación con Matt—. Gisele, ¿qué es lo que nos estás ocultando? —Nada... —Anoche hablé con Scott. Él se muestra evasivo cuando hablamos de ti y tú apenas nos llamas, nos tienes muy olvidados. —Es el trabajo, mamá, pero yo estoy bien. —¿Es un hombre? —insiste—. ¿Estás con alguien? —Que no, mamá. —¿Por qué no vienes el fin de semana próximo? Te echamos de menos. Llevamos un mes sin verte y no estamos acostumbrados a no tenerte aquí tanto tiempo. —Dentro de dos meses estaré ahí de vuelta —contesto fatigada—. Entonces nos veremos más a menudo. —Los fines de semana, supongo. Ya que tu empeño en cambiar de universidad te aleja de aquí. —Mamá, tengo cosas que hacer. Dale besos a papá de mi parte... Os quiero. Aprovechando que estoy con el móvil, aviso a Matt. Noto una opresión en el pecho por no haberle contado a mi madre el giro que ha dado mi vida. Mensaje de Gisele a Matt. A las 13.07.

Saldré sobre las dos de la tarde.

Cansada y aburrida, sirvo el almuerzo y luego me voy a ver a Noa, pero lo que oigo al llegar me deja de piedra... Me hago a un lado, estupefacta, incapaz de moverme de allí.

—Es tuyo, Eric, ¡él no me tocaba desde hacía seis meses! —Yo no puedo saberlo —responde Eric, molesto. —Pues yo sí. Hace un año que nuestra relación va mal. ¿Me crees tan cínica como para cargarte con el hijo de otro? Abrumada, corro a mi habitación para que no me descubran. No puedo creer lo que acabo de oír: Noa espera un hijo de Eric Campbell... Madre mía, ¿cómo ha podido suceder? Joder, la que se va a montar. Él está con su novia y parece que va a dejar a Noa sola con su problema. Por otro lado, ella está a punto de separarse de Manu. Pobre Noa, ¿qué va a hacer ahora? Mi teléfono suena, sacándome de mis caóticos pensamientos. Es Matt. —Hola —respondo, aún algo jadeante. —¿Ocurre algo? —La sombra de la duda lo

persigue siempre—. Suenas extraña. ¿Sigues enfadada por lo del desayuno? —Claro que no, es que me duele un poco la cabeza, sólo eso. —¿Estás segura? Gisele, si es por mí... —No, Matt —lo interrumpo, exasperada por sus inseguridades—. No es por ti, no tiene nada que ver con nosotros. Ya te he dicho que me duele la cabeza. —Antón te espera fuera —me dice cortante—. Que lo pases bien. Y corta. Enfadada conmigo misma por mi reacción, cojo el bolso, salgo y me encuentro con un cochazo... Por Dios. Me subo y miro a mi alrededor. Veo que Antón es un hombre mayor, no un joven y atractivo chófer. ¿Matt lo ha hecho aposta? Además, por lo visto es un hombre muy curioso, porque me pregunta adónde voy, con quién, qué voy a hacer. ¿Le ha mandado Matt que me espíe? Maldito Campbell. Cojo mi móvil para entretenerme los cinco minutos que me quedan de trayecto, pero veo que tengo varios mensajes de hace unos minutos. Mensaje de Thomas a Gisele. A las 13.45.

Gis, siento lo del otro día, quiero que hablemos. Mensaje de Thomas a Gisele. A las 13.47. ¿Me perdonas al menos, aunque aún no quieras hablar conmigo? Mensaje de Thomas a Gisele. A las 13.50. Gis, dime algo, por favor. Mensaje de Matt a Gisele. A las 13.58.

Me gustaría llegar y encontrarte en mi habitación, aunque sea dormida... Será tarde.

Mi corazón da un vuelco. Él se traga su orgullo para dormir a mi lado, así que yo no seré menos. No responderé, pero le prepararé una sorpresa a su llegada...

De momento, sí hablaré con Thomas, para que deje de molestarme.

Mensaje de Gisele a Thomas. A las 14.09.

Thomas, estoy muy enfadada contigo y por supuesto que hablaremos. Te avisaré cuando quiera hacerlo.

El coche se detiene y, al bajar, me encuentro cara a cara con el chófer, que echa curiosas ojeadas al móvil que sostengo en la mano... Más datos para Matt.

—Mi amiga, que es algo pesada con los mensajes —le digo simpática—. Enseguida vuelvo.

Me apresuro a perder de vista al hombre que es mi espía en ausencia de Matt. ¿Por qué es tan posesivo?

Al entrar, saludo al chico que está tras el mostrador y busco unos cuantos libros concretos. Termino pronto con la tarea, pero ya que estoy aquí, ¿por qué no buscarme algo de lectura para los pocos ratos libres que tengo? Entonces veo uno que me llama la atención. *El beso de medianoche*. ¡Listo!

Me acerco a la caja para pagar. El que cobra es el chico al que he saludado al entrar. Descarado, de pelo negro y muy delgado.

—Hola, ¿me cobra esto, por favor?

—Claro. Esta colección se está vendiendo muy bien. —¿Es una colección? — pregunto curiosa—. No lo sabía. —Sí, se llama «Criaturas de la noche». Son cincuenta libros en total y van saliendo por semanas. —Sus gestos son un tanto exagerados. ¿Está coqueteando conmigo? —. ¿Te acompaño al pasillo donde hay algunos más? —No, gracias. Si me gusta el primero vendré otro día a mirar el resto —contesto secamente—. ¿Me cobra, por favor? Tengo un poco deprisa. Asiente con una sonrisa seductora. Asqueada, miro a través del escaparate y veo que Antón nos observa interesado. Lo saludo cariñosa, haciéndole la pelota para que omita contarle el detalle a Matt. Entonces recuerdo que quiero para éste algo especial... —Antón, ¿me lleva a La Cañada, por favor? —le pido inocente al salir—. No tardaré. —¿Para? —Para algo privado... Al llegar, me abre serio la puerta y acto seguido se rebusca en los bolsillos. Supongo que busca su

móvil y, alterada, le digo con timidez: —Por favor, no le diga nada a su jefe... Es una sorpresa para él. En poco tiempo estoy lista y Antón me lleva de vuelta a la casa.

En el trabajo, me cruzo una vez con Noa, pero no me atrevo a decirle que sé lo que le pasa, que estoy a su lado. Decido que sea ella quien me busque cuando me necesite.

A las once de la noche, me cuelo en la habitación de Matt y abro la cajita donde viene mi sorpresa. Es un inusual traje de chica de servicio. Blanco, con encajes y transparencias. Agitada, le preparo a Matt un baño con pétalos de rosas, cuya agua tengo que ir renovando cada cierto tiempo para que se conserve caliente, ya que él no aparece hasta la una y media de la madrugada.

Al ver su coche desde la ventana, voy a la bañera y me siento en el borde con las piernas cruzadas, esperándolo con una sensual pose. Me dejo el pelo suelto y me perfilo los labios; quiero ser su regalo más especial.

—¡Mierda! —lo oigo maldecir al llegar—. ¡No está! —Matt, estoy aquí. En un segundo, lo tengo en la puerta. Se queda mirándome desde allí, repasándome sin ningún pudor de arriba abajo. —Gisele —suspira—, me ha faltado un segundo para ir a buscarte a tu habitación, pues esta noche dormías conmigo como fuera. Incluso tan loco, lo amo. —Ven aquí... He pensado que vendrías cansado y que te gustaría tomar un baño relajante —digo con sensualidad—. Tu chica de servicio hará lo que le pidas, a modo de disculpa por lo que ha ocurrido hoy. —Me conformo con tenerte aquí. —Me estrecha entre sus brazos, y lo noto nervioso, por lo que deduzco que no ha tenido un buen día—. Creía que no estabas y que no querías pasar la noche conmigo. —Para variar, pensando mal de mí. —Es mi forma de ser. —Siento lo ocurrido hoy. — Asiente, hundiendo las manos en mi pelo y acariciándome luego la mejilla derecha—. ¿Me perdonas? —Dímelo tú. Se acerca y posa sus labios en los míos. Su gesto es tierno y delicado y me sorprende. Me rodea con los brazos y yo me pego a él con la misma ternura, regalándole mi cariño. Al apartarnos, me sonríe y el día tan malo que he tenido se ilumina de golpe. Lo veo cansado, con ganas de estar en casa... en mis brazos. —Ven, desnúdate. —Él cierra los ojos, espero que gozando del momento—. Voy a hacer que te relajes. Disfruta de tu baño. —Gisele, ¿sabes que me tienes loco? Me sorprendes cada día. Estás muy hermosa y sexy. Demasiado sugerente. Se me escapa una risita tonta. Me derrito cuando me mima o piropea. Lo voy desnudando despacio, mientras él permanece quieto. Le quito la camisa y luego el pantalón. Gime cuando me deshago en halagos sobre su cuerpo y al terminar lo aliento a entrar en la bañera. Sin decir nada, se mete en el agua, que le cubre hasta el pecho, y no cesa de mirarme. ¿Qué pensará? —El agua está en su punto. — Me arrodillo a su lado y le masajeo los hombros, arrancándole un gruñido—. ¿Me has visto llegar? —Ajá. He estado leyendo cerca de la ventana mientras te esperaba. —Debes de estar cansada, es muy tarde. —Rozo con mi mejilla la suya, mimándolo—. ¿Qué leías?

—*El beso de medianoche*, de Lara Adrian. Es adictivo, no he podido soltarlo ya desde la primera página.

—¿Lo has comprado hoy? —Sí, junto con otros. Le froto los brazos, las manos,

los nudillos, ¿tiene una herida reciente? Ha perdido el control y no me ha llamado, no ha confiado en mí.

—¿Qué ha ocurrido, Matt? —No es nada. —Es de hoy —digo, observando sus magulladuras —. ¿No me lo quieres contar?

Cierra los ojos y yo lo relajo acariciándole el pecho, creando la intimidad que él necesita para abrirse.

—Ha sido un día duro, agotador... —No me has llamado —le reprocho tiernamente—, te dije que lo hicieras cuando me necesitaras. —No quiero preocuparte cada día con mis tonterías. Odio hacerlo, aunque sé que a veces es inevitable. —Prefiero preocuparme a que me lo ocultes. Quiero saber de ti. —Le lamo la oreja con sensualidad, levemente—. No te cierres a mí, por favor. —Intento no hacerlo, Gisele. —No lo hagas entonces, y llámame Gis —me burlo, arrancándole una sonrisa—; pero no en presencia de tu familia. —Báñate conmigo —pide inquieto—. Desnúdate para mí, hazme disfrutar al ver cómo se desliza ese traje que cubre tu hermoso cuerpo. ¡Ay! —Oh, a veces eres tan romántico... —Odio esa palabra, deja ya de repetirla. Pongo los ojos en blanco. —¿No tienes nada más que contarme? —insisto, consciente de que me oculta algo—. Llevas furioso todo el día. Exasperado y resoplando, responde: —Gisele, te me escapas. Te alejas y me vuelvo loco al no saber dónde estás y con quién. ¿Contenta con la confesión? No entiendo por qué se angustia sin motivo. —Tienes a Antón... No creas que no me he dado cuenta de que... —¡Entra! —Y al ver que ha subido la voz, repite la frase más calmado—. ¿Entras, por favor? —En ese tono, claro que sí. —Perdón y, por favor, no me pongas más a prueba. Complaciéndolo, dejo caer un tirante y luego el otro... El tenue traje resbala por mi cuerpo a una velocidad fulminante y me quedo desnuda ante él, que sin perder un segundo, tira de mí hacia el agua caliente. Me hace apoyar la espalda en su pecho y pasea sus dedos por mi clavícula. —No me has contado qué has hecho hoy —insisto—. ¿Sabes?, te he extrañado mucho. —He estado con los reportajes. Uno ha sido rápido, pero el otro me ha tenido en tensión todo el día hasta última hora. Por eso he tardado tanto en volver. Jamás volveré a trabajar con esa chica. —Se interrumpe y, frotándome los pechos, continúa—: Yo también lo he hecho. Tiemblo, quiero oírlo sin rodeos. —¿Qué es lo que has hecho? —Echarte de menos. Me roza el cuello y yo ladeo la cabeza permitiéndole el acceso. Me besa y muerde, suave, muy suave. —Te amo, lo sabes, ¿verdad? —digo. —Sí... ¿Dónde está el «y yo a ti»? —Cuéntame más de tu día... Por qué este puño ha terminado como lo ha hecho. —Denis me saca de quicio. — Carraspea incómodo. —Últimamente discutís mucho, ¿no? —Él no deja de presionarme. —Chasquea con la lengua, enfadado—. Me tiene harto. —Contrólate la próxima vez. Me inquieta su reacción cuando la rabia se apodera de él. Los secretos que esconde y no me dice. Sé que los hay... pero soy consciente de que necesita su tiempo para ir abriéndose a mí. Me atemoriza desconocer la vida de la persona que se ha convertido en el centro de mi mundo. —Esta noche soñaré contigo —musito bajito. —Nada me gustaría más. Me encantaría oír ese sueño. Me echa agua por los hombros y por el cuello, con suaves manos de seda. Está tan calmado que apenas lo reconozco. Noto su erección contra mi trasero y, aunque los dos nos morimos de ganas, no lo hacemos. Nos relajamos juntos como pocas veces hemos hecho. —Serás mi vampiro, como el Lucas de mi libro, y me harás el amor mientras me chupas la sangre. —No me hables de otro. Y yo te chuparía más que la sangre. ¿Celoso de un libro? —Eso no lo dudo, pero no en mi sueño, ahí mando yo. Entre risas, se me escapa un bostezo y Matt, al advertirlo, me acurruca entre sus brazos y abre el grifo del agua caliente para caldear el ambiente. —Entonces, duerme, Gisele, y sueña conmigo, que yo también lo haré contigo. —¿Seguro? —Me incorporo y le advierto, moviendo un dedo—. Espero que no me mientas y luego sueñes con modelos pedantes pero hermosas. —Prefiero hacerlo contigo, Gisele, eres la tentación en persona —contesta, sin un ápice de regocijo—. Eres mi descarada pervertida. —Soy lo que quieras. Esta vez nos reímos los dos, cómplices. Sumergidos hasta el cuello en la bañera y con nuestros cuerpos entrelazados. Sus

piernas alrededor de las mías, encerrándome. —Lo eres ya. Hermosa, divertida, tierna, sensual... ¿Estás segura de esto, Gisele? No respondo, me niego a que dude de lo que podemos sentir el uno por el otro. No voy a permitir que sus miedos e inquietudes se interpongan entre nosotros. —¿Gisele? —repite, llamando mi atención. Pero yo me estoy hundiendo ya en el sueño y no sé si lo que oigo es a Matt o la sombra de él mismo que me espera en mi irrealidad—. Yo también... te amo.

20 Miedos

ME despierta el tacto de sus manos en mi piel. ¿Qué me está haciendo? Estoy tan cansada que los párpados me pesan demasiado y no soy capaz de abrir los ojos, pero sí aprecio el cuidado y la ternura con que me toca. Adormilada, intento mirarlo y lo veo sonriéndome.

—Duérmete —susurra—. Te he sacado de la bañera porque te has quedado dormida y ahora te estoy poniendo un pijama, mi pijama.

Me conmueve, ¿se puede ser más dulce? —Lo siento, estoy agotada. — Me besa la frente y se tumba a mi lado—. Gracias, hace calor esta noche. —No lo sientas y duerme tranquila, ya termino de vestirte. Pijama corto de verano, claro. —En todo un detalle, Matt. — Le paso una pierna por la cintura y le pongo una mano en el pecho—. Hasta mañana. —Buenas noches, Gisele. El sueño de la noche anterior vuelve para atraparme, pero esta vez no se lo permito y, con cuidado, me incorporo en la cama. Matt duerme a mi lado, de cara a mí, aunque, extrañamente, separado. Hoy su brazo no me rodea posesivamente la cintura, hoy está lejos... ¿Debo inquietarme? Echo un vistazo al móvil y veo que son las cuatro de la madrugada. Otro día más que me despierto demasiado pronto. Mañana no me aguantará ni Dios. Al levantarme, veo el pijama, ¡su pijama!, que llevo... ¡Me encanta sentirme envuelta por Matt de alguna forma! Sedienta, decido ir por un poco de agua y quizá a la vuelta me pueda volver a dormir. En la cocina, igual que hace unas noches, me encuentro a Karen Campbell sentada con una taza de café en las manos. Al verme con el pijama de su hijo, me sonríe con su acostumbrada calidez. —Hola, Gisele, ¿no puedes dormir? —Sí, pero tenía un poco de sed... —contesto sonrojada—. ¿Usted se encuentra bien? —Puedes tutearme, cielo. —Gracias. —Avergonzada, rehúyo su mirada y bebo agua, pero mientras lo hago, pienso que puede ser un buen momento para que hablemos—. ¿Estás bien? —La verdad es que estoy preocupada. Algo está ocurriendo con Eric... no sé qué es y, como madre, estoy bastante inquieta. No ha querido hablar conmigo en todo el día, parece deprimido, pensativo y, sobre todo, muy triste. No sé qué hacer para consolarlo. Intento que no me note el malestar que experimento al oír hablar del hombre que le está haciendo daño a mi amiga... Y me pongo nerviosa al ver la forma en que Karen escruta mi reacción. Ella sabe que Noa y Eric están juntos. —Karen... yo... —No, Gisele, no te sientas culpable. Ambas sabemos que entre Eric y Noa está sucediendo algo. Yo a ella la aprecio muchísimo y no quisiera que saliera perjudicada. Mi hijo ha roto su relación con María y, bueno, es complicado. ¿Ha dejado a su novia? Qué sorpresa. —Entiendo que si Eric y Noa han empezado una relación, puedan tener altibajos, pero presiento que hay algo más que me están ocultando. Quizá aún no

están preparados, ¿no crees? —Es precipitado, sí... —la reafirmo en su postura—. Noa se está separando y Eric ha roto un compromiso. —Sé que Manu no le daba buena vida y ella es una chica joven; quizá Eric le ha mostrado cosas que no vivía con su marido. No alcanzo a entender nada, mi hijo es tan reservado en este tema... Y, por supuesto, no te voy a pedir que me cuentes nada que tú sepas, entiendo lo que son las confidencias entre amigas. «Qué alivio.» —Gracias, Karen, no tengo palabras para agradecértelo. No cualquiera actuaría así, sabiendo que sus empleadas... Lo siento. —No lo sientas, cielo, hace tanto tiempo que no veía a Matt como lo he visto en el desayuno. — Sonríe con melancolía—. Estaba divertido, cómodo y, sobre todo, se lo veía feliz. —Yo, no sé qué decir. Me avergüenza que ella me dé consejos, cuando yo pertenezco al personal doméstico de su casa y jamás tendría que haberme involucrado con su hijo. Sin embargo, ¿qué puedo hacer? No me arrepiento. —Gisele, me da igual que seas mi empleada. Yo quiero la felicidad de mi hijo por encima de todo y después de mucho tiempo buscando su lugar, creo que a tu lado lo ha encontrado. No soy superficial ni me importa la diferencia de posiciones económicas. —Lo sé... —Sabes que Matt te adora, ¿verdad? —Sí... —contesto con emoción—. ¿Por qué él es así? —Supongo que te refieres a su forma de manifestar su frustración. — A s i e nto, retorciéndome las manos y esperando que diga más—. Gisele, no te voy a mentir. Matt llegó aquí así de traumatizado en cuanto a la confianza y tanto su padre como yo creemos que quizá necesita ayuda profesional. Bien es cierto que su carácter empeoró en la adolescencia, que fue cuando llegaron sus cambios de estado de ánimo... Nunca superó no sentirse querido, pero tampoco se deja ayudar. Creo que hay algo se nos escapa, pero ya lo conoces. —Entiendo. —Ten paciencia con él, cuando quiere a alguien, su mayor temor es que lo dejen. —Unas lágrimas se deslizan por sus mejillas—. ¿Sabes?, cuando llegó aquí, no le importaba nada ni nadie. Sus hermanos, su padre y yo lo incluíamos en las conversaciones, lo animábamos, pero él se limitaba a escuetas respuestas. Pero tras seis meses, se fue adaptando al ver cómo lo cuidábamos. Se calla y me coge la mano. Yo se la aprieto y continúa: —Se ponía nervioso cuando nos marchábamos a trabajar, a comer con amigos o en las típicas situaciones cotidianas. Se creía abandonado y eso sucedió cuando empezó a querernos... Te puede llegar a agobiar, lo sé, él es así. Sin embargo, también te cuidará y te dará lo mejor de sí mismo. —¿Lo hizo así con Alicia? — pregunto, incapaz de callarme, conmovida por el relato—. ¿Cómo se comportaba con ella? —La cuidaba, sí, porque Alicia le manifestaba amor. Matt es muy leal con las personas que demuestran estar a su lado. Pero no le interesaba tanto como para que temiera perderla. Sí, en cambio, sentirse engañado. Me relajo, es la confirmación de lo que él suele decir. La comodidad, soledad e intereses es lo único que los ha mantenido unidos. —Sus cambios de humor vinieron más adelante. Estaba bien y luego, de repente, decaído. No sabemos qué le sucedió ni por qué tiene esas alteraciones. Igualmente lo adoramos, lo sabes. —Matt es muy especial — susurro, sonriéndole—. Y gracias, Karen, él no suele abrirse tanto. —Lo sé y ahora, si me permites el consejo, ve a dormir, cielo. Si se despierta y no te encuentra a su lado, ambas sabemos que se pondrá mal. —Se inclina y, para mi sorpresa, me besa en la mejilla—. Gracias a ti por cuidármelo e ir devolviéndole un poco la alegría que pocas veces le he visto manifestar. No sé qué decir, estoy una vez más superada por su apoyo y por su forma de dirigirse a mí. —Mañana después del almuerzo no habrá nadie en casa. William y yo saldremos, Roxanne estará liada con el desfile y Eric al parecer no estará... Matt, bueno, ya harás algo con él, excepto ir de compras, por favor. Hoy ha vuelto a encargarme un desorbitada cantidad de ropa —bromea—. Avisa a

Noa y a Melissa, podéis descansar toda la tarde. Volveremos para la cena. —De acuerdo y de nuevo... — esta vez la beso yo— gracias. La conversación con Karen me da que pensar. Su afirmación de lo diferente que es Matt a mi lado me reconforta, pero ¿es así o es que ahora se toma la vida de otra manera? Al entrar en la habitación, cierro la puerta con cuidado, aunque no con el necesario, ya que Matt tienta la cama con la mano, buscándome. Al verme en la puerta, su expresión se ensombrece. —¿Qué haces ahí? —pregunta fríamente—. ¿Te ibas? Me acerco a la cama ignorando su tono de desconfianza. ¿Cuándo entenderá que no pretendo dejarlo? Y, para colmo, estoy temblando... He tenido una profunda conversación con ¿mi suegra?, sobre un tema que a ambas nos preocupa. —No, vengo de la cocina —le digo con voz monótona—. Tenía sed, eso es todo. —Estás nerviosa. Me ocultas algo. —Tú eres el que me pone nerviosa cuando me miras así —le recrimino, acostándome a su lado—. Déjalo, Matt. —¿Cómo te miro? —insiste distante. —Como si esperaras que en cualquier momento me fuese a ir. Siempre estás alerta. —¿Lo harías? «Otra vez...» —¿Cuándo vas a entender que eso no va a suceder? Sin volver a mirarme, se deja caer hacia atrás y resopla agitado. —Matt —digo, sujetándole el mentón. Él me mira a los ojos—. Ya te he dicho lo que siento por ti. Por favor, no estés siempre en constante alerta. No te pido nada más que confíes en mí. ¿Es tan difícil? —Más de lo que crees. No sé hacer las cosas de otra forma. Mucho menos entiendo que quieras estar conmigo y eso me lleva a temer perderte. —Y yo te repito que no va a suceder. —Me apoyo en él y dejo que me roce la frente con los dedos—. No me alejaré de ti. Solamente tú tienes el poder de echarme de tu lado. Aunque, ¿sabes, Campbell?, no me iría sin luchar. —Yo nunca te pediré que te vayas, lo sabes. —¿Lo sé?—. Una vez pensé que eras igual a todas y, aunque has demostrado no serlo, no sé cómo tener la confianza que tú y yo necesitamos. Pero no voy a perderte, Gisele, no puedo permitírmelo. Me siento henchida de amor. —Duérmete, Matt, estás cansado y no piensas con claridad —le aconsejo tiernamente—. De día verás las cosas de otra manera. Me acurruco contra él y, aunque me doy cuenta de que su sueño tarda en llegar, una hora y media más tarde, por fin descansa. Y yo lo hago con él. Pero de repente se desvela. Se levanta de la cama y, con una energía que me asusta, empieza a sacar prendas de su armario y a revisarlas. ¿Qué está haciendo? Cuando vuelve a mi lado, lo abrazo fingiéndome dormida. Pronto clarea y le doy los buenos días con unos besos en el cuello. —¿Cómo te sientes? — pregunta, acariciándome la espalda—. ¿Has descansado? «No.» —Sí, estoy bien. Amanecer con un hombre como tú a mi lado es algo que me encanta. —¿Un hombre? —pregunta travieso, cuando me incorporo y apoyo el mentón en su pecho—. Aclarémoslo, Gisele, ¿un hombre como yo o conmigo? —Se me olvidaba que tengo que ser más precisa. Contigo, Matt, contigo. Vehemente, me atrae hacia él y toma mi boca con gesto posesivo, olvidando su tonto enfado de hace unas horas. Yo le devuelvo el beso con la pasión a flor de piel. Torturándonos de buena mañana. —Vaya, qué despertar tan intenso —me dice sin soltarme—. ¿No te parece? —Ya lo creo que sí. Pero ahora me voy a la ducha, que, para variar, llego tarde. Y no me sigas o entonces seguro que no llego a tiempo —añado presumida, contoneándome. Tras la advertencia, corro hacia el cuarto de baño. Me lavo los dientes y me meto en la ducha. De repente, su voz me sobresalta: —Voy a meterme en la ducha contigo y así te ayudo. —De acuerdo, pero no me puedo entretener. No debo llegar tarde una vez más y, sobre todo, teniendo hoy la tarde libre. —¿La tarde libre? —repite confuso. —Sí, tus padres y tus hermanos no estarán hoy aquí. Me hace darme la vuelta y me lava el pelo. Sus manos me masajean la cabeza y su cuerpo se arrima al mío, pegando su duro y grueso miembro contra mi

trasero. ¡Oh, no, no tengo tiempo! —Gisele, ¿te he dicho ya que me provocas sin quererlo? —Tú no, tus ojos sí... Joder, Matt, ya sabes cómo me pones. —Más tú a mí —ronronea cerca de mi oído—. Pero prometo ser bueno y no tocar. Y cumple su promesa a duras penas, entre risas tontas, salpicándonos el uno al otro y poniendo el baño perdido. —¿Qué vas a hacer hoy? —pregunto, interrumpiendo nuestros juegos. —Me quedaré aquí y trabajaré desde el despacho. Ayer fue un día muy largo y hoy no voy a ir a Málaga, ya se lo dije a Denis. — Mientras me aclara el champú, propone—: Si te apetece, podríamos ir al refugio un rato. Yo me puedo llevar unas fotos para revisar y tú ese libro que tanto te gusta. Podremos pasar la tarde juntos y el lugar nos relajará. Sonrió emocionada. —Me encantaría. —Me muerdo los labios y dejo que el agua me resbale entre los pechos—. Mmm, qué bien. ¿Te ayudo, Matt? —Gisele, si me besas o me tocas, te empotro contra la pared, tal como estoy deseando hacer, y no me importa si hoy nadie desayuna. —Ups, lo he dicho sin pensar... —me disculpo, parpadeando. Luego, pensativa, añado —: Matt, veo cómo te tensas cuando hablas de Denis y las discusiones que estáis teniendo, ¿ocurre algo? Se inquieta ante mi pregunta. —Sí, pero prefiero que lo hablemos luego por la tarde. Necesito que estemos relajados. Le doy un beso y salgo de la ducha, y entonces me pregunta: —¿Volverías a posar alguna vez? —¿Por qué? —Contéstame. Ya le está cambiando el humor... —Supongo que sí, la experiencia me encantó y pagan muy bien. Matt cierra los puños y me da la espalda... Yo también se la doy a él, irritada, mientras me pongo el uniforme. Se altera y lo paga conmigo. —Lo siento, Gisele. —Me abraza por detrás por la cintura—. Odio estar enfadado contigo. —Tú te enfadas solo y luego me haces enfadar a mí sin motivo. —Lo miro por encima de hombro—. ¿Por qué te pones así? —No lo sé. Olvídalo, por favor. Le cojo una mano y le beso la palma, aceptando su disculpa. —Te quiero —digo ablandada—, dime que tú también me quieres. —Yo también te quiero, Gisele. —Eres el mejor, ¿lo sabes? Pero la frialdad lo ha envuelto de nuevo con una rapidez que no entiendo. Me recuerdo las palabras de su madre: que debo tener paciencia, y desde luego la voy a necesitar. Me hace estar en tensión, como él mismo. Al volverme no se inmuta, tiene la mirada perdida, absorta en algo que lo trastorna. Hago que me mire y me dé respuestas de una vez por todas. —¿Qué te pasa, Matt? No me gusta sentirte tan distante, tan frío. —Nada, siento ausentarme así. ¿Qué es lo que calla? —Venga, regálame una sonrisa —le pido, haciendo pucheros—. Si lo haces, prometo chuparte... Y me sonríe, ¡y de qué manera! Acto seguido, estoy abierta de piernas y con las muñecas sujetas por su mano encima de la cabeza. Su mirada agresiva me recorre de arriba abajo y me humedezco al instante. En cuestión de segundos nos estamos revolcando por el suelo.

La mañana termina y llega la hora de descansar. Voy a la cocina en busca de mi amiga, que sigue esquivándome. Me da mucha pena verla cabizbaja y tan triste.

—Hola, Noa, ¿tienes tiempo para hablar conmigo?

—Yo ya me voy —nos dice Melissa. Últimamente no nos llevamos tan mal, simplemente nos ignoramos—. Por la noche nos vemos.

Noa y yo asentimos y nos sentamos a la mesa. Se la ve pálida y abatida. No pienso permitir que Eric haga esto con ella.

—¿Me quieres contar algo,

Noa? Sabes que estoy aquí. —Lo sé, Gis... —titubea—. Pero estoy mal y no quiero hablar de ello. —Sé que sigues con Eric y también sé que estáis peleados. Y no me preguntes cómo lo sé, pero estoy segura. —¿Qué más sabes? —No te voy a presionar, pero sí te voy a dar un consejo...

Un hombre que dice quererte jamás debería dejarte sola con algo tan grande como lo que os está pasando. Mucho menos dudar de tu palabra. Si ahora has decidido volver con él, no le pongas las cosas fáciles. Que aprenda de una puta vez. —Gis, ¿tú sabes lo de...? — empieza, pero se calla avergonzada, tocándose el vientre. Con un nudo en la garganta, yo se lo acaricio. No puedo creer que esté en estado y mucho menos en su situación. Voy a ser medio tía, ya que la quiero como a la hermana que no tengo. —Sí lo sé, Noa, y me siento feliz por ello. Si ese estúpido no quiere hacerse cargo, lo haremos nosotras solas. No llores, al niño no le faltará de nada y verás cuando lo sepa el tío Scott. —¡No! —exclama asustada—. Ya sabes lo protector que es tu hermano conmigo... Me voy a ir, Gis, me voy a ir de aquí. Malditos Campbell. —Me parece bien. Podrías venirte a Lugo y estar cerca de mí. ¿O te quieres volver a Chicago con tu familia? Aunque quizá lo arregléis con Eric y... —Ya veremos, Gis, mi plazo será hasta que tú te marches. Si entonces no ha cambiado nada, seguramente me voy contigo. —Le doy un abrazo y un beso y lamento profundamente que no encuentre la felicidad que tanto busca—. Gracias, Gis, gracias por respetar mi vida como lo haces... Yo, en cambio... —Chis... —la hago callar—. Ve a dormir una siesta, que estás muy pálida. Te quiero, ¿vale? —Y yo a ti. La miro marcharse y luego me voy a mi habitación, donde me pongo un pantalón vaquero corto y una camiseta marrón de tirantes. Me calzo las Converse, cojo mi libro y ya estoy lista para ir al refugio de Matt. Tengo tantas ganas que casi voy dando saltitos, recorro la casa solitaria hasta el despacho de mi chico. La puerta está cerrada, pero el pestillo no está echado, así que, sonriendo, asomo la cabeza esperando hallarlo trabajando. Sin embargo, me lo encuentro con los codos apoyados en la mesa, la mirada perdida y la cara entre las manos. —Matt. —Me arrodillo a sus pies y le sujeto el mentón—. Mírame. ¿Ha llorado? —Ven aquí, Gisele. Te he extrañado mucho. Me siento en el escritorio y dejo que me rodee con sus brazos y apoye la cabeza en mi regazo. Está agitado. ¿Qué demonios ha sucedido? —Yo también. Cuéntame qué ha pasado. —He tenido una gran bronca con Roxanne. No te acepta y yo no lo soporto. Incluso se ha atrevido a decirme que Alicia ha cometido un pequeño error, un desliz, como el que yo estoy teniendo contigo. ¡Y que no hay derecho, después de que me haya dedicado tres años de su vida! —Chis. —No te imaginas las cosas que ha dicho. —Y seguro que te ha dicho también que el bebé es tuyo —digo asqueada—, ¿a que sí? —Sí. Hundo las manos en su pelo y lo acaricio, mientras él va depositando un reguero de besos en mi vientre. Sonrío al verlo más calmado. —Me gustaría que las dos os entendierais bien, pero ¿a ella qué le importa? —Déjale tiempo, quizá lo único que necesite sea eso para entender que no es algo pasajero. —De forma fulminante, la inseguridad se apodera de mí. ¿Su hermana le haría elegir?—. Porque... no lo es, ¿verdad? Aún no he terminado de formular la pregunta, cuando Matt se pone de pie frente a mí. Me sujeta la cara y busca mi mirada con desesperación. Yo se la sostengo para que vea lo que hay en mi interior, mi sinceridad. —¿Lo dudas acaso? Gisele, no dudes nunca, porque yo no lo hago. Aunque me sea difícil expresar mis sentimientos, nunca dudo. —Tengo miedo, Matt — confieso—. Estoy asustada de que te dé a elegir, de que te sientas entre la espada y la pared. —No, Gisele, ¡no! —replica, negando—. El resto del mundo no me importa si tú estás a mi lado. Oh, Dios mío. —Te amo tanto... —suspiro emocionada—. No sabes lo que me haces sentir cuando me dices cosas así. —Y yo siento no estar a la altura de lo que tú necesitas. Yo sé que quiere y no puede, aunque se esfuerza para conseguirlo. ¿Sabré cuidarlo como se merece? —El viernes, Roxanne tiene su primer desfile y va a ir toda mi familia. Me gustaría que tú vinieras conmigo. Me aparto de él bruscamente. Pero ¡¿qué dice?! —No, no

voy a ir. Me acabas de decir que tu hermana no me acepta. —Su mirada lo delata—. Matt, no tiene nada que ver con que nos vean juntos, te lo prometo. Pero sigo siendo tu empleada y, además, es para ir a ver a Roxanne... No, no pienso ir. Su semblante se ensombrece. Está acostumbrado a mandar y que se lo obedezca. Veo claramente que se cree superior y eso me desconcierta. ¿En qué momento ha vuelto a eso? —Lo único que quiero es que todos sepan que estás conmigo — confiesa, abrazándome y estrechándome contra su pecho—. Que eres mía y que no me importa nadie. —Lo sé y yo también, pero tenemos tiempo, ahora no es el momento. —Gisele, no me jodas. —¿Vamos al refugio? Me aparta para mirarme y me acerca de nuevo a él. —Veo que vienes preparada —dice, rozando el borde de mi pantalón—. ¿No te parece demasiado corto? —No, no me lo parece. —No me gusta. —Matt... —Cámbiate. ¡Eso sí que no! Lo empujo y me bajo de la mesa quedándome de pie frente a él, con los brazos en jarras. —No lo haré. —Desliza la mirada por mi cuerpo, con actitud posesiva, dominante—. Y aunque me mires así, seguirá sin importarme, ¿entendido, Campbell? —Todos te mirarán. Gisele, por favor, cámbiate. —A ti también te miran las mujeres... Medita y asiente despreocupado. —Está bien, como quieras. —¡Por fin! —Pero si me peleo con alguien, tú tendrás la culpa. No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Me está chantajeando? Pues ha medido mal, porque para carácter, el mío. —Bien, como quieras, entonces no iré contigo a ninguna parte. Así fuera peleas y a la mierda el problema. —Gisele, me desesperas. — ¿Yo a él? Resoplo, dando golpecitos con el pie en el suelo. ¡Qué nerviosa me pone!—. Eres tan insolente... Ven aquí y túmbate. —¿Qué quieres ahora? —Lo sabes bien. —Hace chasquear la lengua—. Ven aquí. —¿Volvemos al «Súbete el vestido y ábrete de piernas»? —Gisele, ¿te he dicho alguna vez que serás mi perdición? —Alguna vez sí, me lo has dicho. —Ese trasero tan espectacular que tienes me vuelve loco, y lo sabes. Y me seduces de tal manera... —comenta pensativo—. A veces tierna y otras apasionada. Seductora y erótica... —Te estás excitando, tienes la... —Ve a cambiarte. Niego con la cabeza. Para distraerlo, enciendo su ordenador bajo su atenta mirada y tecleo YouTube, donde busco una canción de La Quinta Estación que de repente me ha recordado a nosotros. Y cuando comienza a sonar la melodía, Matt alza las cejas. —Baila conmigo —le pido coqueta— y escucha la letra. —¿Bailar? —Vamos, Campbell. Está dedicada a ti. Se me acerca y, con una sonrisa traviesa, me pone las manos en el trasero. Yo me pego a él y voy susurrándole al oído cada trocito de letra.

Me muero por besarte dormirme en tu boca me muero por decirte que el mundo se equivoca, que se equivoca... que se equivoca.

—El mundo se equivoca, Matt —termino susurrándole—. ¿Te ha gustado?

—¿Mueres por todo eso? — Me tira del cabello y me obliga a mirarlo. Asiento, perdida en sus ojos verdes, que me vuelven loca—. ¿Estás segura?

—Y por más.

Me arrastra hasta el escritorio y, al hacerlo, noto un líquido frío, ¿quizá cerveza?, empapándome el pantalón y... ¡mi libro!

—Oh, no —me lamento. —¿Qué ocurre? Me sonrojo al ponerme tan sentimental.

—Se me ha estropeado el libro... —Vamos, Gisele —contesta—, sólo es un libro. —Te equivocas, es *mi* libro y el protagonista es mucho más sensible que tú, que lo sepas. —¿Qué quieres decir? —Oh, mierda, ¿está celoso de un personaje de ficción?—. Gisele, habla. Yo estallo en carcajadas y corro a sus brazos, acurrucándome contra su pecho. —¿Qué es lo que te hace tanta gracia? Gisele, ¿qué pasa? —Que te amo tanto... bobo. No quiero que seas como el

protagonista de mi libro, quiero que seas tú. Adoro cada parte de ti y cada una de tus personalidades... ¡que son muchas! —¿Te burlas de mí? — pregunta, entrecerrando los ojos. — En absoluto. Me gustan todas y cada una de ellas — confieso, comiéndomelo a besos al verlo emocionado—. Amo cada una de ellas. —¿Te apetece salir? —me pregunta, alzándome en sus brazos. Yo lo rodeo con las piernas—. Si ya no quieres ir al refugio... —Claro que sí, podemos preparar un picnic y merendar allí. Resopla y pone los ojos en blanco. Claro, eso es para románticos y, por supuesto, él no lo es... O eso es lo que cree. —Como quieras, Gisele. Sabes que haces conmigo lo que quieres, pero que... —... no siempre será así — termino la frase por él —. Eso ya lo he oído otras veces. —Ve a cambiarte de pantalón, éste lo tienes mojado. Su expresión lo delata. —¡Lo has hecho aposta! —Siempre pensando mal de mí... Anda, ve a cambiarte. Oh, es un auténtico demonio, pero como yo lo soy más, me cambiaré, sí. Y me pondré una faldita corta, así verá que conmigo no se juega. —¿Qué tramas? —me pregunta, entrecerrando los ojos—. Conozco esa mirada. —Nada, enseguida vuelvo. Le lanzo un beso y salgo corriendo hacia mi habitación, donde cojo una faldita vaquera muy ceñida y corta... Muero de ganas de verle la cara al señor Campbell. Sonriendo con malicia, vuelvo a su despacho, pero de camino, suena el timbre y voy a abrir. Al hacerlo me encuentro con Denis, a quien saludo cortésmente y lo hago pasar. Me encantaría que Matt volviese a apreciarlo como antes. —Hola, Gisele, ¿está Matt? —Sí, está en su despacho. — ¿Viene a buscarlo?—. Voy a avisarle. —De acuerdo, gracias. —Pero cuando voy a irme, me sujeta con delicadeza del brazo. Yo lo miro confusa—. Sólo quiero advertirte que vengo a decirle a Matt que Diego está aquí. No le va a sentar muy bien la noticia... Espero que logres tranquilizarlo. ¿Diego? No entiendo nada y lo único que deseo es no ver furioso a Matt. —Diego, el que te ofreció el reportaje hace unos días —me explica Denis al ver mi confusión—. ¿No lo recuerdas? Niego con la cabeza, intuyendo que algo no va bien. —Diego es el empresario que te quiso contratar para que hagas un reportaje, pero yo le dije que no porque Matt me comentó que tú no querías. Ahora Diego está aquí porque quiere convencerte personalmente. ¡No puede ser! —Él le ha dicho que estás de viaje para que te deje en paz, pero Diego es un hombre insistente... Matt se pondrá furioso. Sin decirle una sola palabra, me planto en el despacho, furiosa. ¿Quién mierda se cree que es para rechazar ofertas de trabajo por mí? ¿Quién diablos es para ocultarme cosas como si fuese una niña estúpida? Al llegar, abro la puerta de golpe y Matt me mira sobresaltado... Cuando Denis aparece a mi lado, lo veo palidecer. No puedo creer que me haya hecho esto. No entiendo cómo ha podido estar conmigo ocultándome e impidiéndome aceptar nuevas oportunidades. —¿Cómo has podido, Matt?

21 ¿Eres mía?

SIN decir nada más, lo miro fijamente, transmitiéndole con mi mirada cuánto me duele su traición.

Él permanece serio, sin abrir la boca. Denis, a nuestro lado, se ha quedado helado. Lo siento por él, pero de ningún modo habría podido callarme.

—Denis, por favor —murmura Matt por fin, con expresión gélida—, déjame a solas con Gisele, tenemos que hablar.

—Matt, tengo que decirte algo importante. Es sobre Diego. Él, tenso, da un golpe en seco con la palma sobre el escritorio. —Denis, te advertí que... — Pero su amigo y socio se coloca frente a él y dice con valentía: —Diego ha estado en la oficina y ahora está aquí. Quiere hablar con Gisele. Matt me mira con los ojos desorbitados y puedo ver el esfuerzo que está haciendo para contenerse. Tiene los puños cerrados y la mandíbula apretada, sin ocultar la rabia que lo embarga. —Denis, vete, por favor, y dile a Diego que luego lo llamaré personalmente. —Le diré que te dé una tregua hasta el lunes. —¡Vete ya! Denis me dedica una sonrisa compasiva antes de marcharse y quedarnos Matt y yo solos. Sé que vamos a empezar una discusión y tengo claro que yo no soy la culpable. El muy hipócrita no dice nada. ¿Aún alberga esperanzas de que yo no sepa de su engaño? Me mira de arriba abajo en silencio. —¿Tienes algo que decirme? —le pregunto serena. —Gisele, ¿adónde vas vestida así? Su respuesta es como una bofetada. En dos zancadas me planto frente a él, a unos centímetros de su cuerpo. Altanera y desafiante. —¡¿Cómo puede ser que eso sea lo único que me digas?! ¿Cómo te atreves a tomar decisiones que me corresponden a mí? ¡¿Cómo?! —No grites. Oh, maldito sea. —Grito si me da la gana. No puedes hacerte una idea de cuánto me has decepcionado hoy. Lo único que te he pedido desde que llegué aquí es confianza y creo que la merezco —le recrimino dolida—. Tú has tomado la decisión que te ha venido bien a ti, como siempre... Pero esta vez las cosas no son tan fáciles. ¡Es mi vida! —¡También es la mía! —No, Matt, no es tu vida, aunque formes parte de ella. —Sus ojos se van oscureciendo a medida que lo desafío—. Cuéntame, hazme entender por qué has hecho esto. ¡Dame algo para que lo comprenda! Suspira apesadumbrado, quizá buscando las palabras. Yo espero su arrepentimiento y tengo claro que jamás le pediría que renunciara a proyectos importantes de su carrera o de su vida. Me adaptaría por él, porque querer no es pedir renuncias, sino apoyar a la persona que amas. —No concibo verte posar de nuevo, Gisele. No soporto que otro te mire o te roce, no deseo eso para ti... —murmura con los dientes apretados—. Te quiero sólo para mí. Y sé que te puede sonar egoísta, pero sabes que lo soy. Sobre todo con quienes

quiero. No puedo creer lo que estoy oyendo. Posesión y obsesión impregnan cada una de sus palabras. ¿Esto es todo lo que hay en él? ¿Me he ilusionado creyendo que había más? ¿Este afán de dominación va a ir cada día en aumento? Hace apenas unos momentos estábamos bien, cuando lo creía diferente. —Esto no es querer... —digo casi sin voz—. Querer a alguien no es tomar decisiones sin su consentimiento y a sus espaldas. No es mentir. Aunque no se acepte una situación, querer... no es ocultar. —Gisele, ¿qué estás diciendo? —Está asustado y su mirada es implorante—. Tú sabes que te quiero, ¡maldita sea! —¿Estás arrepentido? —¡Ya basta! Le señalo el pecho con un dedo. —No lo estás, ¿verdad? —No, Gisele, no lo estoy — confirma, chasqueando la lengua—. ¿Y sabes por qué? Porque eres demasiado importante en mi vida como para arriesgarme a perderte con un trabajo de esas características. Sé que eso es lo que sucedería. No pretendo perjudicarte con ello, al contrario, quiero protegerte y protegernos. —¿Eso es lo que te produce mi amor? ¿Miedo e inquietudes? — Quiero entenderlo, necesito hacerlo. —No tienes ni idea. —Niega vehemente—. Hoy en el refugio pensaba hablarte del maldito reportaje de La Chica de Servicio... Has tenido tanto éxito que se va a hacer una segunda edición de la revista en Nueva York. ¡No lo soporto, no quiero que vuelvas a hacerlo! —¿Qué dices? —La noticia me supera—. ¿Éxito? —Maldigo el día en que dejé que posaras para mi proyecto, maldigo el momento en que dije que sí, desesperado por volver a verte. Me emociono. Cuando se trata de él, controlar mis emociones es imposible. Le asusta perderme, no es una excusa... ¿Por qué con tan pocas palabras me dice tanto? ¿Y por qué es tan complicado amarlo? —Gisele, ¿vas a llorar? — Me sujeta la barbilla con temor—. No me crees. Te vas a marchar, ¿verdad? —Matt... Se aparta de mí, huye. —¡¿Por qué me haces esto?! Apareces un buen día en mi casa desarmándome, cautivándome y, cuando consigues tenerme a tus pies, te vas... ¡Por un maldito reportaje! —¡No empieces a divagar! —Jamás debí confiar en ti, jamás debí dejarme engañar por tu cara de ángel. ¡Márchate si eso es lo que quieres! Es cruel y yo, temerosa del rumbo que ha tomado nuestra conversación, me aferro a él para explicarle lo mucho que se equivoca. Pero Matt no me lo permite, me hace soltarlo y lanza contra la pared el libro que hay en la mesa. Mi libro. —Matt, ¡cálmate! —Apoya la mano derecha en la ventana y mira fuera. Yo lo abrazo por la espalda besándolo—. No me pienso marchar, deja de pensar que lo haré. —Suéltame, no quiero tu maldita compasión. No pretendo amarrarte a mi lado por pena. Gisele, por favor, márchate. — Matt, no es verdad, ¡no es lo que siento! —Desarmado, vuelve hacia mí y, cuando me mira, la culpa me embarga. No estoy segura de que no esté haciéndole daño, pese a lo que su madre me dice—. ¿No ves en mi mirada todo el amor que te tengo? Me duelen tus dudas, ¿no entiendes que lo nuestro es tan repentino como intenso y fuerte? —Gisele... —contesta—, quererte tanto me duele.. Las palabras de su hermana acuden a mi mente. ¿Realmente le hago perder la razón? — Sé que un día serás consciente de la carga que supongo en tu vida y te irás, lo sé. Lloras porque te duele ver que es verdad. Te entristece porque, aunque me amas, ese amor no es suficiente para soportar mi inestabilidad... Me asusta ver que no seré capaz de mantenerte a mi lado. —Matt, escúchame por favor. —Me acerco con él al sofá y nos sentamos. Le acaricio la mejilla y él la roza contra mi palma—. Te encierras en tu mundo y te atormentas. La que se asusta soy yo de ver lo que hago contigo, cómo te descontrolas cuando no me dominas... Mírate, Matt, tus miedos aumentan los míos y ninguno de los dos disfrutamos de esto... Quererme te destruye. —No me abandones por esto —ruega—, sabes que te necesito a mi lado. —No, Matt, yo ya no sé qué necesitas. —Y al verme sollozar me rodea con los brazos y me besa con la exigencia de una

súplica—. Me desconciertas. Me acabas de decir que me marche y ahora que no lo haga. ¿Cómo sé cuándo hago bien contigo? —Siempre que no me dejes harás bien... No me escuches cuando te pida algo tan estúpido como que te vayas, sabes que no lo siento —susurra, frotando su mejilla contra la mía—. Dime que te vas a quedar. —No he pensado en irme... —Bésame y demuéstrame cuánto me quieres —me pide—. Dime que me vas a querer siempre. —Siempre —le prometo, con un nudo en la garganta—. Siempre, Matt. Entrelazo los dedos tras su nunca y saboreo sus labios con el anhelo que me hace sentir. Me entrego al beso con toda la ternura que siento por él. Necesito a Matt con una fuerza que me asusta, ávida de amanecer cada día con besos como éste, con el sabor del hombre que tanto me desarma. —Así te quiero, Matt, incondicionalmente —declaro sobre su boca—. No lo dudes nunca. —Dime que harás lo que te pida por verme feliz. —Sabes que sí —contesto insegura y arrepintiéndome al segundo, temiendo que me pida más renuncias—. ¿Qué es lo que quieres de mí, Matt, qué? —No vuelvas a posar nunca más. Tengo dinero y puedes disponer del que necesites, no te va a faltar de nada. Te lo prometo. Niego frustrada y me dejo caer hacia atrás en el sofá. Yo no quiero ser una mantenida, yo tengo mis propias metas y quiero servir para algo. Y mis planes quizá nunca sean de su agrado, pero en eso no hay discusión... Tiene que aceptar mis objetivos como yo hago con los suyos. —Matt, no me pidas esto. Adaptarme a ti implica dejar de ser quien soy y eso no es lo que quiero —trato de hacerle entender—. Me encanta experimentar, en este tiempo has podido comprobarlo, y posar me gustó y me llenó. Tengo metas y me propongo cumplirlas como he venido haciendo hasta ahora... Vine aquí para ganar el dinero que necesito para seguir estudiando. No es estabilidad económica lo que busco. —¡No estoy de acuerdo, no, Gisele! —Tengo claro el camino que voy a tomar —continúo yo, ignorando sus súplicas. Me atraviesa con la mirada y con cada frase mía, se exalta más—. Quizá la de modelo no sea una profesión que me gustaría ejercer a diario, pero sí ocasionalmente... Quiero dedicarme al mundo de la comunicación y por eso voy a hacer ese máster. No aspiro a ser cualquier periodista, ambiciono más... Quiero trabajar en la televisión, en la radio, y la oportunidad con Diego me puede ayudar. —¿¡Qué mierda estás diciendo!? —Se levanta y camina por la habitación, nervioso. Yo me levanto también—. No, Gisele, no quiero que trabajes en medios públicos. Estos trabajos luego llevan a otro y a otro, y eso sólo te alejará de mí. ¡Estás loca si crees que te lo permitiré! —Recuerda que no te estoy pidiendo permiso —replico, desafiándolo, de pie frente a él, con el mentón levantado y las manos en la cintura—. Matt, sé que nada es fácil y si tengo que estar en la redacción de un periódico de pueblo para hacer lo que me gusta, lo haré. Pero mi meta es llegar más alto y no lo voy a dejar aquí. No terminaré algo que aún no he empezado. —Gisele, sé que no te importa mi opinión, pero no quiero que lo hagas. Te suplico que no lo hagas. —¡Eres tan egoísta...! — respondo, golpeándole el pecho—. ¡No me puedo creer que me estés pidiendo esto! ¡Ésta soy yo, Gisele Stone, y no me vas a manejar y cambiar a tu antojo! Con la confusión y la decepción reflejándose en su rostro, me coge en brazos y, mientras yo grito, me tumba sobre el escritorio. Él se tumba luego encima de mí, buscando mis besos. —¿Qué haces? —pregunto alterada—. ¿Qué mierda quieres ahora? Me calla con sus besos. Me abraza y se aferra a mí impidiéndome escapar. Está fuera de sí, consumido por la impotencia al advertir que me escurro entre sus manos y, cuando ya no puede respirar, se retira y me mira fijamente a los ojos. —No me dejes, prométemelo. —¡Ya te he dicho que no voy a dejarte! Más besos desesperados. —Apártate —digo, soltándome de él y ocultándome la cara con las manos. Me levanto del

escritorio y me dejo caer en el suelo. Me atormenta y no sé qué pensar. ¿Esto es amor? Él me acaricia el pelo, pero yo lo rechazo. Matt lo exige todo y no da nada. —Gisele, mírame. Dime qué estás pensando, me mata no saberlo. —Me abruma la constante montaña rusa que vivo a tu lado, unas veces arriba y otras abajo... Y siempre con esa sensación de vértigo —le digo con tristeza—. Ahora quiero estar sola, por hoy no puedo más... Me presionas y no puedo pensar. —Gisele, por favor — implora. La emoción me embarga cuando oigo su sollozo. Queremos avanzar y no sabemos. No se deja ayudar y yo me agoto al intentar un imposible. Matt se incorpora y abre la puerta. —De acuerdo, me voy. Te dejo para que puedas pensar —dice con la voz rota—. Cuando me necesites, llámame. Cuando se marcha, me echo a llorar como una niña. Desesperada al no saber qué hacer, decepcionada por su comportamiento, por su forma de rogarme que lo abandone todo, y asustada de que corra a consolarse con Alicia... Cuando me calmo un poco, me levanto y, pese a tener la tarde libre, trabajo en la casa, intentando distraerme. Tras recibir una llamada de mi hermano llena de reproches, voy a la cocina para prepararme un café con leche. Me siento en soledad y hago un esfuerzo por relajarme, pero no puedo. Hace horas que no sé nada de Matt y me preocupa. —¡Roxanne! —Al oír el grito de Karen, corro hacia la sala. La veo muy nerviosa y eso me asusta—. ¡Roxanne, baja, por favor! —Señora, ¿ocurre algo? —Ah, hola, Gisele... No, todo está bien. —¿Seguro? —Me tiembla la voz, presiento que es Matt quien la tiene así—. ¿Y Matt? —Cielo, hablamos más tarde, ¿de acuerdo? Déjame ocuparme de una cosa y prometo ir a hablar luego contigo. Ve a la cocina, por favor... Ya viene Roxanne. Vuelvo a la cocina, me termino el café con leche y me como una galleta con la mirada perdida. —Hola, Gis. —Me sobresalto al oír la voz de Noa—. Eric me acaba de mandar un mensaje, quiere hablar conmigo. —Espero que sea para bien — contesto—. No le pongas las cosas fáciles. No se lo merece. —Lo sé... Gis, tienes mala cara. ¿Te pasa algo? —Prefiero no hablar ahora, Noa. Ella me da un beso y me abraza, y yo se lo agradezco, pues lo necesito de verdad. —Gisele. —Me tenso al oír la voz de Roxanne—. Necesito hablar un momento contigo a solas, acompáñame. Me alejo de mi amiga y, apesadumbrada, voy con ella. Espero que no sea otra discusión, porque lo que es hoy no estoy para tener paciencia con nadie. Cuando estamos cerca del garaje, Roxanne me detiene sujetándome por un brazo y dice: —Lo que te vas a encontrar no es nada agradable. —Me estremezco—. Piensa qué estás haciendo con él y toma una buena decisión. Desde tu llegada, esto es lo que has conseguido... Entra. Sin darme tiempo a procesar sus palabras, me empuja dentro del garaje... —¿Matt? —jadeo al verlo sentado al volante de su coche, inmóvil. —Gisele, cielo, ven aquí — me dice Karen, tendiéndome una mano. Yo tiemblo y soy incapaz de moverme—. Tranquila, él está bien... sólo un poco bebido. Asustada y conteniendo la emoción, me arrodillo a sus pies y lo escruto, acariciándole las manos. Tiene los ojos casi cerrados y es evidente que ha bebido demasiado. —Matt, ¿qué tienes? Me mira y sonríe, pero no reconozco esa extraña sonrisa. —Estás aquí —susurra, abriendo los brazos y me refugio en ellos—. Sí... —Las fotografías de tu maldito reportaje estaban en mi ordenador, pero lo he roto al ver que te pierdo. —Me habla muy bajito al oído. ¿Delira? Me abraza con tanta fuerza que casi me impide respirar. Yo tiemblo asustada y, al verlo, Matt me acaricia. Las palabras de su hermana se clavan en mi pecho como un maldito puñal. «Desde tu llegada, esto es lo que has conseguido...» Yo le provoco la ansiedad de sentirse en constante peligro de ser nuevamente abandonado... Yo y sólo yo soy la culpable. —¿Estás bien? —musito. —Ahora sí. —Roxanne, llama a Gabriel para que nos ayude a subirlo —le pide Karen a su hija—. Menos

mal que William no está... Denis me ha llamado alarmado diciéndome que estaba con Matt tomando unas copas y que cuando él había ido al baño, Matt se había marchado. —Mamá —dice Roxanne—, ¿quieres que llame a Scott? Él es quien me ha traído de las clases y aún está fuera? —Como quieras, pero que sea pronto. Yo me aparto de Matt y veo que parece dormido. Karen está tan preocupada como yo y como Roxanne. En cierta medida, entiendo la postura de ésta. Ve que estar conmigo causa dolor a su hermano y que ese dolor lo destruye. En el fondo, la admiro, cuida de él como yo lo haría con Scott. Cuando mi hermano entra en el garaje, en sus ojos aprecio la advertencia: «Te lo dije». Por otra parte, parece distante y tenso con Roxanne, una actitud que me desconcierta. —Yo lo subiré —se ofrece. Nosotras tres nos apartamos y Scott se carga a Matt al hombro y lo deja sobre su cama. Antes de marcharse, se detiene y se dirige a mí: —Piensa si es esto lo que quieres en la vida... Vuelve a casa, pequeña, aún estás a tiempo de huir. —Scott... —Te llamo mañana. Me apoyo en la puerta de la habitación, sin atreverme a entrar. —Entra, cielo —me dice Karen. —No, pero estaré en la casa. Dígaselo a Matt cuando pregunte por mí, por favor.

Una hora y media más tarde, Karen me llama y veo a Matt de pie, con el torso desnudo y un pantalón de pijama azul marino. Parece recuperado y, al verme, se le ilumina la mirada.

—Cariño, nos vamos —le dice Karen—. Te dejamos en buenas manos...

Roxanne y ella se van y nosotros dos nos quedamos solos. Con cautela, Matt se va acercando a mí, que soy incapaz de decir nada.

—Gisele, perdóname. —¿Estás bien?

—¿Vas a llorar? No llores, por favor, se me parte el alma verte así. —Yo me abrazo a él—. Me he vuelto loco, no sé qué me ha pasado. He sido imprudente al beber, no me he sabido controlar. Si quieres hacer esos reportajes, hazlos. Si eso es lo que has decidido, adelante.

—Estás dispuesto a ceder por mí... —Por ti cualquier cosa, no lo dudes. —Me acurruco contra su pecho y asiento con la cabeza—. Gisele, mírame, dime que me perdonas. Voy a perder la cabeza si no lo haces. Aunque temo hacerlo, le digo que sí. Sus ojos verdes transmiten su arrepentimiento. —No tengo nada que perdonarte. Matt, perdóname tú... —¿Por qué? —«Porque voy a abandonarte»—. Gisele, ¿qué te tengo que perdonar? —No haber sabido entenderte, calmarte. Siento todo el mal que te hago. —Gisele, no, no y no. No pienses eso, no pidas perdón por algo que no has hecho... Estoy tan asustado, que hago cosas horribles, pero no es tu culpa, sólo mía por no saber confiar en ti. Y lo mereces tanto... Me reconforta oírlo, pero hoy no sé cómo me siento. —Gisele, bésame y hazme el amor como sólo tú sabes hacerlo. Cálmame, te lo ruego. Hazme sentir que estás aquí, que me amas por encima de mis locuras —suplica desesperado—. Por favor, es lo único que necesito para sentirme bien después de haber sido tan imbécil. »Te siento triste. Esta que tengo delante no es mi chica de servicio. Quiero que vuelva, por favor. Le sonrío, siempre seré su chica de servicio. —Ahora sí te reconozco. Recuerda que te quiero así, alegre, descarada, retadora, pervertida. Te quiero como eres. Aunque me vuelvas loco, pero te quiero así, sin los cambios que, por idiota que soy, te pido que hagas. Mis manos cobran vida, le acaricio el torso, el vientre, la cintura. Memorizando cada centímetro de su piel... para después seguir bajando por dentro de su pantalón. Es tan hermoso y perfecto que aún no me puedo creer que sea tan mío. Y tampoco me creo que vaya a tener el valor de abandonarlo. —Túmbate —le pido—, eres guapo, Matt. —Gisele, ven aquí, te necesito pronto. Yo lo hago. —Te amo, Matt, nunca olvides que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Me coloca una mano

debajo del trasero, mientras me rodea con el otro brazo para pegarme a él. Nuestros sexos se tocan y gemimos. —Gisele —dice—, no me gusta sentirte tan lejana. Si aún no me has perdonado, no tienes por qué hacer esto. —No, por favor, sigamos. Matt me llena con su miembro, acariciando mi interior. Me chupa, muerde, y besa... Ambos jadeamos, anticipándonos al placer que nos va a traer unirnos con esta intimidad. —Mi Gisele —gime, lamiéndome el mentón, paseando su lengua por mi cuello—, eres mi locura. Y se aparta sonriendo para volver a embestirme. Al ver su sonrisa tan radiante, me rindo... ¿Cómo me voy a ir? No puedo, soy egoísta y lo quiero conmigo, aunque le haga daño y los dos nos volvamos locos. Juntos afrontaremos lo que venga. —Mírame, Gisele. —Lo hago, al mismo tiempo que él empuja y yo levanto las caderas, buscando la acometida—. Te quiero, nena. —Yo también... nene —contesto, sonriéndole con timidez. Se detiene un momento y me mira fijamente a los ojos: —¿Eres mía? —Siempre... —le prometo—. Siempre seré tu chica de servicio. —Dios, cariño —gime al acabar—. Me puedes, me puedes. Tumbados de lado, nos miramos sonriendo y él cierra los ojos. —Te amo, Matt —susurro—. Lo eres todo para mí. Él no contesta. Cuando creo que se ha dormido, me mira malicioso. —Te acabo de marcar — ronronea y, con un dedo, traza una línea en mi cuello—. Te he dejado un chupetón aquí. —No —jadeo levantándome para mirármelo—. Oh, Matt... esto está muy feo. —Lo siento. Ven aquí, quiero decirte una cosa. De un salto vuelvo a la cama, acurrucándome contra su pecho. —Mañana voy a hablar con mi familia de nosotros. Quiero que sepan cuáles son mis planes de futuro. ¿Te parece bien? —Como quieras, pero a tu hermana no le va a gustar. —No me importa. —No quiero que discutas con ella por mí, te lo pido por favor. — Su cuerpo se estremece bajo mis caricias—. Es tu hermana y se preocupa por ti. —Lo sé, pero dejemos eso para mañana. —Me abraza con fuerza, amoroso—. Ahora descansa, hoy ha sido un día muy duro para los dos. —Buenas noches —susurro—. Te quiero, Matt. —Yo también, Gisele, siempre. Feliz, permito que el sueño se apodere de mí. Hasta que me despierto de golpe. Matt se agita en la cama como si estuviese luchando con alguien. Sueña. —Roxanne, ¡no! —grita, sobresaltándome. Me acurruco de nuevo contra su pecho, calmándolo. Él vuelve a dormir tranquilo, pero entonces oigo unos quedos golpes en la puerta. Me pongo una camisa de Matt y abro un poco... Es Roxanne, ¡mierda! —He creído oír un grito, ¿va todo bien? —Sí, y yo sigo aquí, si es eso lo que has venido a comprobar —le digo. —Gisele, mi hermano tiene tendencia a descontrolarse, pero en los últimos meses estaba mucho mejor. —Tu madre no opina como tú. —Mi madre ve lo que quiere ver. No es objetiva. ¿Te puedes imaginar lo que he sentido al verlo en el coche y borracho? Podría haber tenido un accidente... »Parecía que poco a poco se iba recuperando de sus traumas — continúa—, pero desde tu llegada todo ha cambiado. —Eso no es verdad, ¡no! Tiene otros problemas, como Alicia. ¡Es por ella! —No te engañes y no grites. No sé qué estás haciendo con él, pero lo que sí tengo claro es que lo estás destrozando y desequilibrando de nuevo. Lo quiero y por eso te desprecio a ti; no eres buena para mi hermano. Si de verdad lo quieres, desaparece de su vida para que pueda ser feliz y recuperar la calma que ha perdido contigo. Llena de impotencia, la aparto de un empujón y corro a mi habitación. Sus palabras se repiten en mi mente: «Parecía que poco a poco se iba recuperando de sus traumas, pero desde tu llegada todo ha cambiado... No eres buena para él». Cojo una mochila y guardo en ella lo necesario para irme a casa de Scott. Una vez allí, esta misma noche si puedo, me vuelvo a Lugo con mis padres. La rabia y el dolor de saber que estoy destrozando a Matt es más grande que mi amor por él... No puedo seguir atormentándolo así.

Con una opresión en el pecho y las lágrimas nublándome la vista, salgo de la habitación en la que he vivido tantas cosas. Por ejemplo, mi primera noche con él... Me asfixia el recuerdo, ahora ya lejano. Salgo de la casa sin hacer ruido... Corro por el jardín hasta que, destrozada, me dejo caer de rodillas. ¿Voy a abandonarlo? ¡No, no puedo! Matt me ama y, aunque es complicado, yo entiendo el porqué de sus miedos. Si ahora me marcho, lo defraudaré y acabaré dándole la razón. ¡No puedo irme sin luchar por él! Me levanto y busco en mi interior la fuerza que necesito, las garras para defender lo que quiero. ¿Cómo he podido pensar en irme lejos de él? ¡¿Cómo?! —¡Gisele! —Me descompongo al oír su grito de dolor a mi espalda—. ¡Gisele, ven por favor! Derrotada, me vuelvo hacia él, consciente de que no me perdonaré haber estado a punto de irme. Viene corriendo hacia mí, vestido sólo con su pantalón de pijama. Por el miedo a perderme ni siquiera se ha vestido. —¿Esto es ser mía? —me reprocha desencajado—. Confío en ti, pienso que soy un imbécil por haber pensado que me ibas a dejar y decides marcharte en mitad de la noche... abandonarme. ¿Por qué, Gisele? ¿Por qué? ¡Me has hecho una promesa! —¡Porque no soy buena para ti! —¿Que no eres buena para mí? —repite alterado—. ¿De dónde diablos has sacado eso? —¡De verte a ti, Matt, mírate! —Gisele, ¿eres consciente de cómo he creído morir al ver desde mi ventana que te ibas? ¡Estoy sangrando por dentro! Sé que no merezco que me quieras, pero que me abandones de esta manera... —¡Lo sé, maldita sea! —Estoy decepcionada conmigo misma, con mi fragilidad y flaqueza. Lloro de impotencia—. ¡No he sido yo, yo no me rindo! Me interroga con la mirada con pesar... El dolor marca sus facciones. —¿Me amas? —pregunta desmoralizado—. ¿Gisele, me amas? —Tanto que hasta me duele — contesto, calmándome—. Si he pensado en irme no es porque no te ame... Es porque no quiero hacerte sufrir más. Sé que tú piensas que no eres bueno para mí, pero créeme, yo soy la que te perjudico. —Te equivocas, ¡no lo haces! —Precisamente porque te quiero he pensado en irme —sigo diciendo—. Pero antes de hacerlo he comprendido que no puedo, aunque te destroce, aunque me destroce... quiero quedarme contigo. ¡Te amo, Matt, y también yo soy egoísta! —Pero lo has pensado, has estado a punto de hacerlo. ¡Maldita sea, Gisele, eres mía! —Lo soy, Matt, ¡nunca he dejado de serlo! Me estrecha entre sus brazos y la rabia se va desvaneciendo entre nosotros. Me besa y acaricia con desesperación y yo le devuelvo cada uno de los gestos. Al separarnos, me sujeta la cara con ternura, me contempla y pregunta:. —Gisele, ¿sabes lo mucho que te amo?

22 Propuestas

EL amor llena mi pecho y altera mi respiración. Las lágrimas me nublan la vista.

—Nena, ¿qué ocurre? —¡Lo has dicho, Campbell! — Golpeo su pecho—. Maldita sea, dímelo de nuevo. ¡Ves, he estado a punto de irme y no quería! —No me lo recuerdes... ¡te amo! Por Dios, Gisele, estoy arrepentido —implora afligido—. ¿Cómo podría vivir sin la persona que más necesito? Lo que tenemos es especial, ¡eres mía, joder! Con la desesperación y el dolor que lo destroza, nos hace caer sobre el césped. Y me besa suplicante, arrasando con mi sabor. —Te ataré a mi cama, nena y jamás pensarás en dejarme. Te daré todo, lo prometo, no puedo creer que estés aquí —susurra, besándome y empuja la cadera, hace amago de desprenderse de mi ropa. Se arrepiente y niega—. No, no te reclamaré sin más en el sexo. Tú mereces que te haga el amor y, pronto será en nuestra casa. Te vendrás a vivir conmigo pronto, lo sé. Tiene los ojos vidriosos. Sonríe tenso y me acaricia con desenfreno, asegurándose que estoy aquí. —¿Lo sientes, Gisele, sientes cuánto te quiero? Afirmo, arqueándome. Lo beso tierna, apretando su cara. Estoy tan arrepentida y él tan asustado, que tranquilizándolo, lo abrazo y le ayudo a levantarnos. —Yo también te amo, Matt — le digo—. Te quiero como eres, aunque sea difícil, aunque a veces me duela... Pero te pido que te controles, que ahuyentes esos miedos tuyos que ahora son míos. Y, por favor, intenta no beber como lo has hecho hoy. Me ha destrozado verte así. Me seca las lágrimas con ternura y luego me abraza. —Ayúdame, por favor, y quédate conmigo. Siento mucho lo de hoy. —Lo sé. Tratemos de entendernos uno al otro —susurro esperanzada—. Quiero que esto funcione. Parece difícil, pero no es imposible... Empecemos por tenernos confianza. —Le acaricio la espalda y añado—: Entremos, vamos a coger frío. Se aparta y me mira intensamente. Me besa y luego, con cuidado, me coge en brazos, echándose mi mochila al hombro. En silencio, llegamos a su habitación, donde me deja sobre la cama y guarda mis cosas en su armario. Después viene a mi lado y acariciándome las mejillas, dice: —Gisele, me gustaría pedirte que te traslades a mi habitación. Estamos en la última planta y aquí nadie te molestará... Te necesito aquí conmigo. —Matt... no sé si es buena idea. No todo el mundo está de acuerdo con esta relación y, aunque, como tú dices, nadie sepa qué ocurre en esta planta, yo soy una sirvienta. Me mira diferente, con frialdad. —Has hablado con Roxanne, ¿verdad? —No digo nada y él continúa—: Cuando he salido a buscarte, me he cruzado con ella y me ha dicho que era lo mejor. Dime que no has tomado esa decisión impulsada por mi hermana. Resoplo, buscando cada palabra. —Roxanne te ve mal, peor que antes, y cree que es por mí, algo con lo que yo también estoy de acuerdo. Ella te quiere y se preocupa... He cometido el error de dejarme

convencer por ella, pero espero que pronto entienda que irme no es lo mejor. —¿Cómo sé que no lo harás de nuevo? —pregunta frustrado—. Cuando vuelvas a creer algo así, quiero decir. —Por favor, Matt... —Gisele, no quiero perderte. «Oh, mi Matt.» —Y no lo harás. —Río despreocupada, quitándole hierro al asunto—. Tu chica de servicio estará aquí. Y tú serás mi marido algún día, Campbell. Una hermosa sonrisa se dibuja en sus labios. —¿Te casarías con este loco? —¿Con cuál de ellos? — pregunto burlona, acariciando su pecho desnudo—. Hay tantos en ti... —¿Lo harías? —insiste serio. —S-Sí, en su momento, claro. —Su mirada se oscurece escrutando mis reacciones—. No me casaría todavía, quiero decir, sin acabar los estudios... Además, justo acabamos de empezar. —¿Y? —¿Te casarías tú? Me sorprendo cuando la pregunta escapa de mis labios y espero su reacción. Sus ojos no saben ocultar nada. ¿Cómo podría dudar de lo mucho que me ama? —Mañana mismo si tú quisieras. Y no me mires así, tan asustada. Oh, ¿puede ser más romántico? Matrimonio... Qué loco. —Bueno, Campbell, ya habrá tiempo para hablar de un asunto tan serio como éste... —Buena forma de cambiar de tema, señorita Stone —me dice—. Pero recuerda que soy insistente. —Ven, vamos a dormir. —Bostezo, esquivando otra discusión—. Ha sido otro día agotador y necesitamos descansar. Me despiertan unos besos en mi hombro desnudo. Estoy boca abajo, con Matt a mi lado, llenándome de mimos. No quiero recordar la noche anterior. —Gisele —susurra—, son las siete y media. —Ajá, sigue un poco más. —Si quieres le digo a Karen que necesitas el día libre. —Debo hacer mi trabajo, no importa cómo esté. —Hoy, a la hora de la comida, cuando estén todos, quiero que vengas conmigo. Voy a presentarte como mi novia. —Creía que se lo dirías tú solo. Sigo siendo la sirvienta y... — me interrumpo—. No me será fácil ver la reacción de tu hermana. No pienso discutir con ella ni darle cabida en esta relación. —Tranquila, yo hablaré con Roxanne. —Me incorporo y lo miro—. No te preocupes, no discutiré con ella, pero le voy a dejar las cosas claras. Aunque ya lo hice el otro día. Esta conversación ya me cansa, pero Roxanne tendrá que entenderlo. —Vale, pero sé cauto. —Y otra cosa. Como ya te dije ayer, el reportaje de La Chica de Servicio va a tener una segunda edición. Denis me dará el dinero para ti. En cuanto al otro trabajo, el lunes vendrá Diego a mi oficina. Ya te informaré de su propuesta. —De acuerdo. Rechazar el nuevo reportaje de entrada es darle a Matt ese poder que quiere ejercer sobre mí. Pero no puedo dar un paso en falso. Estudiaré la proposición y veré si nos convence a él y a mí. —Gisele —dice inseguro, hundiendo las manos en mi cabello enmarañado—, dime que estamos bien, que todo está bien. —Todo está bien, Matt, deja de pensar en ello, por favor. Y, para mi asombro, sonríe y parece tranquilo. ¿Me acostumbraré a sus cambios? —Entonces te espero a la hora del almuerzo. —Pero, Matt, no quiero incomodar a nadie. Quizá tu padre... —No estés nerviosa, todo va a salir bien. Te espero en la sala a la una y no me importa que vengas con el uniforme, si eso te preocupa. Más tarde, tú y yo hablaremos sobre todo esto. Quizá vaya siendo hora de dejar tu puesto. —No te pases, ¿eh? No creas que vas a hacer conmigo lo que quieras. Ya sabes que eso no funciona —le replico sonriendo. —Lo sé, Gisele, créeme que lo sé —ronronea mordiéndome el labio.

Durante el resto de la mañana estoy hecha un manojo de nervios. Temo meter la pata y quedar mal con la familia. A la una estoy en la puerta de la sala, vestida de manera formal y sin el uniforme, y oigo cómo Matt va preparando a su familia.

—Quisiera daros una noticia.

Es muy importante para mí y, aunque no todos estéis de acuerdo, espero que respetéis lo que

voy a deciros.

—Claro, cielo, ¿de qué se trata? —pregunta Karen tras la advertencia de su hijo.

Con timidez, entro en la estancia. Me siento realmente cohibida. Cuando Matt me ve, me tiende una mano para que me acerque.

—Ven, Gisele. —Al llegar a su lado, entrelaza los dedos con los míos y expone—: Ya sé que conocéis a Gisele, pero lo hacéis como la chica de servicio. Ahora quiero presentárosla formalmente como mi novia.

Las reacciones no se hacen esperar: sus padres sonríen complacidos y yo suspiro. Eric parece ausente y Roxanne no disimula lo mucho que me odia.

—Cielo, sabes que la noticia nos hace muy felices —dice Karen, que, junto a William, se acerca a nosotros y nos da un cariñoso abrazo—. Me alegro mucho por ambos y, Matt... es hora de que le des el lugar que le corresponde.

Carraspeo incómoda. —Karen, me gustaría terminar con mi empleo aquí como acordamos. Quiero que todo siga igual, al menos hasta ese día. —Lo hablaremos más tarde, Gisele —interviene Matt. —Será como vosotros queráis. —Karen me da dos besos, y luego hace lo mismo con su hijo. A continuación, con los ojos brillantes, le pellizca la mejilla—. Os deseo lo mejor y, paciencia, chicos, el comienzo siempre es difícil. Su marido le da un achuchón a Matt con gesto cómplice y él le guiña un ojo. No espero el beso que me da a mí en la frente y, sonrojada, le sonrío por esa muestra de cariño. —Bienvenida a la familia. —Yo me voy, comeré fuera —explota Roxanne de mal humor, alterando a Matt, que me aprieta la mano, tenso—. Os veré luego. No me va este paripé. —¡Roxanne! —Todos se paralizan ante el grito de Matt—. Entiende de una vez lo que te digo: no le metas a Gisele cosas en la cabeza porque no te lo voy a consentir, ¿entendido? —Matt, mereces algo más. —¡Eso lo decido yo! ¡¿O prefieres verme con una perra que se deja tocar por otros?! Se marcha avergonzada y con lágrimas en los ojos, y yo me quedo con mal sabor de boca. En ese momento, William se acerca a Matt e intercede. —Hijo, déjala. Ya sabes cómo es. —¡No le permitiré nada más! —gruñe Matt. —Y haces bien. Es tu vida, pero, por favor, sin peleas —le pide, acariciándole el hombro. Karen para reducir la tensión, sonriéndonos, nos hace señas de que nos sentemos. —Gisele, come con nosotros —dice —. Matt lo está deseando, ¿verdad, hijo? —Sí. Me da mucho apuro y lo pienso. ¿Qué pinto yo comiendo con ellos? No estoy preparada, necesito acostumbrarme. —Gisele, quédate —me pide Matt. Sigo dudando, hasta que veo que aprieta los puños, alterado, y asiento. Sé que me necesita —. Karen, dile a Melissa que sirva. —Os esperamos en la mesa, ¿de acuerdo? —Ambos afirmamos y Karen mira a William y luego a nosotros y me parece leer en sus ojos lo orgullosos que están de Matt—. Venga, os dejamos solos. Miro a Matt, que sigue furioso por el comportamiento de su hermana, y temo que le dé un puñetazo a algo, como hace a veces. —Tranquilízate, Matt. No lo hagas, por favor. —No, pero quédate —suplica, plantándome un casto beso en los labios—. Estás muy guapa tan sonrojada. ¡Otro cambio! —Cállate, bobo —le digo, pisándole un pie. —Luego te tengo reservada una sorpresa. —¿Para mí? —pregunto ansiosa—. ¿Qué es? —A comer y luego hablamos, impaciente. Cuando Melissa nos sirve y me ve sentada a la mesa, se queda paralizada. Yo le sonrío, consciente de que correrá con el chisme a Noa. Por otro lado, Eric no me quita la vista de encima... —Gisele, ¿dónde están tus padres? —pregunta William. —En Lugo, ambos viven allí —contesto, jugando con la comida. —Los echas mucho de menos, ¿verdad? —interviene Karen, cariñosa, estirando el brazo y dándole un apretón a Matt

al verlo tan pendiente de mí—. Pareces triste al hablar de ellos, ¿todo va bien? No, me siento muy mala hija. —Sí, es sólo que últimamente me he olvidado un poco de ellos. Pero pronto los veré. Matt deja de comer y me mira muy serio. ¿Por qué? No creo haber dicho nada desagradable y tampoco puedo preguntarme a cada momento si lo complazco o no. Le sonrío, calmándolo, antes de volver a escuchar a Karen. —Gisele, si necesitas cogerte un sábado para pasar el fin de semana con ellos, únicamente tienes que avisarme. —Le pasa el pan a Matt y me sirve agua a mí —. Piénsalo. —Gracias. —Le sonrío agradecida. Empiezo a comer de nuevo, pero noto unos golpecitos por debajo de la mesa. ¿Eric? Lo miro confusa y él me sonríe. ¿Qué le pasa? —Gisele —dice Matt llamando mi atención—, ¿todo bien? —Sí, ¿por qué? ¡Está celoso de Eric! —En cuanto acabemos de comer, te llevo al refugio y allí te daré tu sorpresa. Mis mejillas arden, consciente de que toda la familia ha oído sus planes. Pero a Matt no parece importarle, se comporta tan diferente a ayer... Me siento orgullosa del hombre que se dispone a luchar por nuestra relación y yo no lo defraudaré. Seguimos comiendo y yo evito cruzar la mirada con Eric. Una vez más, Matt me sorprende hablando mucho. De todo y de nada en particular. Su familia ve mi asombro y se encogen de hombros ante tanta conversación. Habla ensimismado durante más de tres cuartos de hora, un discurso a ratos atropellado y agitado. Al terminar la comida, nos despedimos de sus padres, que me han hecho sentir como en casa, atentos a mí todo el rato, y Matt y yo nos vamos hacia el refugio, sumidos en el silencio, algo que me desconcierta, después de lo hablador que ha estado él en la comida. —Matt, ¿qué ocurre? Niega con la cabeza y, sin mirarme, responde: —No estoy bien, Gisele. Quiero olvidar lo de anoche, pero me cuesta. Me siento inseguro, débil... Odio la sensación de que te alejas de mí, no lo soporto. —Sabes que siento mucho lo que pasó, Matt. El silencio nos acompaña hasta que finalmente llegamos a su terreno. Matt se baja del coche y lo rodea para abrirme la puerta. —Gisele —dice suspirando y apoyando la frente en la mía—. Perdóname, trataré de olvidar. Quiero hacerte feliz, pero no sé cómo hacerlo; ayúdame, guíame, estoy perdido. —No tengo nada que perdonarte y te propongo una cosa. Empecemos otra vez, ¿quieres? Como si ayer no hubiese existido. —Quiero más, ¿lo sabes? Me apoyo en el coche y lo miro expectante. ¿Qué es lo que me está pidiendo? —Matt, tú quieres palabras que nos comprometan para el futuro, que acepte un compromiso serio. Lo haré, pero que los temores no nos fuercen a precipitarnos más de lo que ya lo hemos hecho. Me sonríe y, cogidos de la mano, caminamos, cómplices y unidos. —Ven, vas a ver tu sorpresa. Es algo que creo que te va a gustar, espero no haberme equivocado. He vuelto loco a Denis con las explicaciones, hasta que por fin hemos podido dar con ello. —¿Estás mejor con él? —Le he pedido disculpas por lo irascible que he estado desde que apareció Diego. Denis sabe que tú y yo estamos juntos y le parece bien. —Me alegro. —Mira —señala—, eso es para ti. Al llegar a donde le están construyendo la casa, veo cuatro regalos envueltos. ¿Qué será? Estoy ilusionada y emocionada. Sus detalles últimamente me tienen embelesada. —¿Para mí? —Adelante. Me arrojo a sus brazos agradeciéndole que haya dedicado tiempo a complacerme. Que haya pensado en mí. —Matt, ¡gracias! —Ya me lo agradecerás luego —contesta divertido—. Anda, ábrelos. ¿Por dónde empezar? —De izquierda a derecha — me dice—. Ése es el orden. Nerviosa como una niña pequeña, me siento sobre el césped y al coger el primer regalo pienso que puede ser un libro. ¡Son cuatro libros! A l abrir e l primero, mi corazón d a u n vuelco, ¡E s d e la serie «Criaturas de la noche»! ¿Me va a regalar la colección completa? Al ir abriendo los demás, confirmo que, efectivamente, son los cuatro primeros. ¡Lo amo! —¿Te gusta, Gisele? —Ven

aquí —En dos zancadas está a mi lado, rodeado de mis libros—. ¿Sabes lo bonito que es esto? ¿Sabes cómo me haces sentir? Su sonrisa se hace más amplia, me deslumbra. —Estoy conmovida. Es muy romántico que te hayas acordado de mí y me hayas comprado estos libros. Juguetona, me coloco sobre sus rodillas y le acaricio el pecho, incitándolo. —Otra vez esa palabra — protesta él—. ¿Y quieres dejar de reírte? —Es graciosa la aversión que le tienes. ¿Por qué? —A ver, céntrate —me regaña—. ¿Te gusta la sorpresa? —¿¡Bromeas!? —Te destrocé el primer volumen y sé que era muy especial para ti —se disculpa como suele hacerlo, con rodeos —. Y pensé que te gustaría ir completándola. —Me conoces bien, Campbell, pero quiero devolverte el favor. Matt sonríe complacido, pero, aun así, me sujeta las manos prohibiéndome el atrevimiento. —Y lo harás, pero te he traído aquí para que te relajes leyendo. — ¡Oh, voy a llorar!—. Espera, tengo una manta en el coche, enseguida te la traigo. Me suelta tras besarme y en un minuto está de vuelta. Busca el mejor lugar y tiende la manta para mí. —Lee un rato, quiero ver cómo lo haces. —¿Verme leer? —Alzo una ceja. —Hazlo. Tal como me ha pedido, me tumbo en la manta con la cabeza apoyada en sus rodillas y cojo el primer libro. Mientras leo, Matt, juega con mi cabello y me descentro, hasta que encuentro un párrafo que me mete de lleno en la historia. *—Pero no lo hiciste. Tú no... —Y no lo haré. Nunca te habría tocado si hubiera sabido... —¿Si hubieras sabido qué*?

Oh, por Dios, adoro a esa pareja... y al vampiro. Continúo leyendo y perdiéndome en la historia, en cada frase que avanzo. Pero al llegar a la página 347 me emociono. Ella se le declara y le ofrece su sangre. ¡Qué bonito! —¿Por qué sonríes? — pregunta Matt, curioso—. Gisele. — Es el libro —le respondo, pegada a la página—, me encanta. —Y el vampiro también. Se te ilumina la cara cuando lees sobre él, te he observado. —Matt, ¿te vas a poner celoso de un libro? Despreocupado, se echa hacia atrás. —En absoluto, pero podrías disimular un poco en mi presencia. Sonriendo, cierro el libro y me tumbo sobre él. Su cuerpo y el mío totalmente pegados, su boca y la mía a escasos centímetros, provocándolo. —Gisele, quiero hablarte de una cosa que he pensado durante el almuerzo. ¡Oh, oh! ¿Eric...? —Es sobre tus padres — aclara—. He visto lo triste que te has puesto al hablar de ellos y quiero proponerte una cosa. —Dime. — Me gustaría llevarte a Lugo para que los veas. Me he dado cuenta de cuánto los extrañas y quiero hacerte ese regalo. Me siendo emocionada, hasta que pienso en mi padre. —Matt... —¿No quieres que tus padres sepan que estás conmigo? —No es eso, pero mi padre es muy protector y no sé cómo se tomará que estemos juntos. No creerá que sea una relación estable y... —Gisele, quiero presentarme formalmente a tus padres y explicarles cuáles son mis intenciones. Piénsalo. —Lo haré. —Me sorprende que no me presione, que se conforme sin más—. ¿Qué te sigue preocupando? Lo veo en tu mirada. —El desfile de Roxanne es mañana. Es un día muy importante para ella y, pese a todo, no quiero fallarle. Y me gustaría que me acompañaras. Habrá mucha gente y quiero seguir formalizando lo nuestro en público. Mucha gente... por ejemplo Alicia. Es amiga de Roxanne y sin duda estará allí. ¿Voy a dejarle el campo libre? No, Gisele Stone se atreve con toros peores. —Me encantará acompañarte. —Matt esboza una sonrisa relajada—. Quiero que todos sepan que estoy contigo y que me siento orgullosa de ello. No me importa si a tu hermana no le gusta... tendrá que hacerse a la idea. —Ésta es mi chica. ¿Te estás sonrojando? —Puede... Me tumba en el césped y empieza a acariciarme. Me arqueo y gimo mientras me tortura, rozando con su pulgar mi centro a través de la fina tela del tanga. —Matt... Echa a un lado el tejido que le molesta y toca la hendidura de mi sexo, recorriéndolo de arriba

abajo con suavidad. Gimoteo, quiero más. Lo atraigo hacia mi boca y, con un gruñido hambriento, Matt se apodera de ella e incita a mi lengua a danzar con la suya, haciendo que me rinda a él una vez más. Introduce un dedo en mi interior y recorre mi húmedo sexo hasta llevarme a alcanzar un brutal orgasmo. —Joder... Matt... —gimo—. Mmm... —Me retuerzo—. Me encanta. —Lo sé —lo oigo decir. Me tapo y sonrío. —¿Y tú? —Muriéndome por dentro, pero tenemos tiempo, ¿verdad? — Esta vez sí me presiona con su mirada anhelante y yo afirmo, todavía jadeando por lo que me ha hecho sentir. —Tenemos que irnos —me dice luego, incorporándose y ayudándome a mí a hacerlo. Yo apenas me puedo tener en pie y, al darse cuenta, Matt me sostiene—. Esta noche quiero que duermas mucho y bien, siento que te robo demasiado sueño. —Aun así se me verá pálida, pero la verdad es que sí, señor Campbell, usted no me deja dormir. —Sigues juguetona. Me encanta verte sonreír. De camino a su casa, me sorprende de nuevo al encender la radio de su coche, algo que nunca hace. Suena la canción que le dediqué de La Quinta Estación y, riéndome, yo se la vuelvo a cantar haciéndolo reír también a él como me gusta. —¡¡Te amo, Campbell!! — grito al viento asomándome por la ventanilla para que todo el mundo me oiga—. ¡Soy feliz! —Gisele, entra... —me amonesta divertido—. Y yo también. Detiene el coche cerca de su casa y me hace un gesto para que me calle. —¿Tu hermano, Noa y Eric están discutiendo? —murmura sorprendido. —Voy a ver —contesto, haciendo ademán de bajarme, pero él me atrapa y me retiene en el coche—. ¿Qué? —Espera un segundo, bajemos la ventanilla por si oímos algo. Tal vez no sea conveniente que los interrumpamos, aunque no entiendo qué problema pueden tener. «Oh, yo sí, que tu hermano es un gilipollas sin escrúpulos y el mío aprecia a Noa tanto que podría matarlo.» Matt baja un poco el cristal y lo que oye lo hace palidecer. Me mira abrumado y con la mirada tan ensombrecida que me hace temblar. —Gisele. —¿Q-Qué ocurre? —¿Estás... embarazada? Lo miro horrorizada. ¿Qué demonios dice? —N-No, claro que no. —No me mientas —responde. —¿A qué viene esa pregunta? —¿Lo estás? —insiste alterado. —¡No! Con la cabeza, señala hacia donde los tres están discutiendo acalorados. —¿Qué has oído, Matt? ¡Por Dios, esto es de locos! —Tu hermano ha dicho... «Y Gis se va a enterar también por ocultarme lo del embarazo». —No soy yo la que está embarazada. —Casi me atraganto al decirlo—. Anda, bajemos, es mejor que hablemos con ellos. —Creía que me lo habías ocultado. —¿Eso era lo que te preocupaba? —pregunto sorprendida. ¿No le da importancia al embarazo?—. Matt, estás loco. —¿Por qué? Madre mía... Sin responder, le sonrío burlona y me bajo con él. Cuando Noa, Eric y Scott advierten que nos acercamos, se callan. Mi hermano pone mala cara al verme cogida de la mano de Matt. —¿Qué ocurre? —pregunta éste con voz seca—. ¿De qué embarazo habláis? —Matt, Noa está esperando un hijo mío —contesta Eric, mostrando un absoluto desapego hacia ella. —¿Vosotros dos? —grita Matt—. Pero ¿no estabas comprometido con María? —Lo dejamos. Ya lo hablé con nuestros padres, aunque tú últimamente no te enteras de nada. Matt me mira con las cejas levantadas. La tensión es evidente. ¿Acaso me culpa de estar perdido con su familia? —No entiendo nada — responde mosqueado y, dirigiéndose a mí—: ¿Tú sabías...? Oh, oh... —Algo... —contesto en voz baja—. ¿Te parece que lo hablemos luego, por favor? Scott cuida de Noa desde que se conocieron y supongo que querrá hablar con tu hermano. —¿Cuidarla? —Matt —le imploro, bajo la atenta mirada de mi hermano—, la familia de Noa está lejos y Scott es muy especial con las mujeres. —Ven aquí. —Me aparta un poco para poder tener privacidad, pero mi hermano lo sujeta del brazo—. ¿Qué haces? —¿Hasta cuándo vas a seguir jugando con ella? —

pregunta Scott. —¿Perdona? —responde Matt, apartándome cuando yo intento mediar—. No me jodas, Scott. —Mañana será una muñequita más en el desfile, ¿no? —Scott, no empieces —intervengo—. Me parece que lo dejé bien claro. —No del todo, Gisele Stone —dice enfadado—. ¿Cuándo pensabas decirme que estabas rodando de mano en mano medio desnuda en una revista de Nueva York? Matt lo zarandea cogiéndolo de la camisa y yo no sé qué hacer. Pero entonces Eric se acerca con Noa y los separa. Ambos ceden sin dejar de desafiarse con la mirada. —Campbell, si mañana la veo en el desfile, prepárate —amenaza mi hermano, marchándose—. Atente a las consecuencias. Y sé lo que me digo. —¡Vendrá conmigo! —Matt forcejea conmigo y con Eric para alcanzar a Scott—. ¡La llevaré! ¿Y qué demonios harás tú para impedirlo? —La perderás.

23 Batallas y renuncias

LA noche se me hace eterna, meditando y dándole vueltas a la advertencia de Scott. No tengo idea de qué va y me sobrecoge llegar al desfile y encontrarme con situaciones desagradables, aunque mi pálpito me dice que va más allá...

Pero mi hermano no responde a mi pregunta cuando lo localizo, ya entrada la noche, en un momento de intimidad del que dispongo al salir Matt de la habitación. Luego voy dando cabezadas mientras lo espero, pero me despierto sobresaltada al oír un tremendo golpe.

Matt está mirando el cajón que ha reventado contra el suelo y, al ver que me he despertado, se mete en la cama sin decir nada... Sé que está afectado por la discusión y que calla para no dar rienda suelta a su cólera. Pasan horas hasta que concilio el sueño, consciente de que él está en vela. Me preocupa y espero que, con la luz del día, todo haya quedado en el olvido.

Pero no es así. Me despierto sin él abrazado a mí reclamando mi calor. Entra en la ducha en silencio y, cuando sale, lo hago yo.

Una vez duchada y vestida, entro en la habitación con mi mejor sonrisa.

Al darse la vuelta y verme, su expresión varía. Esboza una media sonrisa. Por lo visto, mi vestido es de su gusto: sin escote, largo hasta la rodilla y de un discreto color crema. Ceñido con un cinturón negro a juego con los zapatos de tacón.

—Ya estoy lista. —Estás preciosa. —Se acerca y me besa apasionado—. Te agradezco muchísimo que no lleves escote, no quiero pelearme con nadie por ti. Suspiro resignada. Acabo de encontrarme con un nuevo cambio aterrador... Ayer apenas me miró después de lo ocurrido con Scott y ahora aquí no ha pasado nada. —Gracias, Matt... Tú también estás muy guapo. —Siento lo de anoche —se disculpa, enmarcando mi cara entre las manos—. Estaba rabioso al no haber podido defenderme delante de Scott como me habría gustado, aclarar nuestra relación... Pero él es... —Lo sé —lo interrumpo, al oír que rechina los dientes—. Anoche esperé que me abrazaras, que te acercaras a mí... —Gisele, cuando me pongo así de furioso, necesito tenerte, tocarte para apagar esa rabia, pero no quiero ser brusco contigo y sé que no me podría controlar al hacerte el amor, ¿entiendes? —Estoy aquí y lo sabes. —No te ofrezcas a eso. Eres muy delicada. —Apoya su frente en la mía y, al apartarse, sonríe más cómodo—. ¿Mejor? —¿Y tú? —Orgulloso de que vengas conmigo. ¿Nos vamos? —Claro... Se detiene frente al espejo y se pone un poco de Armani Black Code, mientras yo lo miro embobada. Al reparar en ello, me tiende una mano para que vaya a su lado. Lleva chaqueta oscura y corbata y está espectacular. —Me pones mucho con corbata, Campbell. —Céntrate, Gisele, no quiero tener que arrancarte el

vestido a bocados y créeme... muero por hacerlo. —Luego me sujeta el mentón y añade, serio—: Gisele, sé que puede ser un día duro para ti por Roxanne, puede que por Alicia... Pero quiero que entiendas que voy a hacer que te respeten en todo momento, aunque tenga que enfrentarme a quien sea. Espero que nada de esto te afecte; estoy contigo, no lo olvides. —Sé defenderme sola y no estoy preocupada, no lo estés tú tampoco. —De acuerdo —accede de mala gana—. ¿Ya has pensado en lo que hablamos sobre dejar tu trabajo? Una decisión complicada, pero dado el giro tan serio que han dado los acontecimientos de un día para otro, ya no puedo hacer otra cosa. —Sí y creo que tienes razón. No quiero dar lugar a comentarios entre la gente, no quiero que digan que, siendo tu novia, me tienes aquí trabajando... No contaba con el dinero del reportaje y es una ayuda que me alivia en lo económico por el momento. —Tomo aire porque sé que no le va a gustar lo que voy a decir—: Me quedaré en la casa de Scott y, cuando nos instalemos en Lugo, lo hacemos juntos, ¿te parece? —¿Por qué? —pregunta molesto—. Podemos vivir juntos aquí hasta que te marches, es decir, nos marchemos. Haré los cambios necesarios en las empresas y buscaré cómo no alejarme a diario de ti. —Matt... necesito pasar tiempo con mi hermano. Scott es comprensivo, aunque ahora esté viendo las cosas de manera equivocada... El cariño que me tiene ayudará a que lo entienda y luego seré toda tuya. Asiente, dándome un intenso y fogoso beso, a la vez que controla su respiración, alejándose de mí. —Hablaremos de esto a la vuelta y mañana, a primera hora, lo haremos con Karen. —Venga, que ya llegamos tarde.

El desfile es en Málaga y, al llegar, ya me empiezo a sentir incómoda por la elegancia y magnificencia del amplio espacio. Flores y sillas forradas rodean la pasarela, revelando el alto nivel económico de todo el evento. Al entrar, lo que veo unos metros más adelante me impacta: Roxanne abraza a Alicia y luego le acaricia el vientre, todavía plano; la complicidad entre ambas es evidente. Me frustra verlas y me siento mal al no poder recriminarle a Roxanne su actitud cariñosa con la mujer que traicionó a su hermano, mientras que a mí, que sólo pretendo hacerlo feliz, me odia. ¿Cómo puede estar tan ciega?

—Gisele —dice Matt.

Lo miro y veo su tensión contenida. —Estoy bien —lo tranquilizo—. Si tu hermana quiere engañarse así de absurdamente, allá ella. —No entiendo cómo la sigue apreciando después de saber lo que me ha hecho. Y no soporto la manera en que te desprecia a ti. —Déjalo, Matt, a mí no me importa. Y lo que digan los demás me es indiferente. —Dicho esto, me acerco y, deseosa de verlo sonreír, como lo ha hecho durante el camino, le digo al oído—: No te enfades, Campbell, que como te pongas más sexy, me muero aquí mismo. ¿Te he dicho que el cabello engominado te queda de muerte? Una carcajada nerviosa brota de sus labios y, al apartarse, me besa la frente y me acaricia la mejilla con ternura. —Eres mi alegría, mi descarada traviesa. No cambies nunca. —Dame un beso —le pido derritiéndome—. Con frases así me pones de lo más tonta. Se acerca sonriendo hasta que está a punto de rozar mis labios, pero una voz le impide besarme: —Matt, me alegra verte, aunque sea en un encuentro casual. —Hola, Alicia —saluda. —Veo que vienes acompañado —dice, mirándome con desprecio. Me muerdo los labios, pero me controlo ante su provocación. ¡Maldita sea!—. No dejas de sorprenderme, Matt. ¿Traes a la sirvienta a un desfile tan importante como éste? Me siento ridícula y tengo ganas de marcharme, pero veo brillar el triunfo en sus ojos y, con descaro, beso la mano de Matt... —Alicia, contrólate — contesta él—, porque sabes bien que yo no lo hago si me provocas de esta forma. —Me arrima a él pasándome un brazo por la cintura y añade—: Ella es Gisele Stone, mi novia,

¿entendido? ¡Chúpate ésa! —Sí, Matt, ya nos conocemos... Aún recuerdo sus dos regalos. La braguita y la bofetada. Veo cómo Matt se va encendiendo y noto que su brazo ya no me sujeta la cintura, sino que me la aprieta, sin ser consciente de ello. —Bueno, Alicia, como veo que estás bien... —Sí, muy bien. Dentro de pocos días cumpliré los tres meses de embarazo. Me sorprende lo despreocupado que estás respecto a eso. Es parte de ti, aunque no lo quieras asumir. —Matt aprieta la mandíbula, su capacidad de aguante me impresiona—. Sobre todo me choca por la infancia que tú tuviste. No entiendo que actúes igual que el hombre al que más aborreces en la vida. Deseo golpearla, ¿cómo se puede ser tan cruel? —Alicia, por tu bien espero que controles esa lengua de víbora que tienes, porque mi paciencia se está agotando. —¿Te duele la verdad? —Eres más perra de lo que pensaba —le suelta sin ocultar su repulsión—. Como muy bien sabemos todos, aún no estás segura de quién es este niño y, aun así, te he asegurado que no te faltará de nada durante el embarazo. Si se confirma que es mío, no le faltará tampoco mi cariño... Pero hasta entonces, cierra la puta boca. Oh, oh. —Espero que cumplas tu palabra y no me dejes colgada —lo pincha de nuevo Alicia—. De hecho, pronto voy a necesitar comprar muebles para decorar su habitación y también ropa... —Compra lo que te dé la gana y hazme llegar las facturas a la empresa. Ahora, si me disculpas, me voy. Matt se aleja de ella sin soltarme la mano y dejamos a Alicia desconcertada ante el aguante de él, pese a su evidente intención de alterarlo y verlo descontrolado. Veo que nos dirigimos hacia su coche, pero le digo: —Matt, no le des ese gusto. —No la soporto, ¡no la soporto! —Parpadea varias veces y se pellizca el puente de la nariz, esforzándose por controlarse—. Ella no pinta aquí una mierda y sin embargo mírala, ¡tan altanera y creída como nadie! Tiene razón y me fastidia no poder hacer nada. —Te entiendo... ¿Te sigue mereciendo la pena proteger su reputación después de cómo te presiona? —Entrelazo las manos en su nuca, mimándolo al saberlo tan fuera de sí. Tiene la respiración agitada y los nudillos se le han puesto blancos de tan fuerte como aprieta los puños—. No me respondas, es una reflexión absurda y sé por qué lo haces... —Por el bebé, Gisele, no por ella. Ella no se merece nada, ¡nada! —Se arrima y me aprieta contra él—. Te ha despreciado y yo sé lo que es eso. ¿Por qué tengo que hacerte pasar por esto? No hemos debido venir. —Matt, las cosas son así y no podemos cambiarlas. Has tenido la mala suerte de tener una relación con esa mujer y ahora hay que soportarla hasta que todo esto acabe. O no... —Me duele pensarlo, siento como si me arrancaran la piel a tiras al recodar que el vínculo con Alicia pueda ser de por vida y nos perjudique como pareja—. Yo estoy a tu lado y lo asumiré. Estoy contigo, Matt, no permitas que te afecte. —Gracias por estar aquí. Me calmas a pesar de esta porquería de encuentro —susurra —. Pero les debo tanto a Karen y William... No quiero decepcionarlos, pero no sé qué hacer. —Quédate —le pido, pensando en ellos—, te adoran, Matt. —Eres mi bálsamo, Gisele, ¿lo sabías? Te necesito tanto... —Ay, mi Matt. —Mira, ya vienen William y Karen. No les digamos nada de lo ocurrido. —Eric no viene con ellos. Me preocupa que Noa no se encuentre bien. —Luego los llamamos —me tranquiliza. Aguardamos a sus padres, que nos saludan con normalidad, aceptándome en la familia, y yo hoy se lo agradezco con especial cariño. —¿Qué hacéis aquí? —Buscando un poco de tranquilidad —comenta Matt, pero sus padres reconocen la tirantez en su voz y suspiran apenados—. No entiendo por qué nos citan a esta hora si aún falta mucho para que comience el desfile. —Ya sabes cómo son estos eventos, hijo, un poco de bebida y comida... y todo el mundo hablará de ello. No sólo por el desfile, claro. Hay que tener entretenido al personal. —William intenta distraerlo—. ¿Vamos a tomar algo, Matt? Aún no he entrado y ya

me aburro. Matt me mira inquieto y yo asiento relajada... Nada malo puede suceder. —Te veo ahora —me dice—. Gisele, no te alejes demasiado. —No, Matt, estaré con tu madre, ¿qué me va a pasar? —le contesto—. Pasadlo bien. —Gisele, entremos —dice Karen, cogiendo mi mano, pero yo no me muevo—. Oh, cielo, estás así por Roxanne... lo sé. No te preocupes, a veces parece muy superficial y cabezota, pero es buena chica. Pronto se dará cuenta y te querrá como te queremos el resto de la familia. —Gracias, Karen —murmuro sonrojada—, pero ¿lo crees de verdad? Hoy la acompaña Alicia... —Lo hará, Gisele. Entenderá cómo es Alicia, aunque hoy la pasee a su lado. —Juntas, nos dirigimos al interior del local—. ¿Sabes?, Roxanne llevará dos vestidos diseñados por mí. William dice que son preciosos, pero estoy muy nerviosa. Entretenidas charlando, nos mezclamos con la multitud. Karen me presenta en su círculo y algunas personas me miran confusas, al estar Alicia por aquí, presumiendo de su embarazo. Aun así, nadie es tan grosero como para indagar al respecto. —Karen —susurro—, voy al servicio. —De acuerdo, aquí estaré. Para mi mala suerte, el edificio es tan amplio y todo está tan mal indicado, que sin saber dónde estoy, abro la puerta equivocada. Unas diez mujeres se vuelven curiosas para ver quién es el intruso... entre ellas, Roxanne y Alicia. —Disculpad, me he confundido de puerta. Roxanne, como es la anfitriona, avanza y, con fingida alegría, me hace entrar en la habitación. —Ven, Gisele, no seas tímida, te voy a presentar a mis amigas. Chicas, ella es Gisele Stone, la actual novia de mi hermano Matt... La sorpresa es general y yo aguardo hasta saber cuál es el plan de Roxanne. —Sí, sí, no me miréis así. Gisele es una de las chicas del servicio doméstico de mi casa y Matt dejó a Alicia por ella. Claro que, ¿por qué no iba a hacerlo? Le pagó dinero para que estuviera con él, como a una fulana barata. Increíble, ¿verdad? Me arde todo, y no solamente las mejillas, ante su atrevimiento al vejarme como acaba de hacer. Sus amigas se ríen divertidas, como malcriadas que son, y Alicia se regodea encantada. Si me queda algo de educación, estoy segura de que al hablar la perderé. —Sí, chicas, soy todo lo que mi cuñada dice —contesto, imitando su ironía. El grupo se sorprende y ahora soy yo quien me río —, pero Roxanne, no tienes que preocuparte, ¿sabes que dentro de pocos días me marcharé de tu casa? —¿Te vas por fin? —se deleita humillándome—. ¡Qué gran noticia! Me las vas a pagar, Roxanne. —Sí, pero hay más novedades, querida. —Esta vez no disimulo mi sarcasmo ni mi rabia—. No vas a tener que soportarme mucho más porque, en efecto, me voy de tu casa. Quiero decir que dejo de trabajar allí. —¿A qué te refieres? —A que tu hermano y yo nos vamos a vivir juntos dentro de poco tiempo y lo hacemos, porque, a pesar de tus berrinches, nos queremos. Me vas a tener que aguantar muchos años más —le suelto, harta de sus ataques—. Roxanne, algún día no muy lejano seré una Campbell y tú tendrás que joderte. La sala explota en jadeos sorprendidos, pero a mí ya no me detiene nada. —No te creo. ¡Mi hermano ha estado con Alicia durante años! Y nunca le ha propuesto un compromiso. Tú no serás especial. —La aludida se aposta a su lado en señal de apoyo. ¡Menudas dos!—. Te consideras demasiado, Gisele, y eres muy poca cosa para mi Matt. Pero no vas a quedarte con su dinero, ¡eso no lo pienso permitir! —Poco me importa tu opinión ni la de nadie. —Debiste marcharte y no dejarte convencer por él... Cree amarte, pero sólo eres una obsesión pasajera. ¡Hazte a la idea! Me hace daño con lo que dice y me siento abrumada. Quiero salir corriendo y desahogarme llorando, pero al ver el regocijo de todas, me aguanto y un sentimiento maligno se apodera de mí. No lo freno, aunque mi estilo no sea actuar de una manera tan cruel. —El tiempo pone a cada cual en su lugar. Mientras, no voy a perderlo más contigo. —Alicia suelta una gran carcajada y yo me enervo, ya

le tengo ganas de antes—. Yo no me reiría tanto si estuviera en tu situación. ¿Todas las presentes ya saben que el hijo que esperas tal vez no sea de Matt? La habitación queda en completo silencio. —Oh, ya veo que no. Entonces supongo que tampoco saben que te tiraste al que él creía que era su mejor amigo y que ese niño también puede ser de él. ¡Qué lío, chica! No todas las pobres somos tan sueltas como tú. Se oyen cuchicheos sobre Alicia. Todas murmuran menos Roxanne... cuya mano se estrella directa en mi mejilla. —¡Vete de aquí! —grita, tras la sonora bofetada—. ¡Eres una estúpida! ¡¿Cómo te atreves a humillarla así?! ¡Fuera! La mejilla me quema y mis deseos de devolverle el golpe son muchos. Pero recuerdo a Karen y a Matt y me controlo. Mis palabras le han dolido más que el daño que ella me ha causado a mí. —Roxanne, no me voy a rebajar a tu altura —le digo—. No mereces ni siquiera que te devuelva esta bofetada y, a pesar de lo que crees, no soy tan víbora como para contarle a tu hermano lo que acaba de ocurrir aquí... Buena suerte en la vida, porque, con esta actitud, la vas a necesitar. Al salir de la habitación no me encuentro con nadie conocido. Tampoco con ningún Campbell... ¿Qué demonios pinto yo aquí? Me cuelo con disimulo entre la muchedumbre y, al salir al jardín camino del garaje, me tropiezo de frente con mi hermano, que está haciendo de chófer para la empresa del desfile. —Pequeña, ¿qué te ha pasado? —¿Ves esto? —Le señalo mi mejilla—. La maldita Roxanne Campbell me acaba de marcar la cara. Tú te preocupas por Matt ¡y mírame, Scott, no es él quien me humilla! Me mira horrorizado e incluso hace una mueca de dolor. —Me ha dejado en ridículo en presencia de sus amigas, y no sabes de qué manera. —Los ojos se me llenan de lágrimas—. No te pido que me defiendas. Con esto sólo quiero hacerte entender que Matt me cuida y me mima, pese a tener que discutir con su hermana cada día. ¡Ya basta de oponeros! —Gisele... —No, Scott. Como hermanos, tú y ella habéis tomado el mismo camino y nos hacéis daño. Dentro de unos pocos días me iré a vivir con Matt, porque no soporto más la presión. Y no me importa si mi decisión te gusta o no. Es mi vida y quiero que me dejéis vivirla. Si me equivoco, es cosa mía. Al acabar, tengo las mejillas bañadas en lágrimas. —¿Te vas a casar? —me pregunta sorprendido—. Porque si Campbell no se compromete contigo, no irás a ninguna parte. ¿Qué mierda os pasa a todas? Noa está embarazada de un hombre con el que no tiene ningún compromiso, y tú... No permitiré que sigas siendo el juguete de ese hombre. Anoche ya le advertí y creo que es hora de ponerlo en su sitio. —¡Basta! Ya te he dicho cuáles son mis planes y en ningún momento he pedido tu permiso. —Bien... Hoy mismo voy a llamar a nuestros padres. —Como quieras, pero entonces, de paso hazme un favor —le digo, marchándome—. Diles que la semana próxima Matt y yo estaremos allí. Corro hasta el garaje y en el retrovisor del coche de Matt me miro la mejilla, roja e incluso hinchada. Sé que él me debe de estar buscando, pero soy consciente de que ver mi estado no lo ayudará. Las lágrimas no cesan hasta pasada media hora. Me cansa el odio de Roxanne, la venenosa de Alicia y el afán protector de Scott. No más por hoy. Me vuelvo a mirar la mejilla y, de repente, estoy a punto de gritar cuando una mano me sujeta y me hace dar la vuelta bruscamente... Es Matt con expresión salvaje, mirándome con los ojos desorbitados. —¿Qué haces aquí y dónde has estado? —Yo permanezco callada—. ¡Me he vuelto loco buscándote y nadie sabía nada de ti! —Matt... —¿Has llorado, Gisele? Lo niego, pese a que necesito acurrucarme entre sus brazos, pero temo asustarlo más de lo que ya lo está. —¿Qué tienes ahí? —Gira mi rostro, estudiando la mejilla, que aún me escuece—. Gisele, ¿quién demonios te ha hecho esto? —No es nada —susurro—, déjalo estar. Matt, enloquecido, se pasa las manos por el pelo... y entonces veo que le sangran los nudillos. —¿Qué tienes? —

pregunto, buscando su mirada—. ¿Por qué sangras? —Gisele, te he hecho una pregunta: ¿quién se ha atrevido a tocarte? —Suena frío, seco—. ¿Alicia? ¿Roxanne? Callo. Parezco idiota. No soy capaz de enfrentarlo a su hermana. —Gisele, habla de una maldita vez. Si alguien te hace daño, no tengo paciencia. ¡Habla! No, no. —Matt —le imploro, arrojándome a sus brazos, que me acogen con impaciencia. Me siento tan poca cosa a su lado por comentarios como los de nuestros hermanos...—. Estoy bien... te lo prometo. —Gisele, cuéntame qué te ha pasado. —¡No quiero y déjalo ya! —Dímelo o nos vamos ahora mismo. —Pero, Matt... —¡Nos vamos! Me lleva hasta la otra puerta del coche y, una vez allí, me sienta y me pone el cinturón. Al sentarse él a mi lado, nos llega el eco de una voz femenina. ¿Karen? —Karen, lo siento, pero nos vamos. Su madre se ha acercado a la ventanilla con semblante triste. Me aflige y atormenta que su familia se divida por mí. —Matt... ya está bien, ¿no te parece? Es tu novia, no debes permitir que la humillen de esta manera. No es una situación cómoda, lo sé, pero... —Hace una pausa—. Vosotros dos os queréis. No lo echéis a perder por las presiones de nadie. No quiero llorar, pero con Karen no puedo evitarlo. Con ella me siento como en casa y me recuerda mucho a mi madre. —No sé qué puedo decir... —Gisele, nada, cielo, no te preocupes... Nosotros estamos aquí para ayudaros. Ahora me voy a casa —le dice a Matt con un hilo de voz—. William está con Roxanne, que ha decidido abandonar el desfile. Está llorando histérica y creo que ya es hora de hablar con ella y hacer que baje a la Tierra. Matt aprieta el volante con un gruñido, su puño todavía sangra. —No sé si lo sabéis, pero anoche Eric me dijo que se iba unos días con Noa de viaje. Necesitan reflexionar juntos y a la vuelta dirán en qué queda esa relación, y nos comunicarán algo importante, independientemente de lo que suceda con ellos. —Suspira apesadumbrada—. No sé qué pensar... «¿De viaje?» —Nosotros no sabemos nada —dice Matt, mirando al frente—. Karen, tenemos que irnos. Nos despedimos de ella y, durante el trayecto, no dejo de pensar en Roxanne, Scott y mi amiga Noa... Estoy aturdida y cansada de conflictos absurdos que no me corresponden. Matt no dice nada y se encamina directo al Hotel Guadalmina, cerca de su casa. Me deja intimidad para que me dé un baño y, abrigada con el albornoz, me paso el resto del viernes tumbada en la cama. Respetando mi silencio, él me deja estar, aunque sin dejar de mirarme preocupado. Se altera, llama por teléfono, va y viene... Mientras, yo me refugio en mi interior y me duermo llorando. Cuando amanece, el silencio perdura en la habitación. —Gisele. —La voz de Matt suena tranquila—. Sé que estás despierta. Desayuna por favor... No has comido nada desde ayer. Gimo bajo las sábanas, pero, aun así, me incorporo y lo miro con tristeza: tiene aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche; el agotamiento se refleja en sus perfectas facciones. —Ven —me pide, cogiéndome de la mano—. No puedes seguir así. Me dejo guiar y me lleva a la sala continua, donde me sienta delante de un variado desayuno aposentándose enfrente de mí y acercándome la bandeja. —Me tienes preocupado y también enfadado. Lo sé, anoche reventó un bote de champú. —Lo siento —susurro, apoyando la frente en mis rodillas, que tengo levantadas y rodeo con mis brazos—. Siento lo de ayer, lo de anoche... lo de ahora. —Cuéntame qué pasó. Necesito saber quién te golpeó, quién te hizo sentir así... Qué te dijeron, sé que fue una de esas dos, dime cuál —pregunta, controlado—. Roxanne no responde a mis llamadas y de la otra prefiero no saber nada. Lo miro y niego con la cabeza. —Quien me hizo daño lo pagó ayer mismo. No quiero más castigos —añado incómoda—. Me siento mal, odio ser cruel. Sobre todo cuando mis actos tienen consecuencias que afectan a otras personas que me importan. —No me deja más tranquilo al saber que te has enfrentado a alguna de ellas tú

sola. —Se muestra autoritario y tenaz como hace días que no lo veo—. Cuando desapareciste, las busqué a ambas, porque creí que te encontraría cerca de ellas. Estaban llorando y, a decir verdad, no me importó lo más mínimo. ¿Llorando? —Las amenacé y advertí sobre ti, les dije que haría cualquier cosa por mantenerte a mi lado. Y así será, Gisele. Me volví loco buscándote en cada habitación, incluso golpeé una pared y luego te encuentro en las condiciones en que estabas. Dime, ¿cómo quieres que me sienta? Su tono no cambia en ningún momento, aunque denote su preocupación. Me analiza con detenimiento y cruza los brazos sobre el pecho. Se lo ve imponente y afectado por la situación. —Ya tienes la mejilla bien y eso me tranquiliza. Ya no me duele, me digo. Y lo escucho con atención. —Si tú crees que no debo seguir indagando, lo haré por ti. — Entonces su mirada se torna más dura, tan dura como él—. Pero me duele que me mientas o me ocultes cosas y lo has hecho hace días. ¿Por qué no me contaste que fuiste a ver a Carla? Mejor dicho, que fuiste a su consulta para salir de dudas sobre un posible embarazo. Oh, Dios, ¿quién se lo ha dicho? —Carla estuvo en el desfile y me lo contó al ver que me estaba volviendo loco preguntando a todos por ti. Aprieta la mandíbula y me mira dolido. —¿Qué más hablaste con ella? —Poco más. Me va a dar algo, muevo las piernas nerviosa. Tengo celos de que hayan estado juntos sin yo saberlo. Oh, mierda, tengo ganas de gritar. —¿Se te insinuó? Para mi sorpresa, el estúpido de Matt suelta una carcajada. —¡Maldita sea, Matt! ¿Qué mierda te hace tanta gracia? —Gisele, relájate... —¡No me da la gana! — replico alterada—. ¿Esa mujerzuela ha intentado algo contigo? —No, Gisele, jamás la hubiese dejado. —Con movimientos lánguidos, se levanta y se va acercando a mí—. Estás muy guapa cuando te pones celosa. ¡Mierda para él! —¿¡Por qué me miras así!? —Quiero hacerte mía, te ves tan apetecible... —¡¿No me estabas riñendo hace un momento?! —Ven aquí. Y en un segundo me encuentro sobre la mesa, con el desayuno caído por el suelo. Me arranca el albornoz, que se desagarra. Tan salvaje y arrebatador a la vez que se me seca la boca y no puedo decirle que no. Me complace su forma brusca y apasionada de querer tomarme. —Mi Gisele —gime, al rozar con un dedo el núcleo de mi placer. Siento su necesidad, sus ansias de estar dentro de mí... —Me vuelves loco, Gisele. Me rindo y me dejo caer hacia atrás, sin verlo, únicamente entregándome a lo que este hombre es capaz de hacer conmigo con un simple roce o una palabra. Cierro los ojos y agonizo en sus brazos. —Gisele, pide cuanto quieras. —Pronuncia mi nombre arrastrando las palabras con un acento de lo más sensual—. Te voy a dar todo lo que pidas. —Sigue excitándome—. Serás la reina de mi casa, de mi vida. —Grito y me clavo las uñas en la palma de las manos—. Te daré el cielo si me lo pides, sabes que lo haré. —No puedo más, quiero llorar, dejarme ir y que se calle de una vez. ¿No ve lo que hace conmigo?—. Venga nena, no te resistas... Con él iría hasta el mismo infierno. —Grita si quieres y córrete, no te contengas. —Me muerdo el labio, sofocando mis gritos, o alertaré a todo el hotel—. Gisele, deja de resistirte. No me da tregua, cada vez estoy más mojada, me pellizca y apenas me controlo. ¡Voy a morir! —Gisele, hazlo. —Esta vez me ordena para que me deje ir. Pero ya no es necesario, porque tiemblo y, cuando se inclina y me lame... todo se va a la mierda y caigo en el vacío. Grito como una loca, incluso creo que lo araño... Este temblor, este inmenso placer que recorre cada centímetro de mi piel. Este cosquilleo que me abruma y la intensidad que me agota—. Muy bien, cariño. ¿Cariño? Oh, por Dios. Me incorporo sin fuerzas y veo que se desnuda. —Hola —susurra con una sonrisa seductora, deslizándose entre mis piernas. Su torso contra mis pechos, su vientre y sus labios tocando los míos. Su pene latiendo en la entrada de mi empapado sexo. Estoy a punto de perder la razón—. ¿Cómo estás? —¿Qué

pretendes? — pregunto, rodeándolo con las piernas y mordiéndole el labio—. ¿Qué quieres hacer hoy conmigo? Pero no me responde, se incorpora y arremete en mi interior. Salvaje y posesivo como sólo él sabe serlo. Desesperado, hambriento y enloquecido. —Odio que te hagan daño, no soporto que te toquen. —Me lame y chupa el labio—. Me siento impotente, quiero hacerles daño a ellas. Pero lo pagarán, juro que lo pagarán. —Me embiste con fuerza—. Me encanta que seas tan valiente, que las desafíes, que seas salvaje y vengativa. —Le araño los hombros y él arremete con tanta dureza que no sé dónde estoy—. Aún me duele tu mejilla tan roja. No, no, no. Le sujeto la cara entre mis manos y lo miro a los ojos. —D-Déjalo ya —suplico entre jadeos—, por favor, Matt. Sonríe ante mis palabras. —Te amo, nena. —Dos lágrimas se deslizan por mis mejillas. ¿Cómo puede tomarme tan duro y decirme algo tan tierno?—. Sí, Gisele, lo hago y mucho, no llores, preciosa. Tiemblo y gimoteo, incapaz de pronunciar palabra. —Te necesito y lo haré siempre. —El placer va llegando, salvaje, me puede y no aguanto más—. Quiero que nos casemos, que tengamos hijos. Lo quiero todo de ti, Gisele, quiero toda una vida a tu lado. Por Dios, por Dios... —Matt... —gimoteo sobrepasada. —No digas nada. Sonríe y arremete por última vez. Es maravilloso cómo alcanza el clímax conmigo, cómo grita mi nombre mientras se convulsiona. Su piel se eriza y finalmente se vacía dentro de mí. —Mi Gisele... Se deja caer sobre mi cuerpo y yo lo resguardo con el mismo sentimiento de posesión que él demuestra tener conmigo. Matt también es mío. —¿Te he hecho daño? —Su aliento me hace cosquillas en el pecho—. Gisele, desde ayer estaba lleno de rabia y frustración, necesitaba esto. —Estoy bien... mírame. Lo hace y me río emocionada. Su mirada se posa en mí y ¿oculta una sonrisa? —Yo también te amo, Matt Campbell —digo—. Y quiero vivirlo todo contigo. Pero —le advierto, con un dedo en alto—, no hablemos de bodas y de niños, todavía no, por Dios. Matt va al cuarto de baño y yo, al ver el caos a mi alrededor, me muero de vergüenza. ¿Cómo voy a permitir que alguien vea este desastre? Cojo con dificultad el destrozado albornoz y me las apaño como puedo para recoger el desorden de tazas y platos rotos. Pero Matt entra en ese momento y me dice enfadado: —Gisele, ¿qué haces? Levanta de ahí, no limpies nada. Estamos en un hotel y ellos se encargan de todo. —Pero ¿tú has visto esto? —Sí, Gisele, sí. —¡No me digas que aquí ya conocen tus cambios de humor! —Lo pagaré todo y listos, venga, vamos. —No me lo puedo creer—. Gisele, por favor, déjalo. —No me muevo—. Sí, de vez en cuando aparezco por aquí. ¿Satisfecha? Se paga y ya está. Así de fácil, ¡pues vale! Me tumbo en la cama y Matt se acerca a mí y me escruta, tragando con incomodidad. —Tengo algo que decirte. —¿Qué pasa? —Tu amiga Noa ha llamado antes y le he dicho que estabas durmiendo... También Scott. —Alzo una ceja y me incorporo de inmediato—. Noa quiere hablar contigo del viaje... y tu hermano ha amenazado con matarme. También te han llegado mensajes, pero no los he visto, por supuesto. Oh, oh... Scott. —Escúchame —añade Matt—, yo ahora me tengo que ir. Te he mandado comprar algo de ropa, ponte lo que más te guste. Luego iremos a recoger tus cosas. Puedes hacer las llamadas que necesites y que te expliquen lo que te quieran decir. Yo voy a hablar con Diego, espérame aquí. «Diego...» Pensando en lo que debo hacer, cojo el móvil y leo los mensajes. Mensaje de Noa a Gis. A las 19.00.

Gis, necesito hablar contigo. El martes por la mañana temprano, Eric y yo salimos de viaje, necesitamos unos días a solas y luego se lo contaremos a sus padres.

Mensaje de Noa a Gis. A las 20.07. Scott está muy raro, pero no quiere hablar, ¿sabes algo? Mensaje de Noa a Gis. A las 23.00.

Matt me ha dicho que no te encuentras bien. Por favor, necesito verte mañana. Te quiero.

Mensaje de Scott a Gis. A las 23.40. El domingo a las seis de la tarde en casa. No faltes.

Todos de ayer... Lanzo el teléfono en la cama y veo que Matt tiene los ojos clavados en mí, con gesto preocupado. —Mi hermano quiere verme mañana; trataré de zanjar el tema. —Gisele, desconfío de él. —¿De qué? —pregunto extrañada—. Scott es incapaz de encerrarme en su casa, si me hablas de algo así. Matt, ya soy mayorcita. —Lo hablaremos luego —me esquiva—. Diego me espera. —Yo voy contigo. —Él niega obstinado—. Claro que voy, te guste o no. Corro hacia la puerta y le cierro el paso. Me mira y, con un gruñido, coge su iPhone y llama. —Antón, tráeme ya lo que te he pedido, por favor. Mucho, en cantidades, como me gusta. —¿Qué quiere decir eso? — pregunto con una sonrisita de triunfo—. ¿Voy? —Sí, pero allí desayunas y basta, Gisele. ¡Haces conmigo lo que quieres y no siempre...! —... será así —completo la frase guiñándole un ojo—. Lo sé, Campbell. Ya en la oficina y después de soportar sus quejas durante el trayecto por el vestuario que he escogido —pantalón negro y camiseta rosa, todo ceñido— Denis me sirve un gran desayuno que yo les agradezco a los dos con cariño, sobre todo a Matt... —¿No quieres un poco? — pregunto descarada, relamiéndome—. Está delicioso. —No, gracias. Estoy terminando de revisar unas fotografías que me han mandado. ¿Fotos, mujeres? Allá voy. —Gisele, ¿adónde vas? —me dice, mandándome de vuelta—. Termina de desayunar. Diego pronto llegará. —Quiero verlas. —Señalo las imágenes—. Ahora. —¿Para qué? —Dámelas. Me desafía con la mirada y yo a él, pero la suerte me acompaña de nuevo esta mañana. —Toma, ¿te he dicho alguna vez que eres desesperante? Le sonrío encantada, pero toda diversión se esfuma al ver a las chicas semidesnudas que posan en las fotografías. Mi cólera aumenta por segundos y exploto como un cohete. —¿A esto lo llamas trabajar? —le recrimino—. ¡Apenas tienen ropa! De inmediato, me atrapa entre sus brazos e, inesperadamente, estampa sus labios en los míos. —Mmm... sabes deliciosa. A dulces, fruta y este sabor tan tuyo que me enloquece. —Matt... —interrumpe Denis, carraspeando—, lo siento... Me alejo avergonzada al ver que lo acompaña un desconocido. Matt entrelaza sus dedos con los míos, marcando territorio con semblante exasperado. —Hola, Diego —saluda al hombre y lo hace pasar—. Mi novia, Gisele Stone. Gisele, él es Diego Ruiz... alguien muy importante en las revistas de Nueva York, conocido por su trayectoria en la moda, publicidad, *etc*. Es español. —Por fin nos conocemos, es un placer, señorita Stone. La clara advertencia de Matt es ignorada por Diego. —Igualmente —respondo, incómoda al apreciar la tensión de Matt—. Usted dirá. —¿Podemos sentarnos? —Denis, manda que limpien la mesa —ordena Matt, para que retiren mi desayuno—. Cariño, ¿has acabado? «Cariño...» Me muerdo el labio inferior al ver su juego. —Sí, gracias, Matt. Mientras Denis despeja la mesa, Matt y Diego hablan de cosas banales. Éste parece un hombre agradable. Debe de tener unos treinta y cinco años, cabello moreno, ojos oscuros y alto. —Listo, Matt. Denis retira las sillas y todos tomamos asiento. Diego frente a Matt y junto a Denis. Yo, por supuesto, con Matt de compañero.. —A ver, Diego, adelante, ¿qué es lo que quieres de ella? — pregunta Matt, señalándome—. ¿De qué clase de reportaje estamos hablando? —Voy a ser directo, Matt, veo que la proteges mucho y quizá deberías dejar que sea Gisele quien opine y decida en esto, así que me voy a dirigir a ella. —Adelante, pero ten cuidado. Madre mía. Qué nervios. —Gisele, me encantó el reportaje de *La Chica de Servicio* y, por lo que he podido ver en Nueva York, no he sido el único que quedó impresionado. —Matt resopla—. Tienes una cara bonita, un buen porte y me gustaría tenerte en mi próximo reportaje. No mostrarás mucho, pero será una sesión sensual,

salvaje y atrevida en el bosque. Es para promocionar un nuevo perfume. —Ahora Matt gruñe—. No estarás tú sola, te acompañará un chico en cada fotografía. ¿Qué opinas? Me sobresalto ante el estruendo que de golpe resuena a mi lado. Defraudándome, Matt ha partido la silla en dos y mira a Diego de manera aterradora.

24 Contratiempo

MATT se pone en pie, furioso, y levanta a Diego de su silla. Éste lo aparta de un manotazo. Ambos se miran de hito en hito, retándose a dar el siguiente paso... Y yo me aprieto las sienes, cansada....

¿Por qué no espera mi respuesta antes de dar rienda suelta a sus ataques de histeria?

—Diego, ¿quién te has creído que eres? —le espeta—. ¡¿Con qué derecho le hablas así, eh?!

—Es un asunto profesional, Matt, no lo olvides. Pero él no escucha y sigue librando su propia batalla. —Te he advertido al empezar, pero tú pareces imbécil. Mientras hagan bien su trabajo, con todas mis modelos puedes hacer lo que te plazca fuera del horario laboral, pero ¡ahora estamos hablando de mi novia! —¿Y? —lo reta el otro—. No he dicho nada que pueda ofenderte. —Si alguien se atreve a tocarle un solo pelo, no respondo, ¡¿entiendes?! Denis se levanta también y se coloca junto a Diego, yo hago lo mismo con Matt, estremeciéndome de pies a cabeza. Una vez más no entiendo su forma de actuar; me promete cosas que no cumple. —Matt. —Le aprieto el brazo para llamar su atención, pero cuando Diego sonríe incrédulo, todo se va al traste y Matt lo arrincona contra la pared, sujetándolo del cuello de la camisa—. Matt, tranquilo, joder. Pero una vez más no me escucha, se encierra y se pierde en sus divagaciones. —¿Te ríes? Maldito cerdo. — El golpe no llega, ya que Denis se pone en medio y Diego consigue soltarse sin problemas—. Apártate, Denis. ¡Déjame! Cuando Diego niega y sonríe incrédulo, Matt se enciende aún más y aprieta la mandíbula hasta que parece que le va a reventar. Amenazador, pega su frente a la de Diego. —¡¿Te sigues riendo, imbécil?! —Con el corazón en un puño, sujeto a Matt por el brazo y su mirada recae en mí. Sus ojos arden con el fuego de la venganza—. Gisele, sal de aquí, por favor. —No, basta ya. —Anda, Matt, hazle caso a tu novia —le aconseja Diego, relajado—. A decir verdad, esperaba tu enfado, pero no esto. Llevamos muchos años trabajando juntos y jamás te había visto en este estado. Aunque ya conozco estos cambios, nunca habías sido así conmigo. Matt sigue furioso, abriendo y cerrando los puños. Yo no entiendo su reacción. Apenas hemos hablado de condiciones... —¿Qué quieres, Diego? —insiste Matt—. ¿¡Qué quieres de ella!? —Matt, tú y yo no somos amigos y hoy entiendo el porqué, pero hazme un favor y háztelo a ti mismo, deja que sea Gisele quien responda... No he podido evitar reír al verte tan loco por una mujer y estoy muy sorprendido. En ningún momento pretendía provocarte. —Vete ahora mismo, no tengo nada más que hablar contigo —le dice Matt frío y seco—. Nadie va a posar con ella, ningún hombre la tocará de esa forma tan íntima y si tu intención no era provocarme, la propuesta está fuera de lugar. Ahora, márchate. —Matt, piensa

bien las cosas. Sabes que la puedo llevar muy alto... No destruyas una oportunidad que puede ser crucial y muy importante en su vida. Las palabras de Diego me empujan a reaccionar. Discuten sin tenerme a mí en cuenta y lo que más me impresiona es la actitud de Matt. ¿No piensa en mí? ¿Todo le importa una mierda con tal de tenerme sólo para él? Me niego a creer que sea tan egoísta y, a la vez, me desquicia este comportamiento tan desmesurado, después de la charla que tuvimos hace unos días. —Matt —le digo—, tenemos que hablar, ¿de acuerdo? —¡No! —Si no quieres hablar conmigo de esta decisión, lo haré sola. —Mi advertencia lo mata, lo sé, pero no retrocedo—. Tú decides. —Estoy dispuesto a negociar —tercia Diego—. Gisele, dime tu opinión. Con calma y decidida a apaciguar los ánimos, les pido a todos que volvamos a sentarnos. Es mi turno. —Diego, siento lo que ha ocurrido. Creo que ha sido un terrible malentendido y de ahí la reacción de Matt. —Está disculpado, no hay problema. Ahora, dime, ¿qué quieres para aceptar ser la protagonista de este reportaje? Las tarifas son más o menos como las del anterior y la localización aquí en España. Percibo la desesperación de Matt, la agonía que le supone callarse y cómo se está aguantando para no estallar. —Hablas de un chico en el reportaje y de sensualidad, ¿hasta qué punto se mezcla lo uno con lo otro? —Gisele —gruñe Matt—, ¿me quieres volver loco? —Cállate y deja que Diego me responda. —¿El problema es que te toque? —Asiento, reprimiendo un grito ante la fuerza con que Matt me ha apretado la mano sin darse cuenta—. No hay ningún contacto, no tienes que preocuparte de eso. Seréis sensuales y atrevidos en miradas, posturas insinuantes. Es lo que vende. —Diego, vete a la mierda. —«Oh, no Matt de nuevo»—. O dejas de halagarla o te vas a ir a la maldita calle, y no en tan buena forma como has llegado. ¿Por qué tanto empeño en tenerla? —Matt, sé que Gisele puede llegar muy lejos y esta campaña es muy importante. —La voz de Diego ya no es amigable —. La Chica de Servicio se ha vendido muy bien. No sé si lo sabes, pero va a salir una tercera edición. No, no lo sabe y a los dos nos impresiona enterarnos. —Nunca me he arrepentido tanto de haber ganado dinero con un reportaje —se lamenta Matt—. Devolvería el triple por borrar toda huella del mismo. Me exaspera y hago un gran esfuerzo para mantener la calma. —Me gustaría pensarlo y hablarlo... —le digo a Diego—. Si te parece bien, claro. No quiero tomar una decisión a la ligera. ¿Me das una hora? —Por supuesto, estaré por los alrededores y, si aceptas esta primera parte, concretamos el resto. Me despido de él y de Denis, que, un día más, demuestra tener una gran paciencia para lidiar con Matt. Cuando se van del despacho y nos quedamos solos, Matt dice: —Habla. No te reprimas más, Gisele, suéltalo. Una nueva batalla. —Me parece fatal tu comportamiento y no te perdono que me trates como a una de tus modelos. —Me acerco a la ventana y miro fuera, reflexionando—. Actúas como si pudieras decidir sobre mi vida. —Gisele, no eres una modelo más, tú eres mía. Resoplo y me doy la vuelta. Me topo con la mirada de Matt, que levanta el mentón, amenazante. ¡Mierda para él! Yo no soy de las que se achican, así que alzo la barbilla también, demostrándole mi desagrado. —Soy tu novia, esto es diferente. Y esa postura no te vale conmigo, no me arredraré. —Ya he podido comprobarlo —contesta, distante y hosco—. Gisele, no harás el reportaje, Diego cede demasiado y no me gusta. ¿Qué se ha creído? ¿Y sus promesas? —Lo haré, sabes que lo haré... ¡No me provoques, Matt, nadie me va a tocar! —Barre con el brazo los papeles que hay sobre el escritorio y los lanza por la habitación—. Basta, Matt, ¡basta! Pero está ido y se aísla en sí mismo, en su mundo irreal, donde ni siquiera me oye. Esto no puede continuar así. Me da tanto miedo estar siempre en el mismo punto... ¿Jamás aceptará mis decisiones? —¡Lo estás haciendo de nuevo, Gisele! —

¡Maldita sea, Matt! ¡No puedes seguir así! No me presta atención mientras rompe papeles como un loco y, finalmente, da un puñetazo en el escritorio. —¡Matt, por favor! Intentando que él sienta y padezca también mi dolor, me acerco a la pared y estrello el puño en un cuadro... Grito y jadeo. Mis nudillos se llenan de pequeñas heridas y también sangro como él. Al ver el caos que hemos desatado, me echo a llorar consternada. ¡No quiero esto! —¡Gisele, Gisele! —Corre a mi lado y me coge la mano ensangrentada con desesperación—. ¿Qué haces? ¿Por qué demonios has hecho esto? Con cuidado, me lleva a través de los cristales y me sienta en un sofá. Yo lloro de rabia y desaliento. —Gisele, ¿estás bien? Al ver mi sangre me mareo y el olor me da náuseas. Abro los ojos con dificultad y veo que estoy acostada en el sofá de la oficina, con Matt inclinado hacia mí, mirándome preocupado. —¿Cómo te sientes? — Confusa, veo que tengo la mano vendada—. Te has cortado con los cristales, Gisele, tienes varias heridas. Sollozo al recordar: Diego, los papeles, la sangre. ¡Miserable Campbell! —Gisele, ¿qué estabas pensando para hacer algo así? —Déjame —contesto con un hilo de voz—, no quiero verte. —No, no me hagas esto. Dime por qué, por favor... y no llores, nena. Él no sabe controlar sus impulsos y a mí me da miedo que nunca cambie. Me asusta estar en una lucha constante. —He querido pararte, demostrarte la impotencia y el dolor que yo siento cuando te veo alterado. No soy capaz de controlarte y esa faceta tuya me consume. —Su mueca de dolor me hace saber que me entiende —. Matt, no puedes continuar de este modo, por favor... Las personas que te queremos sufrimos. —Lo sé... —¿Realmente lo sabes? Asiente y no me hace las promesas que yo necesito. Él solo no puede hacerlo, ¿podremos los dos? ¿O la alternativa es que visite a un profesional? Estos arrebatos se le van cada vez más de las manos. —¿Cómo está tu puño? —le pregunto, rozándolo. Él no lo tiene vendado y la sangre está reseca—. Llevas tantos golpes en tus nudillos malheridos... —Me duele más la tuya, no lo vuelvas a hacer. Me acaricia, me contempla y, finalmente, se acerca con ternura a mis labios. Yo lo esquivo, sin ganas de nada. No hoy. —Sigo enfadada —murmuro. —Yo también. —De acuerdo —susurra, chupándome el labio inferior—, harás el reportaje. Empezamos de nuevo. —Lo revisaremos todo bien. —Lame mi lengua—. Quiero hacerte feliz, Gisele. ¿Todo se arreglará así? ¿Es bueno no hablar y entregarnos a la pasión para solucionar los problemas? Me aparto con tristeza y lo veo desconcertado. Me da un permiso que no le corresponde, no acepta que soy yo quien decide. —¿Qué quieres ahora, Matt, sexo? Esboza una media sonrisa. —No todo se soluciona de esta forma, Matt. No puedes disponer de mi vida, pelearte con Diego, sembrar la oficina llena de papeles importantes destrozados y luego hacerme el amor como si nada hubiera sucedido. La alarma se refleja en su mirada y se aleja. Yo sé cuánto le molesta que me niegue a él, pero esconder los reproches no es bueno para el futuro que deseamos construir. Un día estallará todo y será tan doloroso, tan destructivo y lleno de heridas sin sanar, que no sabremos arreglarlo. —Me rechazas, cuando sabes que no lo soporto. ¿Por qué me lo pones todo tan difícil, Gisele? —¿Yo a ti, Matt? ¿Yo a ti? ¿De verdad no te das cuenta? —Sus ojos tan fríos me hielan la sangre—. No puedes ser tan egoísta, sólo piensas en lo que a ti te gusta o no, ¿es que yo no importo? —Te he dicho que puedes hacer el maldito reportaje. ¡Tendrás que posar! ¡Alejarte de mí y estar cerca de otro! ¿Crees que me gusta todo esto? No, pero acepto por ti y tú me lo agradeces negándote a mí. —Furiosa y sin querer controlarme, me levanto y me planto frente a él—. ¿Te vas? La puta palabra mágica. —¡Te vas, te vas, te vas! ¡Siempre lo mismo! ¡No, no me voy y haré el reportaje porque me da la gana! —Su mandíbula se crispa y su mano me sujeta—. Suéltame, Matt, no me voy a ir.

Ahora mismo vamos a llamar a Diego y terminaremos de hablar sobre las condiciones; si nada cambia, aceptaré. —Lo sé... no hace falta que me lo estés haciendo saber a cada momento. —Tienes que respetar mis decisiones como yo hago con las tuyas, Matt. Esto es una pareja, cosa de dos. Yo no estoy poniendo en peligro nuestra relación, no lo hagas tú con tus reproches. Observo cómo se va calmando. Unos golpes en la puerta hacen que él se vuelva de golpe. —Matt. —Es Denis—. Tienes una llamada, es importante. —¿Quién? —Tu hermana Roxanne... Está en el hospital con Alicia. Al parecer ha tenido un amago de aborto. Me quedo inmóvil ante la noticia y lo poco construido se derrumba a mi alrededor. Alicia tiene lo necesario para amarrar a Matt y él me culpará de lo sucedido ayer... Correrá a su lado, la consolará, la mimará. Quiero llorar y gritar, ¡estoy harta! —Matt, si tienes que ir, hazlo. Yo me quedaré con Gisele. Puedes estar tranquilo con el reportaje; lo he revisado todo y no hay nada que te pueda molestar —comenta Denis, observando los papeles esparcidos por el suelo—. Será algo sensual y salvaje, pero no demasiado atrevido. Le pagarán bien. Sabes que yo haré las cosas como tú las harías, puedes marcharte tranquilo. Finalmente, Matt se vuelve hacia mí con ojos implorantes. ¿Qué puedo decirle? —Ve, no te preocupes. Lo entiendo. Denis cierra la puerta al salir y Matt se arrodilla a mis pies. —Gisele... —susurra, apoyándose en mis piernas. Yo lo acaricio—. Perdóname por ser como soy; en cambio, tú, mírate... cedes ante esto, que sé que no es fácil para ti. —No, Matt, no lo es, pero sé qué te supone y te entiendo... —¿Dónde estarás? —pregunta angustiado. —Te estaré esperando en casa de mi hermano. Ve y no te preocupes. Yo no haré nada que pueda hacerte daño, lo prometo. — De repente, se echa a llorar—. ¿Por qué lloras? Matt por favor, odio verte así... Estaré esperándote, lo prometo. —Perdóname, Gisele, perdóname por el infierno que te hago pasar a veces. —Me inclino y acuno su cara entre mis manos. Le acaricio la mejilla, beso sus labios y noto el sabor salado de sus lágrimas—. Sabes que te quiero, ¿verdad? Asiento con un nudo en la garganta. —Me has devuelto la vida. Dímelo, Gisele, necesito oírlo antes de irme y saber que todo está bien. —Te amo —susurro, incorporándome atrayéndolo conmigo para poder abrazarme a él—. Te amo y estaré cuando vuelvas. Se va más calmado y yo me quedo sola en una habitación llena de papeles que él ha roto. Desanimada y sin saber qué hacer, empiezo a recogerlos uno a uno... —Gisele —me interrumpe Denis—, déjalo, ya me encargo yo. Diego te espera, ¿puedes recibirlo? —Dame unos minutos. —De acuerdo, avísame cuando estés lista. Una hora y media más tarde, me voy a casa con el contrato firmado según lo acordado. No habrá chico, Diego ha decidido que el protagonismo sea para mí sola. Matt estará contento... Compruebo el móvil cada cinco minutos y no hay noticias suyas. Llego a casa de Scott, al que encuentro sentado y con semblante tranquilo. Sin embargo, lo conozco lo suficiente como para saber que está apagado. ¿Quién es la mujer que le está haciendo daño? —Siéntate —me dice—, tenemos que hablar. —Scott, hoy no... —Vienen hacia aquí. —Lo miro, no queriendo entender lo que acaba de decir—. Nuestros padres, pequeña, los llamé ayer por la mañana... Lo siento, pero esto no puede seguir así y yo ya no sé qué hacer. —¡Te estás equivocando! —¿Qué te ha pasado en la mano? Mira mi venda horrorizado. —Me he dado un golpe... Sé que no me cree, él también me conoce bien. —Gis, ya basta. ¿Hasta cuándo vas a permitir que te manipule como lo hace? Mírate, tienes todo para enamorar a un hombre, ¿tiene que ser él? —Es él, Scott —no dudo en afirmar—. Y ahora, si puedo, me gustaría dormir un poco. —Recuerda que lo saben todo. —Me detengo sin mirarlo—. Que te vas, el embarazo de Alicia y el poco tiempo que lleváis saliendo. No les hablé de tus trabajos, no me pareció prudente... Están muy enfadados, sobre

todo papá. No quiero perjudicarte, pero Campbell te está haciendo daño y te quiero demasiado para dejarlo correr. —No puedo agradecértelo. Estoy decaída y sin saber cómo he de sentirme al saber que veré a mis padres, pero no como deseo. Luego está Matt... No sé nada de él. Se ha marchado débil, ¿se estarán abrazando Alicia y él? Cierro de un portazo, me doy una ducha y al salir suena el teléfono. Es Matt. ¿Cómo decirle? Inspiro hondo y contesto: —Hola —digo con un hilo de voz—, ¿qué tal va todo...? —¿Y esa voz? —Estoy cansada —susurro—. Cuéntame de ti. —¿Qué ocurre, Gisele? Sé que no estás bien. Me conoce y percibe mis cambios como si nos estuviéramos viendo. —Mis padres llegan hoy. Scott ha creído conveniente avisarlos y hacerles saber lo que está ocurriendo... Habló con ellos ayer por la mañana y están a punto de llegar. Silencio. —Gisele dime que te veré luego. —Se desespera al pensar que no—. Necesito hacerlo. —Creo que será mejor que no, Matt... Mis padres vienen furiosos, más bien mi padre. Scott les ha contado que nos vamos a vivir juntos, que hace nada que empezamos y que tu exnovia está embarazada. —¡Tu hermano es imbécil! —Matt, no empieces... —Me estoy consumiendo, Gisele. Necesito verte. Me acurruco en la cama y abrazo la almohada imaginando que es él. Tan vulnerable y dependiente de mí pese al carácter tan fuerte que tiene... Lo amo tanto y me duele tanto hacerlo... —Scott está preocupado, Matt... He discutido con él, pero por otro lado entiendo su postura. También yo quiero verte, pero primero tengo que lidiar con mis padres y aclararlo todo. Pero no me dices nada de Alicia y eso me preocupa. —Está bien... el bebé también. Tendrá que pasar unos días en el hospital hasta que todo vuelva a la normalidad. —¿Qué más, Matt? —Gisele, ahora no quiero hablar de ella. —Suspira—. Te echo de menos, quiero verte, por favor. Hoy ha sido un día muy duro para los dos, me asfixio sin ti y quiero apoyarte... —Dame un poco de tiempo. Cuando lleguen mis padres te llamo y te digo cómo están las cosas. Yo también te extraño, sobre todo después de..., Dime que estás mejor. —Lo estoy. ¿Y tu mano? Los ojos se me llenan de lágrimas y no quiero preocuparlo. —Bien... te llamo luego, ¿de acuerdo? —No tardes, por favor. Reprimo un sollozo. —No... Te amo, Matt. —Yo también, nena. No te olvides y llámame. Suena el timbre y sé que están aquí. Nueva batalla... Pero ante todo defenderé mi relación con Matt, aunque la presión me ahogue y tenga que tomar decisiones que me asusten. Los espero de pie en medio de la sala y cuando Scott los hace pasar, Isabel, mi madre, viene corriendo y me abraza con fuerza. Me besa y me achucha como suele hacerlo, arrancándome un suspiro de emoción. La extraño tanto, sus mimos y consejos... sus cuidados. Sé que me entenderá, su filosofía de vida es diferente de la de mi padre. —¿Qué te ha sucedido en la mano? —pregunta al retirarse—. ¿Un golpe? —Me he caído, pero estoy bien. Le sonrío y miro a mi padre, esperando también su tierno abrazo, pero me quedo con las ganas, porque lo que me encuentro es un frío saludo. No reconozco a este padre, a lo que desprende su reencuentro conmigo. —¿Y esto? —le reprocho—. ¿Éstas son las muchas ganas que tienes de verme? —Me has decepcionado, Gisele. Cuando me dijiste que te venías a trabajar a Málaga confié en tu palabra, ¿y qué haces? Colarte en la cama de un hombre rico que no tiene nada que ver contigo y encima con un montón de problemas. Con una novia y un hijo... ¡Un hijo! —No sé qué os ha contado Scott, pero... —¡Todo, Gisele! —Michael, déjala que hable —lo regaña mi madre—. Que podamos entender su postura acerca de su relación con ese hombre. Quizá nos precipitamos al pensar que él pueda hacerle daño. —Os estáis equivocando, claro que lo hacéis. —Me duele la cabeza, me está a punto de estallar—. Por favor, necesito dormir un poco. Me tomaré un Termalgin y luego seguimos hablando. —No hemos viajado diez horas en coche para verte

dormir — replica mi padre—. ¿Qué ha pasado con la hija responsable? Podías estar casada con Álvaro y vivir cómodamente, pero pierdes tu tiempo con un rico que juega contigo como le da la gana. ¡Lo que me faltaba! —Lo que yo diga no importa, ¿no es cierto? Igualmente pensaréis lo que os dé la gana. —Me dirijo a mi hermano antes de entrar en mi habitación—. Gracias, Scott, has conseguido justo lo contrario de lo que pretendías. No pienso y no quiero hacerlo. Me tomo la pastilla y me meto directamente en la cama, donde enciendo mi iPod.

—Gis, cariño. —Es la cálida voz de mi madre, que me aparta el pelo y me sonríe cuando me despierto. Estoy abrazada a la almohada, que siento mojada—. ¿Me hablas de él?

—¿Para qué? —Me gustaría saber un poco más del hombre que hace que a mi niña le brillen los ojos de esta forma. —«¿Dónde estás, Matt? Te extraño»—. Te confieso que estoy reticente en cuanto a él... Tengo miedo por ti, Gis, no quiero que sufras. —Se llama Matt, Matt Campbell —empiezo, con un nudo que me ahoga—. Es especial, mamá. Me hace sentir de tantas maneras... Reconozco que no siempre positivas, pero con la intensidad de una fuerte tormenta. Lo quiero muchísimo. —¿Eres consciente de que apenas os conocéis? ¿Y de todo lo demás que cuenta Scott? —Sí, pero hemos pasado tantas horas juntos que te sorprenderías. Incluso cuando no éramos nada, él me buscaba o yo... Ni contigo, ni sin ti. Y sobre Scott... se equivoca. El embarazo es cierto, pero quizá no sea de él; ella lo engañó con otro. Pero Matt es leal y la cuidará hasta saber cómo sigue esto. Es bueno, demasiado, y por eso lo ha pasado mal. —Nunca te he oído hablar de esta forma de Álvaro —dice. Abro los ojos y me sonrojo por lo que voy a decir—. ¿Qué? —Nunca antes me había enamorado, mamá, pero Matt ha puesto mi mundo del revés y no quiero vivir sin él. —Madre mía, cariño... ¿Y es guapo? Se me escapa una risita tonta y asiento más divertida. —Es guapísimo, moreno, de ojos verdes y piel bronceada — suspiro ñoñamente —. Es musculoso y atento, cariñoso a veces. También romántico, aunque él no lo reconozca. —Quiero conocerlo. —Me anima con un apretón—. ¿Crees que querrá venir? —Matt quiere formalizar lo nuestro. ¿Por qué te has puesto tan seria de pronto? —Gis... tu padre se ha empeñado en traer a alguien que quizá no quieras ver. Acaba de llegar y él si quiere verte. Me cubro la cara, la miro y me la vuelvo a cubrir. Esto no puede estar sucediendo, me niego a pensar que.... —¿Puedo entrar? La cabeza de Álvaro asoma por la puerta y yo me echo a temblar. ¿Qué le voy a decir a Matt? Hace bastante tiempo que no nos vemos y al mirarlo percibo lo cambiado que está. Bastante modernizado, incluso parece que se ha hecho mechas en su cabello repeinado. Ropa estrecha y, ¿quién es este Álvaro? —Os dejo solos —dice mi madre. —Hola, Gise. Esto es surrealista. Mataré a mi padre por esta estúpida encerrona. —¿Qué haces aquí? —Me siento y le dejo un hueco a mi lado—. No esperaba verte en mi casa, de nuevo en mi vida. —Sabes que tengo una relación buena con tu padre, que quedamos casi todos los días para tomar café, y ayer lo vi muy alterado. Y me contó en el lío en que estás metida. —¿Perdón? Doy vueltas por la habitación, cojo el móvil y veo que no hay ningún mensaje de Matt. ¿Qué demonios sucede hoy? ¿Está aún con Alicia? Pensar en la situación en la que ambos nos encontramos me altera. ¿Qué dirá de esta visita? —Álvaro, mi hermano es demasiado protector y ha hecho una montaña de un grano de arena. ¡He conocido a un hombre y me voy a vivir con él! —grito exasperada—. ¿¡Qué tiene eso de malo!? —¿No es demasiado pronto...? —¡Soy una mujer, no una niña! —Estamos preocupados por ti . —Oh madre mía. Con cansancio, abro la puerta de la habitación para que se vaya—. Gise, he viajado muchas horas para venir a verte y saber de ti. —¡Pues hazlas de vuelta y déjame en paz! —Mis padres y mi hermano aparecen pálidos en el umbral y yo los señalo sin

intimidarme—. Ya basta. Álvaro es pasado, ¡muy pasado! He estado viviendo en Lugo y no nos hemos vuelto a hablar, ¿ahora qué queréis? A la mierda todo, ¡me hartáis! Ninguno es capaz de reprocharme nada y les cierro la puerta en la cara. No sé nada de Matt, lo he visto llorar y ahora está con su exnovia. ¡Me voy a volver loca! Una vez más, miro el móvil y estoy a punto de estrellarlo contra el suelo. ¿Matt, dónde estás? —Cielo, vamos a cenar —dice mi madre, asomando la cabeza como si no hubiera sucedido nada—. Álvaro ya se ha ido. Tenía unos días libres en el trabajo y pensó pasarlos aquí, en Málaga, al ver a tu padre... Ya me entiendes. —No, no lo hago. Y vamos a comer, porque tengo cosas que hacer. La cena, de macarrones a la boloñesa, transcurre silenciosa como nunca antes entre nosotros. Papá a mi derecha, mamá a mi izquierda y Scott enfrente. Mi padre me la tiene jurada, pero a mí me importa muy poco. —Cuando termine la cena, voy a salir —les aviso, aún comiendo, o al menos intentándolo—. No sé a qué hora volveré. —No lo harás. Se acabó la vida que estás llevando lejos de nosotros. —El tono de mi padre no deja lugar a dudas. Lo miro y pienso que, a sus sólo cincuenta y dos años, es demasiado cascarrabias. —He tenido que dejar la tienda de flores para venir aquí. Para mí ha sido un gran esfuerzo, y tú vas a hablar con nosotros. Bebo un poco de agua y suelto el tenedor con desgana, dirigiéndole una mirada llena de impotencia. —Papá, nada es fácil y vosotros lo estáis complicando aún más. Por cierto, claro que saldré, necesito ver a Matt. —No me importa, hoy no lo verás. Y mañana lo quiero aquí para conocerlo. Y ve olvidando esa absurda idea de iros a vivir juntos. —Está decidido. —Si tanto os queréis, ¿por qué no formalizáis vuestra relación con un compromiso? ¡¿Un compromiso?! —Apenas estamos empezando, no quiero correr tanto. —¿No quieres correr tanto? — Odio su sarcasmo—. ¿A qué llamas tú ir despacio? ¿A irte a vivir con él sin apenas conoceros? ¡Gisele, eres una chica decente! ¿Decente? —Michael, por Dios, Gis ya no es una niña —le recuerda mi madre, sonriendo—. Actúa con coherencia. Le prohíbes ver al novio y ya la quieres casar con él. Buen punto, Isabel... Boda, ¡están todos locos! —No nos desviemos del tema. Lo hago por su bien. Recordemos que ese hombre va a tener un hijo con otra mujer, cosa que los unirá de por vida y yo, como padre, me veo en la obligación de proteger a mi hija. El corazón se me parte en dos. Y, para colmo, Matt está precisamente con esa mujer. ¿De qué hablarán? —No permitiré que salga de tu cama para luego ir a buscar a la otra. —Papá, relájate. —Niego con la cabeza al ver mediar a mi hermano. A buenas horas—. Él la cuida, pero también le hace daño y formalizar eso es una locura. Aprieto los puños y me contengo. No puedo más, es cierto que en casa siempre fue así y me gustaba, pero mi vida antes no era tan complicada como ahora. —Quiero un compromiso — insiste mi padre—, o te vendrás con nosotros a Lugo en cuanto volvamos. «¡Y una mierda!» —Papá, ya no soy una niña y no haré tal cosa. No me alejarás de Matt, entiéndelo de una vez. —Me levanto de golpe y llevo mi plato al fregadero—. Me voy a dormir, buenas noches. —Mañana temprano lo quiero aquí, este tema hay que zanjarlo. Veo el arrepentimiento en la mirada de mi hermano, pero ya es demasiado tarde. Rabiosa, entro en la habitación y me pongo un pijama de verano con un estampado de osos en rosa. Hoy me siento más niña que nunca, ha sido un día duro, triste y agobiante... Ver a Matt esta noche supondrá otra guerra y no creo que pueda soportarlo. ¿Qué les pasa a todos? Sólo quiero verlo, pero ¿dónde está él? ¿Por qué no me ha vuelto a llamar? Le mando un mensaje. Mensaje de Gisele a Matt. A las 22.30.

Matt, mejor nos vemos mañana... Aquí peleas y rollos familiares. Te extraño, ¿dónde estás?

Y con la necesidad de hablar con una amiga, llamo a Noa, pero no me responde y termino

hablando con Emma, que me cuenta lo arrepentido que está Thomas y las ganas que tiene de verme. Ya sé cómo está Thomas, pero no me apetece verlo.

Termino la llamada, pero el móvil continúa sin sonar. ¿Por qué Matt no me responde? Maldita sea, estará con ella. ¿Alicia llorará? ¿Matt la consolará? Maldita sea, quiero llorar.

Espero y me desespero esperando su mensaje. Me levanto, me siento y luego me tumbo por enésima vez. ¡Por Dios, lo necesito!

¿Qué sucede? ¿Se ha olvidado de mí? ¿Lo han envenenado en mi contra?

¿Qué es este ruido en mi ventana? ¿Un ladrón? Me cubro con las sábanas hasta la barbilla y cojo el teléfono para llamar a la policía. Pero cuando una hermosa cabeza se asoma por la ventana, me muero de alegría. Es él. Mi Matt, vestido muy deportivo y guapísimo. Con una carpeta roja, que lanza al suelo.

Sonriendo, lo ayudo a entrar. Me abraza y sus labios van directo a los míos. Su dulce sabor y su lengua acariciando en la mía. Me pierdo en él y no me importa quién haya más allá de la habitación, le necesito.

—Gisele —susurra impaciente—, necesitaba tocarte. —Yo también. —Lame el contorno de mi boca y yo tiemblo, pero no me resisto, no si se trata de él—. Matt... mis padres están aquí... pero no pares. Está alterado, tan hambriento que me consume con su pasión. —¿Echamos el pestillo? — pregunta jadeante. Yo corro hacia la puerta y cierro. Me apoyo en ella, sensual, y lo provoco contoneándome—. Estás muy guapa con este pijama, me da ternura verte así. ¿Ternura? El pijama ya está volando por los aires. —Ternura no es lo que quiero inspirarte, ¿qué te parezco en ropita interior? Con paso lento, va desnudándose y su sonrisa me dice qué piensa. Oh, no puedo creerlo, pero ya me siento húmeda y llena de morbo al ir a hacer cochinadas con mis padres en casa. —Ésa no es la palabra, me resultas excitante, y mucho. —Matt, tenemos que hablar... Pero ahora te quiero a ti. —¿Suave o duro? —Qué pregunta, joder. —Recuerda que tus padres están aquí. —Calla... —Pero cuando se queda desnudo, me hago gelatina y mi boca habla por mí—. Duro, Matt. Mi padre nos matará si nos oye... pero duro. —Muy atrevida eres, pero como mandes, señorita Stone. Me levanta del suelo y yo lo rodeo con las piernas, permitiéndole que se aferre a mi trasero. —Vamos, Matt —suplico—, si no te siento pronto dentro creo que voy a morir. Salvaje como a mí me enloquece, me arranca las braguitas... ¡y me las rompe! —Me vuelve loco sentirte así de mojada y lo sabes. —Tengo la punta de su pene en la entrada de mi sexo—. Me matas, me matas. La embestida es más dura de lo que espero y un gemido estrangulado escapa de mi garganta. —Ay, Matt... no pares... aunque destrocen la puerta. Te necesitaba. —Yo no podía quedarme sin verte. —Me alza y me embiste con fuerza—. Tu padre me cae mal. Oh, oh. —Ya lo hablaremos luego. Duro, Matt... muy duro. Hundo las manos en su cabello y me muevo con él... Quiero gritar, y hacerlo con fuerza, ante la intensidad del momento. Encuentra mi boca entregada y ansiosa, como sé que quiere. Su lengua sondea y juega, me altera. Pero todo va en aumento cuando me toca los pechos y me los pellizca. Me deja apoyada contra la puerta y observa la unión de nuestros sexos... Ay, ay, esa mano que se acerca a mi clítoris, las sensaciones que me provoca. —Oh, Matt... qué locura... Gimo en su boca cuando sus caderas avanzan y su virilidad vibra en mi interior. Dentro, fuera, dentro, fuera y después en círculos al compás de sus arremetidas. —¿Qué has hecho sin mí? — pregunta, sin dejar de degustar mis pechos—. ¿Has sido buena? Me acuerdo de la visita de Álvaro y sollozo entre jadeos. Lo silencio tirándole del cabello y chupando su lengua como si fuera su miembro... —Matt. —Salto, cabalgo

—. Más... más... —¿Gis? —Joder, joder, es mi madre—. ¿Estás llorando, chiquita? Matt se detiene, pero yo me niego a que lo haga. Soy una sinvergüenza, lo sé, pero ya no puedo parar. Entonces, él me lleva hasta la cama y me deja allí. —Gisele —susurra—, no puedo con tu madre en la puerta. —Por favor... —Entierro la cara en su cuello—. No pares... no, por favor. Me cubre con su cuerpo y me mira a los ojos. —¿Has llorado? —Me tiembla el labio y él lo percibe y me acaricia la mano—. Perdóname por ser tan salvaje. Va entrando en mí de nuevo, deslizándose con la suavidad de la seda. Me da besos tiernos mientras se balancea con cuidado y sensualidad. Son movimientos pausados y cargados de sentimiento y yo me derrito. —Chiquita, sé que estás enfadada con papá, pero no conmigo. —«Joder, ¡vete!»—. Ábreme, por favor. —Nena —gruñe Matt—, córrete pronto, que no puedo más. Un leve sollozo escapa de mi garganta, ¡qué gusto! —Mi niña, no llores más, anda, abre. Una explosión de fuego me invade y todo a mi alrededor cobra vida... Los últimos roces son delicados y estremecedores. Y yo obedezco dejándome ir, compartiendo con él todo lo que me llena. Nos sacudimos y desplomamos juntos. Lo beso y le sonrío. No me importa que mi madre siga gritando o que estemos sudorosos. Matt está aquí. —Gisele, me matarás, lo juro. —Hija, por Dios, ¡abre o le diré a papá que derribe la puerta! Nos abrazamos más de un minuto sin hablar, sólo con el sonido de nuestras respiraciones, pero mi madre continúa... Con cuidado de no hacer demasiado ruido, Matt se levanta y me ayuda a hacerlo a mí. —No me pienso ir —susurra—, no después de esto. —Ni yo quiero que lo hagas. —Le beso la nariz y le señalo divertida—. Decide, ¿armario o debajo de la cama? Entre risas, Matt termina debajo de la cama y yo vistiéndome sin fuerzas. Me aliso el pelo y me pellizco las mejillas... aunque ya las tengo rojas a causa del llanto. Arrastrando los pies para que me oiga, abro con gesto cansado. —Cariño, me tenías asustada, ¿te encuentras bien? —Asiento, bostezando—. Creo que te está subiendo fiebre. «Al contrario, me está bajando», digo mentalmente al pensar en el momentazo anterior. —Mamá, no quiero hablar ahora, lo haremos mañana. —Está bien, pero antes quiero saber cómo sigue tu mano. Cariño, tienes que procurar no ser tan torpe, ¿cómo has podido caerte así? Una mentira más... —Mamá, estoy bien, ahora, déjame, por favor. —Ella asiente, pero antes de irse mira el suelo y yo sigo su mirada. No puede ser... Un zapato de Matt—. Mamá, por favor. —Te pareces tanto a mí. — Sonríe y sé que será nuestro secreto—. Descansa y buenas noches... a todos. ¡A todos, a Matt! Tierra, trágame. Menos mal que se va. Me asomo debajo de la cama y la sonrisa de él ilumina el frustrante día que he tenido. Me reconforta. Como dice Matt: lo necesito. Y ahora llega la hora que tanto temo y él lo sabe, porque sus ojos están llenos de secretos. ¿Pensando en ella? —¿Sales de ahí, Matt? Quiero que hablemos. Me siento en la cama y espero a que termine de vestirse. Me dan miedo ciertas preguntas, pero a la vez necesito conocer las respuestas. Con semblante serio, se sienta a mi lado y me coge las manos. —¿Has estado con Alicia desde que te has ido? —No todo el tiempo —titubea—, pero cuando me he ido y antes de venir sí. —Quiero sinceridad, Matt. ¿Qué ha sucedido hasta que has venido? —Me ha pedido que me quedase con ella. Ha estado llorando. Aunque el bebé ya no corre peligro, se ha asustado bastante. No te voy a mentir, Gisele —chasquea cansado—, me ha suplicado apoyo y consuelo... pero no he podido dárselos. Alicia me ha defraudado y, sobre todo, te debo un respeto. Lo veo agobiado y harto de la situación al tener que soportar a una mujer a la que no quiere. —He tenido una bronca con Roxanne y me ha contado lo sucedido en el desfile. Veo en sus ojos la acusación y yo me encojo de hombros. No tuve alternativa. —Sé que tú querías proteger la reputación de Alicia, pero ante la trampa que me

tendieron, yo tuve que defenderme. —Supongo que tampoco fue fácil para ti —me dice tranquilo —. Te entiendo, Gisele, no puedo reprocharte la discusión, porque sé que fue Roxanne quien te golpeó. Me lo ha contado muy orgullosa. —Sí, fue ella —reconozco—. ¿Más cosas? —Gisele, no quiero hablar de Alicia, en lo que te he dicho ha quedado resumido. Cuéntame qué tal tú. Denis me ha dicho que ya está todo firmado y que en el reportaje estarás tú sola. Por algún motivo, pensar en ese trabajo no me hace especial gracia. —Sí, todo está listo, pero tampoco yo quiero hablar de eso. —La aprensión se enciende enseguida en él—. No es por nada, Matt... sólo que ha sido un día muy tenso y no quiero que volvamos a discutir. Cuéntame, ¿qué llevas en esa carpeta? Su sonrisa resurge, ilusionado, la coge y vuelve a mi lado. —Un catálogo, nena. Tengo la casa perfecta para nosotros en Lugo, está a quince minutos de la universidad si vas andando. —«Oh, qué romántico»—. Creo que te va a gustar. No es muy grande, pero tampoco pequeña; está en venta o alquiler. He pensado que primero la alquilemos y, si nos sentimos cómodos, la compramos, ¿qué te parece? No puedo evitar inquietarme, ¿nos estaremos precipitando? Pero la respuesta es no, necesitamos intimidad y dejar fuera a quienes nos hacen daño, aunque no sea intencionado. —Déjame ver —digo sonriendo, dejando los miedos a un lado—. A ver qué gusto tienes, Campbell. Vaya, la entrada ya es espectacular... Jardín con piscina, todo vallado. Una casa muy luminosa y con hermosas vistas. Tres dormitorios, cada uno con su baño. Cocina amplia y la sala aún más. ¡Biblioteca! También un despacho para Matt, habitación de juegos para niños... Una casa preciosa, aunque sí que es amplia. No tan grande como la de los Campbell, pero dos veces más que la mía. —Dime qué te parece. Si me dices que te gusta la podemos tener la próxima semana y, cuando estés lista, nos mudamos. —Emocionada, salto y lo echo hacia atrás sobre el colchón—. Parece que te gusta. —Es perfecta, Matt. —Lo beso—. ¿Es muy cara? —¿Eso importa? —Me besa—. Todo lo mejor para ti, Gisele. —Oh... Como dos tortolitos, hablamos sobre la casa y los cambios que va a haber en nuestra vida. No me he atrevido a hablarle de Álvaro, parece tan calmado que no me atrevo a estropearlo. Me acurruco contra su pecho y encuentro la paz que llevo necesitando todo el día... Matt, en cambio, sigue insomne una noche más. Me preocupa demasiado que pueda enfermar... Un nuevo despertar junto a él. Lo veo tan tranquilo, relajado que sonrío feliz. Está más despeinado de lo habitual, me abraza estrechamente y tiene los tentadores labios entreabiertos... De repente suena su móvil y, con desagrado, veo que es Alicia. ¿Será una urgencia? —Matt —lo llamo, susurrando—, Matt, Alicia te llama... Abre los ojos de inmediato y la paz y la tranquilidad se borran de su semblante. —Déjalo, ahora le mandaré un mensaje —dice, pegándose más a mí—. ¿Cómo estás? ¿Cómo tienes la mano? —Bien, ¿ya te vas? Suspira intensamente. —No, si tú no quieres. Tú sólo pide. —Quédate. Matt, ¿por qué duermes tan poco? Incómodo, rehúye mi mirada. —Estoy acostumbrado a ello, nada más. Me preocupa su falta de sueño, pero decido dejarlo correr. Hay otros asuntos que nos esperan esta mañana. Carraspeo buscando las palabras. —Mi padre quiere conocerte hoy y está muy enfadado. Su cejo fruncido me hace reír. —¿Es una advertencia? Porque de los Stone sólo me das miedo tú. —¿Yo? —ronroneo. —Sabes lo que me haces. —«A veces», pienso—. Y dime, ¿cuándo será el reportaje? Otro tema espinoso más, por alguna razón, Scott no se lo ha mencionado a mis padres. —Al final será en Nueva York y el jueves debería salir hacia allá. La verdad es que con mis padres aquí, no tengo las cosas fáciles. — Se tensa y no dice nada—. Ya hablaremos luego de esto, porque cuento con que puedas viajar conmigo. — Sabes que sí. Y me besa. —Gis. —«¡Papá!»—. Gis, abre ahora mismo. —Es mi padre —susurro

temblorosa—. Tienes que irte, Matt, si te pilla aquí te matará. Nos separamos rápidamente para terminar de vestirnos, pero los nervios hacen mella en Matt cuando se abrocha el pantalón, no le sube la cremallera y yo, temblando, intento ayudarlo. —Gis, he dicho ahora o echaré la puerta abajo. —Odio a tu padre. Joder, Matt enfadado, su cremallera que no sube y la puerta que se abre de golpe. Me aparto avergonzada y no me atrevo a mirar a mi padre, consciente de la imagen que él habrá visto de mí desde atrás, inclinada sobre la bragueta de Matt. —Gisele, mírame. Mi intuición de padre no me ha engañado. Era extraño que aceptaras tan fácilmente que no ibas a verlo anoche. Te conozco muy bien y no sabes lo que acabas de hacer... Supongo que éste es Matty. ¿Matty? —Matt Campbell, señor —se adelanta él—. Siento que tengamos que conocernos en estas circunstancias. «Oh, Matt, ¡cállate!» —Os espero en la sala. —La voz de mi padre es gélida—. No más de cinco minutos. Cuando mi padre se marcha, Matt me abraza desde atrás. —Lo siento, nena, ha sido por mi culpa. —Suspiro, negando con la cabeza. Es hora de poner las cosas claras—. Parece un hombre duro. —Depende del día, pero hoy lo será. No le hagas caso... no me alejará de ti. Mis palabras son un error, porque, de repente furioso, Matt me exige que lo mire. —No, no lo hará, Gisele — asegura—. No me importa lo que diga, te vendrás conmigo. —Vamos, te ayudo con la cremallera y salimos. —Recuerda que estamos juntos en esto —sentencia él—. Dame la mano. Al llegar a la sala están todos, con expresiones diversas. Scott decepcionado tras mi travesura, mi padre manteniendo la calma, aunque lleno de frustración, y mi madre... impactada con Matt. Es mi turno. —Mamá, papá, éste es Matt. Scott ya se ha encargado de hablaros de él, aunque mostrándoos una imagen suya que no se corresponde con la realidad. — Matt me aprieta la mano y yo temo que se descontrole—. Pido disculpas por lo sucedido, pero yo no tengo la culpa de que se me quiera tratar como a una niña pequeña. Papá aparenta tranquilidad y eso me desconcierta... Si no grita, sus palabras serán aún más duras. Lo conozco. —¿Oyes, Isabel? ¡Yo soy el culpable! Después de que este hombre haya tocado a nuestra hija en nuestra cara, ¡como si fuese una fulana! —Busco la mirada de Matt y veo que la rabia lo consume—. Si ayer no me gustaba Matty, hoy mucho menos. —Matt —lo corrijo secamente. —¡Me importa una mierda cómo se llame! —Se levanta y señala a Matt con el dedo —. ¿Prefieres a éste antes que a Álvaro? ¿No sentiste nada al verlo ayer? Cierro los ojos, pero sé que los de Matt están fijos en mí. El corazón se me acelera y temo haberlo estropeado todo al querer protegerlo. —Óyeme bien, Matty, mi hija no será tu juguete. O formalizas esta relación con un compromiso o me la llevo de vuelta y no la vuelves a ver. —Mientras mi padre habla, me aventuro a mirar a Matt. Está contenido, pero tiene la respiración agitada; la desconfianza lo está matando, torturando—. Dale el lugar que le corresponde o te juro que la perderás.

25 Elección

MATT, ignorando a los presentes, me aprieta la mano, se acerca a mí y me susurra al oído:

—Dime que no es verdad, dímelo, por favor. —Matt —le imploro y se aparta ante mi titubeo —. Estuvo menos de cinco minutos y lo eché. —¿Por qué me lo has ocultado? Mi padre interviene acercándose a nosotros y, rompiendo nuestra intimidad, insiste con lo del compromiso. —Vamos, papá, cálmate de una vez. —Él gruñe impotente—. No habrá tal compromiso. Nos iremos a vivir juntos porque así lo hemos decidido y porque tenemos edad para tomar este tipo de decisiones, ¿de acuerdo? —Te estás equivocando con este hombre y no lo voy a tolerar. —Soy feliz, él me cuida... y me quiere. —Gisele, ya estoy harto. — Me ha llamado Gisele y no Gis, es decir, está pero que muy enfadado—. Siempre has sido rebelde, pero lo que estás haciendo ahora es inmoral. No vas a irte a ningún sitio con un hombre que se mete contigo en tu cama con tus padres apenas a unos pasos. —Fue mi culpa... —No lo encubras más. ¡Va a tener un hijo con otra mujer! ¡Entiende de una vez que, o te respeta ofreciéndote un compromiso serio, o siempre serás la amante! De nuevo esa mierda del embarazo... Matt da un paso adelante y temo que el caos estalle. —Michael, déjeme decirle que se equivoca. Yo a Gisele la respeto siempre. —Papá entrecierra los ojos, observándolo—. No me parece justo que se tergiverse nuestra relación y se asegure que la trato como a una fulana. Odio esa palabra y no se parece en nada a lo que yo siento por ella. No puedo evitar el orgullo que me producen sus palabras y le dedico una mirada sincera y llena de complicidad, que él recibe con frialdad. —Sea como sea —contesta mi padre—, aquí doy por terminada esta conversación. No hay compromiso, por tanto, no permitiré que mi hija esté en boca de todos por ser la amante de un riquillo acostumbrado a obtener todo lo que le place. Mañana me la llevo de vuelta a Lugo, aunque sea a la fuerza. Si quieres formalizar la relación, ponte en contacto conmigo. Ahora, puedes marcharte. Amenazador, M a t t d a otro paso adelante, soltándome la mano. Asustada, yo le tiro de la camisa, suplicándole. Al principio duda, pero al ver mi semblante cede y asiente con esa expresión gélida que tanta rabia me da. Me alivia su retirada y a la vez me siento dolida con mi padre. —Papá, esta vez te estás pasando. Y no pienso seguir discutiendo algo que no es asunto vuestro. Me voy con Matt y no me importa si os gusta o no. ¡No soy una niña y ya me tenéis harta! —¡No me grites, Gisele, y respétame por una maldita vez hoy! —¡Es mi vida, mía, y la viviré como me dé la gana! Entonces sucede lo que jamás hubiese esperado y mi padre me da una bofetada que me gira la cara hacia el lado contrario. Matt gruñe como un animal herido y yo no soy capaz de levantar la vista, no por dolor, sino por vergüenza. Es la primera vez que hace

algo así y lo que más me duele es que lo haya hecho en presencia de Matt. —Gisele, mírame. —Él me sujeta el mentón y, con inquietud, ve resbalar las lágrimas por mis mejillas. Temo su reacción—. ¿Qué hago ahora, dime? Lo siento, Gisele, pero no tolero que nadie te toque. Todos se han quedado en completo silencio; mi propio padre está sorprendido de su arrebato. Mi hermano niega con la cara entre las manos y mamá permanece inmóvil, sin reaccionar ante lo sucedido. La mejilla me arde cuando Matt la acaricia. —Dime, Gisele, ¡¿cómo soporto esto?! —No lo hagas, Matt — imploro, sujetando sus puños cerrados—. Por favor, no. Una súplica que no sirve de nada y Matt se planta frente mi padre, con su cuerpo rozando el de él. —¿Qué mierda te has creído? ¡Me exiges que le tenga a tu hija un respeto que tú le niegas! —Se tira del cabello, está viviendo una agonía—. ¿Has visto cómo le has dejado la mejilla? —Campbell, vete a tu casa — interviene Scott, tocándole el hombro—. No hagas una tontería. —¡Tú eres el culpable de todo esto, pero no servirá de nada, porque me la llevo ahora mismo y no me importa cuánto gritéis! Mi padre le da un empujón y, horrorizada, veo que Matt lo arrincona contra la pared y lo sujeta por el cuello... —¡Campbell, basta! —grita Scott. Matt se controla, hasta que las palabras de mi padre sacan a la superficie su principal vergüenza. —¡Bastardo, fuera de mi casa! Con el puño en alto, Matt se dirige hacia la pared para evitar estrellarlo contra la cara de mi padre. Pero yo corro hacia él y lo freno, diciéndole lo único que sé que puede calmarlo, el recuerdo de lo que me hace sentir cuando se deja llevar por su agonía. —¡Matt! Mira mi mano, Matt... Mírala... Deja caer el puño al costado en un segundo. Se estremece y baja la cabeza abatido. —Gisele... —dice, con voz desgarrada. Me acaricia la mano vendada con dedos temblorosos—. Sabes que lo necesito... pero no puedo hacerlo. No te haré pasar de nuevo por esto. Un leve sollozo escapa de mi garganta al verlo controlarse. Pero mi padre insiste: —¡Fuera de aquí! —¡Te desprecio, papá! —le grito, enfrentándome a él. Mi hermano intenta acercarse a mí, pero lo rechazo. Lloro por todos ellos, ¡malditos!—. ¡No me toques! ¿Ves lo que has hecho? Puedo apreciar la congoja en los ojos de mi madre y de mi hermano y la furia en los de mi padre. —Siento mucho que las cosas sean así, pero no me estáis dando otra salida. Quiero estar con Matt y si para ello tengo que pasar por encima de todos vosotros, lo haré, ¡maldita sea! —Me vuelvo buscando la mirada de Matt, pero no la encuentro. Está ido, pensativo mirándose el puño, un puño que tantos golpes lleva ya—. ¡Os odio! Furiosa y dolida, me llevo a Matt fuera de casa sin nadie que intente impedírnoslo. Y es lo mejor, pues en mi estado no sé de qué sería capaz si alguien se opusiera a mi marcha. —Matt —le digo una vez fuera. Él cierra los ojos, se niega a mirarme—. Matt, por favor, lo siento. Perdóname por haberte sometido a esto... Vámonos, llévame a tu refugio. —Gisele, dime que te quedarás conmigo a pesar de todo. Oh, de nuevo esa inquietud. Le sonrío con tristeza. —Sí, Matt, me voy contigo. Vámonos ahora mismo. —Me toca la mejilla enrojecida—. Déjalo, no me duele... —Quiero que sepas que lo que más deseo es emprenderla a golpes con tu padre y con tu hermano... pero no lo hago por ti, Gisele. — Asiento entre lágrimas, agradeciendo que se domine por mí—. No llores, nena, vas a estar bien conmigo. Prometo cuidarte. —Lo sé, Matt, claro que lo sé... —Pero no me mientas y no me ocultes nada. Lo viste ayer y yo no lo sabía. —Trago saliva al entender que me habla de Álvaro—. ¿Qué quería? ¿Te tocó...? Gisele, me matan los celos. Rechina los dientes tras la última frase. —Mi padre y él son muy amigos, se encontraron y mi padre le explicó lo que le vino en gana... Pero lo eché, Matt. Él es pasado. No estuvo ni cinco minutos y ni siquiera nos estrechamos la mano. —¿Hiciste eso? —Se desespera —. ¿De verdad fue así? —Campbell, ¿no me conoces para saber cómo soy? —digo, intentando

bromear—. Si me imponen algo, hago lo contrario. Matt me besa de repente con toda su furia y frustración, con ferocidad. Con ternura, yo lo sujeto por la nuca y le devuelvo el beso con suavidad, calmándolo. —Llévame contigo, pídeme lo que quieras... Lo haré, Matt, sólo quiero que estés bien —susurro, separándome de él—. Anda, enséñame la casa del refugio, esa que un día será nuestra... Para nosotros solos y olvidarnos del resto del mundo. Pídeme lo que necesites, lo haré por ti. Me besa y busca mi mirada. —Cásate conmigo —suplica, desarmándome—. Quiero que seas mi esposa, Gisele. Cuanto antes. Para que nadie me niegue verte. Para que nadie se interponga entre nosotros. —Matt —gimo temblorosa—, por favor, no me pidas esto... sabes que no puedo. —Te quieren separar de mí, ¿tanto mal te hago? —Nunca he estado más viva que ahora, no lo dudes. —Dime qué puedo hacer para que aceptes. —Sonrío ante su insistencia—. Yo no tengo dudas de lo que quiero, Gisele, quiero compartir mi vida contigo. —Yo tampoco tengo dudas y sabes lo que siento, pero no me pidas que dé ese paso. Odio las bodas y aún soy muy joven, Matt. Estamos empezando nuestra relación. Casarnos sería una locura y lo sabes. Ya tendremos tiempo, tranquilo. —Gisele, ¿por qué me rechazas? ¿Qué pasa? —Vas muy deprisa, mientras que yo quiero ir con un poco más de calma. —Sigo sin entenderlo. Un día harás caso de lo que te dicen de mí... —habla para sí mismo—. Y ése será mi final, lo sabes. ¿Qué te impide complacerme? Oh, vamos, ¿por qué lo manipula de esta manera? —Tengo miedo, no quiero destruir algo bonito por precipitarme. —Lo acaricio coqueta—. Un día seré la señora Campbell, pero aún no estoy preparada para ello. —No me voy a dar por vencido. Por supuesto que serás la señora Campbell y, créeme, será pronto. Por algún motivo, su afirmación suena tan convincente que me lo creo. —Ven, te hablaré de mí. Para distraerlo, le cuento anécdotas de mi vida universitaria, de mis paseos por las noches, de los planes que tengo para él, hasta que, de camino al refugio, me quedo dormida en su coche. El sonido de su móvil me despierta y veo que ya hemos parado. Él me está mirando sonriente, mientras me toca la mejilla. —¿Qué pasa, Matt? —No he querido despertarte, se te veía tan dulce y serena... — susurra—. Ya hemos llegado, ¿estás bien? —Muy bien. Dime, ¿quién te llamaba? —Karen, ya he hablado con ella. Quería saber de nosotros. — Hace una pausa—. Y también Alicia, quiere verme. —¿Y qué te pasa? Pareces muy pensativo —le digo. —De nuevo me pregunto si el bebé es mío. No lo siento así, no siento que haya vínculo, nada. Asumo que, en pocas palabras, me está diciendo que se va y me inquieto, ahora no tengo adónde ir. Él es mi único apoyo aquí. —Supongo que tienes que irte. —Gisele... —Habla, Matt. —No me voy a ir, Gisele; aunque Alicia me necesite, tú me necesitas más. Sé que no me darás a elegir, pero, aun así, elijo quedarme a tu lado. Mi amor por ti es muy grande, nena, y por ti haría lo que fuera. —Me da un beso en la mano—. Bajemos del coche, quiero enseñarte la casa y que olvidemos lo ocurrido cuanto antes. Mira el terreno de su alrededor y se pierde en sus pensamientos, en su mundo donde yo no entro. No soporto sentirlo lejos y le digo: —Quiero verte sonreír, Campbell, dime qué puedo hacer — me insinúo, contoneándome contra el auto—. Menos boda... lo que quieras. —¿Me quieres? —¿Te atreves a dudarlo? —Llamándolo con un dedo, lo invito a acercarse—. Ven, sé lo que necesitas. Pego mi cuerpo al suyo, pero él se retira. Yo lo miro confusa ante el rechazo, e insisto. —No, Gisele. —¿No? —Me conoces, sabes cómo me siento de frustrado por lo que ha sucedido y temo hacerte daño. — No me dejo vencer y pongo la mano sobre su miembro con firmeza—. Gisele, por favor. Eres como una adicción para mí, no me tientes. —Hazlo. Me tienes aquí, haz conmigo lo que quieras —lo incito—. Pídeme, Matt. Titubea, sigue y... sé que se rinde. —Date la vuelta y apoya las manos en

el coche —ordena impaciente—. No voy a poder contenerme. —Lo sé... y me encanta. Lo obedezco y me doy la vuelta, ofreciéndole una magnífica vista de mi trasero y él, en un arrebato, me da un azote. Jadeo y entonces me baja el pantalón y también el suyo. —Arquéate, Gisele, tienes un trasero tan apetecible. —Obedezco sin replicar. Sé que lo enloquece tenerme a su merced—. Muy bien, nena, muy bien. No me acaricia y, sin estimularme y sin mediar palabra, me penetra de golpe, con inusitada fuerza. Grito con la respiración acelerada, deteniéndolo al instante. —¿Qué pasa? —musita contra mi cuello—. ¿Qué tienes, nena? —Me duele, Matt... Maldiciendo, sale lentamente de mí. —¡¿Cómo puedo ser tan salvaje?! —Matt, no te enfades. —Lo beso en el hombro—. Probemos de nuevo. —No, no lo volveré a hacer. Vístete, nos vamos al hotel. —¿Y la casa? —pregunto temblorosa—. ¿Ya nos vamos? —Está bien, te la enseñaré. Pero entonces nuestras miradas se topan y él se acerca con rabia contenida. Su frialdad me desconcierta. —Gisele, lo siento, no estoy enfadado contigo, lo estoy conmigo. —Pero yo te he dado permiso... no te puedes quedar así. —Está excitado y contenido, su miembro clama a gritos mi contacto—. Matt. —He dicho que no, vístete. —¡Como quieras! Mientras acabo de abrocharme el pantalón, se me come con los ojos de las ganas que tiene de mí. Suspirando, me cojo de su mano y nos dirigimos hacia la casa. —¿Es grande? —le pregunto curiosa. —¿El qué? Frunce el cejo y yo me río divertida. —¿En qué piensas, Campbell? Tú ya sé que eres grande, hablo de la casa. —Ya la verás —contesta secamente, aunque ocultando una sonrisa—. Es tuya ya, lo sabes. —Matt, tendría que ir a tu casa para coger algunas cosas. También necesito ir a la mía. —Se tensa y yo añado burlona—: Volveré contigo, Campbell... Por favor, deja el drama. —Tendrás que reencontrarte con Roxanne, con tu padre... —No me importa. —Nos detenemos un momento—. Sé que estás enfadado con mi padre y yo también... Pero no creas que él es así, hasta ahora nunca me había tocado y yo nunca le había gritado. —¿Entonces? —pregunta a la defensiva—. Explícame qué está ocurriendo. —Matt, mi familia está acostumbrada a verme de casa a la universidad o al trabajo. En Lugo apenas salía y me apoyaba mucho en ellos... Ahora están asustados, es lo que les sucede al pensar que estoy escogiendo un mal camino. Sufren al ver que me alejo. Incluso se habían planteado mudarse de casa ahora que yo me iba a ir a hacer el máster a dos horas de ellos. —¿Y qué me pides, Gisele? ¿Que olvide lo ocurrido contigo? —Que volvamos a hablar con ellos más adelante, que lleguemos a un entendimiento. —Dejemos esto de momento, no me gusta enfrentarme a tu familia, porque sé cómo te hace sentir eso. —Me aprieta la mano con fuerza—. Haré lo posible por complacerte. Me abrazo a su cintura y, cuando llegamos, me enseña la estructura de la casa, cuya construcción está bastante avanzada. La parte inferior ya está acabada y la superior, en marcha. Tiene piscina... Oh, qué bien. Ojalá podamos vivir aquí pronto. —La decorarás a tu gusto — me anima—. Es tuya. —Quedará muy bien y me encantará compartirla contigo. Lo veo reír y me embobo mirándolo. No sé si soy yo o es él, pero cuando estamos juntos ríe más a menudo que antes. —¿Preparada para volver, nena? Sin dudarlo, camino a su lado mientras charlamos. Primero vamos a su casa y, por suerte, recoger mis cosas va mejor de lo esperado. Únicamente están los padres de Matt, que nos invitan a merendar con ellos y aprovechamos para contarles nuestros planes de futuro. A diferencia de los míos, se toman con ilusión la noticia... Luego vamos a casa de Scott y espero poder encontrar la misma armonía que en la de los Campbell. —¿Ésa no es Roxanne? — pregunta Matt, señalando por delante de nosotros—. ¿Qué hace aquí? Mierda, ¿qué querrá ahora? —Sí, Matt, es tu hermana. Supongo que vendrá a buscarte. —O quizá a pedir perdón — reflexiona ensimismado

—. Te recuerdo que ella te golpeó... En ese preciso instante, Roxanne se apoya en la pared y se echa a llorar... Me da lástima. No le guardo rencor a pesar de lo sucedido entre nosotras. Quizá porque es la hermana de Matt. —Está llorando. —Ve con ella, Matt, te necesita —lo aliento apretándole un hombro—. Tal vez tenga algo que decirte. Han sucedido tantas cosas... —Ven conmigo y no acepto un no por respuesta. Lo pienso mientras mira a Roxanne. Se la ve frágil. Lleva el pelo recogido y ropa deportiva, en ella no se aprecia nada de la chica exigente que siempre va a la última moda. Tengo la intuición de que se me escapa algo. Que haya venido a casa de Scott me da qué pensar. —Ve tú primero, Matt, yo te sigo luego. —Tú vienes conmigo —insiste cabezota. —Te prometo que iré, pero sal tú antes... Tal vez quiera hablar contigo a solas. —Te doy cinco minutos. —No me des órdenes, Campbell. —Le saco la lengua y me río —. Anda, ve. Matt se acerca receloso a escasos pasos de su hermana, que, al verlo, se arroja a sus brazos y se le abraza con tanto desespero y sentimiento que me conmueve. Hablan y ella le explica algo gesticulando mucho, alterada y a la vez hundida. No sé cuánto rato transcurre hasta que ambos miran hacia mí. ¿Bajo o no bajo? Pero entonces echan a andar hacia el coche y termino reuniéndome con ellos. La expresión de Matt es indescifrable, por lo que no sé qué me deparará la conversación que podamos tener. —Gisele, mi hermana quiere decirte algo. Roxanne toma aire. —Lo siento, siento mucho mi comportamiento. Me he cegado y no he querido ver que Matt a tu lado está bien. Me he dejado influir por... Lo siento. «Por Alicia.» —No te preocupes, yo también me disculpo. Matt me pasa un brazo por el hombro y me estrecha contra él, brindándome su apoyo. —Gisele —dice entonces Roxanne—, sé que no seremos amigas, pero sí me gustaría tener contigo un trato cordial. No puedo perder a Matt. —Claro... ya iremos viendo, supongo. —Mi desconfianza persiste, es todo demasiado precipitado—. Pero a Matt, nunca lo has perdido... —Lo sé... Miro a un lado y a otro. La situación es incómoda y decido irme cuanto antes. —Bueno... yo os tengo que dejar —me excuso—. Matt, tú podrías irte con Roxanne y, cuando yo termine, iré a reunirme contigo. Con gesto preocupado, él me besa impaciente incluso en presencia de su hermana. Y, con la mirada clavada en mí, me dice: —Si te vuelve a tocar, él y yo nos veremos las caras. —¿Eso es lo único que me vas a decir? —le reprocho guiñándole un ojo—. Que te quiero, nena. —Y yo a ti... Me estrecha contra su pecho y oigo su corazón acelerado. Sé que está preocupado, que lo asusta lo que pueda suceder tras la visita a casa de Scott. Intento tranquilizarlo, aunque yo misma esté nerviosa. —Todo irá bien, Matt. —Te espero pronto. Pero nada va bien... Al verme llegar, mi padre me suplica que lo perdone y yo me niego. Aún me duele su mal humor y su manera de juzgarme... más la bofetada. Pero él me sorprende de nuevo cuando, inesperadamente, me encierra en mi habitación hasta que lo perdone... Perfecto. Dentro de poco, Matt vendrá a buscarme. Yo no daré mi brazo a torcer. Mi padre no pisoteará mi orgullo. Alejarnos un poco no vendrá mal para que entienda que ya no soy su niña pequeña. Agotada de gritar, me siento en la cama y pienso. Rebusco en mi armario, me pongo un chaquetón grueso y unos pantalones de chándal, las zapatillas de deporte y un gorro para protegerme la cabeza. ¡Lista! —Michael, déjala salir de una vez. ¡Es una mujer hecha y derecha! —insiste mi madre. «¿Dónde estará Scott?»—. Va a venir Matt y yo me pondré de su lado. ¡Toma ya! Armándome de valor, saco el bate de béisbol que guardo escondido debajo de mi cama y apunto a la ventana. Doy un golpe en seco y los cristales estallan en mil pedazos. Uno me alcanza la mejilla y otros más rozan mi protegido cuerpo, pero sin mayor problema. Me limpio la sangre de la mejilla y salto por la ventana con cierto temor: mi caída es amortiguada por unos

brazos—. ¿Scott? —Rápido —cuchichea mi hermano—. Te ayudaré a salir de aquí. No pienso si quiero que sea él quien me lleve o no. Me voy a ir del maldito manicomio y es lo importante para mí, reencontrarme con Matt de nuevo. Scott conduce en silencio, aunque de vez en cuando, me mira de reojo. —¿Qué hacías ahí fuera? —le pregunto. —Te conozco y esperaba que te escaparas. Quería ayudarte. — Me pasa un pañuelo para me seque la sangre de la mejilla. —¿Ayudarme ahora? ¿No has visto la que has montado con tu llamada? —Gisele... —Busca las palabras y luego dice—: No me preguntes cómo, pero hoy he descubierto muchas cosas de Matt... Sobre su posible paternidad, la forma en que se enfrenta a todo el mundo por ti, no sólo a papá. Lo mucho que teme perderte. ¿Qué? ¿Con quién ha hablado él del círculo de Matt? —Scott... —No preguntes, pequeña — me corta, pendiente de la carretera—. Siento mucho no haber sabido todo esto antes, sé que te he defraudado y, créeme, yo también lo estoy conmigo mismo. Quiero hablar con Matt, aclarar algunas cuestiones. —Con Matt, de momento mejor que esperes. Está algo nervioso —murmuro distante—. Scott, yo quiero a ese hermano juguetón y divertido, a mi musculitos, al de antes. ¿Quién te está cambiando? Me estrecha la pierna cariñosamente. —Una mujer, pero ya no lo hará más. He decidido ser como soy y no dejar que me cambie. —No se lo permitas. Esa persona te hace mostrarte agrio y tú no eres así. —Ya hablaremos, pequeña — me rehúye, incómodo—. Dime, dónde está el loco de Campbell. Ambos reímos como en los viejos tiempos... Si él supiera... Me despido de mi hermano y subo a la habitación del hotel. Matt me abre al instante, descalzo, con el torso desnudo y el móvil en mano. Está inquieto y al ver mi indumentaria y mi mejilla herida, ordena fríamente: —Quítate el pañuelo de la mejilla y explícame de dónde vienes vestida así. Cierro los ojos y contesto: —Mi padre me ha encerrado en mi habitación porque no quería perdonarlo. Me he puesto esta ropa y he roto el cristal de la ventana con un bate y al hacerlo me he cortado la mejilla. —¿Qué? —Ah... y Scott me ha ayudado a escapar, pero estoy bien. —¿Estás bien? —repite irónico y me arranca el pañuelo—. ¡Maldita sea! Tu padre lo va a pagar muy caro. Me examina la herida preocupado, hecho un manojo de nervios. —Vamos a curarte. El corte no es profundo, pero la sangre se está secando. —Es sólo un poco de sangre..., estoy bien. —¡¿Estás bien?! ¡Maldita sea, Gisele! —Me asusto ante su grito—. ¡Mírate la mejilla! Me obliga a mirarme en el espejo. Es sólo un pequeño corte, pero todavía sangra y parece peor de lo que es. Mierda, mierda. Tengo que inventar algo para distraerlo de su enfado. —Tengo hambre, Matt. —Me relamo los labios y deslizo la mirada por su pecho—. Deja de gritarme y dame algo de comer. —Deja que te cure, maldita sea. —¿Qué me ofreces, Campbell? —Gisele, no estoy para juegos, primero te voy a curar y luego pediré la cena. —Tan frío como un témpano de hielo—. No pienso tocarte. Si lo hago, no sé qué será de mí... Me muero de ganas de golpear a tu padre. —De acuerdo... cúrame y pide la cena —accedo, prohibiéndome mirar la herida para no desmayarme—. Ya buscaré la forma de saciar mi otra hambre. —Gisele... —me advierte. Tres, dos, uno... Da una patada a la puerta y un descontrol absoluto se apodera de él durante las siguientes dos horas. Me sirve la cena eufórico e incluso se ríe pensando a saber qué. De pronto se enfada y gruñe. Luego camina arriba y abajo por la habitación, mientras yo, bloqueada por su hiperactividad, lo miro ir y venir. Le encarga a Denis que compre ordenadores para la oficina y no sé cuántas cosas más. Apenas entiendo lo que dice cuando se exalta tanto. —Matt, ¿qué sucede? — pregunto preocupada. —Nada. Pero sé que no es así. No puede ser normal que ría y llore prácticamente al mismo tiempo, así, de repente... «Tiempo, Gisele», me digo.

¡Ha estado lunes, martes y hoy miércoles sin tocarme! Son las siete de la tarde y estoy sola esperando su regreso.

En estos días no he hablado con mi familia, pero sí con los padres de Matt y con Noa. Ella y Eric están forjando una relación que en principio no cuaja, según palabras textuales de Noa, que también me da la noticia de que Alicia ha salido del hospital, aunque deberá hacer reposo, pues el suyo se considera un embarazo de alto riesgo.

Matt y yo nos vamos mañana a Nueva York, para el reportaje. Ya lo tenemos todo preparado, justo ahora acabo de terminar con las maletas. Aunque lo he hecho todo de muy mala gana. ¡Quiero sexo! Pero según Matt aún le dura la rabia y no quiere tocarme.

Al oírlo entrar en la habitación, corro hasta la cama, me tumbo en ella desnuda y finjo estar profundamente dormida. Segundos más tarde, oigo sus pasos acercándose y noto que se sienta a mi lado. Sé que me observa.

—Gisele, cariño. Despierta.

¿Cariño? Y su voz ha sonado cálida, tierna. La frialdad de días atrás se ha esfumado. Yo, una consumada actriz, simulo un bostezo y abro los ojos. Está relajado y tranquilo, después de la tempestad viene la calma.

—Hola —me saluda cariñoso—. Levántate, te voy a llevar a cenar.

—¿Ahora?

—Sí, sales poco y he reservado mesa a las nueve. Empieza mi malvado plan... Con suavidad, agito las manos debajo de las sábanas y susurro melosa bajo su mirada inquieta al ver mi movimiento: —Tengo ganas de salir, pero déjame un poco de tiempo... —Gisele, ¿qué estás haciendo? —Le sonrío coqueta cuando retira la sábana y ve mi mano en mi sexo—. ¿Te estás tocando? No, pero él no lo sabrá. —Estoy hambrienta desde hace varios días y dentro de dos voy a tener el período... Necesitaba saciar mi apetito. ¿O tienes algo para mí? —Ya lo creo —contesta, reemplazando mi mano por la suya—. No seré brusco. Una sonrisa burlona asoma a sus carnosos labios. Sus ojos verdes se ven claros, sin nada de rabia. ¿Su ataque ha pasado por sí solo o con los días ha digerido su furia? —Oh... bien. L-Lo necesitaba. —Yo también, nena. Abre más las piernas. Ansiosa y jadeante, hago lo que me pide dándole acceso a mí intimidad y a la humedad que ya me impregna. No me importa lo que me haga, pero que lo haga pronto. —Voy a probarte. —Me arqueo. Me vuelve loca imaginarlo—. Gisele, respira. —Se me olvida hacerlo cuanto me tocas así... Matt, agonizo. Su dedo me excita con pericia, pero entendiendo mi súplica, se abre paso entre mis piernas. Su respiración en mi sexo. Ay, cómo me gusta. —Hueles tan bien. —Primera lamida, primer gemido—. Receptiva siempre, me vuelves loco, nena. Entierra su boca en mi cavidad y gimo, gimo, gimo. Me lame justo en el punto que me pierde, chupa y succiona con entrega, arrancándome gritos de placer al sentir al punta de su lengua recorriéndome. —Matt —jadeo, tirándole del cabello—, más, más, más. —¿Cuánto más? —Todo más. —Su voz es tan caliente como su lengua—. No pares, no pares. Y no lo hace. Su deseo se acrecienta y me degusta con pasión, prolongando el placer tan exquisito que me da. Sus manos empiezan a subir por mi vientre hasta adueñarse de mis pechos. Yo grito levantando las caderas, tirándole del pelo, abandonándome a la sensación que quema mi cuerpo, y me dejo ir. —Oh, Matt. —Experimento un súbito orgasmo. Han sido tantos días...—. Matt, por favor. No cesa de chupar hasta que se impregna del sabor de mi placer y me deja flácida, derrumbada en la cama. —Gisele —dice, acomodándose entre mis piernas—, pruébate. Cubre mis labios con los

suyos y entonces lo entiendo. Me está dando a probar mi sabor en su boca. No me parece delicioso, pero me da morbo y me enciende. Nos besamos con pasión, hasta que, poco a poco, su virilidad me va invadiendo y grito como una gatita en celo. —Suave, Gisele, suave. —No es primitivo ni tampoco salvaje, sino tierno y delicado en cada dulce embestida. Sus caderas avanzan hasta rozarse con las mías, entrando en mí cada vez y haciendo que me lamente cuando sale, dejándome vacía—. Nena... Lo rodeo con las piernas sin apartarme de su boca, mordiéndolo cada vez que profundiza con una nueva acometida. Dentro, fuera, ¡ah! Tiemblo a causa del éxtasis, que quiero propagar como el mismo fuego. Él me toca, resigue mis curvas febrilmente. Se deshace en caricias, deleitándose suave con mis pechos, con mi cintura... Se pasea con sutileza por mi cuerpo, su cuerpo. —M-Más rápido —pido, saliendo a su encuentro.. Arremete con fuerza y sus besos se tornan demoledoramente ardientes. Sus manos me incendian, hasta que me desplomo en el vacío. —Nena, me llenas —gruñe, uniéndose a mí en el orgasmo, con incesantes espasmos—. Abrázame. Lo hago y cierro los ojos, agotada. Sólo tengo ganas de dormir con él como ahora, entrelazados y cómplices. —Gisele, ¿estás bien? —Lo miro y me encuentro con los ojos verdes más hermosos del mundo: los suyos—. ¿Recuerdas la cena? Vamos a ducharnos juntos, ¿te apetece? —Mucho. ¿Todo bien? Dice que sí con la cabeza y me acaricia la mejilla. Lo veo melancólico, diferente. ¿Esconde un nuevo secreto? —Vamos, preciosa. Me coge en brazos y me lleva al cuarto de baño. Nos enjabonamos entre risas y haciendo planes para el viaje. Cuando nos vestimos, me sorprende que se haya puesto un traje oscuro... y yo me acoplo a su elegancia con un vestido rojo pasión, largo y el cabello recogido. Matt no aprueba mi atuendo, pero, aunque discutimos, no le doy la satisfacción de quitármelo. Se mete en el baño antes de irnos y entrecierra la puerta con expresión recelosa. Yo lo sigo sin hacer ruido y espío a través de la rendija. ¿Qué está haciendo? Tiene un bote en las manos y saca de él una pastilla. Se la toma y se guarda el frasco en el bolsillo, pero al volverse se encuentra conmigo. —¿Qué es, Matt? —susurro, señalando su bolsillo—. ¿Qué tomas? Se le dilatan las aletas de la nariz y cierra el puño. —No es nada... Un dolor de cabeza. —¿Y por qué tienes las pastillas para eso en un frasco sin etiqueta? —Trago saliva al ver cómo se agarrota—. ¿Me estás ocultando algo? Mi voz se va apagando. —Nena, no pasa nada. —Me da un beso en la frente—. No te preocupes, ¿de acuerdo? —Pero... —Vámonos, es tarde. —Me sujeta la cara entre las manos y sonríe—. ¿No confías en mí? —Sí... —Pues se acabó. Asiento y lo beso, quiero creer que todo va bien. En el restaurante pedimos sopa, pescado, ensalada y un buen vino. El postre ya vendrá luego. Él se muestra algo inquieto, yo expectante ante tanta formalidad y discreción por su parte. —Esta noche quiero que descanses, para que mañana estés bien para el viaje —comenta Matt mientras comemos—. Siento que no tengas mucho tiempo para disfrutar de Nueva York por culpa de mi trabajo, pero debo estar aquí el lunes. —Lo sé... —Harás el reportaje —carraspea—, y volveremos. —No te preocupes, ya iremos en otro momento. Deja de comer cuando nos sirven el vino y me escruta con intensidad. —Nena, Nueva York podría ser un buen lugar para una luna de miel. Trago nerviosa. Temerosa de que saque de nuevo el tema. —Gisele, ¿si te propusiera matrimonio formalmente me rechazarías? Juego con la comida, intentando encontrar la forma de distraerlo. Pienso que desafiarlo sería una buena manera. Entrando en su juego y jugando al despiste. —No lo sé. Tiéntame... con anillo y todo. —Por supuesto —contesta complacido—. Gisele... Oh, Dios, qué serio. ¿Le tiembla la mandíbula? —¿Qué sucede, Matt? Alarga las manos para coger las mías. Lo noto preocupado y la boca se me seca ante su

escrutinio. —Gisele, tengo algo importante que decirte. En realidad, varias cosas. —Dime —suspiro temblorosa. —Quiero que pienses sobre algo muy importante para mí. A cambio, tengo promesas que hacerte que sé que quieres escuchar. —¿Qué promesas? —pregunto con un hilo de voz, retirando la comida—. ¿Qué me quieres pedir? —Prometo controlarme, prometo no dar puñetazos. Prometo ser más paciente y todo cuanto me pidas —se interrumpe y toma aire — ... si aceptas ser mi esposa. Te amo, Gisele. Lo necesito para saber que estamos bien y que no te irás de mi lado. —Matt... —empiezo con voz ronca—, creía que... —Nena, estos días hemos pasado por distintos estados de ánimos y nos hemos enfrentado con gente que ha juzgado nuestra relación. Tu padre, nuestros hermanos. Está Alicia y... Álvaro, que ha aparecido inquietándome. Sé que hacer lo que te he prometido no será fácil, pero lo haré por ti y sólo por ti. »Gisele —continúa—, me tienes completamente hechizado, enamorado y quiero compartir mi día a día contigo. Sabes lo que produces en mí y que haré cualquier cosa que me pidas. —Oh, Dios, se me encoge el corazón—. Te amo, Gisele, te amo como jamás pensé poder amar a nadie y no puedo perderte. —No lo harás —susurro casi sin voz. Me acaricia la mano. —Quiero que seas mi esposa, para mimarte y cuidarte como mereces. Eres mi vida, nena, ya no puedo vivir sin ti. Lo miro conmovida. ¿Podría un matrimonio darle la estabilidad que necesita y disipar sus dudas y miedos? ¿Curarlo de sus arrebatos? —Matt, yo... —Antes de responder tienes que saber algo más, no puedo mentirte. —Me aprieta los dedos para que guarde silencio—. No he podido controlarme, Gisele, y hoy, antes de venir al hotel he ido a casa de Scott y... Conozco esa mirada, esa inquietud... Me da pánico formular la pregunta: —¿Para qué, Matt? —He discutido con tu padre y lo he golpeado. «No, no. No puede ser cierto.» —Matt, dime que no es verdad —imploro, incrédula—. Dime que no has sido capaz de hacerme esto. Pero la culpabilidad asoma a sus facciones... y niego con la cabeza, defraudada. Descarga su rabia con mi padre y después me hace el amor como si nada hubiera pasado. Ocultándome una verdad tan grande. —Lo siento... pero la bofetada que te dio, el encierro y la herida en tu mejilla me han estado atormentando y lo sabes, me has visto estos días. No sé qué me ha pasado, pero cuando él me ha provocado... Quería aguantarme por ti, pero me he descontrolado sin querer, no he sabido frenarme. He sido consciente de las consecuencias demasiado tarde — prosigue desesperado—. Él está bien, sólo ha sido un golpe en la mandíbula. Perdóname. Sé que soy difícil, pero haré cualquier cosa por ti, lo sabes, Gisele. —¿Y Scott, y mi madre? — balbuceo sin aliento—. ¿Por qué, Matt? —Estaba él solo y me he perdido en mi mundo, Gisele. Estábamos hablando, me ha hecho reproches acerca de ti y... —Me tapo la cara, me niego a creerlo—. Lo siento, nena, juro que estoy arrepentido. Te hace daño y eso me duele, pero no soporto que te toque y te lastime. Sus promesas no valen nada... Soy consciente de cómo se comportó mi padre conmigo, pero es mi padre. Una pelea a puñetazos entre los hombres de mi vida. Me hiere profundamente. —No llores por favor, se me parte el alma verte así... —¿Por qué tienes que complicarlo todo? —sollozo impotente, cortándolo—. Estábamos tan bien... Tú y yo solos, en nuestro mundo... Está tenso, con las facciones contraídas. Sé que me siente lejana, distanciándome de él. —Gisele, te dejaré marchar si es lo que necesitas para ser feliz. Lejos de este loco que te ama de una forma enfermiza... pero piensa que si te vas, me matarás. Me seco las últimas lágrimas, emocionada, triste, confundida. —Sabes que no puedo vivir sin ti, ayúdame, por favor — suplica. Y al decirlo se arrodilla ante mí me coge la mano y me da una cajita. Yo hipo buscando su mirada. —Gisele, quédate y cásate conmigo. Me levanto temblorosa y, sin apenas fuerzas, hago que se levante él también. Sus ojos

me contemplan asustados. Ve mis miedos, mis dudas... Mi decisión está tomada: no hay marcha atrás...

Matt

A lo largo de cada capítulo habéis podido descubrir qué piensa o siente Gisele, y a través de ella hemos conocido a Matt. Quizá por su carácter, su complejidad y su temperamento, en muchas ocasiones os habréis preguntado acerca de sus reflexiones o emociones, de sus impresiones en esta apasionada relación. Como broche final al libro, me gustaría que conocierais otra parte de él, sus sentimientos, escritos de su puño y letra.

Me encantó reflejarlo, espero que os acerquéis a él con este íntimo relato.

Patricia Geller

Hoy estoy aquí, decidido a plasmar lo que siento... Una frase y una mujer marcan el inicio de esto: «¡La próxima vez cómprese un diario y se desahoga en él!».

El 16 de junio del 2011 es una fecha en la que en que cambia el rumbo de mi vida, el día en que una descarada me trastornó más, si eso es

posible : *Estoy agobiado, harto de todo... De Alicia, ¿cómo puede ser tan perra? Acostarse con Sam, con mi mejor amigo... Me refugio en mi despacho, agotado y pensando en qué he fallado. De pronto, la voz de una mujer resuena en el silencio de mi soledad. ¿Quién es*? *La luz se enciende y me sorprendo ante la invasión. Una chica joven, posiblemente más q u e y o, de cabello castaño y reflejos rubios llama mi atención. Tiene los ojos de un gris transparente, como su mirada. Me quedo observándola, enfadado por lo que ha provocado en mí con su presencia. La deseo sin más, con un anhelo primitivo, voraz. Le pregunto quién es. Me contesta borde, atrevida. No lo puedo creer y rodeo el escritorio para mirarla de cerca. La muy descarada, se adelanta y me examina de pies a cabeza. Me gusta su osadía, me impresiona. Gisele Stone, es el nombre de la nueva chica de servicio. Tragándose su orgullo, recibe mi orden y empieza a recoger y a limpiar. Sin quererlo, me provoca. Sus movimientos son sensuales, su cuerpo es llamativo en el diminuto vestido. Recoge bajo mi atenta mirada, que ni puedo, ni quiero apartar de ella. Al terminar, se planta frente a mí y, aunque pretende ser amable, su postura e incomodidad me incitan a ordenarle, a exigirle que se tumbe en el escritorio. Tengo instintos salvajes, deseos de probar su temple y hacerla mía. Aún más después del día tan horrible que llevo... Me desquitaré con este bombón. No da crédito a mi petición, hace muecas extrañas con la boca, con l a nariz. ¿Nerviosa? Me gusta verla asustada, me estimula a tomarla salvajemente, a montar su cuerpo y follarla hasta quedar exhausto... ¿Qué me sucede*? *Hace de nuevo la pregunta, le repito la respuesta. Niega incrédula, le tiembla el labio inferior y palidece. Da unos pasos hacia atrás y yo, más ansioso, la persigo. Estoy muy nervioso, me pueden los impulsos, sobre todo después de la decepción y traición que acabo de sufrir. La acorralo y no sé qué sucede, pero no puedo detenerme. Me amenaza, me planta cara. Su respiración se acelera y siento que me quemo por dentro. Le pongo una mano en el muslo y subo poco a poco. Estamos a escasos centímetros, su piel arde, es suave y tersa. Le sujeto el mentón, furioso por lo mucho que me atrae, por lo intenso que es mi deseo sin conocerla. Saco al salvaje que hay dentro de mí, al que nunca fue tan brusco con una mujer, mucho menos exigente, pero la quiero a ella, en este momento. El beso me enloquece, no abre su boca, pero su aliento me invita a más. Con mi lengua exijo que lo haga, que me permita probarla. Se estremece y anhelo mostrarle un beso*

fogoso, como el que le reclamo. Mi miembro cobra vida, las ganas de traspasarla son irresistibles. Trato de volver a tocarla sin calma, pero sin esperarlo, me golpea l a parte tan dura y excitada a causa de ella. Corre lejos, se me escapa dejándome con el dolor en la entrepierna. No es el golpe lo que duele, es la excitación que me mata por dentro. —Gisele — suspiro. *Alicia me pide volver y no sé si debo, no quiero... Pero me da miedo l a soledad. Me traicionó y no creo poder confiar en ella nunca más; de hecho lo sé. Con frustración, llego a casa, dolido y cansado. Y de pronto me encuentro con la necesidad de lo que empecé en la tarde... con exigencia de olvidar, no pienso en otra, mi mente está ocupada por la chica de servicio... Gisele Stone. Su habitación se halla cerca de la mía y no tiene el cerrojo echado. Entro comprobando si duerme y su respiración se altera dándome la clave. La llamo por su nombre y no responde, pero al mostrarme irritado, se incorpora y enciende la luz. Se sorprende, está cansada, aunque con la misma sensualidad. Tras una pequeña discusión consigo la postura necesaria para hacerla mía, pero me lo pone difícil, al parecer no nos llevaremos bien, pero no importa, de forma primitiva necesito estar con ella esta noche. No me puedo controlar, la deseo tanto que me asusta. Y la compro con lujos, como a tantas. ¿Y si te equivocas con ella? No, ya no sé confiar en nada, sobre todo al reclamar tanto dinero. En la intimidad de la habitación se aparta para desvestirse. Atrevida, coqueta, ¿cuántos hombres la habrían tocado? No me gusta el pensamiento. Desnuda es perfecta. Cintura fina, pecho de un tamaño normal y muy redondo. Un trasero tentador. Sin saber cómo, termino confesando lo perra que es mi novia mientras lamo sus labios. Receptiva, aunque tensa. La quiero en el sexo, entregada. Y no sólo para esta noche, no, la deseo para algunas más... Quiero olvidar... A l t o c a r l a e s demasiado, húmeda, esperando por más caricias. D e pronto me siento posesivo, primitivo. Queriendo más y más. No me basta y sin ser consciente de lo brusco que soy, entro en ella de una sola vez... No espero que sea tan delicada y estrecha, haciéndome pensar que no tiene gran experiencia en el sexo...* — Perdóname, aún lo lamento. *Y así es, un solo y maldito hombre la ha tocado. Algo serio, uno que le frustra en la intimidad y yo, me propongo demostrarle que no todos somos iguales, que puedo y sé hacerla gozar. En sus ojos grises destellan la rabia y furia, al permitirse embaucar por mí. Es orgullosa y altiva, me produce arrepentimiento la forma en la que le he acechado... advierto la decepción en sus ojos y me retiro con los músculos agarrotados por el apetito de su cuerpo, pero ella, me empuja y la invado. Se entrega sin reservas mientras yo me hundo en su intimidad. Y me vuelve a sorprender hoy, cuando toma el control y me cabalga, dominándome. Una visión impactante. Suplica por besos que yo no estoy dispuesto a dar, a menos que nos una un sentimiento y con ella, no es el caso. Gisele Stone es una fiera en la cama si se desata y lo ha hecho, pese a no haber tenido nunca la oportunidad de desinhibirse. Me sobrepasa ser yo quien la descubra. Satisfecho quedo, no puedo decir que saciado. E s t a n o c h e d u e r m o poco... suceso habitual e n mí, pero incluso más exaltado. No entiendo qué me ha pasado con la chica de servicio, me he perdido de una forma como jamás lo hice. Al saberme tan fuera de mí, he tomado medidas... Y sí... quiero volver a verla. Y la vuelvo a ver, a intentar jugar e n m i despacho y m e despista con sus coqueteos. Odio cuando llega Alicia, ¿qué me importa? De igual manera necesito compartir otro momento de sexo con Gisele, aun estando la otra en la puerta... Pero no es una mujer sumisa y se niega, me provoca y se va. Dejándome impactado al regalarme su ropa interior.* —Gisele... —sonrío recordando. *Cenas, rollos que no me importan, menos junto a Alicia. Al llegar a casa la sorpresa me espera en mi cama. Las ganas de tocar a la*

«señorita Stone» son inmediatas e incluso me inspira acariciarla, rozar su mejilla tierna y dulce al dormir, pero despierta y mi mano cae al vacío. Enfada, sí. Supongo que más salvaje en la cama, más pasional. Cuando me reta en este sentido, no lo soporto y finalmente cede... gritando el nombre de otro. Un amigo, provocarme, son sus palabras y el regalo que me hace en la madrugada, por mi cumpleaños, jamás lo olvidaré. Arrodillada ante mí, con mi pene en su boca y acariciándose... Una noche distinta a muchas otras, donde le he mostrado quién soy realmente y, aun así, no se ha marchado. Más sorpresas en la mañana cuando aparece junto a mi familia con l a tarta. Trato de no mirarla cuando mi hermana menciona que será la primera e n regalarme u n detalle y sonrío... n o e s así y l a culpable lo sabe, mientras recoge lo que hice la noche anterior... Poco tiempo después la encuentro encerrada con mi hermano en mi habitación. Un sentimiento desconocido para mí me impulsa a entrar y preguntar, tremendamente, enfadado. Él no podrá tocarla, esta chica de servicio es mía... de momento. Y los días a su lado van pasando sin más. Nuestra relación va cambiando sin yo ser consciente, sin poder creer lo que muchas veces hace conmigo. Se me entrega en más sentidos, le hablo de mi vida. Incluso soporto el estar cerca del amigo que la devora con los ojos y me enloquece, le pido que no la toque otro y lo promete. ¿De dónde sale? La palabra «mía» empieza a taladrar mi cabeza... ¿Dónde nos deja esto? No muestra recelo ante mi pasado, por el contrario percibo apoyo y me desconcierta. —Mi descarada... *Al viajar, intento romper de alguna forma el vínculo que tenemos, pero no es así. Está en mi cabeza noche y día, hasta el punto de querer verla a través de una fría pantalla. Y vuelve a hacerlo. Sensual, diosa, tocándose para mí. Me toco con ella, me masturbo... No me gusta cómo la necesito. No, no sólo quiero tener sexo, también su calor junto a mí en las noches fuera de mi casa. Me despido dejándola enfadada y sé que piensa que la he utilizado, pero mi plan es otro. Y regreso horas más tarde, colándome en su habitación. Duerme plácidamente y me quedo observándola, admirando sus muecas, su forma de moverse. Le acaricio el cabello, la mejilla, antes de posicionarme entre sus piernas. Me parece que piensa que sueña al abrir sus ojos rajados y hallarme a su lado. Incluso la creo emocionada. Besarla, tocarla... Dormir a su lado hoy, lo necesito. Cada día m e entrega todo, e n cualquier ámbito y, aunque no lo pretendo... la siento como mía.* —Mía. *Y de pronto las cosas cambian cuando me dice que se marcha en meses, yo creía que era un empleo a largo plazo, fijo y no es así. No debe importarme, pero lo hace. El golpe a su armario es fruto de la agonía, de saber que la perderé en poco tiempo. Y al verla asustada, nuevamente, me rompo con ella suplicando que me perdone. Y la pequeña diabla lo hace pese a la interrupción de Karen y la vergüenza que le produce. Una parte de mí no quiere que me complazca en todos los sentidos, empiezo a acostumbrarme demasiado a su calor, a su compañía, hasta el punto de confesarle parte de mi vida... No todo, hay secretos que nunca sabrá, tampoco mi familia. Es mío, de la intimidad que me pertenece, algo que m e agobia y mata... y será de por vida. ¿Hasta cuándo es soportable? El problema no es fácil y se me va de las manos. ¿Lo habrá percibido Gisele? Hablo con Karen contándole la relación entre Gisele y yo. Sabe muy bien aconsejarme y me pide que no me aleje, aunque yo ya empiezo a sentir miedo del sentimiento que me une a la c h i c a d e servicio. S i empre está cuando lo necesito, me planta cara cuando es necesario y poco a poco sin saber cómo, me voy rindiendo a sus encantos. No sé separar el sexo de la relación que tenemos, no soy tan frío para no valorar a la mujer que comparte intimidad en mi cama. Incluso en un reencuentro con Alicia, imagino que es Gisele, se cuela en mi mente y al abrir los ojos, me*

espera lo peor. La noticia del embarazo de Alicia es un golpe para ambos, temo perder a Gisele, de hecho estoy a un paso de hacerlo por mi maldito comportamiento, sobre todo cuando poco tiempo después la trato mal en la primera sesión de fotos... Donde agonizo al pensar que no me desea, mientras se exhibe para otros y me maldigo, nunca debí permitir que estuviera en las portadas de las revistas, pero mis ganas de verla aquella madrugada atrás, me hizo actuar sin coherencia. —Maldita decisión — mascullo. *Peleamos, n o nos entendemos y necesita tiempo para pensar. Y me marcho de viaje, no soporto tenerla en la misma estancia sin poder disfrutarla, tocarla. Pero a la vuelta, me sorprende. Se cuela en mi habitación y la situación se vuelve más confusa. Me hace el amor como jamás podré olvidar y por primera vez en la intimidad, la reclamo con besos mientras me pierdo en ella. No sé qué es, pero no es sólo sexo... Se me entrega en cada movimiento, beso o caricia. Siempre con dulzura y a la vez sensualidad. Es hermosa en todos los sentidos, me complementa y las sorpresas no terminan. No quiere mi dinero, me lo devuelve y me regala los oídos al decirme cuánto le gusto. Flaqueo, lo estoy haciendo y tenemos nuestra nocita. Me pregunta y me inquieto, otro la mira y me pongo celoso sí, Gisele es mía y no pueden osar a devorarla con la mirada... La noche es perfecta, me hace sentir especial. Alicia y Roxanne destrozan la armonía al siguiente despertar, y mi puño sangra por la impotencia al ver como ambas nos pillan en la cama, mientras yo fluyo mis dedos por la espalda desnuda y blanquecina de una Gisele profundamente dormida. La insultan y no lo supero... No si ofenden a la chica de servicio*. —Mi chica de servicio. *Pero mi mundo se derrumba en una ridícula fiesta. Me despido de Denis y a la vuelta, Dylan no está. Desesperado, pregunto a Willian y Karen, pero todo está claro. Corro hacia el jardín y el grito desgarrado d e Gisele me mata. Verla llorando y tirada en el suelo al querer ese cerdo forzarla, me destroza y al tomarla en brazos, me pregunto el porqué estoy tan desesperado, quererla no puedo... Ese sentimiento es malo, destructivo.*

—Desgraciado —clamo.

Se recupera lentamente y yo, dejo de hacer ciertas visitas... por estar a su lado. Y tras una semana en reposo, peleamos, la palabra «bastardo» duele viniendo de ella y me tensa, me asfixia. La siguiente frase que pronuncia: te amo mi señor Campbell... Me niego, no lo soporto y le pido que se aleje, no puedo caer, no quiero rendirme a un sentimiento que me ate a nadie. Es pronto, ella dice ser intenso y es cierto que nuestra relación es vertiginosa, y ahora sé que también peligrosa.

Y me vuelvo loco al no encontrarla más tarde al entender lo idiota que soy. Finalmente Noa se apiada de mí y me entrega las llaves de su casa, donde una Gisele desconcertaba, me recibe como siempre... Y me llena, la tomo con la necesidad y el hambre que despierta en mí. Le oculto la llamada de Diego, sé que le hablaré de Amanda al verla pensativa y formularse interiormente preguntas, y tras acurrucarnos en el sofá, le pido que me repita la frase que me ahoga y cuando lo hace: sé que la quiero, mucho, muchísimo. Ya es parte de mí, ¿la amo? No estoy preparado para saberlo.

—¡Tan ciego!

Pero al día siguiente rompe mis esquemas. Me pone a prueba, me pregunta si la quiero y con rodeos, le aseguro que lo hago... No lo entiende y yo no soy capaz de expresarle lo que siento. Más tarde, llega la estocada final para mí. La veo conversar con su amigo y aprecio en los ojos de éste el amor que siente por ella, por su forma de mirarla y entonces soy consciente, yo la

observo igual y sí: estoy perdido admito, aunque con dolor y miedos, que la amo. Que se ha convertido en el centro de mi vida... Y no la dejaré escapar.

Me peleo con Thomas y con ello, arrastro a Gisele, pero ¿quién es él para no soltarla? Se me escapa, se pierde y no la encuentro. La espero desesperado en casa de Noa y desarmo la sala ansiando su regreso y al hacerlo me ignora, me ordena y se duerme. Me acurruco con ella, pero despierta y me lleva al límite. Estoy enfurecido por los sentimientos que siento por Gisele, me superan y los callo. No quiero sentirlos, dependo de ella y me supera.

Creo perderla por una mentira de Noa, me bebo las calles con el coche y sí, estoy a punto de llorar, no lo soporto. Me asusta que se me escape... Es pronto, pero lo que tenemos es tan intenso que creo conocerla de más tiempo o en realidad, siempre la esperé. Y desesperado, le confieso que la quiero, claro que lo hago. El primer día quizá, empezamos a hacerlo. ¿Un flechazo que no queremos reconocer? Ella se emociona y me regala la ternura que me profesa. Calmado y feliz, le enseño mi refugio que ya es suyo. La miro y no me lo creo, que sea mía, que me quiera como lo hace. Hablamos e indago, y deja caer una relación a distancia, ya me estoy ahogando.

—Te quiero —balbuceo.

Lo dejo todo, pienso sin dudarlo, no me importa... pero la necesito a mi lado.

Días después me espera con un picardías de chica de servicio. Cura mis heridas y no únicamente las de mis puños. Ella me hace sanar, me observa como si fuera su mundo. En el baño, estamos cómplices y cuando se duerme entre mis brazos, sé que no me escucha y susurro: «Te amo».

—Te amo... —exclamo. *Amanecemos bien, me hace sentir vivo. Su alegría es lo que*

necesito para tener una luz que me ilumine cada amanecer, pero llega Denis y se rompe la calma: sabe que la he engañado. Una fuerte pelea marca nuestro día. Le suplico perdón, pero no me mira, ¿¡no me quiere!? Le dejo su espacio con el corazón destrozado y al llegar a la oficina, su foto resurge en la pantalla del ordenador, donde la miro cada día para tener las fuerzas necesarias y soportar el estar entre aquellas cuatro paredes... Me da tanto miedo perderla que destrozo la pantalla. Yo no quiero que cambie, la amo tal como es.

Me parte mi egoísmo y hablo con Denis. Le explico al borde del precipicio lo que siento por Gisele, como amigo, me ayuda a distraerme invitándome a unas copas y sé que no puedo... pero lo hago, perdiendo la cabeza. Ignoro cómo llego a casa y gri to s u nombre cuando aparecen Karen y Roxanne, con la que no dejo de tener discusiones. Y al aparecer mi chica de servicio, me lamento... temía llegar y no encontrarla aquí. Estás aquí, Gisele, no te has ido.

—Nunca lo hizo —sollozo.

Me duchan y preparan, fuera está ella. Me duele tanto hacerle pasar por los malos tragos... suplico un perdón que viene cargado de caricias, d e besos y te amos. Estoy tan desesperado que me sabe a despedida. Pero me niego a que mi mente juegue conmigo. Le hago el amor, la cuido y mimo... duermo poco, apenas nada pero al hacerlo, no está en mi cama. Ha desaparecido. Corro hacia la ventana y la veo marchar. Me rompo, no lo soporto, me está abandonando. Estoy muriendo, juro que lo hago.

—Duele tanto... —recuerdo herido. *Justo antes de llegar a su lado, cae de rodillas y sé que se arrepiente, pero es tarde, mi desconfianza crece, aunque también mis sentimientos y, ahuyentando las lágrimas, le grito cuánto la amo en la humedad de la noche. La estrecho, la*

abrazo en medio de una lucha pasional, que perdemos los dos: al ser esclavos del sentimiento, del amor. Poco a poco nos vamos forjando como pareja, con piques. Ella es una descarada y me saca de quicio; los celos me consumen ante esta mujer que tiene volcado mi mundo. Presentaciones y el desfile... Se ha escapado, no la encuentro y la busco hasta la saciedad, con la congoja que me supone no tenerla a m i lado. Me asfixio, soy posesivo sí, pero todo me puede si se trata de Gisele. Amenazo a Alicia, a Roxanne y al saber que ambas lloran, suplico que Gisele no esté igual. Golpeo una puerta, continuando con la búsqueda juntos a Karen y Willian, pero me encuentro con Carla y me habla de un posible embarazo de Gisele, que me colma de esperanzas, desvaneciéndolas momentos después... Se sorprende al saber que es mi novia y le doy largas buscando a Gisele. La hallo cabizbaja, le han golpeado la mejilla. Fuera de mí le grito y exijo el nombre, no lo soporto, me duele tanto que la dañen... Me destrozan tanto sus lágrimas... No habla, no responde y yo no duermo, no como, al acompañarla en la habitación del hotel durante todo el viernes. No sé quién le ha golpeado y quiero venganza. Amanece el sábado y yo no puedo más. Tengo que encontrarme con Diego y Gisele no ha comido desde ayer. La levanto y le pongo el desayuno, le digo lo enfadado que estoy y sin esperarlo, me hace reír con un absurdo ataque de celos por Carla. La tumbo en la mesa y le confieso lo mucho que la necesito, que la quiero... Me planteo que sea mi mujer, tener hijos con ella. ¿No ve lo desesperado que es mi amor? —Sí, mi mujer... *Pero el día no se presenta mejor, Gisele hace conmigo lo que quiere y m e la llevo al encuentro con Diego. Proposiciones que me matan, me hacen alterarme y me descontrolo. La visualizo con otro tocándola, rozándola y no lo resisto. Una opresión en el pecho me estruja y nos lleva a una nueva batalla. Que pierdo, claro que lo hago. Periodista en medios públicos, a un paso estoy de que se desencamine lejos de mí y haga una vida en la que se olvide de lo nuestro. Lo sé... Y no acaba, Alicia está en el hospital y tengo que dejar a mi Gisele llorando, triste y con su mano dañada por mi culpa. El ver su sangre me desgarra, ¿no entiende que la amo con tanta desesperación que mi misión es protegerla*? *Una nueva pelea con Roxanne en la cafetería del hospital donde me grita que Gisele será mi perdición y huyo controlando mi furia, aunque pataleo todo lo que hay a mi alrededor. Alicia está mejor y Gisele... Ha llorado y no podré verla. No me importa nada, pero necesito tocarla y besarla, saber que estamos bien, que la discusión de la mañana no nos afecta y que no me está dejando con tacto. Mando a Denis a que busque casas y pronto, me localiza algunas en Lugo. Y me encuentro con mi chica de servicio, que me acoge con los brazos abiertos y, aunque transcurre otra noche donde apenas duermo... amanezco a su lado*. —Suyo... *Su padre, Álvaro, fulana y bastardo... Ya no puedo más y decido que tiene que ser mi mujer, me la quieren quitar, apartarla de mí. Se niega y yo cada día veo más cerca su marcha. Me demuestra su amor, pero tenemos tantos frentes abiertos... La daño sin querer en el sexo y me prohíbo tocarla, no hasta escupir la impotencia que arde en mí. ¡Y me la encierran mientras yo trato de solucionar los problemas con mi hermana! Su mejilla tiene un corte y la curo... Dos noches sin dormir, sin tocarla y sin saber cómo controlar la rabia que se impone ante mí. La que muchas veces me arrastra en mis cambios y... ¿qué hacer? Esto es así, y será así siempre, aunque ella no sepa el porqué. La euforia y la tristeza me acompañan día sí y día también. Van unidas y separadas, dañándome, dañándola. Días más tarde la dejo dormida en nuestra cama del hotel, la beso y sonrío. Hoy me siento mejor, incluso tengo apetito. Voy al trabajo más animado, ya que no me apetece ni trabajar desde hace mucho. Al salir, compro su anillo, caro, elegante... lo mejor para*

Gisele. Y voy a casa de su padre, a presentarle formalmente mi petición de compromiso. Y no sé cómo empezamos, ni qué me sucede que me pierdo en mí y no veo nada, me reclama que sea pronto o Gisele se marchará con Álvaro y me dejará... Suelto mi puño y golpeo sus pómulos varias veces y justo cuando entra Scott. Michael se ríe y su hijo, saca una barra y corre hacia la puerta, me quedo quieto sin rabia por el puñetazo, aunque observando cómo Scott destroza mi coche. Sé que lo merezco, lo entiendo, ya está hecho y no intervengo... La he cagado de nuevo. —Maldita sea. *Y lo dejo allí, cojo un taxi y me voy a buscarla. Mi Gisele me espera en la cama, ¿tocándose? Qué traviesa es. Me rindo ante ella y le hago el amor como merece. E s exquisita, es mía... Preparando mentalmente lo mucho que deseo decirle, cuánto la quiero y prometerle un cambio, pese al arrepentimiento que me destroza por el silencio que guardo al callar lo de su padre. Antes de salir, me guardo lo que preciso... Encontrándome con Gisele de frente. La esquivo, no puedo decirle qué me sucede... Lo que necesito de ciertas cosas. Ella no tiene por qué estar involucrada en esto y padecerlo conmigo. Y ahí me encuentro, desesperado, cara a cara con la mujer que amo. Que me hace ver la vida diferente, que soporta cada mal gesto y me espera con una tierna sonrisa en la intimidad que compartimos. Más hermosa que nunca y nerviosa también... Me declaro, le imploro y me rompo al creer que se arrepiente de quererme, sus ojos grises me gritan lo que ella no es capaz de hablar. Se está planteando irse, lo sé... Entre lágrimas, le doy la opción, pero si se marcha me mata y ya lo está haciendo. Un dolor perfora mi pecho cuando me arrodillo ante mi chica de servicio y le suplico que se una para siempre a mí... Titubea, llora. La amo, no sé vivir sin ella. Enloquezco al poder perderla. La acaricio, le beso las manos con desesperación, agonizando ante su silencio. Y con la voz rota, vuelvo a repetir la frase*: *«Gisele, quédate y cásate conmigo*».



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre d e d o s hijos. Apasionada de la lectura, se inició en el mundo de las letras tras escribir algún relato de forma no profesional. La trilogía *La chica de servicio* es la primera novela de la autora.



La chica de servicio, I. Tiéntame M. C. Andrews

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la

© de la ilustración de la portada, más!gráfica

© Patricia Geller, 2014 Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014 Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-12890-8 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L. www.newcomlab.com